

Breno Bringel
Geoffrey Pleyers
editores



Alerta global

**Políticas, movimientos sociales y futuros
en disputa en tiempos de pandemia**

Alerta global

Alerta global. Políticas, movimientos sociales y futuros en disputa en tiempos de pandemia/ Alexandra Kassir ... [et al.]; editado por Breno Bringel; Geoffrey Pleyers. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO; Lima : ALAS; 2020.

Libro digital, PDF
Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-722-646-1

1. Movimiento Social. 2. Pandemias. I. Kassir, Alexandra.
II. Bringel, Breno, ed. III. Pleyers, Geoffrey, ed.

CDD 303.49

Otros descriptores asignados por CLACSO:
Movimientos Sociales / Globalización / Estado / Ciudadanía
/ Pandemia / Democracia / Control Social / Violencia /
Gobernanza / Autoritarismo

Corrección: Licia López de Casenave
Diseño interior: Paula D'Amico
Diseño de tapa: Mariana Migueles

Alerta global

Políticas, movimientos sociales y futuros en disputa en tiempos de pandemia

Breno Bringel y Geoffrey Pleyers
(Eds.)

ALAS
Asociación Latinoamericana
de Sociología

ISA

RC47

Social Classes and
Social Movements



CLACSO



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

Alerta global. Políticas, movimientos sociales y futuros en disputa en tiempos de pandemia (Buenos Aires: CLACSO, agosto de 2020).



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

ISBN 978-987-722-646-1

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor. La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org

Este libro recibió apoyo financiero del Instituto de Ciencias Sociales IACHOS de la Universidad Católica de Lovaina.

Índice

Introducción: La pandemia y sus ecos globales9
Breno Bringel y Geoffrey Pleyers

Primera parte
La gobernanza de la Covid-19, regímenes políticos
y la ambivalencia de los estados

El coronavirus y nuestra contemporaneidad 35
Boaventura de Sousa Santos

Coronavirus, riesgo y cambio social 41
José Maurício Domingues

Tres respuestas a la crisis del coronavirus 53
Jean De Munck

“La normalidad era el problema” 65
Ilán Bizberg

Gobernanza global y horizontes democráticos más allá del coronavirus... 75
Pauli Huotari y Teivo Teivainen

Implicaciones de la censura en China durante la crisis de la Covid-19 85
Joy Y. Zhang

Una brecha de datos cada vez mayor: la Covid-19 y el Sur Global 95
Stefania Milan y Emiliano Treré

Reset 101
Manuel Castells

Segunda parte
Múltiples crisis y solidaridades en un mundo desigual

Muerte, control social y bienestar en tiempos de Covid-19	107
<i>Montserrat Sagot</i>	
“La división hace la fuerza”: la pandemia en Estados Unidos	115
<i>Bandana Purkayastha</i>	
La pandemia desde las favelas: desigualdades e injusticias en Río de Janeiro.....	123
<i>FASE Río de Janeiro</i>	
Solidaridad y participación en una sociedad desigual: la Covid-19 en Filipinas	133
<i>Filomin Gutierrez</i>	
Espacios comunitarios en la India: ¿construyendo solidaridad en tiempos de pandemia?	141
<i>Supurna Banerjee</i>	
El trabajo social con personas sin hogar en Bélgica durante la pandemia	147
<i>Stéphanie Cassilde</i>	
Reivindicar el lugar de la escuela en un contexto de pandemia	155
<i>Nicolás Arata</i>	
Durante y después de la pandemia: dimensiones sociales, políticas y económicas	163
<i>Pablo Vommaro</i>	

Tercera parte
Movimientos sociales en tiempos de pandemia

Movimientos sociales en tiempos de Covid-19: otro mundo es necesario.....	175
<i>Donatella Della Porta</i>	
Mucho más que un “cacerolazo”: resistencias sociales en tiempos de pandemia.....	181
<i>Breno Bringel</i>	
Movimientos sociales como servicios esenciales	189
<i>Lesley Wood</i>	

#Clapforcarers: la solidaridad de base frente al coronavirus	199
<i>Paolo Gerbaudo</i>	
Movimientos sociales y solidaridades (transnacionales) en tiempos de coronavirus.....	205
<i>Sabrina Zajak</i>	
Romper con el narcisismo: emociones y activismo de base durante la pandemia.....	209
<i>Tommaso Gravante y Alice Poma</i>	
Las redes de los movimientos en la ciudad de Nueva York: resiliencia, reformulación y resistencia en tiempos de distanciamiento y brutalidad.....	219
<i>John Krinsky y Hillary Caldwell</i>	
Hambre, ira y un nuevo movimiento social en Sudáfrica	229
<i>Kate Alexander</i>	

Cuarta parte

“El coronavirus no acabará con la revolución”: protestas democráticas antes y durante la cuarentena

Hong Kong: de las protestas democráticas a la huelga de trabajadores médicos en la pandemia.....	241
<i>Chris Chan y Anna Tsui</i>	
Líbano: una revolución en tiempos de pandemia	253
<i>Alexandra Kassir</i>	
Magreb: ¿El regreso del autoritarismo después de las revoluciones?	261
<i>Kamal Lahbib</i>	
Encontrar el camino: activismo sindical durante la Covid-19 en Indonesia	269
<i>Michele Ford</i>	
El movimiento de huelgas en Francia: mantener la lucha durante la Covid-19.....	279
<i>Clément Petitjean</i>	
Paro, paz y pandemia en Colombia	289
<i>Carlos Alberto Benavides Mora y Donka Atanassova Iakimova</i>	

Quinta parte
Cambio social, transiciones y el mundo que surge tras la crisis

Echar raíz: futuros alternativos	301
<i>Geoffrey Pleyers</i>	
Transiciones post-pandemia en clave civilizatoria.....	313
<i>Arturo Escobar</i>	
La crisis de la Covid-19 y las transformaciones a largo plazo: alternativas de la India	327
<i>Ashish Kothari</i>	
Entre el <i>business as usual</i> y la construcción de un nuevo paradigma.....	337
<i>Francesc Badia</i>	
Movimientos sociales, cambio cultural e impactos de la pandemia	343
<i>Pedro Ibarra</i>	

Sexta parte
Nuevos desafíos para el pensamiento crítico

Pandemia: desafíos al pensamiento crítico	353
<i>Kathya Araujo</i>	
Covid-19 y la crisis de cuidados	363
<i>Karina Bathyány</i>	
El coronavirus, el don y los escenarios posneoliberales.....	367
<i>Paulo Henrique Martins</i>	
Hacia una sociología post-Covid-19	377
<i>Sari Hanafi</i>	
Covid-19, colonialidad y la crisis raigal.....	387
<i>Jaime Ríos Burga</i>	
La paradoja de la perturbación: África y el coronavirus.....	397
<i>Elísio Macamo</i>	
<i>Todos somos mortales</i> : el coronavirus y la naturaleza abierta de la historia	407
<i>Rita Laura Segato</i>	
Sobre las autoras y los autores.....	421

Introducción

La pandemia y sus ecos globales

Breno Bringel y Geoffrey Pleyers

La pandemia del nuevo coronavirus ha generado un estado de alerta global, dejando el mundo en suspenso. Más allá de todas las dimensiones macro, se trató de un acontecimiento global que cambió las rutinas y las vidas diarias de cada ser humano en el planeta, con múltiples impactos para el futuro. Miles de millones de personas quedaron confinadas. Otras, sin embargo, no se pudieron permitir este lujo y siguieron trabajando en el sector de la salud, en la producción, en la distribución de alimentos, en el trabajo social, el transporte, la limpieza y varias otras tareas que, aunque son definidas como “actividades esenciales” en nuestras sociedades, no son suficientemente reconocidas y valoradas. A su vez, los trabajadores de la economía informal, aquellos que viven al día o los que perdieron su empleo pasaron a preocuparse no solo por un virus, sino también por el empobrecimiento rápido en un contexto repleto de incertidumbres.

Ante la amenaza de la Covid-19, gobiernos locales y nacionales recurrieron a los médicos, biólogos, virólogos y epidemiólogos para tratar de contener la pandemia, diseñar las respuestas políticas y buscar una vacuna. Las ciencias sociales también se movilizaron en

todas partes del mundo, aunque no siempre con el mismo grado de incidencia pública. ¿Tendría eso que ver con una menor legitimidad de las ciencias sociales ante las denominadas “ciencias de la vida”? Un médico prestigioso acompañando a un comité de crisis suena relevante, pero, ¿dirían lo mismo si en este comité también hubiese sociólogos, psicólogos o filósofos que aportaran otras lecturas sobre la crisis sanitaria y pudieran trasladar sus propuestas para los gobiernos y la sociedad como un todo? Curiosa división, por cierto: de un lado, la vida; del otro, lo “social” o lo “humano”. La salud, no obstante, es uno de esos temas que no entiende de fronteras disciplinarias y del conocimiento. Aunque en la práctica la división pueda reforzarse por la jerarquización política de los saberes y las “expertises”, mucho se ha avanzado, principalmente en el Sur Global, en un entendimiento holístico, multidimensional y colectivo de la salud, entendida mucho más allá de una dimensión fisiológica individual.

Una de las principales contribuciones de las ciencias sociales al debate público contemporáneo tiene que ver precisamente con la ampliación de la visión sobre la salud y el riesgo, algo fundamental para que se puedan gestar diagnósticos más atinados sobre los orígenes de la pandemia, políticas más eficaces para su contención, bien como estrategias orientadas a vislumbrar el mundo post-pandemia. Aunque el virus en sí sea un agente biológico que puede infectar a cualquiera de nosotros, somos profundamente desiguales en el enfrentamiento a la pandemia. Por ello, el énfasis en la naturaleza ecosistémica y social de la pandemia es central para recordarnos las profundas asimetrías globales y desigualdades de clase, raza y género, bien como para vincular la crisis sanitaria a otras crisis previas –ambiental, social y política– que hoy solo se profundizan.

La pandemia del coronavirus no llega en cualquier espacio-tiempo. Lo hace en un momento histórico de agotamiento de los recursos naturales y de emergencia climática y medioambiental en el que el capitalismo muestra su cara más depredadora. También de retrocesos democráticos y de derechos y de desconfianza y rechazo hacia los sistemas políticos. Asimismo, vivimos en sociedades resquebrajadas

por profundas desigualdades (tanto Norte/Sur como al interior de las sociedades nacionales) y con los servicios públicos desmantelados por décadas de neoliberalismo que, más allá de la economía, también impregnó fuertemente las subjetividades individuales y colectivas. Mientras tanto, la digitalización de la sociedad ha posibilitado una mayor interacción entre las personas y un mayor flujo de información sobre la pandemia, pero ello ha estado acompañado, antes y más allá del coronavirus, por un proceso de creciente individualización, circulación de *fake news* y generación de dispositivos de vigilancia y control social.

Frente a este escenario, el presente libro busca contribuir al esfuerzo en marcha de generar inteligibilidad sobre los aspectos sociopolíticos de la pandemia, mientras esta todavía se desarrolla, reuniendo análisis críticos y perspectivas de 48 autores/as de 28 países. Leídos en conjunto, estos capítulos escritos desde todos los continentes, y diferentes puntos de vista, crean un diálogo verdaderamente global sobre la crisis actual y el mundo contemporáneo, la forma en la que se exacerbaban las desigualdades y se diversifican las formas de control social, pero también sobre cómo se abren nuevas solidaridades y posibilidades de otros mundos posibles.

Premisas y perspectivas del libro

La perspectiva analítica que nos llevó a juntar estos textos articula cuatro convicciones. En primer lugar, entendemos la pandemia como un *acontecimiento crítico global* que marca una inflexión histórica. Aunque haya habido muchas pandemias anteriores y podamos identificar elementos comunes y distintivos entre ellas, se trata de la primera pandemia que se vive simultáneamente en todos los rincones del mundo con una inédita resonancia global. El virus no se detiene en las fronteras y se ha propagado muy rápidamente, revelando cuán profundamente conectados e interdependientes nos hemos convertido. Por ello, no es exagerado afirmar que estamos ante

la primera pandemia realmente universal, por su alcance, interconexión y visibilidad. Esto significa que ya está generando y llevará a impactos profundos, que también tendrán consecuencias globales. Los pasos que ahora se den podrán ser decisivos para el futuro, para bien o para mal, dado el momento dramático de nuestra humanidad. Por eso, nos parece central articular escenarios y temporalidades diversas de análisis, articulando corto, medio y largo plazo.

Segundo, la pandemia afecta a las personas y a los lugares de maneras muy distintas, por lo cual es fundamental captar las desigualdades y la diversidad de situaciones y posiciones. Más allá de lo que salta a los ojos y es diariamente discutido públicamente, es una tarea fundamental interrogarnos sobre aquellos temas, territorios y experiencias que, aunque muy reveladoras, no suelen tener el mismo espacio en los debates actuales. Sin negar la experiencia de las clases medias y altas del mundo occidental, u occidentalizadas, durante la pandemia, es indispensable “provincializarlas”, integrándolas en una perspectiva global con otras que permitan generar contrastes entre diferentes entornos culturales, geográficos y sociales. Aprender con otras realidades permite abrir nuevos horizontes analíticos y críticos para entender el mundo como un todo, bien como a descentrar nuestras propias vivencias y experiencias cotidianas. Ante esta realidad, debemos *pensar globalmente*. Eso no implica solo una mirada más abarcadora, sino considerar el fenómeno desde distintos lugares, articulando escalas y visiones de mundo para componer un mosaico amplio y diverso que lleve en consideración las dinámicas y conflictos que resuenan en el mundo de forma más transversal, más allá de conflictos parroquiales.

En tercer lugar, frente a muchas lecturas teleológicas o perspectivas deterministas, que ven en la pandemia la confirmación de sus análisis anteriores y se lanzan en predicciones precipitadas sobre el impacto estructural de la crisis, proponemos una perspectiva dinámica de la realidad social y política. El futuro está en disputa y los escenarios posibles son múltiples. No hay un *telos*, una lógica inevitable o un camino predeterminado que nos lleva a un mundo mejor

o, al contrario, a la exacerbación de las derivas autoritarias y del capitaloceno. Las consecuencias de los acontecimientos históricos son contingentes. De todos modos, hay sujetos que imprimen rumbos “desde arriba” y “desde abajo”. Entendemos, en este último caso, que los actores sociales y políticos, especialmente los movimientos sociales, son protagonistas de su tiempo histórico y se relacionan de maneras diversas con los cambios societales. Esta perspectiva pone en el centro el protagonismo de los actores y movimientos sociales como productores de la sociedad y, con este objetivo, también como productores de saberes y conocimientos. *Pensar con los actores* implica, por lo tanto, incorporar intencionalidades, racionalidades y subjetividades diversas y en disputa, algo central para vislumbrar las reacciones inmediatas a la crisis sanitaria, pero también las proyecciones futuras.

Nuestra cuarta premisa es la de una sociología pública y comprometida, que acompañe y contribuya a potenciar las luchas por justicia social, a la vez que genere contenidos accesibles a un público amplio. Si lo primero se da principalmente en la generación de espacios de articulación y coproducción de conocimiento entre universidades y movimientos sociales, lo segundo se materializa en nuestro proyecto “Open Movements”, hospedado por la plataforma “Open Democracy”. Desde hace cinco años, tratamos de fomentar, a través de este canal, la publicación y la circulación de textos concisos y directos por parte de activistas e investigadores de todo el mundo. Es una manera de intentar traducir a sectores diversos de la sociedad (más allá de la academia y de los propios movimientos), los resultados de experiencias colectivas y de investigaciones, llegando a la ciudadanía, a periodistas, a formuladores de políticas públicas, entre otros públicos. Si el momento actual está marcado por intentos de deslegitimación y de criminalización del pensamiento crítico por parte de diversos gobiernos autoritarios, la salida no puede ser ponerse a la defensiva y volcarse hacia adentro de la comunidad científica, sino lo contrario.

De la pandemia al cambio social

Durante los primeros meses de la pandemia global se han publicado miles de artículos, ensayos e incluso algunos libros sobre el coronavirus y el mundo contemporáneo. Los debates intelectuales y políticos oscilaron, en general, entre el *corona-optimismo* y el *corona-pesimismo*. En el primer caso, se celebraron las muestras renovadas de solidaridad, la enésima muerte del capitalismo, los aprendizajes positivos que la vivencia de la pandemia podría generar (como vivir mejor con menos o el reparto más equitativo del cuidado) y la rearticulación de iniciativas locales y sujetos colectivos. Ya en el segundo, se enfatizaron los efectos más deletéreos de la pandemia: el egoísmo y el utilitarismo, el mayor control social, las restricciones de libertad y el deterioro en las condiciones de vida.

Otras dos marcas importantes del debate global fueron la *urgencia del presente* y la *miopía de lo visible*. En lo que se refiere al primer punto, a la necesidad de actuar políticamente con apremio ante una situación extraordinaria, se crearon iniciativas interesantes, pero también lecturas que estuvieron marcadas por la perentoriedad y la rapidez. Se escuchaba frecuentemente en los conversatorios y foros virtuales: “ahora sí se ha acabado la modernidad”, “Nada será como antes” o incluso, en una versión más exagerada e irónica, “la historia mundial a partir de ahora se dividirá entre un nuevo A.C y D.C: antes del ‘corona’ y después del ‘corona’.

Por otro lado, siguiendo tendencias más amplias de la prensa y de las posiciones oficiales, muchos análisis acabaron centrándose demasiado o casi exclusivamente en los datos, gráficos y tablas. Contar el número de contagios y muertos y compararlos con otros lugares se convirtió prácticamente en una obsesión, mientras todos parecíamos ya expertos en analizar las tendencias y evoluciones de crecimiento o achatamiento de curvas. Si bien todo eso se relaciona directamente con las políticas adoptadas en cada lugar, para muchos la política se resumiría a la gestión de la crisis sanitaria y sus efectos,

mientras las protestas y resistencias sociales se ceñirían al activismo digital o a cacerolazos en los balcones. En definitiva, lecturas que ante un virus invisible acaban secuestradas por la dimensión más “visible” de la pandemia asociada al control de la crisis sanitaria.

Nos posicionamos de manera contraria a estas tendencias por tres motivos. Primero, aunque hay argumentos sólidos tanto entre los “corona-optimistas” como entre los “corona-pesimistas”, hay que asumir el carácter profundamente contradictorio de este momento histórico. Hay muchos peligros, pero también algunas oportunidades. La pandemia puede servir como una alarma y las derivaciones de sus señales dependerán siempre de los actores y su capacidad para influenciar los rumbos del mundo que viene, pero también de muchas disputas y conflictos, cuyos resultados son siempre imprevisibles. De esta manera, lo que se denomina como “nueva normalidad” es, en sí mismo, un proyecto de reconstrucción del capitalismo que se escuda en la inquietud de muchas personas de recuperar la sociabilidad y el empleo.

Asimismo, tendemos a sobrestimar la capacidad de cambios sistémicos cuando estamos inmersos en acontecimientos y crisis que marcan cambios de rumbos. Si bien las ventanas de oportunidad son reales, nos inclinamos a magnificarlas y a creer que todo cambiará radicalmente. Eso no es necesariamente así. Es fundamental abrirse a lo nuevo, pero también tratar de captar las continuidades, adaptaciones e innovaciones. Salir de la urgencia del presente como mirada cortoplacista para, en su lugar, movilizar acciones e interpretaciones más amplias, la historicidad de los actores y la procesualidad de la vida social y política. Buscar, en definitiva, distinguir aquello que sería característico de la pandemia de lo que puede quedar después, y lo que no. La urgencia existe y se relaciona, principalmente, con la necesidad de políticas que prioricen la justicia ecosocial en un contexto que tiende a acentuar las desigualdades o a incorporar, una vez más, lo “verde” como maquillaje sin preocupaciones por la equidad y la justicia. Sin embargo, lo urgente no nos puede hacer olvidar lo

importante, ni tampoco atarnos en una espiral que nos impida construir transiciones y horizontes utópicos.

Por fin, un tercer elemento tiene que ver con la importancia de considerar y rastrear las placas tectónicas de la sociedad, las insatisfacciones que emergen desde comunidades y colectividades diversas, pero que apenas tienen calado en las noticias de los grandes diarios. En otras palabras, mirar no solo a lo visible, sino a lo invisibilizado en tiempos de la pandemia. Eso se puede hacer de diversas maneras. En nuestros trabajos y en buena parte de este libro, eso se busca reconstruir a partir de las agendas, dinámicas y protestas comunitarias, de activismos diversos y de movimientos sociales. De ahí, pueden surgir no solo pistas relevantes sobre los conflictos emergentes, como también salidas diferentes a la crisis.

Seis desafíos ante la pandemia

El material aquí reunido ha sido escrito, como todo lo que se ha producido en este momento, al calor de los acontecimientos. Se podría argumentar que ante una coyuntura que se mueve de forma tan acelerada, el libro quedaría desfasado rápidamente. Eso puede ser parcialmente cierto, pero igualmente importante es disponer, en el futuro, de materiales que logren reconstruir minimamente las visiones y las disputas existentes en este momento histórico de pandemia del coronavirus. De todos modos, para que los textos no sean simplemente descripciones coyunturales, hemos solicitado a los autores que también trataran de apuntar a cuestiones, tendencias y proyecciones más amplias. Con esta intención, se ha movilizad un amplio arsenal de posibilidades teóricas y epistemológicas desde las ciencias sociales y del pensamiento crítico, con el objetivo de lograr una comprensión más global de la pandemia. Como resultado, el libro está estructurado en seis partes que coinciden con misiones centrales de las ciencias sociales ante la pandemia y nuestro tiempo.

Las respuestas políticas a la pandemia y la gobernanza de la Covid-19

El primer bloque del libro aúna contribuciones que analizan las formas en que los regímenes políticos y los gobiernos nacionales han abordado la propagación del virus y la crisis sanitaria, y cómo esto revela ambivalencias, concepciones, debilidades y posibilidades en el enfrentamiento al coronavirus.

Los Estados nacionales se han impuesto como los principales actores encargados de hacer frente a la pandemia, movilizándolo de forma masiva. El Estado interventor fue reivindicado hasta por los neoliberales. Con él vinieron, en buena parte de los casos, las políticas de protección social y sanitaria, pero también los militares en las calles, los estados de emergencia en los que todo se suspende y la instalación de una peligrosa narrativa bélica. Y es que la vigilancia permanente (de las formas más clásicas a los rastreos digitales y drones), el control y el manejo de *big data*, los nuevos dispositivos de reconocimiento facial y otras formas sofisticadas de control social no se profundizaron solo para combatir a un virus. Medidas de concentración de poder adoptadas para combatir la Covid-19 pueden incluso ser necesarias para posibilitar el atendimento público de la salud y la “protección” de la población. Sin embargo, hay una frontera muy tenue entre eso y las prácticas autoritarias.

Durante la última década, hemos sido testigos de la emergencia y del fortalecimiento de líderes populistas y/o autoritarios que han puesto el nacionalismo, las agendas regresivas y la militarización de la vida en el centro de la agenda política mundial. Ante la pandemia, no han dado un paso atrás, sino que en la mayoría de los casos se han radicalizado. No obstante, también han sido frontalmente desafiados ya que el virus no puede reducirse a una gripe sencilla ni encapsularse en noticias falsas. Por ejemplo, los primeros fracasos del partido comunista chino para hacer frente a la nueva enfermedad apuntaban a las limitaciones de los regímenes autoritarios. No obstante, por más que la posibilidad de rebrotes sea inminente hasta

que no se encuentre una vacuna, el gobierno chino ha lidiado con la epidemia y ahora utiliza su experiencia y la ayuda internacional que brinda a otros países para fortalecer su diplomacia y sus redes comerciales.

La pandemia ha revelado, por lo tanto, no solo las fortalezas, sino también las limitaciones de los Estados y de los sistemas políticos nacionales. La falta de eficiencia de un gobierno nacional o los discursos reiterados de un líder estatal burlándose de la pandemia y retrasando las medidas de bloqueo pueden provocar cientos o miles de muertes adicionales. A pesar de innumerables advertencias, la mayoría de los gobiernos no han evaluado la importancia de la pandemia a tiempo y no han brindado protecciones básicas contra la propagación del virus a sus trabajadores de la salud, sin mencionar a toda la población. Frente a la crisis sanitaria, cada gobierno ha establecido su propia necropolítica. De esta forma, han dado menos oportunidades para que algunas personas puedan hacer frente al virus que otras. Incluso en los casos de aquellos que dicen que las vidas importan, vemos cómo las personas mueren en las periferias, en sus casas o en hogares de ancianos sin ninguna asistencia o sin aparecer en las estadísticas oficiales de la mayoría de los países.

Las respuestas estatales, además, han sido diversas y han variado según los perfiles de los regímenes políticos. Si en algunos casos primó un capitalismo de Estado autoritario, en otros la cara más social del Estado se asomó. Buena parte de los análisis sobre la gestión estatal de la crisis buscaron subrayar los casos de “éxito” y de “fracaso”. La variable principal, para ello, fue la contención de los casos de contagiados y de muertos. Por supuesto, puede haber estrategias más acertadas que otras y casos en los que el negacionismo, unido a la incompetencia (en esto es difícil ganarle a Bolsonaro y a Trump), ofrecen la peor cara de las respuestas ofrecidas. Pero no podemos olvidar que en el caso de los Estados dependientes de la periferia y la semiperiferia mundial, las dificultades para afrontar la pandemia son todavía mayores: sistemas de salud pública prácticamente

inexistentes, derecho al agua socavado, viviendas precarias y ultrapobladas en las periferias urbanas y capacidades estatales limitadas.

Las dimensiones sociales de la pandemia

Si bien el virus puede afectar a cada ser humano, la pandemia nos afecta de manera muy diferenciada y la forma en que se trata el virus está estrechamente relacionada con factores sociales. La Covid-19 exacerba estas desigualdades entre países y entre marcadores centrales de estratificación, como los de clase, etnia, raza y género. Los científicos sociales, y entre ellos los autores de la segunda parte del libro, subrayan estas desigualdades, los impactos del coronavirus en diferentes ámbitos de la vida social y el surgimiento de redes y de solidaridades en este contexto difícil.

En todos los continentes, y en particular en países brutalmente afectados por la pandemia como Brasil, Estados Unidos, India, Reino Unido y Rusia, las minorías y los sectores empobrecidos han sido mucho más afectados por el virus. Buena parte de los gobiernos y la propia Organización Mundial de la Salud han tratado de diferenciar los datos existentes de contagio y de muerte por edad, lugar y sexo. La concentración de casos en determinados lugares periféricos, fuertemente racializados y donde viven las camadas más populares, ilustra bien esa realidad. Se habla habitualmente de la población con edad más avanzada como aquellos más vulnerables, pero poco se dice que ser negro en Brasil o afroamericano en Estados Unidos sí significa pertenecer a una “población de riesgo”.

Si asociamos, por lo tanto, los sistemas de discriminación, opresión y dominación a los datos objetivos y a los elementos subjetivos vinculados a la pandemia, se vuelve central una mirada interseccional que permita comprender cómo se experimenta la crisis y por qué la forma en que la enfrentamos es profundamente injusta y generadora de más asimetrías.

Apuntar a estas crecientes desigualdades sociales es fundamental para darle mayor centralidad a las dimensiones sociales de la

crisis e influenciar políticas que puedan minimizar sus impactos entre aquellos que no tienen acceso al agua, no pueden comprar alimentos, no tienen trabajo o tienen dificultades en mantener el pago de un alquiler. La contracara de estas realidades son las políticas de tributación solidaria como los impuestos a la herencia, a las grandes fortunas y a los mega emprendimientos; o políticas de ayuda social como la renta básica universal para tratar de remediar la pobreza extrema y las adversidades de la crisis. Estas y otras propuestas, como aquellas que tratan de avanzar en el cambio de un sistema agroalimentario absolutamente injusto a partir del marco de la soberanía alimentaria, son, en alguna medida, consecuencia de la articulación de los movimientos sociales y del trabajo de incidencia de las ciencias sociales en la política.

Movimientos sociales en tiempos de pandemia

Las contribuciones de la tercera parte del libro examinan, a su vez, las posibilidades transformadoras y los límites de los movimientos sociales frente a la crisis multidimensional y a la vida social fragmentada que ésta ha generado. Los movimientos comunitarios y populares juegan un papel especialmente relevante en el plano de la solidaridad para garantizar que las personas más vulnerables no sean abandonadas. Han surgido redes de solidaridad y apoyo mutuo en barrios y ciudades, en muchos casos dinamizadas por grupos y movimientos preexistentes, aunque en otros creadas por nuevas iniciativas ciudadanas a partir de situaciones concretas y demandas materiales emergentes en la crisis. Otras tendencias importantes de los movimientos sociales durante la pandemia fueron el fortalecimiento de la centralidad de los movimientos ecologistas y de justicia climática, bien como las redes vinculadas a la economía social y solidaria y la agroecología, que insisten en la necesidad de construir una economía relocalizada y generar un cambio radical en el sistema alimentario. Los movimientos feministas, por otro lado, también han sido fundamentales para ubicar el cuidado

en el centro de la vida e insertarlo en las agendas sociopolíticas tras la amplia visibilidad del reparto desigual de las tareas del cuidado provocada, por ejemplo, por la dinámica del trabajo durante la pandemia.

Sin embargo, no todo lo que se ha movido a nivel de iniciativas colectivas en tiempos de pandemia apunta a la justicia social. Movimientos conservadores y reaccionarios también han sido muy activos durante el *lockdown* y más allá. El racismo ha aumentado en todas las regiones del mundo desde el comienzo de la pandemia, dirigido a trabajadores migrantes en la India o en China, a afroamericanos y asiático-estadounidenses en Estados Unidos y, en todo el mundo, a refugiados, minorías y personas pobres acusadas de propagar la pandemia por no mantener el aislamiento físico. Las teorías de la conspiración se extendieron, propagándose por las redes sociales, dando lugar a una “infodemia” sin precedentes. En varias ciudades, activistas de extrema derecha establecieron iniciativas en los vecindarios durante el brote de coronavirus para apoyar a su “propia gente” y a los “ciudadanos de bien”, mientras atacaban a los trabajadores migrantes, extranjeros o habitantes de barrios marginales por supuestamente propagar el virus. Asimismo, protestaron en varias partes del mundo contra las políticas de aislamiento físico, incluso cuando la pandemia estaba en su apogeo. En Estados Unidos hubo manifestaciones, apoyadas por Trump, contra el cierre de negocios en la mayoría de las capitales de los estados. En Brasil, el presidente Bolsonaro no solo insufló, sino también participó en protestas contra las medidas sanitarias impuestas por los gobernadores estatales. En Alemania, los manifestantes incluyen activistas antivacunas, antisemitas y ultraliberales que enmarcaron el *lockdown* como el primer paso de un supuesto golpe impuesto por Angela Merkel.

Finalmente, la crisis sanitaria y las restricciones a la movilidad han acentuado la digitalización de muchos aspectos de nuestra vida cotidiana, desde la amistad hasta el trabajo, pasando también por las formas de protesta. Si bien el activismo digital ya se había convertido

en un componente cada vez más importante de los movimientos sociales en las últimas dos décadas, la pandemia fomentó una digitalización todavía mayor de los movimientos sociales y las formas de protesta. Éste ha jugado un papel importante en la formación y en la dinamización de acciones, redes y organizaciones colectivas. La difusión masiva de *smartphones*, incluso en los barrios periféricos y en las clases populares, convirtió las redes sociales en una herramienta utilizada también por los movimientos barriales. Aunque las redes digitales están impregnadas de noticias falsas, también ofrecen un espacio para difundir análisis alternativos y contra-información sobre prácticas que son profundamente territorializadas. De esta manera, incluso en tiempos de pandemia, es importante considerar el activismo *online* en su entrelazamiento con las experiencias de los activistas, las sociabilidades construidas y las dimensiones *offline* de los proyectos de ayuda mutua.

“The Covid-19 will not kill the revolution”: protestas y pandemia

El brote de Covid-19 ha interrumpido una ola histórica mundial de movilizaciones ciudadanas. Desde principios de 2019, oleadas de protestas semanales invadieron las calles de varios países del mundo. Pensemos en el *Hirak* en Argelia, en los *chalecos amarillos* en Francia o en las manifestaciones pro-democracia en Hong Kong. Pero también en los jóvenes iraquíes que ocuparon las calles cada semana para exigir oportunidades de trabajo y más democracia. O en las valientes mujeres y hombres de Sudán que pusieron fin a una dictadura feroz; en los libaneses saliendo a las calles de forma masiva para poner fin a un sistema político corrupto y confesional. A su vez, en América Latina, masivas protestas populares ocurrieron en Colombia y, principalmente, en Ecuador y en Chile contra el neoliberalismo y las desigualdades.

¿Qué ha pasado con todo eso durante la pandemia? Buena parte de las protestas semanales o el despliegue masivo de estas acciones de contestación se han interrumpido temporalmente. Sin embargo,

como lo demuestran los autores y las autoras de la cuarta parte del libro, más allá de las tesis habituales sobre la imposibilidad de protestar en el espacio público, vemos cómo en muchos países no solo siguieron las protestas, aunque con menor intensidad, sino cómo surgieron nuevas formas de movilización social, de solidaridades y vínculos comunitarios y de mediaciones políticas. Se mantuvieron movilizaciones episódicas, incluso bajo represalias autoritarias de los gobiernos para hacer cumplir el confinamiento o encuadrar las manifestaciones como “actos terroristas” o como atentados contra el estado de emergencia.

A pesar de las restricciones y dificultades inherentes a la protesta en un contexto como el de la pandemia, algunas lecciones importantes emergen de las experiencias vividas, entre ellas el diagnóstico de muchos activistas y grupos de que hay otros factores (como el machismo, el racismo, entre otros) que matan más que el virus. La protesta y la revuelta siempre se pueden desplegar a través de algún evento catalizador, incluso en momentos improbables como una pandemia. Este fue el caso, el 25 de mayo de 2020, del brutal asesinato de un hombre afroamericano, George Floyd, por un policía blanco en Minneapolis, que desató un ciclo de protestas antirracista sin precedentes en Estados Unidos desde las luchas por los derechos civiles en la década de 1960, impactando todo el mundo.

Es previsible que las protestas sigan expandiéndose en el mundo en los próximos tiempos frente a inminentes consecuencias sociales, políticas y económicas de la crisis mundial. Todavía es pronto para decir qué carácter puede tener un eventual nuevo ciclo global de protestas después de la pandemia. Lo que sí es posible examinar ahora –y es lo que trata de hacer este bloque del libro– es la protesta en el momento pre-pandemia, es decir, los procesos de movilización desatados en la coyuntura inmediatamente anterior a la crisis sanitaria. E incluso en estos casos, aunque la pandemia haya desactivado los repertorios públicos de contestación, no necesariamente apagó el espíritu que movió estas manifestaciones.

La batalla por futuros alternativos

La quinta parte del libro analiza la relación entre la pandemia como una crisis social, política y ecológica global y la apertura de nuevos horizontes históricos. Valora cómo la crisis y la forma en que los actores sociales la abordan pueden tener consecuencias a largo plazo, disputando los sentidos de las narrativas más convencionales sobre la pandemia y sus salidas posibles. Como consecuencia, se abren escenarios en disputa y se bosquejan caminos y propuestas de futuros alternativos en el mundo post-pandemia.

Como una crisis global de consecuencias y dimensiones inesperadas, la pandemia del nuevo coronavirus ha abierto nuevos horizontes de posibilidades y puede ser aprovechada como una oportunidad para remodelar el mundo de una manera diferente. Demandas e imaginarios que tenían poca cabida antes de la pandemia, pasan a ganar más visibilidad. Muchos enfatizan la necesidad de un mundo más sensible y atento a los derechos humanos, los cuidados y lo comunitario, además de a sistemas públicos de salud más fuertes. Sin embargo, la batalla por un mundo mejor, más verde y menos desigual, capaz de articular justicia redistributiva con justicia ambiental, étnica y de género, será muy ardua. Más allá de abrir nuevos horizontes y tratar de disputar los significados y las salidas a la crisis, hará falta mucha movilización, presión y articulación política global.

Por un lado, la izquierda global no vive su mejor momento. Por otro, por más que destaquemos las voces críticas, la forma en que se ha manejado la pandemia hasta ahora ha privilegiado la competencia sobre la solidaridad tanto en la sociedad como entre las naciones. Los más ricos intentarán salir más fortalecidos de la crisis, mientras se refuerzan las políticas de austeridad y de ajuste. En lugar de una mayor solidaridad a nivel nacional e internacional, la pandemia puede llevar a individuos y Estados a priorizar la protección de su propia comunidad sobre el bien común. Estas tensiones y conflictos son discutidos por los autores que integran esta sección del libro, que

apuntan también a algunos los principales nudos en las batallas por transformaciones a nivel personal, colectivo y societal.

Desafíos para el pensamiento crítico

La pandemia representa, finalmente, un enorme desafío para el pensamiento crítico. Tratar de desnudar los intereses y proyectos existentes por detrás del proyecto político-económico de la “nueva normalidad” es quizás el primero de estos desafíos. Más allá del diagnóstico y de la crítica como denuncia, también es necesario acompañar y escuchar, de forma activa y permanente, las voces de las resistencias. Tratar de aprehender las tensiones y las disputas, vislumbrar los escenarios posibles y los puntos ciegos. En lo que se refiere a la amplitud de la mirada, en foco en lo concreto y en lo local, no puede ser incompatible con una perspectiva global, como la sugerida por este libro, que se traduce en una apertura a un diálogo intercultural y a aprendizajes a partir de tradiciones intelectuales y políticas diferentes a las nuestras.

El “confinamiento” intelectual de miradas provincianas ayuda poco y sirve, además, para reproducir visiones exógenas y, a veces, coloniales y eurocéntricas. Por ejemplo, mucho se ha hablado durante la pandemia sobre el “riesgo”. Lo que muchas veces se plantea como “riesgo global” en el debate intelectual no es más que la construcción de una concepción particular de riesgo de las sociedades occidentales, impregnada de imaginarios locales sobre la “normalidad”. Además, esta “normalidad” de unos ha implicado siempre la “crisis” de otros. La “seguridad” de unos no existiría sin la “inseguridad” de otros. Bajo este paraguas, el riesgo en Europa y en Occidente como un todo se ha construido bajo una *illusio* elitista y restringida que protege a unos mientras excluye a otros.

Es responsabilidad del pensamiento crítico contemporáneo avanzar en este terreno, pero también buscar la articulación de constelaciones teórico-políticas y nuevas formas de una *praxis colectiva*, es decir, de relación entre teoría y práctica. El pensamiento crítico

en los últimos años muchas veces quedó muy atado a determinadas concepciones políticas, cerrándose de forma dogmática y peligrosa. Eso ocurrió, incluso, en diferentes lugares del mundo gobernados y hegemonizados, durante mucho tiempo, por fuerzas progresistas. Sin embargo, su carácter independiente, aunque necesariamente comprometido, es fundamental, así como su anclaje con los problemas que emergen del suelo de las dinámicas sociales y no solo desde especulaciones filosóficas. La pandemia ha destapado un terreno fértil de agendas y cuestiones que necesitan ser afrontadas en todas sus consecuencias por el pensamiento crítico. Algunas de ellas son esbozadas en esta sección final del libro a modo de desafíos para el futuro próximo.

Ecos globales

No deja de ser paradójico que la pandemia *global* sea tratada principalmente a través de lentes estatales y de un fuerte nacionalismo metodológico. El argumento central, por parte de sus promotores, es doble: por un lado, cada país tendría sus propias particularidades (contextuales, históricas, de estructura social y de arquitectura política); por otro, serían los Estados los principales actores en dar respuestas la crisis sanitaria. Aunque estos dos puntos son inexorables, no pueden ser leídos de forma rígida, ni tampoco pueden ser óbice para la construcción de respuestas políticas y de interpretaciones más amplias.

Para muchos, la pandemia ha sido un tiempo de repliegue, de regreso a las sociabilidades más cercanas y a un área de vida y de interdependencia restringida. Buena parte de las familias se han aislado en sus hogares y la prioridad de la mayoría de los gobiernos nacionales ha sido tratar de garantizar la atención sanitaria para proteger a *su* población contra la Covid-19. Los Estados han cerrado sus fronteras. Los viajes y la movilidad se han reducido drásticamente. Grandes eventos internacionales han sido cancelados o pospuestos.

Es, por lo tanto, imperioso fomentar una perspectiva global multi-situada sobre este acontecimiento que impacta la vida de miles de millones de seres humanos. Sin embargo, proponer una perspectiva global no significa ceder a un “globalismo metodológico” o limitarse al macroanálisis, como muchas veces ocurre. Fomentar una perspectiva global tampoco significa descartar las demás escalas. Por el contrario, es crucial articular escalas y niveles de análisis, de lo local a lo global, y de la subjetividad personal a la globalización. Una perspectiva global adecuada requiere, de este modo, conocimientos empíricos, epistémicos y analíticos de diferentes regiones del mundo, integrándolos en un mismo esfuerzo cognitivo.

Si bien los artículos reunidos en este libro remiten a diferentes coordinadas, temas y realidades, invitamos a los/as lectores/as a procesarlos en conjunto, tratando de descifrar los *ecos globales* de la pandemia. La metáfora del “eco” alude aquí a cinco sentidos diferentes y complementarios:

(1) *Repetición*: La llegada de la actual pandemia abre el debate sobre su relación, similitudes y diferencias con pandemias previas en la historia (desde las más antiguas como la Peste Negra o la mal llamada “Gripe Española” hasta las más contemporáneas, como el *Severe Acute Respiratory Syndrome* – SARS). El eco global como repetición nos lleva a pensar que, a pesar de los diversos avisos sobre la necesidad de prepararnos para mitigar los efectos de una posible pandemia en un mundo fuertemente interconectado, la prevención no fue tomada en serio por los Estados y las élites políticas. Sin embargo, las cosas no se repiten nunca exactamente de la misma manera. Aunque haya habido muchas otras pandemias en la historia, ninguna de ellas es igual a las demás y se dan en escenarios societales y geopolíticos diferentes. Asimismo, la repetición, si proyectada hacia adelante, puede también significar que esta crisis puede repetirse en el futuro. Cuán preparados estaremos si eso vuelve a ocurrir es una pregunta que habrá que empezar a hacerse, antes que sea demasiado tarde.

- (2) *Imitación y reproducción*: Lo que se hace en un lugar sirve de referencia o de inspiración para otros, sea para evitarlo, sea para emularlo. Cuando el nuevo coronavirus, fue descubierto en la ciudad china de Wuhan en diciembre de 2019, la reacción de la gran mayoría de los países fue restarle importancia. Sin embargo, tan pronto la pandemia se fue extendiendo por el mundo, buena parte de la población vivió emociones similares (agobio, ansiedad, frustración, impotencia, miedo y perplejidad), mientras los gobiernos trataron de mirar hacia fuera para calibrar sus propias acciones. Lo que ocurría en otros países y las medidas tomadas por los demás gobernantes del mundo pasaron a servir como base para construir los parámetros internos. Aunque las cosas no funcionan de la misma manera en los diferentes lugares, “buenas prácticas” pudieron adaptarse, mientras que propuestas atropelladas fueron relativizadas o descartadas. De esta manera, el eco como imitación y reproducción presupone un entendimiento de la interconexión global de la pandemia y sus implicaciones en términos de difusión política.
- (3) *Sentido de difícil percepción*: Aunque muchas voces hayan tratado de darle diferentes sentidos a los contornos sociales y políticos de la pandemia, es imposible esbozar una lectura unívoca o definitiva. El eco, en esta acepción, evoca una auténtica ola semántica, con movimientos que van y vienen y que no están todavía sedimentados. Descifrar la pandemia y sus implicaciones mientras esta ocurre es, por lo tanto, un esfuerzo siempre parcial y provisional, cuyo sentido no está cristalizado o decantado. Resta así tratar de descifrar los múltiples significados de la crisis, las disputas políticas entorno a éstos, bien como las agendas, acciones y proyecciones de los actores sociales y políticos en la actual disyuntiva histórica.
- (4) *Resonancia y repercusión*: Aunque las consecuencias y reverberaciones de la pandemia puedan ser distintas y desiguales,

repercute fuertemente en diferentes ámbitos como una especie de “señal de alerta”: sobre el carácter del espacio doméstico, el reparto del cuidado y la gestión del tiempo en sociedades marcadas por la aceleración y la impronta del patriarcado; la imperiosa necesidad de defender los sistemas públicos de salud tras décadas de abandono y privatización, entre otras muchas cuestiones que resuenan constantemente en los debates contemporáneos.

- (5) *Oikos*: No solo eco del latín *echo*, sino también del griego *oikos*, es decir, *lo -eco* como casa, como “ámbito vital”. El *ecosistema* como la comunidad de seres vivos en la que nos relacionamos y habitamos un lugar común, *Gaia*. De hecho, hace ya bastante tiempo que luchas comunitario-territoriales y movimientos sociales, principalmente ecologistas e indígenas, denuncian que los desequilibrios ecosistémicos –causados por un modelo destructivo de desarrollo basado en el crecimiento económico permanente, en la velocidad de la globalización capitalista y en el consumo desenfrenado– nos abocarían no solo a un deterioro global que conllevaría a muchos riesgos a la salud y a la vida, sino también a una ruta acelerada hacia el colapso. Esta última acepción del eco, entendido como *oikos*, acentúa la centralidad de la lucha contra el antropoceno, pero también subraya nuestra fragilidad y vulnerabilidad ante un mundo cada vez más imprevisible y volátil.

Agradecimientos y plataformas para un diálogo global en las ciencias sociales

Las semillas del presente libro remiten al proyecto editorial Open Movements, una iniciativa del Research Committee on Social Classes and Social Movements (RC-47) de la Asociación Internacional de Sociología, creada en 2015 en asociación con Open Democracy, plataforma digital independiente conocida mundialmente. Desde

los inicios del proyecto, fueron publicados más de 200 artículos de todas las regiones del mundo, que trataron de dialogar con sus premisas intelectuales de “abrir” el debate sobre los movimientos sociales de cinco formas diferentes: a los cambios societales; al diálogo con el Sur; a la combinación de escalas y niveles de análisis forjando una sociología global; al aprendizaje y actuación con y desde los movimientos; y a la sociología pública.

Algunos de los artículos aquí incluidos fueron publicados originalmente en *Open Movements*. Otros fueron escritos expresamente para este libro. A todas/os las/os autoras/es se les pidió lo mismo: un texto corto y directo, escrito en lenguaje accesible para un público amplio, en el cual pudieran sintetizar sus argumentos sobre temas diferentes relacionados a la pandemia. Sus contribuciones se basan en investigaciones sustantivas y en el acompañamiento de realidades concretas y nos proporcionan herramientas para comprender la crisis y los desafíos que plantea. Queremos agradecer especialmente a Rosemary Bechler por todo su apoyo a nuestro proyecto dentro de Open Democracy y también a Francesc Badia por la amabilidad y colaboración permanente con *Democracia Abierta* en los últimos años.

Otro pilar importante para la concepción y la ejecución del libro es la cooperación entre tres instituciones claves de las ciencias sociales en América Latina y en el mundo: la Asociación Internacional de Sociología (ISA), la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). La cooperación entre referentes regionales y mundiales muestra una disposición a la colaboración que viene creciendo, felizmente, en los últimos años. Tras décadas de intercambios más informales, ALAS y CLACSO firmaron a principios de 2019 un acuerdo de cooperación para institucionalizar y potenciar la cooperación en ámbitos diversos, incluyendo el editorial. A finales del mismo año, se firma también un acuerdo entre ALAS, CLACSO e ISA para estrechar lazos de colaboración e intercambios. Como materialización de estos acuerdos, a mediados de abril de 2020, las tres instituciones organizaron el Conversatorio “Coronavirus y disputas por lo público y lo común”,

difundido virtualmente y visto por miles de personas. En junio de 2020, ALAS y CLACSO se unen, una vez más, para apoyar y presentar una iniciativa impulsada por un amplio grupo de personas y organizaciones sociales y políticas de América Latina: el Pacto Social, Ecológico, Económico e Intercultural para América Latina, también conocido como Pacto Ecosocial del Sur. Ahora, el presente libro aparece como una muestra más de esta cooperación interinstitucional.

Agradecemos a las máximas autoridades de estas tres instituciones, respectivamente a Jaime Ríos Burga, Karina Batthyany y Sari Hanafi, por el apoyo al proyecto del libro, pero también por la voluntad de promover y de dar más visibilidad a las contribuciones de las ciencias sociales y del pensamiento crítico de América latina a las ciencias sociales y al pensamiento crítico globales. En CLACSO, además, agradecemos a Pablo Vommaro, a Nicolás Arata y a María Fernanda Pampín por su crucial papel para que este proyecto llegara a buen puerto. Margot Achard, a su vez, fue decisiva en el soporte logístico a este proyecto colectivo tan complejo por involucrar una enorme diversidad de autores/as e idiomas. Por fin, las traductoras de Democracia Abierta y muy especialmente María Paula Vasile han sido fundamentales por la cuidadora traducción de más de la mitad de los artículos del libro, originalmente escritos por sus autoras/es en inglés, francés o portugués.

Aunque resulte muy difícil, esta es una cuestión estratégica. Como hemos tratado de argumentar, solo habrá una salida más justa a la pandemia y a la crisis si fortalecemos los diálogos globales, en los terrenos científico, intelectual y político. No basta solo con sumar algunos países, sino promover activamente la circulación y la confrontación de ideas y propuestas. A lo largo del último cuarto de siglo, desde el surgimiento del movimiento neozapatista en México, los movimientos indígenas, campesinos, ecologistas y feministas latinoamericanos se volvieron una fuente de inspiración para las luchas sociales del mundo. A su vez, el pensamiento sociopolítico de la región también tiene varias contribuciones relevantes para ofrecer al mundo, que no cesaron con la teoría de la dependencia, ni tampoco

se resumen al debate sobre la colonialidad. Si construimos un libro con perspectiva global con amplio espacio para contribuciones latinoamericanas y del Sur Global, lo hacemos por reivindicar el papel de las y los actores, intelectuales e investigadores que no suelen estar incluidos en esfuerzos de este tipo. Que vengan muchos otros.

Primera parte

La gobernanza de la Covid-19, regímenes políticos y la ambivalencia de los estados

El coronavirus y nuestra contemporaneidad

Boaventura de Sousa Santos

El coronavirus es nuestro contemporáneo en el sentido más profundo del término. No es solo porque es simultáneo, es decir, que ocurre en el mismo tiempo lineal que nuestras vidas. Él es nuestro contemporáneo porque comparte con nosotros las contradicciones de nuestro tiempo, el pasado que no ha pasado y el futuro que vendrá o no. Esto no significa que él viva en la actualidad de la misma manera que nosotros. Hay diferentes formas de ser contemporáneo. Por ejemplo, el campesino africano es contemporáneo del ejecutivo del Banco Mundial que fue a evaluar las condiciones de inversión internacional en su territorio.

En los últimos cincuenta años se ha acumulado un repertorio extremadamente diverso de problematizaciones alrededor de la noción de contemporaneidad. Muy diferentes entre sí, todas estas nociones han llegado a cuestionar las concepciones dominantes de progreso y de tiempo lineal heredadas de la Ilustración europea de los siglos XXVIII y XIX. Estas concepciones buscaban reducir la contemporaneidad a lo que coincidía con la forma de pensar y vivir de las clases

dominantes europeas. Todo lo demás se consideraba desperdicio o basura histórica.

El proceso histórico que puso en tela de juicio esta estrecha concepción de la contemporaneidad fue, a la vez, muy dramático y muy esperanzador. Incluía, por un lado, el colonialismo histórico y la partición de África, dos guerras mundiales y la bomba atómica; y, por otro lado, las luchas de liberación anticoloniales, el socialismo como alternativa al capitalismo, los movimientos sociales, la consolidación de los pueblos indígenas como sujeto histórico, la expansión del imaginario democrático y las luchas por la diversidad sexual y etnorracial, etc. Todo esto resultó en una constelación de conceptos de contemporaneidad que, aunque muy diferentes entre sí, convergieron en la superación de la concepción estrecha de la contemporaneidad.

Tanto el pensamiento centrado en el Norte y el Oeste, como el pensamiento centrado en el Sur y el Este, contribuyeron a la construcción del amplio concepto de contemporaneidad. De forma algo arbitraria, en el primero, destaco las obras de Rosa Luxemburgo, Walter Benjamin, Theodor Adorno, Ernst Bloch, Michel Foucault, Reinhart Koselleck, Giorgio Agamben, Bruno Latour, Bruno Fabour, Johannes Fabian y Marx Augé. En el segundo grupo, destacaría los trabajos de José Carlos Mariátegui, Leopold Senghor, Mahatma Gandhi, Aimé Césaire, Frantz Fanon, Amílcar Cabral, Joseph Ki Zerbo, Ngugi Wa Thiongo y Silvia Rivera Cusicanqui. Este segundo grupo tiene el potencial de incluir conocimiento oral, anónimo, africano, indígena, campesino, feminista, popular, etc. Es una inmensa constelación de concepciones entre las cuales aún no se han llevado a cabo traducciones interculturales y diálogos o ecologías de conocimiento y temporalidades.

Lo que es característico de la nueva concepción de la contemporaneidad es una visión holística sin ser unitaria, diversa sin ser caótica, que generalmente apunta a la copresencia de lo antinómico y lo contradictorio, lo bello y lo monstruoso, lo deseado y lo no deseado, lo inmanente y lo trascendente, lo amenazante y lo auspicioso, el miedo y la esperanza, el individuo y la comunidad, lo diferente y lo

indiferente, y la lucha constante por encontrar nuevas correlaciones de fuerza entre los diferentes componentes del conjunto.

Desde los tiempos contemporáneos, la reinención permanente del pasado y la aspiración siempre incompleta del futuro son parte de las tareas que concebimos como “el presente”. Agentes sociales tan diversos como artistas y pueblos indígenas han demostrado que el presente es un palimpsesto, que el pasado nunca pasa o nunca pasa completamente, y que mirar hacia atrás y reflexionar sobre las experiencias acumuladas puede ser una forma efectiva de mirar hacia el futuro.

Es cierto que durante mucho tiempo las epistemologías del Norte trataron de suprimir, devaluar o hacer invisible esta inmensa riqueza, pero progresivamente y a medida que las epistemologías del Sur se abrieron paso, se hizo más fácil adoptar una concepción amplia de la contemporaneidad. De esto se desprende que esta concepción es muy consciente de las ideologías dominantes que lo alimentan y los modos modernos de dominación económica, social y política, especialmente el capitalismo, el colonialismo y el patriarcado. *Ser contemporáneo* es ser consciente de que gran parte de la población del mundo es contemporánea con nuestra contemporaneidad por la forma en que tiene que sufrirla o soportarla.

Un virus ultracontemporáneo

En esta amplia constelación de contemporaneidades, el nuevo coronavirus actualmente asume un valor ultracontemporáneo. Ser contemporáneos del virus significa que no podemos entender lo que somos sin entender el virus. La forma en que el virus emerge, se propaga, amenaza y condiciona nuestras vidas es fruto del mismo tiempo que nos hace ser lo que somos. Son nuestras interacciones con los animales y, sobre todo, con los animales salvajes que lo hacen posible. Se extiende por todo el mundo a la velocidad de la globalización.

Sabe cómo monopolizar la atención de los medios como el mejor experto en comunicación social.

Descubrió nuestros hábitos y la proximidad social en la que vivimos para afectarnos más duramente. Le gusta el aire contaminado con el que hemos estado infestando nuestras ciudades. Aprendió con nosotros la técnica de los drones y, como ellos, es insidioso e impredecible. No sabemos dónde y cuándo ataca. Se comporta como el 1% más rico de la población mundial, un hombre todopoderoso que no depende de los Estados, no conoce fronteras ni límites éticos. Deja leyes y convenciones a los mortales humanos, ahora más letales que antes precisamente por su presencia no deseada. Es tan poco democrático como la sociedad que permite tamaña concentración de riqueza. Al contrario de lo que parece, no ataca indiscriminadamente. Prefiere poblaciones empobrecidas, víctimas del hambre, falta de atención médica, condiciones de vida, protección en el trabajo, discriminación sexual o etnorracial.

No ser deseado no le hace menos contemporáneo. La monstruosidad de lo que repudiamos y el miedo que nos causa es tan contemporáneo como la utopía con la que nos confortamos y la esperanza que nos brinda. La contemporaneidad es una totalidad heterogénea, internamente desigual y combinada. Considerar el virus como parte de nuestra contemporaneidad implica tener en cuenta que, si queremos deshacernos de él, tendremos que abandonar parte de lo que más nos seduce en la forma en que vivimos. Tendremos que cambiar muchas de las prácticas, hábitos, lealtades y frutos a los que estamos acostumbrados y que están directamente relacionados con la aparición recurrente y la letalidad creciente del virus. En otras palabras, tendremos que cambiar la matriz contemporánea, asegurándonos de que las poblaciones que más sufren las formas dominantes de contemporaneidad son parte de ella.

La ultracontemporaneidad del nuevo virus se basa en algunas características particularmente interesantes. Primero, el nuevo virus desafía nuestra contemporaneidad de forma tan profunda que es legítimo ver una mega fractura abisal en él, un nuevo Muro de

Berlín. Un muro que esta vez no separa dos sistemas sociales y políticos, sino dos tiempos: el antes y el después del coronavirus. Si los cambios serán para bien o para mal es una pregunta abierta. Pero sin duda serán importantes. El breve período del final de la historia parece haber llegado a su fin.

En segundo lugar, el virus convierte el presente en un objetivo móvil, que consiste no solo en lo que podemos hacer o planear ahora, sino también en lo que resulta impredecible. El abismo actual, por ejemplo, desafía radicalmente a las compañías de seguros de salud. Si nos estamos moviendo hacia una sociedad donde habrá más y más riesgos, ¿por qué la protección contra riesgos “asegurables” no debería ser de responsabilidad de quienes nos protegen cuando los riesgos “insegurables” se materializan? (es decir, el Estado). ¿No es más eficiente y más justo pagar impuestos que pagar primas de seguro?

Tercero, el nuevo virus dramatiza la medida en que el pasado arcaico es parte de nuestro presente, tal como lo defiende Pier Paolo Pasolini. Este pasado presente reside en la atracción por los animales salvajes como símbolo de lo desconocido, por la apropiación y consumo o domesticación de lo que es totalmente extraño y, por lo tanto, tan amenazante como seductor. El presente surge como una historia anacrónica de la época en que los animales eran, por definición, salvajes, y constituían amenazas impredecibles y trofeos deseables. El virus es un reciclador que vincula el presente con el pasado remoto.

Finalmente, el coronavirus exagera el impulso apocalíptico (el presente como el fin de los tiempos) que ha ido ganando terreno, es decir, con la expansión de las religiones fundamentalistas, tanto judeocristianas como islámicas. Las perspectivas apocalípticas se basan en la idea de que tarde o temprano un evento catastrófico global terminará con la vida terrenal tal como la conocemos. En el caso de las religiones, el conocimiento exotérico en el que se basa dicha predicción es el conocimiento revelado por los mensajeros de la divinidad. En algunas versiones habrá una lucha entre el bien y el mal, y solo los fieles elegidos serán salvos. Pero lo apocalíptico también tiene una versión secular. Es un pesimismo histórico, a veces moralista,

otras nostálgico de un pasado recto, un pesimismo políticamente ambiguo, ya que puede traducirse en un registro de extrema izquierda (algo de anarquismo) o de extrema derecha (más común en los últimos tiempos). Se puede leer en Dostoievski, Nietzsche o Artaud.

El coronavirus se presta a la idea de un apocalipsis latente, que no se deriva del conocimiento revelado, sino de síntomas que predicen eventos cada vez más extremos, además de la convicción de que la sociedad, por mucho que se proponga corregir el rumbo de las cosas, acabaría siempre siguiendo el camino inevitable de la decadencia. La devastación causada por el virus parece apuntar a un apocalipsis en cámara lenta. El coronavirus alimenta la vertiente más pesimista de la contemporaneidad y esto debe tenerse en cuenta en el período inmediatamente posterior a la pandemia. Muchas personas no querrán pensar en alternativas a un mundo más libre de virus. Querrán volver a la “normalidad” a toda costa porque están convencidas de que cualquier cambio será para peor. A la narrativa del miedo habrá que contraponer la narrativa de la esperanza. La disputa entre las dos narrativas será decisiva. La forma en que se decida determinará si queremos o no continuar teniendo derecho a un futuro mejor.

Traducción de Breno Bringel

Coronavirus, riesgo y cambio social

José Maurício Domingues

Introducción

El mundo está atravesando una gran crisis que se superpuso a las enfermedades que ya acosan a las sociedades contemporáneas. El nuevo coronavirus y la enfermedad que provoca, la Covid-19 (SARS-2), ha alterado al mundo por completo. Impactó brutalmente en la salud humana, pero sus efectos son mucho más trascendentales. Para abordarlos, recurriré al debate sobre los *riesgos* y las *amenazas*, y luego evaluaré cómo las organizaciones globales estatales y paraestatales han enfrentado la crisis, específicamente a través del concepto de *capacidades*. Esos cambios pueden implicar en parte un verdadero cambio de modernidad, más allá de sus características actuales, aunque aún no se ha definido cómo se realizará.

Las elecciones y cuestiones políticas sostienen el desarrollo de mi argumento. A lo largo del texto, me referiré al modo de responder a ellas y, en los últimos párrafos, haré una formulación específica sobre el posible desarrollo posterior de la modernidad, junto con una teoría crítica, una perspectiva ampliamente concebida.

Riesgos y capacidades

Como es bien sabido, Beck ([1986] 1992, [1998] 1999) desarrolló el concepto de *sociedad del riesgo*. Aunque aborda muchos temas, su idea se aplica claramente al brote actual de coronavirus. Además, el “riesgo” se ha relacionado con la opinión de la Organización Mundial de la Salud (OMS) (McInnes y Roemmer-Mahler, 2017). Sin embargo, el comité establecido por el Banco Mundial y la OMS para enfrentar tales desafíos, la Junta de Monitoreo de Preparación Global (GPMB), en su informe de noviembre de 2019, advirtió sobre el riesgo de una pandemia viral. En la práctica, la sociedad del riesgo fue ignorada en gran medida por los gobiernos nacionales, en relación con la salud y las cuestiones económicas (GPMB, 2019, pp. 7 y ss.). El riesgo puede entenderse como la posibilidad calculable de que ocurra algún mal resultado específico que nos afecte, que muchas veces se formula estadísticamente (Ewald, 1986). En cualquier caso, incluso si los riesgos pueden permanecer invisibles, como sugirió Beck, y por lo tanto son incalculables, el riesgo actual de coronavirus fue muy visible y posiblemente calculable: se tenía certeza de que, después del SARS-1, MERS y H1N1, ocurriría un nuevo brote mortal. Pero ahora ya no enfrentamos riesgos. Estamos lidiando con una *amenaza concreta e inmediata*, y los efectos que produce: la propagación del nuevo coronavirus y la enfermedad que provoca (Covid-19). Además de eso, los optimistas apuestan que la crisis tendrá resultados positivos, pero los pesimistas les temen en términos económicos, sociales y políticos.

En estudios médicos y particularmente epidemiológicos, también han surgido estos problemas (Rosenberg, 2003, 1989; McMillen, 2016; Hammond, 2020, especialmente capítulo 7). En este aspecto, una epidemia puede definirse como una “amenaza” concreta descontrolada. Además, se comprende como una construcción social, lo que implica marcos interpretativos, percepción, experiencia y cuestiones morales, y se considera extremadamente real e incluso mortal. Como señaló Beck con respecto a los riesgos, afecta a las clases sociales,

los géneros, las etnias y las razas de manera diferente y desigual en todos los países, así como a los países de forma global. Los Estados han sido el principal instrumento para controlar la crisis epidémica y las respuestas a las pandemias han sido reguladas por tratados internacionales. La creación de la OMS en 1948 y su fortalecimiento en la década del 2000 permitieron que finalmente existiese una entidad global para enfrentarlos. Solo el Estado puede implementar las cuarentenas y el esquema de vacunación, así como el desarrollo del saneamiento para prevenir la propagación de enfermedades infecciosas en un pozo, mientras que su propagación global se convirtió en una preocupación compartida entre los Estados y la OMS (en un comienzo, para impedir las barreras comerciales y, luego, para garantizar la seguridad de los Estados y las poblaciones, como también el bienestar de estas últimas).

Sin duda, los mecanismos del mercado y las redes de solidaridad, como vemos en la crisis actual, han sido parte de los esfuerzos nacionales y mundiales para enfrentar estos problemas. Sin embargo, los Estados y la OMS (y más recientemente el Banco Mundial) se sitúan en el centro de las respuestas sociales a las enfermedades infecciosas. Para ello, utilizan lo que puede llamarse sus *capacidades*: 1) *impuestos*; 2) *gestión*; 3) *moldeo*; 4) *vigilancia*; 5) *coerción*; 6) *materialización*. También se basan en su *metacapacidad legal* (Domingues, 2019a, caps. 5, 7). Estas facultades no son neutrales y pueden utilizarse con distintos fines. Todas son esenciales para la “gobernanza en salud global” (Fidler, 2004).

Si bien es posible vincular la implementación de las capacidades estatales y paraestatales globales con los conceptos de “biopolítica” (el control de las poblaciones) de Foucault (2004), la administración y la prevención de riesgos de enfermedades infecciosas y las amenazas resultantes que se desarrollan de arriba hacia abajo (en conjunto con “disciplina” individual y “normas” conductuales generales), los derechos de las poblaciones también pueden estar en el centro de los nuevos esfuerzos para abordar la salud global. En estas líneas, se hará referencia al despliegue diferencial de capacidades de una u

otra forma. Además, la reconstrucción económica luego de (e incluso durante) la crisis actual mostrará aspectos que pueden fortalecer la solidaridad social o volver al patrón anterior de austeridad e individualismo neoliberal, acumulación financiera y modelos similares. Hasta ahora, el Estado ha tenido que elegir principalmente la primera opción. Del mismo modo, el nacionalismo o el globalismo pueden ser respuestas diferentes a la crisis y otras posibles en el futuro. Hasta ahora, a pesar de las actitudes xenófobas del presidente de Estados Unidos, Donald Trump, y la suspensión de los fondos a la OMS, así como el encubrimiento inicial de China, la primera opción ha sido ampliamente defendida. Mientras que en el pasado los ricos, a través del Estado, tenían que combatir la enfermedad de los pobres para estar seguros (Swann, 1988), la posibilidad de contener la propagación de enfermedades infecciosas a nivel nacional parece muy limitada, especialmente en un mundo tan globalizado.

Desarrollos en la actualidad

Permítanme repasar brevemente cómo se han movilizado cada una de estas capacidades, así como sus perspectivas futuras. Permítanme también resumir el problema de salud global.

En cuanto al aspecto impositivo, hasta ahora ha sucedido poco en relación con la crisis del coronavirus. Sin embargo, muy pronto este será un escenario crucial de definiciones y disputas. Gran parte del gasto estatal para hacer frente a la pandemia, sus efectos sobre la salud y la fuerte recesión económica que conllevan las medidas de aislamiento, puede pagarse simplemente mediante la emisión de dinero y la gestión de la deuda, pero es muy probable que se realice un aumento de los impuestos. En las últimas décadas, los ricos se han salvado y, de hecho, pagan mucho menos, mientras que los pobres, a través de los impuestos al consumo, y la clase media, cuyos ingresos están gravados, se han convertido en los principales pilares de la política fiscal. Es posible que esta situación continúe sin cambios, pero

es difícil imaginar cómo, al estar más empobrecidos y depender del Estado, puedan pagar más. Sin embargo, gravar a los ricos no será fácil. Este es un problema en la base del poder de clase y la redistribución actual que afecta a algunos de los principales resultados de la contrarrevolución neoliberal de fin de siglo. Se vincula estrechamente con el papel del capital financiero, con respecto a si su poder continuará siendo ilimitado.

La gestión, dentro del Estado y en cuanto a su intervención en la sociedad, nunca ha disminuido. Si el Estado respondió con relativa lentitud a la emergencia de la Covid-19, se debió en parte a la velocidad con que se propagó el virus, así como a la falta intencional (por omisión) de preparación denunciada por la GPMB. Tan pronto como sus efectos resultaron desastrosos, la gestión estatal intervino con firmeza y rapidez en cuanto a la recesión que comenzó rápidamente, en muchos casos de manera desconcertante en relación con los problemas de salud. Queda por ver si esto será suficiente.

¿Qué será de nuestro comportamiento individual y colectivo? ¿Cambiará la disciplina, individual y colectiva ante el virus? ¿Se volverá más intensa? En Beijing, las costumbres “civilizadas” están siendo impuestas por ley, por ejemplo, en relación con el uso de máscaras, pero en términos más generales, en cuanto a la vestimenta y a la defecación en espacios públicos. La mayoría de los gobiernos han hecho énfasis en la responsabilidad personal y su vínculo con la solidaridad (existen algunos casos atípicos, como Brasil y Bielorrusia). ¿Puede la crisis actual desafiar la “governabilidad” neoliberal y su individualismo extremo? Una vez más, la política tendrá que desempeñar una función importante, ya que lo que se elija después de la crisis (más austeridad o más política social, aunque no necesariamente derechos sociales) definirá en gran medida cómo nos percibiremos y relacionaremos. Al menos, el presidente de Francia, Emmanuel Macron, ha prometido un rumbo más socialdemócrata. La pandemia ha afectado muchos otros aspectos, como las relaciones entre generaciones y la intimidad, las interacciones mediadas por las redes sociales y la sexualidad. Los cambios promovidos desde arriba son fáciles

de detectar, pero la forma en que se entrelazarán con las mutaciones ascendentes tendrá una apariencia más sutil.

La vigilancia y la coerción han sido algunas de las capacidades estatales que se han desarrollado con mayor fuerza en los últimos tiempos. En China, estas facultades se fortalecieron con la crisis, pero en otros lugares no ha sido el caso, aunque el confinamiento los han sacado a relucir. De todas maneras, no tiene sentido hablar de un “estado de excepción” (Agamben, 2020), ya que los derechos que sustentan la infraestructura legal liberal del estado moderno no parecen estar comprometidos, aunque si la crisis continúa, podría alterarse lentamente (mientras que los regímenes políticos liberales oligárquicos avanzados se están instalando de a poco). Sin dudas, en China sucede lo contrario: se aplicó una vigilancia a gran escala, el control estatal del comportamiento y el infame sistema de puntaje; mientras tanto en Polonia, por ejemplo, se ha impulsado al gobierno autocrático de manera oportunista. Sin embargo, estos eran procesos que ya estaban en curso y no podemos generalizar a partir de estos casos, mientras que los Estados liberales ya tienen mucho poder represivo en sus manos. Debe tenerse en cuenta que “vigilancia” tiene un significado particular en la epidemiología global, especialmente en la OMS, y se refiere al monitoreo de posibles epidemias. Este aspecto falló en la crisis actual, pero seguramente se fortalecerá, lo que plantea problemas que se abordarán a continuación.

La materialización como capacidad ha pasado a primer plano. Préstamos, financiamiento, ayuda social a los más necesitados y a los trabajadores en general, construcción de instalaciones sanitarias e inversión en investigación: el Estado ha vuelto con fuerza en este aspecto. Esta es la pesadilla de los neoliberales, que ya están trabajando para revertir el curso una vez que haya pasado lo peor. Pero no será fácil. La economía está destruida y, a menos que haya una recuperación sólida y rápida, estará en el respirador del Estado por un buen tiempo. Los políticos, e instituciones como el Fondo Monetario Internacional (FMI), han estado prometiendo el fortalecimiento de los sistemas de salud. Muchos ya dudaban de la solidez del tipo

de capitalismo que hasta ayer gobernaba el mundo. Es probable que el keynesianismo de emergencia produzca cambios de gran alcance en el régimen de acumulación de capital y su regulación. Las políticas sociales pueden fortalecerse (no necesariamente en forma de derechos sociales) probablemente a través de disposiciones liberales sociales basadas en la equidad en lugar de la igualdad (Domingues, 2019b), aunque se pueden implementar sistemas de ingresos mínimos para los ciudadanos. La salud será fundamental, aunque la legislación laboral continúe debilitada. Algún tipo de disputa política, que movilice múltiples fuerzas, marcará la dirección del desarrollo. La forma en la que los países periféricos y semiperiféricos respondan a las crisis sanitarias y económicas también es un tema político clave. Esta debilidad implica una capacidad de materialización más débil, superpuesta a las desigualdades globales arraigadas que favorecen a los países centrales.

La metacapacidad legal proporciona los medios con los que el Estado puede regular su funcionamiento interno de manera formal y su intervención en la vida social. Obviamente, se ha mantenido muy activo a través de medidas legislativas y burocráticas con respecto a cuestiones económicas, sociales y sanitarias. Sin importar lo que suceda en el futuro, seguirá siendo tan crucial como siempre. Será más o menos liberal o autoritario, más o menos “keynesiano” y orientado a lo social, o más o menos neoliberal según las disposiciones actuales, las elecciones que se tomen en el presente y los desarrollos conflictivos futuros.

Si recurrimos a la OMS como una organización paraestatal internacional, la situación se vuelve aún más complicada que los posibles desarrollos futuros ya provocados por la pandemia de coronavirus. Luego de la epidemia del SARS-1, también originario de China, se hizo más fuerte. Su constitución interna se transformó con la promulgación del Reglamento Sanitario Internacional (RSI), que le permitió intervenir de manera más directa, emitir prohibiciones de viaje a países que sufren epidemias peligrosas (es decir, cuando los riesgos se convierten en amenazas) y recurrir a otras fuentes

de información que no sean las de los Estados para implementar el mandato de control de brotes. Desde entonces, sin embargo, el nacionalismo y el modelo de soberanía de Westfalia le han impedido llegar más lejos; incluso se ha reducido su poder: ahora se ha concentrado en desplegar y ofrecer sus capacidades técnicas en lugar de usarlas políticamente para evitar conflictos con Estados poderosos. Una vez más, no ha funcionado bien con China ni parece que lo hará en el futuro.

¿Se fortalecerá la capacidad de gestión de la OMS y del RSI cuando finalmente hagamos una pausa para evaluar la crisis del coronavirus? Estarán en juego el enfoque y las posibilidades de la OMS, lo que incluye la forma en que aprovecha las capacidades de los Estados y otros agentes para sus fines. Privada de la capacidad de fiscalidad directa, ¿recibirá el dinero que necesita y podrá modificar el RSI para convertirlo en un instrumento de supremacía al momento de tratar con los Estados? Para que ello suceda, los Estados tendrían que renunciar a más soberanía. La mayoría de los países se han comprometido a seguir financiando y trabajando más estrechamente con la OMS. Es poco probable que Estados Unidos se aleje de su postura. Puede fortalecerse o no mientras el nacionalismo demuestra ser más fuerte que las necesidades evidentes del momento. Algunos fueron muy optimistas después de la crisis de 2000 y ahora toman el rumbo opuesto (Findler, 2004, 2020a, 2020b). A pesar de las dudas, es probable que la “gobernanza en salud global” se vuelva más sólida como resultado de la tragedia actual que podría haberse evitado.

Conclusión

Si es cierto que el búho de Minerva solo levanta el vuelo en el crepúsculo, nuestro esfuerzo por distinguir posibles caminos de desarrollo después de la pandemia de coronavirus puede estar condenado al fracaso. Sin embargo, aunque aún no hay certezas, siempre se pueden identificar algunas tendencias y posibilidades. Eso es lo que he

intentado hacer aquí mediante los conceptos de riesgo y amenaza, así como de las capacidades estatales y paraestatales globales. Implícitamente he optado por una táctica crítica y ecuménica, y ofrecí un diagnóstico del presente en relación con este tema específico. Se podrían plantear otras cuestiones, como el debilitamiento de la extrema derecha, ya sea permanente o temporal, y el impulso que ha recibido la ciencia, cuestiones que podrían ayudarnos también a abordar el cambio climático, un riesgo que rápidamente se convierte en una amenaza. Las desigualdades y los temas relacionados con la democracia, especialmente a la falta de transparencia (pero no solo con respecto a ella), a la vigilancia y a los aspectos represivos del Estado y el sistema político chino, también han quedado al descubierto dentro de cada país y en todo el mundo. En parte, también se discutió el destino de la globalización, aunque en particular se debatió con respecto a la salud, mientras que la reubicación de la producción industrial, el nacionalismo, las regulaciones fronterizas y otros temas merecerían un análisis detallado. Mucho ha cambiado. Algunos cambios se revertirán, otros se profundizarán.

Ante los cambios actuales, puede ser necesaria una conceptualización de gran alcance. Más allá de la modernidad liberal, de la modernidad basada en el Estado y del acoplamiento de la complejidad extrema con el neoliberalismo, es posible que estemos comenzando una nueva fase en el desarrollo de la modernidad, con una presencia estatal mucho más directa. Pero el principio de red, que ha regresado de manera significativa a partir de la década de 1980, seguirá teniendo una importancia crucial, junto con la coordinación del mercado, en la vida económica, social y política. Esta posible cuarta fase de la modernidad tardará un tiempo en desarrollarse por completo, pero algunos de sus contornos ya se están delineando, sin alterar su naturaleza definitoria y articulada, basada en la tensión entre dominación y libertad. Sin duda, las cosas pueden salir mal y empeorar en su desarrollo: el primer aspecto puede ganar la delantera en el proceso, pero el cambio puede resultar positivo. El último aspecto puede recuperar parte del espacio que ha perdido recientemente, hasta que

realmente nos movamos a un tipo diferente de civilización como parte del proceso. Incluso si no se supera la tercera fase actual de la modernidad, es probable que sucedan inflexiones importantes.

La dirección de los cambios también dependerá del modo en el que nos movamos para impulsarla hacia una dirección emancipadora y más armoniosa con la naturaleza. El futuro no está escrito y, a pesar de las trágicas consecuencias de la Covid-19, se han abierto nuevas oportunidades. Cómo se desarrollará esta posible nueva fase de la modernidad dependerá, en parte, de que contemos con capacidad para actuar y tengamos en claro lo que queremos.

Traducción de María Paula Vasile

Bibliografía

Agamben, G. (2020). “Il stato d’eccezione provocato da un’emergenza immotivata”, *Il Manifesto*. (26/02/2020). (<https://ilmanifesto.it/lo-stato-deccezione-provocato-da-unemergenza-immotivata/>).

Beck, U. (1986). *Risikogesellschaft: auf dem Weg in eine andere Moderne*. Frankfurt am Main: Surhkamp.

Beck, U. (1998). *Weltrisikogesellschaft: auf der Suche nach der verlorenen Sicherheit*. Frankfurt am Main: Surhkamp.

Domingues, J. M. (2019a). *Critical Theory and Political Modernity*. New York: Palgrave.

Domingues, J. M. (2019b). Social liberalism and global domination en Breno Bringel y Heriberto Cairo (Ed.). *Critical Geopolitics and Regional (Re)Configurations: Interregionalism and Transnationalism between Latin America and Europe*. Nueva York y Londres: Routledge.

Ewald, F. (1986). *L'Etat Providence*. París: Grasset.

Fidler, D. P. (2004). *SARS, Governance and the Globalization of Disease*. Houndmills y Nueva York: Palgrave Macmillan.

Fidler, D. P. (2020a). "Coronavirus: A twenty-year failure". Think Global Health, Council on Foreign Relations (<https://www.thinkglobalhealth.org/article/coronavirus-twenty-year-failure>).

Fidler, D. P. (2020b). "The World Health Organization and Pandemic Politics". Think Global Health, Council on Foreign Relations (<https://www.thinkglobalhealth.org/article/world-health-organization-and-pandemic-politics>).

Foucault, M. (2004). *Sécurité, territoire, population*. París: Gallimard y Seuil.

Global Preparedness Monitoring Board (GPMB). (2019). *A World at Risk: Annual Report on Global Preparedness for Health Emergencies*. Ginebra: World Health Organization https://www.google.com/search?q=World+at+Risk%3A+Annual+report+on+global+preparedness+for+health+emergencies.&rlz=1C1CHZL_pt-BRBR697BR697&oq=World+at+Risk%3A+Annual+report+on+global+preparedness+for+health+emergencies.&aqs=chrome..69i57.639j0j9&sourceid=chrome&ie=UTF-8

Hammond, M. L. (2020). *Epidemics and the Modern World*. Toronto, Búfalo y Londres: University of Toronto Press.

McInnes, C. y Roemer-Mahler, A. (2017). From security to risk: Reframing global health threats. *International Affairs*, 93.

McMillen, C. W. (2016). *Pandemics: A Very Short Introduction*. Nueva York: Oxford University Press.

Rosenberg, C. E. (1989). What is an epidemic? AIDS in historical perspective. *Daedalus*, 118.

Rosenberg, C. (2003). What is disease? In memory of Owsei Temkin. *Bulletin of the History of Medicine*, 77.

Swaan, A. (1988). *In Care of the State: Health Care, Education and Welfare in Europe and the USA in the Modern Era*. Oxford: Oxford University Press.

Tres respuestas a la crisis del coronavirus

Jean De Munck

¿Cómo debemos manejar la pandemia? ¿Qué dejará a su paso? Algunas personas creen que la crisis de coronavirus conducirá espontáneamente a una conciencia virtuosa acerca de los callejones sin salida de la globalización anárquica. Sueñan con el fin de la crisis, lo que también provocará, de un solo golpe, el fin del capitalismo desregulado.

Tal optimismo es dudoso. En el horizonte no se vislumbra el fin del capitalismo. Mientras tanto, desafortunadamente, las tendencias políticas autoritarias y populistas son inmunes al coronavirus. No hay un único resultado político automático y racional inherente a esta crisis. Las democracias serán puestas severamente a prueba, no solo por la crisis de salud sino también por la crisis económica que se avecina.

Cuando se trata de crisis, Europa tiene una gran experiencia. Después de 1945, ese continente respondió con un modelo de sinergia práctica entre Estado y capitalismo. La arquitectura del estado de bienestar, audazmente reconstruida, puede inspirar una respuesta única a la crisis actual. El economista Eloi Laurent acierta cuando dice “La lección más útil del comienzo de esta crisis es también la más universal. El estado de bienestar es la institución estratégica

para el siglo XXI". Pero existen dos modelos dominantes que desafían al estado de bienestar: el modelo capitalista estatal autoritario y el modelo populista de derecha. Todos ellos moldean las políticas de respuesta a la crisis de coronavirus.

Respuesta 1: el capitalismo de Estado autoritario

El capitalismo de Estado autoritario combina un modo de gobierno autoritario y centralizado con un capitalismo agresivo. China y Rusia son los ejemplos obvios.

En respuesta a la crisis de la Covid-19, estos países están reforzando el control sobre el espacio público, silenciando las voces disidentes e imponiendo medidas autoritarias. La crisis les ha permitido expandir y perfeccionar sistemas de vigilancia electrónica extremadamente intrusivos, incluido el reconocimiento facial. El aparato estatal es centralizado y burocrático, y está respaldado por un ejército leal. Contra el coronavirus, estos Estados, a diferencia de las democracias, no tienen que improvisar un "estado de emergencia" porque así es como gobiernan todo el tiempo. Como lo demuestra el caso de China, el manejo brutal de la crisis de salud es particularmente útil para generar propaganda del régimen.

El control directo sobre la sociedad civil es un legado de los regímenes totalitarios del siglo XX. El aparato ideológico del Estado impulsa a los ciudadanos a aceptar su destino en silencio y controla la vida diaria de acuerdo con los imperativos del orden y la productividad. El capitalismo de Estado hace todo lo posible por controlar el mercado mundial, especialmente en los nichos que abrió la crisis de salud (mascarillas y fármacos, por ejemplo). Dichos regímenes tienen la intención de aprovechar la inminente crisis económica como un medio para extender su influencia sobre las instituciones globales y competir con los países occidentales en su propio juego: acumular capital.

Respuesta 2: populismo de derecha

El populismo de derecha surgió después de 2008 y se estableció a partir de las victorias electorales de Trump en Estados Unidos en 2016 y de Bolsonaro en Brasil en 2018.

En este modelo, la relación entre el Estado y el capitalismo se reconstruye alrededor de la reafirmación del papel del Estado (lo que distingue claramente a este modelo del neoliberalismo). El Estado sigue siendo formalmente democrático, pero asume una actitud feroz y autoritaria. El partido gobernante se apodera agresivamente del espacio en los medios de comunicación públicos y, en parte, busca chivos expiatorios constantemente. Transforma las elecciones en plebiscitos populares de programas centrados en la defensa de la soberanía contra enemigos internos y externos.

Sin embargo, a diferencia del primer modelo, este tipo de gobierno no busca controlar directamente a la sociedad civil. No despliega un gobierno omnicompetente; por el contrario, destruye la experiencia y la capacidad de acción de los servicios públicos del Estado y, en cambio, busca permitir que las empresas tomen el control total de la sociedad. Por lo tanto, este Estado con inclinaciones autócratas apoya, como una aparente paradoja, la desregulación económica, sanitaria, educativa, social y ambiental a gran escala. No busca controlar ni reemplazar a los líderes del sector privado, sino promoverlos y permitirles operar libremente en todos los niveles de la sociedad.

Al igual que el primer modelo, el segundo puede prosperar y expandirse durante la crisis de coronavirus. El Estado se centra en las políticas de fronteras estrechas y la gestión policial de la seguridad pública. La crisis es la oportunidad perfecta para volver a publicitar el “muro” que supuestamente detiene a los migrantes y al virus junto con ellos. Al mismo tiempo que denigra sistemáticamente a expertos e intelectuales, el gobierno satura los medios con discursos caóticos y agresivos. Mientras tanto, la pandemia es una oportunidad para

eliminar las regulaciones (laborales, ambientales, impositivas) que supuestamente son perjudiciales para las empresas.

Así veremos el tipo de política que se observó después de los huracanes Katrina (2005) y Harvey (2017) en Estados Unidos. Naomi Klein lo llama “doctrina del shock”: transformar los desastres en oportunidades para reforzar el capitalismo. Por ejemplo, el “proyecto de ley de estímulo ante el coronavirus” (marzo de 2020) no tiene como objetivo lanzar un nuevo programa de prevención y atención médica administrado a nivel nacional. De hecho, es devastador para los trabajadores estadounidenses y la seguridad social (o lo que queda de ella), y es extremadamente favorable para las empresas. Al mismo tiempo, la Casa Blanca acaba de suspender todas las normas ambientales en su territorio por un período indefinido. Se está aprovechando la crisis para imponer soluciones en pos del libre mercado, lo que no es posible hacer en circunstancias normales.

La respuesta de Europa occidental: ¿un modelo mixto?

La Turquía de Erdogan representa una interesante mezcla de los dos modelos. El dictador heredó un aparato estatal totalitario que lo inclinó hacia el primer modelo, pero adoptó un estilo político que claramente va en la otra dirección. Mientras tanto, en Europa, el segundo modelo seduce a las élites polacas, húngaras, inglesas e israelíes, y atrae a partidos de extrema derecha en Flandes, Francia e Italia.

La suerte actual de ambos modelos evidencia que ya no es posible simplemente continuar reduciendo el Estado, como intentó hacer el neoliberalismo entre 1990 y 2016. Ambos modelos reinvierten el poder del Estado, no para ir más allá del capitalismo, sino para salvarlo, en detrimento de las libertades fundamentales, la justicia social y la deliberación pública.

Sin embargo, hay un tercer modelo disponible. El estado del bienestar nació en Europa a partir de la gran crisis social que provocó la industrialización y se institucionalizó después del desastre de la

Segunda Guerra Mundial. Intenta preservar el núcleo racional de cada una de las fórmulas irracionales anteriores. Del modelo de estado autoritario, el estado de bienestar toma prestada la idea de que la respuesta a la disfunción y las crisis requiere la intervención de un Estado fuerte (pero legítimo) con poderes que penetren en la sociedad civil. Mitiga este aspecto al incorporar el estado de derecho. Un estado intervencionista no es necesariamente antidemocrático; por el contrario, en ciertas condiciones, puede favorecer las libertades individuales. A su vez, al igual que el populismo de derecha, el estado de bienestar sostiene que el mercado puede ser una forma de coordinación efectiva, pero rechaza la idea de una mercantilización generalizada de la vida, lo que conduce a una dictadura de las empresas privadas y la desigualdad en masa. También rechaza las políticas de chivo expiatorio, exclusión y manipulación incesante del debate público.

Es de esperarse que los gobiernos europeos revivan de inmediato este tercer modelo. Desafortunadamente, no están demostrando tanta lucidez. Permanecen intelectualmente vinculados a la ideología neoliberal. Imponen recortes cada vez más drásticos en lo que han decidido llamar “costos sociales” (en lugar de “inversiones” en educación o salud). Practican una austeridad presupuestaria ciega a las necesidades sociales genuinas de las personas, reducen deliberadamente la base impositiva del Estado y, para colmo, firman con entusiasmo acuerdos internacionales, como el Acuerdo Económico y Comercial Global, que limitan sus propias capacidades normativas y de inversión.

Respuesta 3: el estado de bienestar

La crisis de coronavirus será políticamente útil si retoma las bases de este modelo alternativo de gestión del capitalismo.

El estado de bienestar no es un estado liberal con una pequeña dosis de generosidad. El liberalismo ve en la sociedad solo un conjunto

de individuos unidos por medio de contratos. Tal visión tenía un poder indudablemente liberador en el marco holístico y jerárquico del ancien régime, que asignaba a cada individuo un lugar y un estatus. Pero es una visión insuficiente para guiar y gobernar a las sociedades industriales. Sin embargo, puede rectificarse por medio de lo que las ciencias sociales revelaron durante los siglos XIX y XX, que puede resumirse en una idea bastante simple: las interdependencias unen a los individuos. Estas interdependencias, organizadas en sistemas, constituyen un nivel autónomo de realidad, que no puede ser regulado por nuestras voluntades individuales ni por contratos entre individuos.

La salud pública es un área en la que se confirma la importancia de este enfoque sistémico en lo social. Una pandemia como la que estamos viviendo muestra que la salud no se puede privatizar por completo. Por supuesto, tiene un aspecto individual, que es único para cada individuo: los riesgos de una persona difieren de los de otra. Pero también tiene un aspecto social, ya sea local o general: mi salud depende de la higiene de quienes me rodean. Depende de cualquier otra persona con la que tenga contacto físico, incluso de manera esporádica. La higiene de todos es una condición para mi salud personal. Dado que un virus puede circular y propiarse a través de las superficies, como las interacciones fugaces, la salud de todos también depende de la infraestructura física que nos conecta y de la calidad del agua, el aire y los alimentos que circulan entre nosotros. Por ende, la realidad de las interdependencias elude el simple agregado de los comportamientos individuales. Se trata de lo que los sociólogos llaman el “sistema”, cuyas estructuras y funciones no pueden reducirse al comportamiento individual (aunque eso no significa que este último sea insignificante).

Las interdependencias que nos recuerda el coronavirus también se aplican, mutatis mutandis, a accidentes laborales, riesgos de desempleo, sistemas financieros, migración global y cambio climático. Esta dimensión de la realidad social no era evidente para la filosofía política. Solo se volvió relevante con la industrialización, que genera

continuamente nuevos sistemas interconectados, materiales y sociales. Los sistemas emergen o disminuyen, cambian o evolucionan, y son impredecibles. Pueden ser identificados y entendidos solo por las ciencias naturales y sociales, no por la filosofía política, cuyo razonamiento se basa solo en conceptos normativos que son esenciales pero insuficientes para administrar una sociedad.

Desde la Ilustración, las democracias modernas se han guiado por la construcción de una sociedad racional, o al menos razonable, que expanda la libertad individual y la igualdad social. La nueva teoría social sistémica no rompe con este concepto, pero le otorga un papel esencial al Estado. Como expresión e instrumento de la voluntad colectiva, el Estado es un sistema que tiene la responsabilidad de regular otros sistemas tanto como sea posible. Para hacerlo de manera efectiva, debe tener tres características: ser soberano, democrático e intervencionista.

Estado y soberanía sanitaria

Primero, en lo que respecta a los Estados soberanos, la pandemia actual muestra la gran importancia del control espacial en las interacciones, que es esencial para detener el virus y distribuir la ayuda. El Estado moderno es un dispositivo de protección sistémica en un territorio dado. Esta soberanía nunca se adquiere por completo, pero es un regulador ideal que es desafiado repetidamente por interdependencias que previamente pasaron desapercibidas.

La crisis actual exige un nuevo concepto: la soberanía sanitaria. En el campo de la salud, sería la contrapartida directa de la “soberanía alimentaria”, exigida por los movimientos de agricultores que luchan por la justicia global. De hecho, es absurdo que los europeos importen mascarillas protectoras de China o dependan en gran medida de las drogas producidas en Estados Unidos. El Estado debe esforzarse por producir los equipos básicos de salud pública de manera local. El mercado mundial desregulado difunde las capacidades de

producción de acuerdo con la ley de especialización, que está sujeta a una ventaja comparativa. Es por eso que ninguna comunidad puede confiar en el libre comercio para sobrevivir.

Sin embargo, es evidente que están surgiendo nuevas interdependencias en términos de enfermedad y salud. Son el resultado de la circulación de bienes, personas y equipamiento. Estos sistemas no conocen fronteras. Las causas de los problemas médicos se encuentran tanto fuera como dentro de los países. Se inventan nuevos medicamentos en todo el mundo y los productos deben intercambiarse. Por lo tanto, no debemos malinterpretar la soberanía de la salud como autosuficiencia en salud. La soberanía de la salud presupone la inclusión del Estado en un marco transnacional que puede producir y distribuir equipos esenciales para la salud de todos a nivel mundial. Por lo tanto, no tiene nada que ver con el nacionalismo estrecho de miras o el proteccionismo dogmático. La cooperación entre instituciones transnacionales es tan primordial como la infraestructura básica local.

Democracia: una condición para la eficiencia

Por lo tanto, no vamos a restaurar un “Estado de Leviatán” (el título desafortunado de un artículo de opinión reciente en la prensa belga), que destruiría la libertad para garantizar la seguridad. La segunda condición para un estado de bienestar efectivo es la existencia de un espacio público abierto, atento y deliberativo.

La pandemia actual proporciona una prueba sorprendente: las mayores amenazas para la eficiencia colectiva son el ocultamiento de la información y la falta de debate. Amartya Sen lo demostró en el caso de la hambruna. El Estado debe garantizar que la información fluya de manera completa y libre para permitir una deliberación política continua. Solo a través del debate abierto se puede abordar la incertidumbre y la complejidad. Silenciar a ciertos miembros de la sociedad limita el espacio público, así como las opciones necesarias

para abordar la magnitud y la multidimensionalidad de los problemas de salud. Al mismo tiempo, el debate abierto es esencial si los ciudadanos participarán de medidas gubernamentales vinculantes. Los ciudadanos privados de la oportunidad de debatir sobre el propósito de tales medidas reaccionan con recelo y como consumidores parásito. Así, las medidas fracasan y el Estado, debido a su desconcertante prepotencia, pierde legitimidad.

Socialismo moderado

Establecer la democracia no se trata solo de desarrollar un espacio público gratuito. También se trata de equilibrar condiciones. Sin una infraestructura adecuada, “derecho a la vida” y “derecho a la salud” son palabras vacías. El mercado puede suministrar la infraestructura de manera parcial, pero desafortunadamente solo lo hace a expensas de la igualdad y con efectos adversos. De hecho, sabemos cómo la atención médica en el libre mercado puede convertirse en “iatrogenia”, como señaló Ivan Illitch en *Medical Nemesis: The Expropriation of Health*. Conocemos las terribles desigualdades que conlleva. Por lo tanto, el Estado, asignado a una doble misión de producción y distribución de atención médica, debe introducir medidas correctivas. Por el lado de la oferta, debe guiar a la economía para producir bienes y servicios de atención médica y, por el lado de la demanda, debe hacer que estén disponibles de manera universal de acuerdo con los principios de justicia.

A diferencia de los países con una tendencia hiperliberal, el estado de bienestar ofrece una infraestructura de salud pública permanente que se financia con impuestos. Además, varios esquemas de seguridad social y control reglamentario brindan atención asequible, medicamentos a precios moderados y hospitales públicos. En la crisis de coronavirus, la importancia de estos esquemas se pone a prueba de forma trágica. Al abordar la desigualdad en salud, se confirma la legitimidad de un sistema de salud e incluso de su efectividad: las

grandes desigualdades entre individuos y grupos aumentan los riesgos tanto para el sistema de salud como para el político.

La estructura colectivista de algunos sistemas públicos de salud no excluye completamente al mecanismo de mercado en el sector de la salud. El mercado tiene ciertas ventajas: promueve la innovación y la productividad, y permite combatir la captación de rentas. Por lo tanto, debe establecerse una combinación institucional de la relación entre mercado y Estado, como ocurrió en todos los países de Europa occidental después de 1945. Ciertamente, debemos revisar y transformar constantemente la receta de este compromiso institucional para ajustarlo a las nuevas restricciones de la economía (servicios digitales, etc.). Pero debe hallarse un equilibrio entre la propiedad colectiva y privada de los medios de producción. Por lo tanto, se recomienda una cierta dosis de socialismo en el ámbito de la salud, así como en otros campos.

Revivir el estado de bienestar

Soberano, democrático, intervencionista y redistributivo: solo el sucesor del estado de bienestar del siglo XX puede garantizar la resiliencia democrática de nuestras sociedades en el presente siglo. En medio de la crisis de coronavirus, después de dos décadas de críticas y ataques, muchas voces le dan un nuevo impulso.

Sin embargo, nada es simple. El estado de bienestar actual está en peligro de muerte, ya que es socavado por cuatro desafíos estructurales. El primero es financiero: el tratamiento con deuda y austeridad lo ha dejado con soporte vital, su base impositiva debe redefinirse por completo (por ejemplo, mediante el impuesto Tobin a las transacciones financieras, el impuesto GAFA, el impuesto sobre bienes inmuebles). Segundo, debe repensarse la relación entre el estado de bienestar y el crecimiento económico. El crecimiento no es un fin en sí mismo, sino un medio. Si la resiliencia de nuestras sociedades (ecológica, financiera, sanitaria, social) es el objetivo de todos, el

crecimiento debe alcanzar ciertos sectores y no otros. En cualquier caso, debe cortarse el cordón umbilical entre el estado de bienestar y el productivismo. Tercero, la integración del estado de bienestar en los canales transnacionales le permitiría enfrentar interdependencias a largo plazo, que se extienden (mucho) más allá de su territorio. Por último, el estado de bienestar debe ser menos burocrático. Las relaciones jerárquicas, estandarizadas y puramente administrativas socavan su legitimidad a los ojos del público al que dice servir.

La crisis de coronavirus nos recuerda la urgencia de enfrentar estos desafíos. Obliga a Europa a revivir el estado del bienestar. Sin un nuevo consenso a su favor, las crisis se profundizarán y los cambios radicales serán cada vez más violentos. Si eso sucede, incluso en el Viejo Continente, será claro el camino que seguirán los dos modelos estatales que ya están devastando el planeta.

Traducción de María Paula Vasile

“La normalidad era el problema”*

Ilán Bizberg

Se ha dicho que las crisis ilustran, que permiten apreciar lo que no parecía evidente, a pesar de que estaba ante nuestros ojos. Hannah Arendt escribió que solo cuando un instrumento que usamos cotidianamente se descompone lo percibimos y, para repararlo, nos ocupamos de él, de cómo está hecho, su forma y estructura. De igual manera, esta crisis sanitaria evidencia lo que no funciona, no solo en nuestros sistemas de salud, sino en las sociedades en las que vivimos, en la relación con la naturaleza y con los otros. Resalta las fallas de nuestros sistemas de salud, que han sido abandonados por las políticas de austeridad aplicadas en casi todos los países del mundo y por privilegiar el interés de las finanzas internacionales por encima del bienestar de sus ciudadanos. Muestra los efectos sobre las sociedades de un sistema económico que acentúa las desigualdades y que, por ello, implica riesgos de salud más altos para los más pobres y los migrantes. Esto ya ha sido discutido ampliamente y se espera que,

* Esta es una versión revisada de un artículo que apareció inicialmente publicado en el diario *El País* de España.

ante la crisis sanitaria actual, los gobiernos de nuestros países rectifiquen el rumbo, como bien lo ha afirmado Touraine (2020).

Pero hay un aspecto aún más importante que nos muestra esta crisis que es nuestra actitud hacia la naturaleza, que podemos resumir como *arrogancia*. En las últimas décadas, los más optimistas han creído que la tecnología va a brindarnos las soluciones para enmendar los daños que nuestros estilos de vida están teniendo sobre la naturaleza. Es un pensamiento científico/mágico similar al de los economistas que afirmaban categóricamente, poco antes de la crisis global de 2007-2008, que casi da al traste con el capitalismo y con la economía de varios países, que los mecanismos financieros que se crearon para asegurar las inversiones de riesgo garantizaban que nunca más habría una crisis financiera; conocemos bien el resultado de estas predicciones. Por su parte, la falta de preparación de casi todos los países del mundo ante la pandemia actual contrasta con las expectativas que ha generado la inteligencia artificial y la promesa de la biogenética de “derrotar a la muerte”, como pretende el transhumanismo.

¡Qué fracaso tan impresionante ante el ataque de un ente microscópico! ¡Y qué terribles consecuencias para miles de personas afectadas directamente por el virus, y para los millones que sufrirán por la crisis económica! Qué exceso de lo que los antiguos griegos llamaban *hubris*, una actitud que fue retratada por Esquilo en su obra Agamenón, cuando el rey de Argos regresa a su hogar luego de haber destruido Troya y acepta que se le ofrezca la alfombra púrpura que se desplegaba a los grandes guerreros, sin considerar que había sido ayudado por los dioses. Como sabemos, terminó asesinado por su esposa Clitemnestra y su amante.

El filósofo Emanuele Coccia (2020) sugiere que la epidemia está despertando un sentimiento de liberación de nuestra soberbia como resultado de la impotencia que hemos mostrado para lidiar con ella. Propone que no somos lo que creíamos ser: principio y fin del planeta, ni los únicos capaces de destruir a la humanidad. Si la inteligencia, el poder y el exceso de confianza han originado invenciones

y avances espectaculares, también han derivado en desastres y en nuestra vulnerabilidad actual; es posible que la modestia pueda enseñarnos qué tenemos que hacer para salvar nuestro ecosistema. Como lo han mencionado muchos analistas y activistas sociales, el cambio climático tendrá consecuencias mucho más catastróficas que las que está causando el terrible drama humano, social y económico que estamos viviendo, ya que amenazará a la humanidad entera. Nuestros gobernantes, apoyados por algunos (cada vez menos) científicos, apuestan por las nuevas tecnologías para encontrar una solución, o incluso hallar un planeta alternativo hacia el cual podríamos migrar todos (o más bien algunos), para cuando se concrete la amenaza de la que habla Greta Thunberg, cuando clama que “nuestro mundo está en llamas”.

Algunos especialistas han dicho que la pandemia actual es una consecuencia de la presión de nuestra civilización sobre el medio ambiente y que puede considerarse como la primera epidemia de la crisis ecológica. Se argumenta que el colapso de la diversidad de las especies ha hecho desvanecerse las zonas de amortiguamiento entre nosotros y los animales salvajes. Lo mismo ha ocurrido cuando las zonas urbanas o las fronteras agrícolas y agropecuarias se acercan a las zonas selváticas por la creciente destrucción de los hábitats naturales.¹ Aunque no todos aceptan que la crisis sanitaria actual es resultado directo de la destrucción de la biosfera, no hay duda que lo es en términos intersubjetivos. A diferencia de otras epidemias que han azotado a la humanidad en el pasado, desde hace varios años, numerosos científicos y activistas arguyen insistentemente y, cada vez más visiblemente, que nos acercamos a una crisis ecológica de grandes proporciones. En ese sentido, la epidemia es la primera crisis de una nueva era, llega en un momento en el que una parte significativa de la población mundial está convencida de que estamos jugándonos el destino de la humanidad.

¹ Einhorn, C. (9 de abril de 2020). Animal Viruses Are Jumping to Humans. Forest Loss Makes It Easier. *New York Times*.

Lo que es absolutamente cierto es que, al igual que no estuvimos preparados para la actual crisis sanitaria, estamos aún menos preparados para la crisis ecológica. Y, también, si bien las consecuencias de la crisis sanitaria son aún desconocidas, la climática seguramente será mucho peor. Ante nuestra incapacidad para hacer frente a la presente epidemia, es irrisorio pensar que la humanidad podrá inventar algo para evitar el deterioro de la biosfera.

Muchos consideramos que se requeriría una concertación internacional para afrontar ambas crisis. Y que para frenar el deterioro del medio ambiente se necesita un pacto global, o incluso fundar un gobierno mundial. Aunque es poco probable que esto se materialice en el corto o mediano plazo, en la actualidad hemos visto actitudes de solidaridad entre países: Alemania ha aceptado un número importante de enfermos de Francia e Italia, Portugal ha legalizado a los migrantes y refugiados para que tengan acceso a su sistema de salud, China ha enviado máscaras y respiradores a varios países afectados, así como médicos; como también lo ha hecho Cuba. Los científicos de todos los países están colaborando para encontrar una vacuna y una cura para la enfermedad. Pero también hemos visto cómo el gobierno de Estados Unidos intentó comprar una empresa alemana que avanzaba en la producción de la vacuna y desvió un cargamento de máscaras destinado a Francia, en la pista de aterrizaje de un aeropuerto chino. También hemos visto el cierre de casi todas las fronteras nacionales. Por otra parte, varios gobiernos han estado más interesados en salvar la economía que en preservar la salud de sus habitantes, especialmente los ancianos y los pobres, y es evidente que el capitalismo es insensible a la ecología porque su único propósito es el crecimiento económico.

Es por ello que es poco probable que el deterioro del medio ambiente sea afrontado de manera directa y seria por los gobiernos nacionales, a pesar de que algunos como el de Nueva Zelandia², Fin-

² McCarthy, J. (25 de septiembre de 2019). Jacinda Ardern Says Economic Growth Is Pointless If People Aren't Thriving. *Global Citizen*.

landia y Noruega, lo estén haciendo; curiosamente la mayoría de ellos gobernados por mujeres que parecen priorizar tanto la salud de sus ciudadanos como la del medio ambiente. La solución, entonces, tendrá que venir de cada uno de nosotros individuos y los movimientos sociales que apoyemos o a los que nos unamos. En este sentido, la crisis actual puede permitirnos albergar alguna esperanza. Durante el confinamiento hemos podido darnos cuenta de lo que es verdaderamente importante y nos hemos visto obligados a restringir nuestro consumo. Algunos hemos cobrado conciencia de la brecha social: la precariedad, pobreza, malas condiciones de trabajo y de las condiciones de vida de muchos de nuestros conciudadanos. También nos hemos dado cuenta de la falta de recursos a los que se enfrentan médico/as y enfermero/as y de las personas que producen los bienes más esenciales; y el hecho de que trabajan arriesgando sus vidas, para nosotros que tenemos el privilegio de estar confinados en nuestras casas.

También nos hemos dado cuenta de que cada uno de nosotros puede contagiar o ser infectado por el otro. Esto puede dar lugar a una actitud defensiva y de rechazo, pero también es posible que genere una conciencia de que dependemos el uno del otro, y que el comportamiento individual impacta sobre los demás seres humanos. Que ello se traduzca en un sentimiento de empatía depende de cada uno de nosotros. Puede despertar en cada ser humano la idea de que se requiere abrir los ojos ante los retos que enfrentaríamos si no hacemos caso a la alerta que significa la actual epidemia para el futuro de la humanidad. Y que comencemos a actuar y a consumir de otra manera. Podríamos esperar que esta toma de conciencia fuera la fuente de una mayor solidaridad.

De hecho, ya hemos estado actuando de manera diferente, algo que puede preparar el futuro. Aquellos de nosotros que hemos tenido la suerte de librarnos de vivir guerras, hambrunas y pobreza y que, además, gozamos del privilegio de poder trabajar desde nuestras casas, ya estamos viajando y usando nuestros automóviles menos (o nada), reduciendo nuestro consumo y comprando localmente.

Estamos aprendiendo que podemos vivir más frugalmente que antes, que logramos comunicarnos con otros a través de Internet, tener reuniones sin salir de nuestros hogares, etc. Esto puede tener consecuencias duraderas: limitar los viajes aéreos, reducir el consumo y aumentar la producción local.

La crisis de salud también ha tenido un impacto en nuestra subjetividad y, especialmente, en nuestra relación con el tiempo, que muchos filósofos, como Bergson y Heidegger, consideran que es la esencia del hombre. En primer lugar, el ritmo de nuestras vidas se ha frenado considerablemente. Lo que el sociólogo Rosa (2014) considera la característica fundamental de nuestra relación contemporánea con el tiempo: la aceleración, ha sido detenida con el confinamiento de la mitad de la población mundial. Subjetivamente, se ha hecho más lento el ritmo de la vida de millones de personas. Por otro lado, Robinson (2020) escribe que, con la pandemia, las personas mayores han visto reducido su horizonte temporal ya que se han dado cuenta de que están más inmediatamente sujetos a la posibilidad de la muerte. Aunque es cierto, como dice Heidegger, que nuestra esencia está definida por la muerte, generalmente no pensamos en ella. La pandemia ha impuesto esta posibilidad en términos muy reales y cercanos: si alguien de 60 años pensaba que su horizonte de vida era de 20 o 30 años, la situación actual bruscamente acorta este horizonte.

Es posible, como han dicho algunos analistas, que el confinamiento haya dado lugar a una conciencia puramente subjetiva y coyuntural, que una vez que termine la emergencia todo volverá a la normalidad. La experiencia de los últimos cuarenta años que comenzó con los gobiernos de Thatcher y Reagan, quienes consideraron que “no existe la sociedad. Hay hombres y mujeres individuales y hay familias”³, puede llevarnos a tal conclusión. Podemos decir lo mismo si pensamos con Foucault que el poder en el mundo contemporáneo ya no se nos impone desde la centralidad del Estado, sino que se difunde de tal manera que nos controla, por así decirlo, desde el interior

³ Thatcher, M. (8 de abril de 2013). Margaret Thatcher: a life in quotes. *The Guardian*.

de nosotros mismos, el poder ha sido internalizado. Una perspectiva que nos lleva a considerar, erróneamente según Wiewiorka (2020), que las estructuras son demasiado fuertes para permitir cualquier cambio.

La transformación de la concepción del tiempo de las personas mayores puede acercarnos a las preocupaciones del movimiento de jóvenes que era tan activo en diferentes partes del mundo justo antes de la epidemia. Preocupaciones relacionadas con la forma en que la juventud actual experimenta la temporalidad. A partir de las demandas de sus movimientos, se puede observar que los jóvenes sienten que su futuro está cerrado y que, por decirlo así, el tiempo se les escapa de entre las manos. Esta actitud está bien ejemplificada por Greta Thurnberg, a quien Eliane Brum considera como un representante de la primera generación sin esperanza.⁴

Greta ha organizado una huelga escolar desde hace más de un año, argumentando que no vale la pena ir a la escuela si no hay futuro, si “el tiempo se acaba”. Ella ha dicho “No quiero tu esperanza, no quiero que tengas esperanza. Quiero que entres en pánico, quiero que sientas el miedo que siento todos los días. Quiero que actúes, que actúes como si tu casa estuviera en llamas, porque así es”. Esta chica es la imagen de jóvenes que, según psicólogos en muchas partes del mundo, buscan ayuda por su profunda preocupación y angustia por el futuro. En las manifestaciones y huelgas escolares, las pancartas han mostrado esta inquietud: “Más tarde, quiero estar vivo”, “Haré mi tarea cuando tú hagas la tuya”. En Santiago de Chile vi pintas en las paredes que apuntan en la misma dirección: “Por un futuro sin miedo”, “Gritamos porque esperamos que sea de otra manera”.

Mientras que en el pasado, los movimientos sociales se basaban en la temporalidad cristiana, y luchaban por un futuro mejor, invocando la idea de que una utopía terrenal era posible a través de la revolución, sustentados en la fe del progreso, de la mejoría (de la clase obrera, de la humanidad), hoy surgen de la desesperación, de

⁴ Brum, E. (1 de marzo de 2020). Los niños se hacen cargo del mundo. *El País*.

la preocupación por el futuro. Paul Mutuku, un joven activista keniano, considera que “los jóvenes son la única generación que ha crecido en esta era del cambio climático. No han visto lo mejor de la naturaleza que otras generaciones han tenido el privilegio de ver”.⁵ Un militante de 10 años del movimiento de Hong Kong declaró: “cada vez hay menos esperanza para Hong Kong. Realmente no importa lo que intentemos hacer al respecto. No hay mucha esperanza para el futuro, lo que significa que tampoco hay mucha esperanza para nosotros. Por eso tenemos que salir y resistir”.⁶ Otro activista de Hong Kong llega a la misma conclusión: “¿Qué es lo que realmente me hace levantarme y hacer algo? No estoy tan seguro. Tal vez porque ahora es un mal futuro, o no hay futuro en absoluto”.⁷

Una vez que trascendamos la crisis sanitaria veremos el resurgimiento de los movimientos sociales que estaban emergiendo en todo el mundo: desde Francia, con los *gilets jaunes*, hasta Chile, con los estudiantes; desde Hong Kong hasta Beirut. Estos movimientos tenían reivindicaciones políticas, económicas y sociales, pero también ecológicas. Y como lo mostró el giro feminista de todos ellos, en su centro existían afirmaciones subjetivas. Es posible que cuando resurjan estos movimientos, reciban un nuevo impulso por la creciente conciencia que muchos individuos adquirieron durante la pandemia. De esta manera, cuando superemos la actual crisis de salud, podamos darnos cuenta de que, como estaba escrito en una pared en Santiago de Chile durante las movilizaciones de fines del año pasado, que “la normalidad es el problema”.

⁵ Omedes, E. (5 de diciembre de 2019). De la protesta personal al grito colectivo: Cinco jóvenes del mundo que luchan contra el cambio climático. *20 Minutos*.

⁶ RFA. (8 de septiembre de 2019). *There Has Never Been Any Talk of Independence For Hong Kong / Entrevista. RFA*.

⁷ Ho, S. (14 de mayo de 2020). *Solo School Striker & Hong Kong Climate Activist Lance Lau 'I Want My Future. greenquen.com.hk*.

Bibliografía

- Brum, E. (1 de marzo de 2020). Los niños se hacen cargo del mundo. *El País*.
- Coccia, E. (3 de abril de 2020). La Terre peut se débarrasser de nous avec la plus petite de ses créatures. *Le Monde*.
- Einhorn, C. (9 de abril de 2020). Animal Viruses Are Jumping to Humans. Forest Loss Makes It Easier. *New York Times*.
- Hartmut, Rosa. (2014). *Aliénation et accélération. Vers une théorie critique de la modernité tardive*. Paris: La Découverte.
- Ho, S. (14 de mayo de 2020). Solo School Striker & Hong Kong Climate Activist Lance Lau 'I Want My Future. *greenquen.com.hk*.
- McCarthy, J. (25 de septiembre 2019). Jacinda Ardern Says Economic Growth Is Pointless If People Aren't Thriving. *Global Citizen*.
- Omedes, E. (5 de diciembre de 2019). De la protesta personal al grito colectivo: Cinco jóvenes del mundo que luchan contra el cambio climático. *20 Minutos*.
- RFA. (8 de septiembre de 2019). *There Has Never Been Any Talk of Independence For Hong Kong / Entrevista*. RFA.
- Robinson, K. S. (1 de mayo de 2020). The Coronavirus Is Rewriting Our Imaginations. *The New Yorker*.
- Thatcher, M. (8 de abril de 2013). Margaret Thatcher: a life in quotes. *The Guardian*.
- Touraine, A. (28 de marzo de 2020). Esta crisis va a empujar hacia arriba a los cuidadores. *El País*.
- Wieviorka, M. (3 de mayo de 2020). En este momento, el poder está desbordado. *Página 12*.

Gobernanza global y horizontes democráticos más allá del coronavirus*

Pauli Huotari y Teivo Teivainen

Los momentos excepcionales legitiman respuestas políticas excepcionales. La declaración de una emergencia conlleva generalmente la disminución de derechos y libertades democráticas. Sin embargo, tiempos como este también pueden ofrecer la oportunidad para impulsar experimentos que expandan los límites de lo políticamente posible de un modo que mejore la imaginación democrática.

Una extensión del horizonte de posibilidades políticas puede significar, por ejemplo, una expansión de la regulación estatal. Los presupuestos nacionales se tornan de pronto más flexibles, lo que abre un nuevo espacio para conceptos de raíz keynesiana en las políticas públicas, con el fin de incrementar la intervención estatal para mitigar el impacto de la crisis. Al mismo tiempo, la crisis también puede alentar formas no estatales de organización colectiva. La ayuda mutua, impulsada históricamente por muchos anarquistas, se torna un hecho concreto en muchas localidades.

* Una versión previa de este artículo apareció en español en *Nueva Sociedad*, a partir de la traducción del original publicado en inglés en *Open Movements (Open Democracy)*.

La acción sindical puede asumir nuevas dimensiones, como en el caso de la negativa de quienes conducen ómnibus a controlar los pasajes por miedo al contagio. Esto puede habilitar la experimentación con el transporte público gratuito como una mera consecuencia inesperada, pero también podría ampliar los horizontes para un sindicalismo socialmente comprometido capaz de incorporar las demandas de otros movimientos sociales. A su vez, para los académicos privilegiados, permanecer en casa puede aumentar el tiempo disponible para reflexionar sobre órdenes mundiales alternativos y para discutir (digitalmente por ahora) cómo concretarlos.

Además de buscar horizontes democráticos durante la crisis, es importante enfrentar la posible desesperanza distópica que está generando en los más vulnerables. La pandemia de Covid-19 tiene terribles consecuencias para la humanidad. Los riesgos de contagio e impacto económico no se distribuyen de manera equitativa. Muchos tienen obligaciones que dificultan el aislamiento y el distanciamiento social. Para bien o para mal, la crisis abre grietas en el presente que pueden ofrecer señales para el futuro.

La gobernanza del coronavirus

Un impacto exógeno sobre las realidades sociales y políticas atrae a quienes Vivien Schmidt ha llamado “emprendedores discursivos”. “Sirven como catalizadores para el cambio, ya que aprovechan y articulan las ideas de comunidades y coaliciones discursivas” (Schmidt, 2008, p. 310). Una intervención exitosa de los emprendedores discursivos puede conducir a la definición de formas posibles de avance en términos del paradigma del emprendedor. Desde una perspectiva diferente, también puede significar lo que afirma Naomi Klein (2020): “El futuro se verá determinado por cualquiera que esté dispuesto a luchar con más fuerza por las ideas disponibles”. Es posible que Klein ponga aquí demasiado énfasis en una perspectiva voluntarista de agencia, pero las diferentes plataformas de medios desbordan

hoy con intentos de articular respuestas inmediatas al problema de cómo controlar la crisis provocada por la pandemia. En combinación con las respuestas de los Estados y otras instituciones, ha emergido un nuevo campo de especialización participativa que llamamos “gobernanza del coronavirus”.

La gobernanza del coronavirus incluye curiosidades ideológicas, como, por ejemplo, que en Finlandia la oposición de derecha le pida a un gobierno de izquierda que asuma poderes más autoritarios en el comienzo de la crisis. A escala global, muchos se preguntan si la forma en que China ha manejado la crisis ofrece evidencia a favor –o en contra– de las posibilidades de manejo de crisis de parte de un país abiertamente autoritario. En los intercambios sobre la emergente gobernanza del coronavirus a veces se menciona a Corea del Sur como un posible modelo a seguir.

Si hoy los europeos y los estadounidenses miran hacia las experiencias asiáticas para aprender de ellas, esto podría tener algunas consecuencias a más largo plazo. En los abordajes eurocéntricos y coloniales tradicionales, todavía muy vigentes en la actualidad, los *otros* necesitan siempre aprender de Europa. Que los europeos y los habitantes de otras partes del “Occidente global” intenten *aprender a aprender* de los *otros* podría volver el mundo menos eurocéntrico y, al menos potencialmente y en algún sentido, más democrático (Teivainen, 2019). Para usar términos acuñados por la politóloga feminista Saara Särnä, hay una posibilidad de que el mundo poscoronavirus (*post-coronial*) sea ligeramente más *postcolonial*. Pero también, aprender de China puede conllevar una difusión más extendida de técnicas de control autoritarias. Para el futuro democrático, en sus diversas posibilidades, la crisis del coronavirus presenta tanto peligros como oportunidades.

Como ya sostuvo Naomi Klein en *La doctrina del shock* (2007), las oportunidades ofrecidas por las crisis repentinas son definidas con frecuencia por las élites. Sin embargo, un *shock* como el del coronavirus puede permitir también que nuevas ideas entren en el discurso público. Por ejemplo, durante el brote de la enfermedad de la “vaca

loca”, algunas demandas externas al discurso de la élite lograron ingresar temporalmente en la arena política mundial. Entre ellas se incluían, como señala Mika Aaltola (1999), demandas relativas a la salud pública y a la protección al consumidor. Sin embargo, los efectos a largo plazo fueron limitados. Es posible –pero de ningún modo puede garantizarse– que la atención sin precedentes que los medios globales prestan a la crisis actual contribuya a que los problemas sanitarios obtengan una mayor prioridad en las futuras políticas públicas. No significaría necesariamente una democratización de la toma de decisiones, pero reformas como cobertura universal de salud podrían abrir posibilidades para una participación más igualitaria en la sociedad.

En lugares como Finlandia, donde la cobertura de salud es relativamente amplia, la salud y la clase aún se combinan en varios tipos de luchas. Por ejemplo, durante la segunda mitad de la década de 2010, grupos de empresarios finlandeses hicieron campaña para que los trabajadores soporten más los costos de los primeros días de baja por enfermedad. La posibilidad de que la medida aumentara la difusión de enfermedades, porque más trabajadores vendrían al lugar de trabajo enfermos y no se consideraba un riesgo de gran importancia. Después del inicio de Covid-19 es probable que este tipo de propuestas para debilitar los derechos laborales relacionados con la salud sean menos prominentes en Finlandia, al menos por algún tiempo.

En la gobernanza mundial, es probable que el papel de la Organización Mundial de la Salud (OMS) aumente su visibilidad. Al comienzo de la crisis actual, la atención se centró en las tensiones interestatales entre Estados Unidos y China. Las disputas resultantes sobre la financiación de la OMS pueden ayudar a hacer visible el papel antidemocrático que desempeña la financiación condicional en todo el sistema de la Organización de las Naciones Unidas. Exponer el nexo poder-dinero es un paso necesario, pero de ninguna manera suficiente hacia una reforma democrática del sistema. Otro desafío democrático para la gobernanza mundial de la salud es cómo

abrir la toma de decisiones para la participación de los movimientos sociales.

La reacción frente a la crisis del coronavirus puede ayudar a revertir suposiciones falaces del pasado. La afirmación de que el financiamiento público de un Green New Deal era algo imposible es puesta en cuestión por las nuevas políticas dirigidas a confrontar la aparente incapacidad de los mercados para manejar la crisis actual. Si hay dinero público y voluntad política para enfrentar el coronavirus, ¿por qué no puede haberla también para afrontar la crisis del cambio climático? Países conservadores en el plano fiscal, como Alemania, están liberalizando sus posturas sobre los aumentos del gasto público y el déficit fiscal. Los conservadores británicos pasaron de las políticas de austeridad a un enorme estímulo fiscal, aunque ya se habían visto señales de un cambio incluso antes de la pandemia. El Banco de Inglaterra también se ha comprometido en el financiamiento monetario directo del gobierno para cubrir algunos costos inmediatos de la crisis de la corona.

En la zona euro, políticas nacionales similares estarían en contra del mandato del Banco Central Europeo. Sin embargo, hay sugerencias que podrían permitir eludir estas reglas. Los ejemplos incluyen la conversión de deuda, así como acuñar monedas de muy alto valor nominal y depositarlas en cuentas del Banco Central. Para el surgimiento de una dimensión democrática transnacional en la Unión Europea (UE), una cuestión espinosa ha sido la dificultad de crear mecanismos para compartir las responsabilidades de las deudas. Durante los primeros meses de la crisis, los gobiernos del sur de Europa han estado pidiendo tales mecanismos, pero en el norte de la UE, especialmente Alemania, Países Bajos y Finlandia, se han mostrado reacios a asumir tales expresiones de solidaridad.

La instalación de principios más democráticos de las finanzas públicas enfrenta muchos tipos de obstáculos institucionales. Las reglas de las finanzas públicas desempeñan un papel importante después de la crisis, algo similar a la reconstrucción después de las guerras. Aunque esta pandemia no deja infraestructura física destruida,

lo más probable es que resulte en un desempleo masivo. Algunos sugieren que la reconstrucción verde de las sociedades financiada con fondos públicos podría ser una respuesta más atractiva después de la pandemia. Por ejemplo, Corea del Sur ha duplicado sus compromisos con algo parecido a un *Green New Deal*. Sin embargo, en muchas partes del Sur Global, los grilletes neocoloniales pueden evitar este tipo de políticas (Lenferna, 2020). En la zona euro, como ya se señaló, hay reglas que deben transgredirse para permitir una financiación sustancial de las políticas de reconstrucción verde.

Solidaridad de clase es un elemento que ayuda a explicar el aumento de la intervención estatal donde los intereses inmediatos de los capitalistas están en riesgo. La naturaleza intrínsecamente política del capitalismo, como advirtió Howard Zinn (1990, p. 328), se vuelve más visible cuando las empresas no pueden depender de los mercados y necesitan un escudo frente a las potenciales protestas de los de abajo. El rol de los bancos centrales en todo esto es importante. Su mandato se basa en ideales tecnocráticos y, a la vez, su importancia política es significativa. Hay un debate académico de larga sobre el papel y los impactos de las políticas monetarias y fiscales. Algunas de las políticas en discusión hoy se están poniendo a prueba.

La crisis también inspira iniciativas políticas para aliviar a quienes sufren, aun si es posible que la motivación sea en buena parte dar apoyo a las estructuras de poder existentes. En Estados Unidos ha habido propuestas para algún tipo de esquema de ingreso básico. Para un país que goza de una soberanía monetaria relativa, no sería un gran problema financiero. Una solución gradual en Estados Unidos fue un cheque de ayuda de USD 1200 entregado a aproximadamente a 80 millones de personas. En España, el gobierno dijo que implementaría un programa de ingresos básicos lo antes posible. En la provincia coreana de Gyeonggi, el gobierno local propuso un “ingreso básico contra desastres” en forma de tarjetas prepagas válidas por tres meses. Sugerencias similares de apoyo financiero por un tiempo limitado también han aparecido en otros países. No hay garantía de que tales prácticas excepcionales den como resultado una transformación

a largo plazo, pero pueden hacer que las demandas más radicales sean socialmente más aceptables. Un esquema de ingreso básico más permanente podría ayudar a prevenir el contagio en futuras pandemias, ya que las personas podrían quedarse en casa más fácilmente.

La crisis puede visibilizar las presiones colectivas de las personas precarias. Por ejemplo, los *rough sleepers*, los sin techo en Londres, han sido alojados en habitaciones vacías de hoteles cuando las autoridades han considerado que representan una amenaza para la salud de otros residentes en sus vecindarios. En Portugal, una cantidad de inmigrantes sin papeles han recibido permisos de residencia por razones similares. Estos son los tipos de grietas en las prácticas habituales que podrían hacer que nuevas políticas, como las ya mencionadas, sean más factibles en el futuro. Proporcionan nuevos puntos de referencia para futuras luchas.

El fin del “No hay alternativas”

Los actuales paquetes de rescate macroeconómicos no son prueba de un cambio duradero de paradigma, pero hay nuevas prácticas también en otras áreas. Las rutinas se alteran y hay cambios materiales en nuestras vidas cotidianas. Los hábitos de trabajo y de ocio se modifican. Todo esto hace posible ver más allá de los postulados clásicos según los cuales “*there is no alternative*”.

Los movimientos de base pueden ganar importancia en tiempos de crisis. Los nuevos grupos de ayuda mutua inventan formas de asistir a la gente en sus vecindarios. En Helsinki, un grupo de Facebook declara algo visto en caso todo el mundo: “La idea es conectar a los que están en cuarentena, a los enfermos y a los vulnerables, con integrantes de la comunidad que están cerca de ellos y pueden hacer trámites y llevarles las provisiones necesarias (u otras cosas que necesiten)”. Queda por ver hasta qué punto este tipo de organización podría evolucionar para asumir formas más duraderas de construcción política comunitaria no estatal.

En un libro próximo a publicarse, *The Revival of Political Imagination* [El renacimiento de la imaginación política], Keijo Lakkala (2020, p. 20) sostiene que “específicamente, la utopía puede entenderse como una contrapráctica social motivada por el deseo de una existencia mejor. La utopía tiene, a la vez, el potencial de relativizar las bases de la sociedad actual (distanciarnos del orden social existente) y de crear fracturas dentro del presente y abrir posibilidades para nuevas formas de ser y hacer. La perturbación del presente abre una pluralidad de futuros”. En paralelo a los *shocks* negativos de oferta y demanda que se producen hoy en los mercados, la crisis puede incrementar la oferta y la demanda de pensamiento utópico.

Como escribió John Holloway en *Crack Capitalism* (2010, p. 9), la crisis abre grietas en “un mundo que se presenta como cerrado”. Cuando las fracturas son suficientemente grandes, se vuelve visible la miríada de posibilidades que existen en la estructura de la realidad social, bajo las prácticas actuales. En estos contextos, las salvaguardas del orden establecido se ponen en acción y hay demandas autoritarias que intentan aprovechar el momento. Pero también es posible trabajar sobre los elementos disruptivos del presente para expandir los horizontes democráticos, y abrir una pluralidad de futuros.

Traducción de María Alejandra Cucchi

Bibliografía

Aaltola, M. (1999). *The rhythm, exception, and rule in international relations: The case of mad cow disease*. [Doctoral dissertation, University of Tampere].

Holloway, J. (2010). *Crack Capitalism*. London: Pluto Press.

Klein, N. (16 de marzo de 2020). Coronavirus capitalism - and how to beat it. *The Intercept*.

Klein, N. (2007). *The Shock Doctrine: The rise of disaster capitalism*. Toronto: A.A. Knopf.

Lakkala, K. (forthcoming 2020). Disruptive Utopianism: Opening Up the Present en Teppo Eskelinen (Ed.). *The Revival of Political Imagination: Utopias as Methodology*. London: Zed Books.

Lenferna, A. (17 de abril de 2020). The Solution to the Coronavirus Recession Is a Global Green New Deal. *Jacobin*.

Schmidt, V. A. (2008). Discursive Institutionalism: The Explanatory Power of Ideas and Discourse. *The Annual Review of Political Science*, 11, 303-326.

Teivainen, T. (2019). Latin Americanization of Europe: Possibilities for a Geopolitical Pedagogical Transformation en Heriberto Cairo y Breno Bringel (Eds.). *Critical Geopolitics and Regional (Re)Configurations: interregionalism and transnationalism between Latin America and Europe*. 213-222. London: Routledge.

Zinn, H. (1990). *A People's History of the United States*. New York: Harper & Row.

Implicaciones de la censura en China durante la crisis de la Covid-19

Joy Y. Zhang

Las negaciones iniciales de China de la existencia de una nueva gripe similar al SARS a fines de 2019 han sido ampliamente criticadas, ya que se las considera un factor significativo que permitió la propagación temprana del coronavirus. El intento de encubrimiento de las autoridades no sorprende a las personas familiarizadas con la política china. La censura en nombre de la preservación de una “sociedad armoniosa” ha sido una prioridad sociopolítica primordial en China desde 2004. En el contexto de las celebraciones del Año Nuevo occidental y chino, y con congresos municipales y provinciales en marcha, parecía “lógico” que la autoridad de salud local decidiera ignorar al sistema nacional de información directa en el que China invirtió RMB 1.100 millones después de la epidemia de SARS en 2003. En cambio, las autoridades se concentraron en callar a los denunciantes, como el doctor Wenliang Li, acusándolos de “alterar el orden social”.

Sin embargo, subestimaríamos el impacto de la censura gubernamental (e incluso lo malinterpretaríamos) si solo analizáramos el daño en términos de transparencia política. Al hacerlo, nos

perderíamos cómo China, u otras sociedades con prácticas de censura similares, trabaja en mejorar la resiliencia social para la próxima crisis pública.

Lo que la pandemia de la Covid-19 hizo visible es un aspecto mucho más siniestro de la censura. Es decir, una vez que la censura de arriba hacia abajo se ha normalizado progresivamente en una sociedad (como en el caso de China en los últimos 16 años), ya no es solo una faceta de la cultura política, sino que también se filtra en la mentalidad colectiva y se cree que, en términos foucaultianos, “conduce la conducta”. Como lo demuestran mis observaciones sobre la Covid-19, la censura crónica doblega a la sociedad y la hace aceptar una negación armoniosa de las perspectivas individuales, sociales y científicas.

Vivir con censura

A fines de diciembre de 2019, mi esposo y yo volamos a Beijing para realizar un trabajo de campo. En nuestro quinto día en Beijing, ambos desarrollamos síntomas de catarro seguidos de fiebre. Tales reacciones respiratorias son habituales al intentar adaptarse al invierno seco y a la contaminación del aire de la ciudad. En ese momento, varios de nuestros amigos chinos que trabajaban en el sistema de salud ya estaban al tanto del rumor de que una misteriosa neumonía se estaba extendiendo en Wuhan. Se burlaron porque estábamos “a la moda”, ya que lo que teníamos podría ser parte del último misterio sanitario. Pero, por supuesto, solo tuvimos un resfriado normal y nos recuperamos rápidamente.

Es casi inimaginable ahora que alguien bromee acerca de tener Covid-19, y es por ello precisamente que esta divertida provocación de nuestros amigos es extremadamente ilustrativa del sentimiento general al comienzo del brote en China. Nuestros amigos eran muy conscientes de la censura y de que la verdad sobre la (entonces) supuesta epidemia podría ser encubierta. Sin embargo, pensaron que

en el peor de los casos sería otro SARS, síndrome que China controló en repetidas ocasiones.

Es difícil decir si fueron nuestros amigos los que calcularon mal el alcance de la censura o si fue el gobierno chino el que calculó mal el alcance de la nueva epidemia. Para la mayoría, la realidad se perdió rápidamente debido a la estrecha vigilancia de los informes locales sobre el virus. Después de eso, gran parte de mi rutina diaria ha consistido en guardar informes de noticias y comentarios clave sobre China y el virus por medio de capturas de pantalla en lugar de enlaces. Esto se debió a que el contenido Web “no armonioso” se eliminaba pronto sin dejar rastro y durante enero los artículos relacionados con la epidemia fueron objeto de censura. De hecho, muchas veces me despertaba por la mañana y descubría que la mitad de los artículos que me habían enviado mis amigos ya habían sido eliminado o no se podía acceder a ellos. Sin dudas, es posible que parte del contenido censurado fuese una noticia falsa, pero también era evidente que la información que estaba en circulación se correspondía con la ideología del partido.

Más importante aún, la Covid-19 expuso un aspecto a menudo ignorado sobre el funcionamiento de la censura cuando está “constitucionalizada” en el sistema político. La ubicuidad en los fundamentos de gobierno implica que la censura no esté necesariamente coordinada de manera centralizada, sino que sea una práctica en capas. Es decir, la censura se convierte en una herramienta que las múltiples autoridades usan a discreción y puede aplicarse de manera discriminada de acuerdo con las necesidades locales. Por ejemplo, en comparación con muchas otras ciudades menos afectadas, en la fase inicial, los medios locales de Wuhan estaban sujetos a una estricta censura. Según el estudio de corpus de periódicos oficiales chinos realizado por un académico especializado en estudios sobre medios de comunicación en la Universidad de Hong Kong, entre el 1 de enero y el 20 de enero de 2020, el periódico local de Wuhan *Chutian Dushi Bao* solo informó cuatro veces sobre el coronavirus. De esas noticias, dos refutaban “rumores” y dos fueron comunicados de prensa del

departamento de salud local. El 20 de enero, el día antes de que el presidente Xi Jinping reconociera públicamente la gravedad del brote y tres días antes del cierre de Wuhan, las noticias locales aún celebraban que se habían entregado al público 20.000 boletos gratis a importantes sitios turísticos a la espera de una oleada turística para la celebración del Festival de Primavera.

Esta desinformación localizada provocó una reacción pública aparentemente paradójica: a fines de enero, cuando la mayoría de las ciudades chinas más importantes comenzaron a preocuparse por el virus, los residentes de Wuhan, en general, continuaban tranquilos. A fines de enero, tuve una reunión en línea con un profesor de Wuhan que estudió en el Reino Unido, y él desestimó mi preocupación por la epidemia y la atribuyó a una reacción exagerada debido a las especulaciones de los medios. Del otro lado de la pantalla, afirmó que se trataba de un ejemplo clásico de “amplificación de riesgo”. Claro que Wuhan tenía la mayoría de los 200 casos confirmados, pero se trata de una ciudad con 11 millones de habitantes. Me aseguró que la “situación real” no era *tan* grave. Su reacción hizo eco de cierta información burlona que circuló ampliamente en WeChat, la principal aplicación de redes sociales de China, solo días antes del confinamiento: “En Hankou (el distrito donde se encontró por primera vez la Covid-19), las personas están felices haciendo las compras para el Festival de Primavera, están yendo a cenas y fiestas... Todo el mundo sabe que Wuhan está acordonado, pero Wuhan aún no lo sabe”. De hecho, el primero en cuestionar la insistencia de las autoridades de Wuhan en mantener la “armonía social” a expensas de la ignorancia pública fue un periódico de Beijing y no los medios de comunicación de Wuhan. Con el titular “La calma de Wuhan impide que el resto mantenga la calma”, el artículo describió que el intento de las autoridades de armonizar un virus para conformar políticamente era tan absurdo como “correr desnudos” en medio del peligro. Un par de días después de hablar con el profesor antes mencionado, Wuhan comenzó el confinamiento.

En retrospectiva, me pregunto cuántos ciudadanos comunes de Wuhan sintieron que los engañaron y los hicieron “correr desnudos” cuando, antes del confinamiento, continuaron recorriendo la ciudad con sus rutinas diarias. En cuanto a los burócratas de Wuhan, también me pregunto si habrán sentido que “corrían desnudos” cuando supieron que los datos que les habían informado los hospitales y las autoridades sanitarias habían sido alterados bajo su consentimiento e incluso con su apoyo directo. Cuando la censura se institucionaliza, o más bien se “constitucionaliza” de manera efectiva en un sistema de gobierno, los *hechos* se convierten rápidamente en *artefactos* cuando atraviesan múltiples capas de censura y autocensura.

Censura y resiliencia social

Una diferencia clave entre los estados democráticos y no democráticos en cuanto a la respuesta a la Covid-19 no se encuentra en la implementación de los confinamientos, sino en lo que se ha discutido y hecho para mitigar los diversos efectos colaterales de los confinamientos. Por ejemplo, en los días posteriores al comienzo del confinamiento en el Reino Unido a fines de marzo, las discusiones y, a veces, las protestas sobre el bienestar de diferentes grupos sociales inundaron los principales canales de noticias: el impacto en los niños con necesidades especiales, las personas en centros asistenciales, la violencia doméstica, la salud mental, así como las preocupaciones por los subsidios para los trabajadores independientes. Por supuesto, muchos de estos problemas siguen sin resolverse o solo se han resuelto de manera parcial, pero esta “explosiva” expresión pública de preocupaciones visibilizó desde el principio muchos problemas sociales subyacentes.

Por el contrario, hubo pocas discusiones (preventivas) de este tipo sobre las consecuencias sociales del confinamiento en los medios chinos. Si escribimos “violencia doméstica” (家庭暴力) y “neumonía por coronavirus” (新冠肺炎, la forma más común en que los medios

chinos se refieren a la pandemia de la Covid-19) en el principal motor de búsqueda Baidu de China, los resultados son predominantemente informes de noticias acerca del aumento de la violencia doméstica en el Reino Unido, Estados Unidos, Japón y otros países. Son escasos los informes sobre violencia doméstica en China en el contexto de la pandemia. Por supuesto, Baidu ha sido criticado por manipular los resultados de investigaciones y ceder a la presión política y comercial. Por lo tanto, los resultados podrían no ser una representación justa de lo que se ha discutido o hecho en términos de la violencia doméstica en China durante el confinamiento. Pero quizás este hecho recalca aún más mi punto. Es decir, las controversias sociales en China se censuran fuera de la vista del público y, por lo tanto, de la mente del público.

Sin embargo, el verdadero peligro de la censura política radica no solo en la ausencia de ciertas discusiones, sino en el fomento de la aceptación social de este silencio. Por ejemplo, al igual que en otros países, los trabajadores de la salud pronto fueron declarados “héroes” contemporáneos en China. La mayoría de los carteles que les rendían homenaje mostraban figuras masculinas, pero en las listas publicadas del personal médico que se ofreció de manera voluntaria a unirse a la primera línea se observó que predominaban las mujeres. Escribí una publicación en las redes sociales chinas cuestionando este aspecto de la desigualdad de género. La respuesta fue mixta. Mientras que algunos comentaron que este era un “punto interesante”, otros desaprobaban mi “alboroto”. Una de esas críticas vino de mi propio primo, quien, junto con su esposa, son médicos de primera línea. Él creía que todos estaban o deberían estar preocupados por combatir la enfermedad. Entonces, ¿por qué debería “distraer” de esa prioridad con “la trivial cuestión de la igualdad de género”? La lógica de mi primo evidencia la estrategia de desarrollo de China durante los últimos 40 años. China ha sido excepcionalmente buena al momento de identificar un objetivo (por ejemplo, combatir el coronavirus) y concentrar todos los recursos de la nación para lograr ese objetivo (por ejemplo, la reasignación rápida de recursos financieros y humanos al sistema de salud). Las discusiones sociales más amplias

se consideran una distracción. De hecho, hay casi un argumento “pragmático” para que no haya discusión: incluso si se plantean problemas, dados los recursos gubernamentales limitados y los servicios sociales subdesarrollados, de cualquier modo, no hay capacidad para abordar estos problemas. Entonces, ¿qué sentido tiene discutir?

Pero, ¿cómo puede crecer una sociedad civil si los problemas sociales que puede abordar no se hacen visibles ni se articulan de manera pública? Entre las tragedias relacionadas con la Covid-19 que aparecieron en las noticias mundiales sobre China se encontraba la historia de un niño de 17 años con parálisis cerebral que murió en su casa sin personas que lo cuidaran, ya que sus familiares fueron puestos en cuarentena. A su vez, un niño de 6 años estuvo encerrado con su abuelo fallecido durante varios días debido a una falla en el apoyo comunitario. Si en China los discapacitados ya no fuesen “millones invisibles” y si la sociedad civil fuese libre de examinar y criticar la escasez de apoyo social para los niños y ancianos abandonados, ¿podrían haber sido diferentes estas historias?

Lo que la Covid-19 expuso no es tanto la debilidad de la sociedad civil china, sino lo importante que es para dicho país fomentar una sociedad civil y una reflexión pública fuertes para reconocer y abordar sus diversas necesidades. Cuando una sociedad se acostumbra a una norma en la que ciertos hechos no pueden ser ciertos y ciertas discusiones no deben permitirse, el silencio puede convertirse en indiferencia. El lado siniestro de la censura es que reduce el reconocimiento social acerca de qué intereses comunitarios requieren respeto y qué valores vale la pena proteger. De este modo, restringe el potencial civil de la sociedad a través de una “negación armoniosa” de las necesidades de la comunidad y su importancia.

Censura y ciencia (global)

Las preocupaciones mundiales sobre la censura de la pandemia en China se han centrado en gran medida en las consecuencias

científicas y se pueden agrupar en dos categorías. Parecen ser “esquizofrénicas”, pero están relacionadas: por un lado, hay escepticismo para aceptar las estadísticas sobre la Covid-19 que brinda China, ya que se teme que estén manipuladas para “mantener la credibilidad”. Por otro lado, la comunidad internacional agoniza al mismo tiempo, ya que no ha podido aprovechar los datos chinos. Es decir, existe la preocupación de que ahora que la colaboración mundial en investigación es más necesaria que nunca, China, el país que genera el 36% de los artículos científicos sobre ciencias biológicas en el mundo y tiene el mayor volumen de datos sobre la Covid-19, esté llevando a cabo una operación secreta. Esta preocupación parece haber sido confirmada en un informe de la CNN del 13 de abril, que expuso que China ha intensificado la censura a la publicación de investigaciones sobre el coronavirus. En resumen, estas dos preocupaciones aparentemente paradójicas pueden resumirse en una oración: *¿Sabemos realmente lo que China sabe?*

Estas son preocupaciones legítimas, aunque en otra parte discutí por qué, a pesar de la sospecha de secretismo, la principal corriente dentro de la comunidad científica china defiende la transparencia y la sinceridad. Esta postura también se refleja en el hecho de que durante los primeros 2 meses del brote, los laboratorios chinos aportaron más del 60% de los trabajos de investigación. Pero es necesario destacar otra pregunta que suele ignorarse, pero que es igual de importante en cuanto a la relación entre censura y ciencia en China: *¿China realmente sabe lo que necesita saber?*

La decisión inicial de las autoridades de Wuhan de eludir el sistema nacional de informes, que cito al comienzo de este artículo, por temor a la reprensión política que puede provocar el dar “malas noticias”, es solo un ejemplo de cómo China puede ser la principal víctima de su censura. El posible efecto restrictivo de la censura con respecto a su capacidad de investigación se evidencia en un aumento del mencionado escrutinio gubernamental de la investigación relacionada con la Covid-19. Esta nueva directiva del Ministerio de Educación que informó la CNN incluye tres elementos que

pueden resumirse de la siguiente manera: 1) los artículos científicos que rastrean el origen del virus están sujetos a un control más estricto y solo pueden enviarse a revistas especializadas después de obtener la aprobación del Ministerio; 2) cualquier otra investigación académica relacionada con el virus puede enviarse para su publicación después de que los respectivos comités académicos universitarios hayan evaluado su valor académico, el momento de la publicación y la idoneidad para las revistas nacionales o extranjeras; y 3) la investigación debe cumplir con las normas de bioseguridad y la publicación de investigaciones sobre posibles vacunas no debe ser exagerada.

Las consideraciones nacionalistas son evidentes en esta directiva de censura. En medio de la disputa entre Estados Unidos y China sobre quién debería ser “responsable” por el virus, el primer elemento de la directiva envía una fuerte señal para desalentar a la comunidad científica china a investigar el origen. Si bien existe una intención clara de “control de calidad” para evitar la vergüenza nacional debido al escándalo por las máscaras y los kits de prueba defectuosos, esta directiva también impone una supervisión política que garantiza que los proyectos científicos estén en armonía con las narrativas del gobierno. Pero no es descabellado decir que tiene implicaciones para el desarrollo científico nacional. Dada la necesidad de aprobación a nivel ministerial, ¿en qué medida los investigadores competentes serán desviados a temas políticamente menos delicados o se harán preguntas políticamente menos sensibles? ¿En qué medida la burocracia adicional y las responsabilidades institucionales desalentarán el apoyo a investigaciones relacionadas con la Covid-19 a nivel provincial, municipal y universitario?

Cuando la censura comienza a impactar en las decisiones de los científicos sobre qué tipo de preguntas se pueden hacer, cuándo se pueden hacer y qué debe evitarse, el acatamiento científico resultante se realiza en detrimento de la pérdida de conocimiento.

Conclusión

La censura juega un papel clave en el desarrollo de la pandemia de la Covid-19. Parte del daño más profundo que produce la censura tal vez no radique tanto en lo que se ha alterado o eliminado, sino en aquello cuya existencia se ha “negado de manera armoniosa”. Es decir, hechos no reconocidos, riesgos no calculados, problemas no discutidos y preguntas no formuladas. El término “armonioso” hace referencia tanto al incentivo de censura original de controlar a una “sociedad armoniosa” como a los efectos más siniestros de la mentalidad colectiva y el consentimiento social inconsciente ante una agenda autoritaria.

Traducción de María Paula Vasile

Una brecha de datos cada vez mayor: la Covid-19 y el Sur Global

Stefania Milan y Emiliano Treré

La pandemia de la Covid-19 está destruyendo el mundo. Fue identificado por primera vez en China continental en diciembre de 2019 y llegó rápidamente a las cuatro esquinas del planeta, a tal punto que, según los informes, la única zona “libre de coronavirus” es la Antártida. En todo el mundo, las noticias están repletas de números y cifras de diversos tipos. Contamos la cantidad de pruebas, seguimos el aumento del total de individuos que dieron positivo al virus, lloramos a los muertos al ver el número de muertes diarias. Estos números están profundamente arraigados en su geografía socioeconómica y política, ya que el virus sigue distintas curvas de propagación, pero también porque distintos países e instituciones cuentan de manera diferente (y a menudo estas formas distintas de contar ni siquiera se hacen evidentes). Lo que está claro es que lo que se cuenta existe, tanto en las políticas estatales como en el imaginario de las personas. Los números afectan nuestra capacidad de cuidar, compartir empatía y donar a planes de asistencia y servicios de emergencia. Los números son la evidencia de la existencia del problema y de la realidad social de un país (o cualquier otra) en el mapa global de preocupaciones.

Sin embargo, la mayoría de los países del llamado Sur Global están prácticamente al margen de esta narración de la pandemia basada en números. ¿Por qué? ¿Cuáles son las consecuencias?

Disponibilidad de datos y capacidad estadística de los países del Sur Global

Si los números son la condición para la existencia de la crisis de Covid-19, deberíamos prestar atención a la (in)capacidad real de muchos países del Sur para testear el virus en la población y, en general, producir estadísticas demográficas confiables (mucho menos controlarlo de manera adecuada). Se trata de una “brecha de datos”, así como de la calidad de los mismos, la que incluso en tiempos “normales” dificulta la necesidad de elaborar políticas basadas en evidencia, realizar un seguimiento del progreso y desarrollo, y aumentar la responsabilidad gubernamental. Y mientras la Organización Mundial de la Salud advierte sobre la “situación dramática” de la propagación de la Covid-19 en el continente africano, por nombrar solo uno de los puntos ciegos del conjunto de datos de la pandemia global, el Foro Económico Mundial pide “aplastar la curva” en los países en desarrollo. A partir de la revisión de los Objetivos de Desarrollo del Milenio de las Naciones Unidas en 2005, se ha progresado e invitado (y apoyado) a los países del Sur Global a diseñar una Estrategia Nacional para el Desarrollo Estadístico. Sin embargo, al echar un vistazo al valioso repositorio de datos colaborativo de GovLab de la NYU, que aborda la pandemia de la Covid-19, descubrimos la ausencia virtual de proyectos de recopilación y monitoreo de datos en el Hemisferio Sur. El siguiente paso obvio es la peligrosa ecuación “no hay datos = no hay problema”.

Enfermedad y blanquitud

La epidemiología y la farmacogenética (es decir, el estudio de las bases genéticas de la respuesta de las personas a los productos farmacéuticos), por nombrar solo algunas de las ciencias biológicas involucradas, basan sus estudios en gran medida en la “inclusión de blancos/caucásicos y la exclusión de otros grupos étnicos”. En otras palabras, el modelo de la evolución de la enfermedad y las soluciones relacionadas se basan en conjuntos de datos que tienen en cuenta principalmente (y casi de manera exclusiva) a la población caucásica. Este es un problema conocido en el campo, que se deriva de la “suposición de que una persona negra podría considerarse blanca”, y de la eliminación de especificidades y diferencias. Esta cuestión se ha relacionado con la “falta de desarrollo de la teoría *social*, debido principalmente a la renuencia de los epidemiólogos a pensar en los mecanismos sociales (por ejemplo, la explotación racial)”, según sostiene Muntaner (1999). Si bien la Covid-19 representa una ligera variación en esta tendencia ya que fue identificado por primera vez en China, el problema a gran escala continúa. En tiempos de emergencias sanitarias tan globales como esta, se corre el riesgo de perpetuar y reforzar esa tendencia.

Un mercado succulento para la industria

Ante la falta de capacidad de realizar testeos a nivel nacional, los países del Sur podrían ser presa, por un lado, de la floreciente industria de pruebas genéticas y de detección de enfermedades, y por el otro, del control de la población que permite la industria de las telecomunicaciones. Las compañías privadas podrían compensar la deficiencia del Estado y mapear las poblaciones de riesgo, al mismo tiempo que monetizan sus datos. El caso de “23andme” es sintomático de este aumento de pruebas lideradas por la industria, que constituye

un arma de doble filo. Por un lado, los actores privados pueden proporcionar servicios clave que los Estados pobres o con pocos recursos no pueden proporcionar. Por otro, sin embargo, las agendas que estos actores con fines de lucro suelen esconder y distorsionar, revelan sus defectos y peligros. Si observamos la industria de las telecomunicaciones, podemos comprobar cómo ha contribuido a rastrear la propagación de enfermedades en distintas emergencias sanitarias, como la del Ébola. Si la comunidad global de datos abiertos ha pedido un intercambio de datos más fluido entre el sector privado y el público para abordar colectivamente la propagación del virus, en ausencia de marcos regulatorios adecuados en el Sur Global, por ejemplo en el campo de la privacidad y recopilación de datos, las autoridades locales pueden ser víctimas de intervenciones externas de naturaleza dudosa.

Populismo y racismo

La falta de cifras confiables para retratar con precisión la pandemia de Covid-19 a medida que se extiende en el Hemisferio Sur también ofrece un terreno fértil para el surgimiento de narrativas distorsionadas y maliciosas movilizadas por razones políticas. Por nombrar solo una, los líderes populistas, como Jair Bolsonaro en Brasil, anuncian el “retorno a la normalidad” en el país y descartan la dura realidad al considerarla una “histeria” colectiva. En Italia, algunas *fake news* que dicen que las poblaciones migrantes de origen africano eran “inmunes” a la enfermedad inundaron las redes sociales, lo que desató comentarios racistas y acciones contra los inmigrantes. Si bien según los informes el mismo rumor ha circulado también en el continente africano y el populismo también ha golpeado fuertemente en las democracias occidentales, las consecuencias podrían ser más dramáticas en los países con mayor población del Sur Global. En México, el presidente populista de izquierda Andrés Manuel López Obrador, ante la emergencia de coronavirus, sostuvo que los

mexicanos debían “seguir viviendo la vida como de costumbre”. No detuvo su gira por el sur del país y con frecuencia contradijo los consejos de los funcionarios de salud pública, ignoró sistemáticamente el distanciamiento social al tocar, abrazar y besar a sus partidarios, y llegó a considerar la pandemia como un complot para descarrilar su presidencia. Estos comentarios, suposiciones y actitudes peligrosos son un producto derivado de la falta de datos confiables y testeos que señalamos en este artículo.

El riesgo de universalizar el problema

Afortunadamente, la vasta experiencia en hacer frente a desastres, catástrofes y emergencias, así como el crudo conocimiento de ellos, también provocó que varios países del Sur Global implementaran medidas de contención efectivas más rápidamente que muchos países del Norte Global.

Sin embargo, debido a la falta de datos confiables en el Sur, podría ser difícil hacer un seguimiento de la propagación de la enfermedad. Es probable que se caiga en la tentación de “importar” modelos y “apropiarse” de las predicciones de otros países y realidades socioeconómicas, para luego basar en ellos las medidas y políticas nacionales que se tomen. La “universalización” del problema y de las soluciones, como advertimos en un artículo de 2019, es tentador, especialmente en estos tiempos de incertidumbre global. La universalización implica pensar erróneamente que el problema se manifiesta exactamente de la misma manera en todas partes, sin tener en cuenta las características locales en relación con “otros” enfoques. Este aspecto, sumado a la blanquitud mencionada anteriormente, da lugar a un cóctel explosivo que probablemente cree más problemas de los que resuelva.

¿Más allá del punto ciego?

Si bien muchos tienen suficiente para preocuparse “en casa”, la mayor parte de la población mundial reside hoy en el llamado Sur Global, con todos los desafíos específicos que la situación conlleva. Por ejemplo, para gran parte de los 1.300 millones de ciudadanos indios ahora confinados, quedarse en casa podría significar morir de hambre. ¿Cómo puede contribuir la comunidad global (expertos en datos abiertos, investigadores, académicos de las ciencias biológicas, activistas por los derechos digitales, entre otros) a “reducir” la creciente brecha de datos que podría debilitar gravemente cualquier esfuerzo local de evitar que la Covid-19 se propague a las poblaciones que a menudo ya están en los márgenes? Sostenemos que la cuestión en juego aquí no es simplemente si aportamos los recursos que tanto necesitamos o cómo colaboramos, sino que también es una cuestión de *hacia dónde dirigimos la atención*, en otras palabras, qué decidimos mirar. La Covid-19 probablemente evidencie la necesidad de una alianza global de expertos de diversas áreas que, junto con las organizaciones de la sociedad civil, fomenten las capacidades de los países del Sur para llevar a cabo la tarea de contar.

Traducción de María Paula Vasile

Reset*

Manuel Castells

No lo imaginábamos. Nadie. Y aún nos parece una pesadilla de la que vamos a despertar con el alba. Claro que se acabará, algún día. Cuanto más ayudemos todos, antes se acabará. Esto incluye a todos los que aprovechan indecentemente la tragedia para aventajar sus intereses. Aparquemos nuestras diferencias aunque luego arreglemos cuentas.

Nunca habíamos afrontado una amenaza de esta índole, ni siquiera con la gripe de 1918, porque la globalización y el entrecruzamiento de economías, culturas y personas repercuten en tiempo real en cualquier barbaridad que hagamos en cualquier punto del planeta, tales como los mercados de especies salvajes. Humanos depredadores, preveníos de vosotros mismos. Ni nuestro extraordinario avance científico y tecnológico nos puede proteger de nuestra inmensa estupidez. Por eso si sobrevivimos, no volveremos a lo mismo. O si volviéramos, recurriría la pandemia, esta o las próximas, hasta que hagamos un *reset* de lo que éramos.

* Una versión previa de este artículo se publicó en el diario *La Vanguardia*.

Solo hay futuro en una reencarnación colectiva de nuestra especie. Esto no tiene que ver con el trasnochado debate ideológico entre capitalismo o socialismo, porque que el socialismo realmente existente también se lució. Se habla de cambio de paradigma. Y algo hay de eso. Por ejemplo, esta pandemia debería haber dejado claro que la sanidad, incluyendo obviamente la higiene pública y la salud preventiva, es nuestra infraestructura de vida. Y que no podremos vivir permanentemente del heroísmo de sanitarios que enferman masivamente por falta de equipamiento. Habrá que invertir prioritariamente en sanidad pública porque la privada sirve para lo que sirve, pero cuando hay emergencia tiene que ser absorbida por la pública. Esta inversión es cuantitativa y cualitativa, en material, en equipamiento hospitalario, en atención primaria, en educación del conjunto de la población, en investigación, en remuneración de los sanitarios y en formación de médicos, enfermeros y sanitarios en general, con universidades y escuelas reforzadas y mejor dotadas para que puedan acoger muchas más vocaciones de servicio.

Ahora se pone en evidencia, más allá del sistema sanitario, la necesaria prioridad de lo público en la organización de la economía y la sociedad. Que no es estatización, porque cada fórmula de defensa del interés público debe adaptarse a las características de cada sociedad. De la misma forma en que la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial exigieron romper con el fundamentalismo del mercado para proteger derechos sociales y la vida en general, aun conservando el dinamismo del mercado para aquello en lo que es útil. De la misma manera se hace necesaria una revitalización del sector público acompañada de una reforma que lo desburocratice y despoltice.

Por ejemplo, se ha podido constatar la hipocresía social e institucional del respeto a los viejos, a quienes se deja en situación de extrema precariedad cuando las familias no pueden ocuparse de ellos. En parte por la privatización de las residencias, que muestra que la lógica de ganancia no se adecua a un cuidado costoso en personal y equipamiento. Pero también en la asistencia pública residencial, porque los recortes presupuestarios y la negligencia de muchas

instituciones han abandonado a su suerte a nuestros viejos, como demuestra el altísimo porcentaje de defunciones registradas en esos auténticos campos de muerte durante la pandemia. Solo una intervención pública masiva, no únicamente en gasto, sino en gestión, puede evitar que esto se repita.

De inmediato se argumenta que cómo se paga. Es evidente que con nueva fiscalidad y aumento de la productividad, no hay otra. Lo cual no quiere decir más impuestos para la gente, sino obtener recursos de allá donde está concentrado el 75% de la riqueza mundial, a saber, los mercados financieros globales y las grandes multinacionales evasoras legales de impuestos precisamente por su movilidad fiscal y su manejo de los entramados legales. Planteando además el incremento de la productividad, que pasa por recursos humanos (o sea, sector público), ciencia (o sea, sector público), infraestructura tecnológica (conexión público-privado) y transformación empresarial mediante la aplicación de nuevo conocimiento y tecnología a la gestión de las empresas. Adentrándose también en el complejo terreno de la productividad y eficiencia del sector público, desde la administración hasta la educación.

Sin embargo, el *reset* más profundo es el que está teniendo lugar en nuestras mentes y en nuestras vidas. Es el darnos cuenta de la fragilidad de todo lo que dábamos por descontado, de la importancia de los afectos, del recurso a la solidaridad, de la importancia del abrazo, que nadie nos va a quitar, porque más vale morir abrazados que vivir acoquinados. Es el sentir de que el dispendio consumista en el que hemos malgastado recursos no es necesario, porque unas tapas en una terraza entre amigas no necesitan mucho más. ¿Saben que los escandalosos traspasos multimillonarios del fútbol se han terminado? Y los Messi del mundo no por eso van a dejar de jugar, porque lo llevan en la sangre.

El *reset* necesario es un portal a otra forma de vivir, otra cultura, otra economía. Mejor lo valoramos porque la alternativa es la nostalgia masoquista de un mundo que se fue para no volver. La vida sigue, pero otra vida. Depende de nosotros que la hagamos maravillosa.

Segunda parte

Múltiples crisis y solidaridades en un mundo desigual

Muerte, control social y bienestar en tiempos de Covid-19

Montserrat Sagot

Cada crisis genera sus formas de experimentar la vida y, en algunos casos, la muerte. La crisis de la Covid-19 nos permite ver lo peor de los tiempos para vivir y morir, pero también abre algunas posibilidades para imaginar tiempos mejores. Esta crisis está transformando nuestras formas de imaginar el mundo y de vivir en el mundo. Por eso, esta no es una crisis sanitaria, como le han llamado algunas personas. La pandemia del coronavirus tiene el potencial del convertirse en una crisis civilizatoria que podría trastocar las relaciones sociales, las formas de organización de la producción, el papel de los estados, las vías que ha tomado la globalización neoliberal y hasta el lugar de los humanos en la historia y en la naturaleza.

Esta crisis también ha dejado al descubierto algunas facetas del capitalismo que a veces quedan ocultas bajo los discursos coloniales, racistas, sexistas o de la supuesta eficiencia asociada a las ideologías del achicamiento del estado. En primer lugar, la crisis nos permite ver claramente la fase asesina del capitalismo. Esa siempre ha sido una de las características del capitalismo, cuyas técnicas de

devaluación extrema de la vida producen cuerpos vulnerables a la marginación, la instrumentalización e incluso la muerte.

Sin embargo, la situación es muy diferente cuando se llena de cadáveres una pista de hielo en Madrid o se abre una fosa común en un parque de Nueva York, a cuando los muertos son migrantes africanos en el Mediterráneo o personas de Centroamérica cuyos restos quedan desperdigados en la ruta letal hacia Estados Unidos. El estado de alarma y la conciencia sobre la muerte y la vulnerabilidad se agudizan entonces cuando los muertos están más cerca de los centros de poder. Es probable que los setenta camiones militares sacando los cadáveres de Bérgamo contribuyan más a la visibilización de la fase letal del capitalismo que los cuerpos quemados de las calles de Guayaquil.

Estas nuevas manifestaciones de las mortandades producidas por el sistema han llevado incluso a una redefinición de ciertos espacios públicos y privados. Espacios como las pistas de patinaje sobre el hielo o los parques, antes lugares para el esparcimiento y la diversión, ahora son convertidos en morgues o en cementerios. Han surgido con fuerza también formas extremas de privatización de la vida que se ven reflejadas en la reciente expansión del mercado para la compra de islas solitarias, castillos, bunkers o grandes yates, producto del interés de los más privilegiados por aislarse y alejarse lo más posible de los cadáveres. Cadáveres, por cierto, generados también por las formas de organización de la producción y condiciones de explotación de sus empresas, por sus formas de hacer negocios y de obtener ganancias desmedidas.

Otra redefinición muy problemática de lo público propiciada por esta crisis tiene que ver con el trabajo de las organizaciones criminales (mafia, camorra, maras, carteles) en países como Italia, México, El Salvador y Brasil distribuyendo alimentos, medicinas, jabón y hasta desinfectando comunidades abandonadas a su suerte por los gobiernos. Estas organizaciones, que juegan un papel importante en la operación de la necropolítica, en esta crisis han empezado a ocupar el espacio público que los estados han dejado vacío, sobre todo en

territorios vulnerables y empobrecidos, y a solidificar su condición como poderes de facto, lo que podría tener graves consecuencias para la gobernabilidad democrática en el futuro.

Por otra parte, la fase asesina del capitalismo también ha quedado en evidencia en las políticas cuasi-eugenésicas de algunos países, como Suecia, por ejemplo, que no va a admitir en unidades de cuidados intensivos a personas mayores de 80 años enfermas de Covid-19 o a personas de entre 60 y 80 con patologías previas de salud. Asimismo, esta fase del capitalismo se materializa en la práctica de algunos municipios de España de no llevar a los hospitales a las personas enfermas que residen en centros de ancianos, lo cual ha sido denunciado de forma repetida por las familias de las personas fallecidas.

En el caso de Centroamérica, podemos ver el ejemplo del gobierno de Nicaragua, que, con una política negacionista similar a la de Trump o Bolsonaro, –a pesar de estar supuestamente en las antípodas ideológicas de esos presidentes–, ha decidido no hacer nada contra la pandemia para que se muera quien se tiene que morir. Un elemento importante en relación con estas políticas letales es que si bien muchos de los primeros contagiados fueron personas de los sectores privilegiados, con capacidad de viajar y de tomar vacaciones en otros países, la expansión posterior del virus se ha dirigido a los de siempre: los viejos y débiles, los negros y latinos en Estados Unidos, las poblaciones indígenas y las personas trabajadoras de los sectores más explotados, convertidos ahora en “trabajadores esenciales”.

Por el momento, el reconocimiento para estos trabajadores y trabajadoras es principalmente simbólico. Es decir, se les otorgó un nuevo adjetivo en la escala de valor social, en algunas ciudades se les aplaude por cinco minutos todas las noches, pero no se les ofrecen ni mejores salarios, correspondientes al riesgo y al servicio que ofrecen manteniendo a la civilización en funcionamiento, ni condiciones mínimas de seguridad para ejercer sus empleos. Siguen siendo las mismas vidas despreciadas que el capitalismo siempre ha usado y descartado, solo que ahora elevadas en términos retóricos a la categoría de “esenciales”.

Los sistemas de salud y el biopoder

La crisis provocada por la Covid-19 está mostrando también las décadas de abandono de los sistemas públicos de salud, la privatización de los mismos, la precarización del trabajo y la erosión de los derechos laborales. De hecho, el desmantelamiento de la salud pública, la privatización y la externalización de los servicios están entre los principales responsables de la gran mortalidad.

En este contexto surge un discurso utilitario de gerenciamiento de la crisis y de lo público. Lo que hay que proteger, dicen, es el sistema de salud para que no colapse. ¡Y algunas personas de ingenuas pensábamos que lo que había que proteger era la vida! Es evidente que para proteger la vida hay que proteger los sistemas de salud, pero llama la atención el orden del discurso y los énfasis. El discurso, tal y como se ha enunciado en la mayoría de los países, en realidad sugiere que las medidas de confinamiento no se establecen para proteger la vida, sino para no tener que atender a mucha gente en los servicios de salud. El mandato es para quedarse en casa y, de ser posible, recuperarse o morir allí, o en una residencia para ancianos, con el fin de no gastar muchos recursos en personas que ya de por sí son consideradas como descartables.

El mandato del confinamiento también pone de manifiesto una política homogenizante que no toma en cuenta las desigualdades ni las diferentes formas de vulnerabilidad. Es una política de vigilancia y microgerenciamiento de los cuerpos asumiendo la existencia de una población con las mismas opciones, posibilidades de vida y acceso a recursos. Una política así solo puede aumentar la precarización, el hambre e incluso aumentar el riesgo al contagio a menos de que esté acompañada de medidas redistributivas que asignen una renta básica vital para todos y todas los que no pueden asumir el costo del confinamiento ni responder a los discursos, supuestamente altruista, de la protección del bien común y la salud pública que acompañan al eslogan de “#QuedateEnCasa”. Cuando empezaron las medidas de

desconfinamiento en muchos países, es evidente que esas medidas tampoco deberían ser planteadas de forma homogenizante, sin reconocer que hay grupos más proclives al contagio y a morir, por su historia vital, por las condiciones materiales de su existencia, por las condiciones en las que transitan las ciudades y por el tipo de trabajos que desempeñan.

Las acuciantes necesidades de acceso a la salud, de contar con sistemas públicos competentes y políticas redistributivas, puestas ahora en evidencia por la pandemia, han generado una renovada demanda por estados de bienestar que respondan a las necesidades diferenciadas de la población y que contribuyan a la redistribución social y económica. Mientras que esas demandas están siendo puestas en la palestra pública por diversos sectores, al mismo tiempo se están reforzando las características más autoritarias y controladoras de los estados. La crisis está ofreciendo nuevas justificaciones para la implementación de medidas represivas y nuevas formas de coerción política y social.

Centroamérica es un ejemplo de eso, con los gobiernos de El Salvador, Honduras y Guatemala, reviviendo el repertorio represivo del pasado e imponiendo estados de excepción. De esta forma, se radicalizan los aparatos de control biopolítico ya no en nombre de la seguridad nacional sino de la salud pública. Las detenciones arbitrarias por parte del gobierno de El Salvador a mujeres que salen a conseguir alimentos por no llevar una lista de compras o a una madre que acompañaba a su hijo a usar un servicio sanitario ubicado fuera de la casa, son ejemplo de la amplificación de las nuevas medidas coercitivas implementadas.

La novedad de estas situaciones es que el miedo a la muerte o a la enfermedad hace que muchas personas acepten estas condiciones extremas de biocontrol sin protestar. Y no solo que las acepten, sino que las demanden de sus gobiernos. Incluso, hay una voluntad explícita en algunos y algunas de convertirse en parte activa de los mecanismos de control al reportar a la policía a las personas que no se ajustan a las reglas del confinamiento. En el caso de Centroamérica,

personas que vivieron en dictadura y que se revelaron frente a los poderes represivos de los estados, ahora se someten temerosas a los mecanismos sin precedentes de control social. El temor a convertirnos en un ente biológico sin cualificaciones, en nuda vida, a merced de un enemigo invisible, –un virus–, que puede estar en cualquier sitio, parece desatar más temores y voluntad de sometimiento que los aparatos políticos represivos.

Algunas posibilidades para el futuro

Si bien existe un temor justificado a que esta crisis termine produciendo una sociedad más represiva, con mecanismos ultrasofisticados de biopoder por medio del uso de nuevas tecnologías o a que sigamos actuando como si todavía estuviéramos en 1990, creyendo en la virtud de las políticas neoliberales y negando el calentamiento global, también se abren posibilidades para imaginar otros futuros.

Además de visibilizar las fases letales del capitalismo y la potencialidad de las recetas neoliberales para provocar catástrofes humanitarias, esta crisis también ha dejado al descubierto la complejidad e incluso la peligrosidad de otros ámbitos. En primer lugar, las medidas de confinamiento han permitido una discusión bastante generalizada sobre la naturaleza del espacio doméstico. Las feministas han hablado de esto por casi dos siglos, pero es ahora, cuando un porcentaje importante de la población tuvo que recluirse en los hogares, que salta a la palestra pública la conversación sobre la desigual distribución de las tareas reproductivas y de las cargas domésticas, la violencia intrafamiliar contra las mujeres y la importancia de los trabajos de cuidado.

En ese sentido, la pandemia ha ayudado a desestabilizar la noción conservadora de la familia y el hogar como espacios de paz, seguridad y armonía, ha dejado al descubierto la persistente división sexual del trabajo y la centralidad de las mujeres en el desempeño de los trabajos de cuidado que sostienen la vida. El “descubrimiento” y

la visibilización social de un problema puede ser entonces el primer paso para iniciar procesos de cambio.

La renovada valorización de las tareas de cuidado y de trabajos antes despreciados es otra de las consecuencias imprevistas de la crisis. Si bien por el momento mucho de esa valoración se restringe al terreno de lo simbólico, esta podría ser una oportunidad para rescatar la importancia de los objetos y recursos con valor de uso. También para entender la trascendencia de los trabajos que permiten la reproducción social y de las personas que los desempeñan.

En otro orden de cosas, la crisis también abre oportunidades para reindustrializar localmente y fomentar la producción interna, sobre todo ahora que se han roto muchas de las cadenas internacionales de distribución de productos. Es entonces la oportunidad para una política de desenganche de las lógicas mercantiles de la globalización neoliberal, así como para el fomento de las industrias nacionales y de la producción local de alimentos, lo que incluso ayudaría a garantizar la seguridad alimentaria, sobre todo de los países del Sur Global.

Por otra parte, la crisis ha permitido que revivan las demandas por un estado de bienestar, que cuide lo público, que tome medidas para la protección de toda la población y que se convierta en agente de la justicia redistributiva, tomando en consideración las diferentes expresiones de la desigualdad. Este punto es fundamental ya que para muchas personas esta discusión estaba acabada. Desde que hace más de cuarenta años Margaret Thatcher dijera que “no hay sociedad” y Ronald Reagan dijera que “el gobierno no es la solución para nuestros problemas, el gobierno es el problema”, las ideologías del neoliberalismo habían hecho todo lo posible por opacar la importancia de un estado al servicio del bien común. Sin embargo, la crisis ha puesto en evidencia la necesidad de que el estado no solamente ejerza el monopolio de la violencia y promueva un buen clima para los negocios, sino de un estado y una sociedad que operen bajo el principio de la solidaridad.

La crisis de la Covid-19 ha permitido también una revalorización de la ciencia al servicio de la humanidad. Después de la proliferación en las últimas décadas de una gran cantidad grupos anticiencia, antivacunas, terraplanistas y de fundamentalistas religiosos cuestionando algunos principios científicos básicos, esta pandemia vuelve a posicionar la ciencia en un lugar privilegiado. Es evidente que la pandemia no se va a solucionar con vacunas o medicamentos, sino con procesos que lleven a universalizar el acceso a la salud pública y a una reparación de las desigualdades. Sin embargo, es de suma importancia reivindicar la producción de conocimiento científico no instrumental en la creación de nuevos modos de vida.

Finalmente, la crisis podría servir para reconocer nuestra vulnerabilidad, fragilidad e interdependencia de la vida humana con la naturaleza y con la vida de otras especies. A lo mejor el miedo no solo sirva para aceptar de manera sumisa las medidas de biocontrol desplegadas por muchos gobiernos, sino también para cuestionar un proceso de acumulación que se ha vuelto necrótico y que ha dejado a su paso la desaparición de especies, de territorios fértiles, de culturas y de personas. Esta crisis nos permite ver que la tragedia no está en el horizonte, sino que está aquí, y que tal vez todavía estemos a tiempo de imaginar y producir cambios para la construcción de un nuevo mundo.

“La división hace la fuerza”: la pandemia en Estados Unidos

Bandana Purkayastha

El 10 de abril de 2020, la cifra de contagiados por Covid-19 en Estados Unidos era de 427.460, con 14.696 muertes y 16.8 millones de pedidos de subsidios por desempleo, que se presentaron entre el 15 de marzo y el 14 de abril. La pandemia llegó a cada rincón del país, en el que conviven desde cifras exorbitantes de contagios y muertes en Nueva York hasta la creciente propagación en condados rurales.

En cada área hay registros continuos que detallan la falta de suministros esenciales y personal para ayudar a quienes están enfermos. El conjunto de medidas de estímulo por dos billones de dólares ha tenido un impacto escaso, mientras que los referidos a la asistencia social se mantienen en el Senado. Las minorías raciales, especialmente los afroamericanos, se ven afectadas negativamente en número desproporcionados. La retórica política en Estados Unidos abarca desde evaluaciones sombrías y consejos sobre cómo continuar para “aplanar la curva” hasta afirmaciones estridentes de éxito.

A medida que el virus avanza en Estados Unidos revela divisiones sociales y económicas preexistentes, y demuestra que las decisiones políticas actuales socavan aún más los procesos democráticos de las

regiones e imponen mayores restricciones (y abusos) a los derechos laborales y humanos, así como su vulnerabilización. El relato de la pandemia también es el relato de la política, la economía y las estructuras sociales desiguales que existen hoy en Estados Unidos.

Antiguas heridas de guerra

Algunos de estos desafíos revelan claramente los sistemas económicos y políticos, así como las desigualdades que han documentado los científicos sociales. Por ejemplo, el acceso a la atención médica universal ha sido una batalla política durante más de una década. A lo largo de muchas décadas de investigación, se documentaron las fuentes de las disparidades raciales en relación con la salud. Es decir, cómo las viviendas segregadas, los empleos, los altos niveles de estrés debido al racismo estructural y cotidiano, la pobreza y la falta de acceso a la atención médica, entre otros factores, crean condiciones sanitarias que aumentan la vulnerabilidad de los grupos raciales minoritarios a tales pandemias.

Tanto el hacinamiento como las viviendas inadecuadas, típicos en las zonas más pobres de las ciudades y los suburbios, así como la distribución geográfica, pueden exacerbar tales vulnerabilidades. En la ciudad de Nueva York, la tasa de mortalidad de los afroamericanos y latinos *duplica a la del resto de la población*. En un informe sobre la rápida propagación del virus dentro de la reserva navajo, Romero (2020) señala que la convivencia de varias personas en casas pequeñas, así como la falta de agua no contaminada, que a menudo tiene que ser transportada hasta las casas, aumentan la vulnerabilidad de un grupo que posee tasas elevadas de personas diabéticas y con presión arterial alta, así como con enfermedades relacionadas, y que ya carecía de un fácil acceso a centros de atención médica.

A este hecho se suma el patrón social de personas mayores que se mudan a residencias para ancianos. Si bien la capacidad de pagar diferentes calidades de este tipo de residencias es definitivamente

un problema de clase (Purkayastha *et al.*, 2012), la actual disminución del plantel de trabajadores de los servicios sociales, así como las decisiones de los administradores de confinar a los ancianos dentro de habitaciones o departamentos, crean condiciones de aislamiento social que impiden que se les brinde atención. Las personas con capacidades diferentes también están confinadas y, como resultado, se contagian de manera desproporcionada. En un país rico como Estados Unidos, el acceso equitativo a los recursos económicos y sociales normalmente permitiría a las personas vivir una vida libre de necesidades y con un mínimo de dignidad. Sin embargo, el acceso desigual, vinculado a las estructuras del capitalismo, estratifica el acceso, lo que se evidencia cuando las personas sucumben a causa de esta pandemia.

Trabajo y educación

En una serie de investigaciones, los científicos sociales documentaron los impactos del aumento de la mano de obra temporal, el creciente número de personas que trabajan de manera autónoma y esporádica (*gig economy*), y el entramado de leyes y políticas que salvaguardan los derechos laborales en Estados Unidos. El desarrollo de fuerzas laborales de tres niveles, con el nivel más bajo en constante expansión con poca garantía de trabajo, salarios y beneficios sociales, se cruza con las vulnerabilidades de salud.

Las imágenes de la ciudad de Nueva York con paisajes vacíos en realidad reflejan la gran cantidad de personas que cocinaron, limpiaron, asistieron a ancianos, cuidaron niños, realizaron tareas de higiene personal (corte de cabello, manicura, masajes, lavanderías), repartieron periódicos, vendieron almuerzos y cenas para llevar, condujeron taxis, autobuses y otros medios de transporte, y que llevaron adelante una serie de actividades para apoyar a quienes pueden pagar dichos servicios. Por otro lado, muchos han tenido el privilegio de trabajar desde casa o de estudiar en línea. Si bien los

trabajadores de la salud sufren, el hogar promedio sigue requiriendo servicios de cuidado: el relato de Hochschild en *The Time Bind* acerca del tercer turno de trabajo no ha desaparecido. Si bien las jerarquías de género se restablecen para satisfacer las demandas de trabajo y aprendizaje, la retórica del trabajo o aprendizaje en línea oculta el tiempo, el esfuerzo y la energía necesarios para realizar estas tareas en el hogar. De manera forzosa, se coloca en suspenso un derecho que se adquirió a través de luchas sostenidas y la ayuda del gobierno de Estados Unidos para abordar la violencia contra las mujeres. Si bien las tasas de violencia parecen estar aumentando, las mujeres y los niños tienen pocas posibilidades de ir a refugios o buscar viviendas alternativas para evitar los abusos.

En el frente laboral y educativo, la migración a gran escala hacia las plataformas en línea se ha logrado “con éxito”, si la consideramos a nivel de cierre de las universidades, ya que los estudiantes fueron enviados a casa y las clases se convirtieron en algún tipo de educación sincrónica o asincrónica. Sin embargo, como los sociólogos han escrito durante años, la intersección de las estructuras de raza/género/clase/sexualidad agregó inevitablemente nuevas desigualdades a estas formas de trabajo y aprendizaje. Casey (2020) describe el entorno desigual en el que los estudiantes intentan aprender desde casa. Aquellos que se encuentran en casas grandes con suficientes espacios privados y tranquilos para trabajar, un acceso a Internet y varias computadoras actualizadas están mucho mejor preparados que sus pares que regresan a hogares en condiciones de hacinamiento (ya que también regresan sus hermanos), con un espacio inadecuado y la responsabilidad de realizar distintas tareas en el hogar. Una gran cantidad de estudiantes internacionales están atrapados en áreas sin acceso al transporte público, lo que dificulta comprar alimentos y llegar a centros de salud o farmacias, e intentan convencer a los propietarios particulares de que extiendan el fin del alquiler semestral. Se enfrentan a la falta de vivienda o a convivir ocultos y amontonados en los departamentos de aquellos afortunados estudiantes que poseen vivienda durante el verano. No está claro si quienes no

poseen ciudadanía, como los estudiantes internacionales, califican para recibir el subsidio para deudas y alquileres.

Retórica estridente y campañas electorales

Estos ejemplos de vidas precarias se enmarcan en una retórica política nacional estridente que proviene de la Casa Blanca y consiste en culpar a otros y atribuirse el mérito de los éxitos que aún no se han materializado. Esta retórica tiene consecuencias significativas. El énfasis repetido en el “virus chino” ha resultado en un aumento de los crímenes de odio contra los asiáticos estadounidenses que “lucen como chinos”. Los grupos que defienden a los asiáticos estadounidenses y otros grupos centrados en los derechos humanos han documentado más de 600 incidentes contra personas de origen asiático en el último mes. El reciente ataque con cuchillo a una familia (un adulto, un niño de dos años y otro de seis años) se convirtió en noticia de primera plana, ya que el Buró Federal de Investigaciones determinó que se trató de un crimen de odio. Al mismo tiempo, sin embargo, la agenda del partido gobernante continuó sin cambios e incluye, por ejemplo, la negación estricta de los derechos y la seguridad de los inmigrantes (Purkayastha, 2018), las agresivas restricciones a los derechos laborales, incluido el funcionamiento de los sindicatos, y el rápido desmantelamiento de los controles ambientales.

En Wisconsin se ha iniciado un proceso marcado para socavar el proceso democrático de Estados Unidos. Como describió Krugman, este estado recientemente eligió un gobernador demócrata, y el 53% votó a los candidatos demócratas; sin embargo, de acuerdo con la legislación del estado, solo se asignaron el 36% de las bancas de la Asamblea a dichos candidatos. Las elecciones estatales (primarias) se realizaron entre llamadas telefónicas para ampliar los datos y permitir el envío de boletas por correo en medio de la pandemia. Un punto particularmente importante de este argumento fue que los legisladores republicanos clausuraron muchos centros de votación en

los bastiones mayoritariamente demócratas y la negativa de aceptar boletas por correo afectaría especialmente a estas áreas. Como resultado, hubo largas filas y frustraciones sobre los desafíos que enfrentaron los votantes que debieron romper la cuarentena para votar en estas elecciones. Según el *New York Times* (NYT, 2020), Wisconsin es uno de los estados clave para la reelección de Donald Trump, y el presidente se ha opuesto a las boletas por correo porque considera que los republicanos nunca ganarán las elecciones si se las permite. En otra nota sobre el proceso, el NYT informa que miles de boletas enviadas por correo fueron descalificadas por haber sido enviadas tarde o no fueron entregadas. Dado que el servicio postal de Estados Unidos también se está desmantelando debido a la falta de apoyo federal, este caso tal vez sea el presagio de que habrá problemas mayores en las elecciones nacionales de noviembre.

Big data

Los científicos sociales también han comenzado a advertirnos acerca de otro proceso (de colonización de datos) que está transformando nuestras vidas como seres humanos en todo el mundo. En la fase contemporánea de colonización, nosotros, como seres humanos, proporcionamos la mina de la que extraen datos las empresas cuyas ganancias se basan en la comercialización de dicha información y, al mismo tiempo, en el control del conocimiento (incluida la gama de mensajes políticos y de ventas) que se puede generar y distribuir.

Parte de estos argumentos complejos indican que somos “propiedad” de quienes poseen nuestros datos, porque nuestras garantías de privacidad son insuficientes para abordar los cambios estructurales más grandes asociados con la extracción y minería de datos. Los intrincados mundos de la ciencia y las advertencias sobre la validez y la generalización interrumpen un mensaje aparentemente simple: se alteran las historias, se silencian las voces disidentes, especialmente

a través de una mayor vigilancia en espacios digitales y tangibles, y se distribuye conocimiento con fines de lucro, incluidas *fake news*.

También cabe destacar, debido al alcance de estas empresas, que existen pocos procesos políticos para imponer los controles sobre estos negocios, a nivel mundial, en múltiples sistemas políticos. Independientemente de los detalles exactos de estos argumentos, lo que es pertinente en este momento es que la mayoría de nosotros estamos proporcionando más y más datos sobre nuestro trabajo, nuestras vidas sociales, nuestros patrones de compra, sobre nuestras relaciones durante este período de confinamiento. Las interrupciones racistas en reuniones de Zoom que se han informado, también muestran cuán frágiles son algunos de estos sistemas en términos de garantías de privacidad. Por lo tanto, además del dolor de atravesar esta pandemia, vivimos un período en el que debemos proporcionar más y más datos, probablemente con fines de lucro, a entidades con las que es posible que no hayamos tenido ningún trato previo.

En resumen, los problemas de los sistemas políticos, económicos y sociales de Estados Unidos, que a menudo permanecieron menos visibles o se experimentaron como fallas individuales, ahora se revelan claramente durante el confinamiento. En un momento de numerosas expresiones individuales de dedicación al trabajo y a las responsabilidades, y de cuidado, bondad y apoyo a otros, el accionar institucional sigue lleno de grietas y fisuras, lo que impide aprovechar la buena voluntad a nivel individual para desarrollar bases sólidas para el bien común. La cuarentena de personas que contribuyen de un millón de maneras diferentes a las operaciones públicas de esta sociedad recuerdan cómo está organizado este país. Las tragedias que ocurren ahora son la consecuencia de decisiones anteriores que no priorizaron los derechos humanos y la seguridad humana para *todos* los estadounidenses.

Traducción de María Paula Vasile

Bibliografía

Casey, N (4 de Abril de 2020) College Made Them Feel Equal: The Virus Exposed How Unequal Their Lives Are, *The New York Times*.

Purkayastha, B., Majumdar Adur, S., Iwata, M., Ray, R. y Tiamzon, T. (2012). *As the Leaves Turn Gold: Asian Americans and Experiences of Aging*. Maryland: Rowman and Littlefield.

Purkayastha, B. (2018). Migration, Migrants, and Human Security. *Current Sociology Monograph*, 66(2), 167-191.

Romero, S. (9 de Abril de 2020) Checkpoints, Curfews, Airlifts: Virus Rips through Navajo Nation, *The New York Times*.

La pandemia desde las favelas: desigualdades e injusticias en Río de Janeiro

FASE Río de Janeiro

Las marcas de la formación social brasileña –construida bajo los auspicios de las tradiciones esclavistas, latifundistas, patrimonialistas y autoritarias– adoptan formas dramáticas en el contexto de la pandemia de la Covid-19. Si el virus tiene la capacidad de afectar indistintamente a toda una población, debido a su altísimo potencial de contaminación, sus consecuencias más dañinas continuarán reforzando las desigualdades y el racismo estructural que caracterizan las relaciones sociales en Brasil. Lo que no puede considerarse una novedad.

Como resultado de esta estructura, las favelas y las periferias urbanas siguen siendo un testimonio vivo de la lucha por el derecho a existir y vivir en el espacio urbano. Desde el surgimiento de las favelas en Río de Janeiro, estos espacios habitacionales, ocupados por segmentos empobrecidos, están básicamente relacionados con el proceso de modernización excluyente que se plasmó en el espacio urbano, debido a la urgencia de que Brasil ingresase en el mundo industrial, abandonando la ciudad sus rasgos de «atrasada». La primera favela, el *Morro da Favella*, actual *Morro da Providência* en Río de

Janeiro, que data de finales del siglo XIX, fue inicialmente ocupada por soldados que lucharon en la Guerra de Canudos y los residentes de un viejo caserón llamado Cabeça de Porco¹, ubicado en las cercanías y demolido en 1983. Sin embargo, su densificación se produjo con la Reforma Pereira Passos², llevada a cabo a principios del siglo XX, cuando se demolió la mayoría de viviendas antiguas existentes en el centro de la ciudad, sin ofrecer en contrapartida algún tipo de vivienda alternativa a sus ocupantes. Desde entonces se ha convertido en una posibilidad de vivienda para aquellos estratos de la población que no pudieron pagar los costos necesarios para habitar en la ciudad “formal” (Valladares, 2000, 2005; Santucci, 2008). La fuerza de esta estructura desigual, cuyas políticas públicas de provisión de vivienda eran inconsistentes y selectivas, beneficiando siempre a las clases sociales ricas, se refleja en cifras: el censo demográfico de 2010, elaborado por el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE), registró que el 19,1% de la población de la ciudad de Río de Janeiro vive en favelas.

Por lo tanto, el distanciamiento de los segmentos más pobres de la ciudad formal está relacionado con la búsqueda de una nueva forma de vida, de acuerdo con estándares entendidos como modernos,

¹ La política de erradicación de los caserones tugurizados liderada por el alcalde Barata Ribeiro (1892-1893) derribó diversas viviendas habitadas y, en 1893, demolió el mayor y más famoso caserón tugurizado de Río de Janeiro, Cabeça de Porco, donde vivían más de 4000 personas. La demolición de este tipo de vivienda continuó durante el resto de la década en las principales ciudades brasileñas, agravando la crisis habitacional y dando lugar a la aparición de nuevas formas de vivienda precaria, como fue el caso de las favelas (Santucci, 2008).

² En 1903, el alcalde Pereira Passos (1902-1906), inspirado en el modelo de Haussmann para la ciudad de París, implementó la primera intervención estatal importante en el entorno urbano de la ciudad de Río de Janeiro. Conocida como la política del “Bota Abaixo”, debido a las grandes demoliciones realizadas en las zonas centrales, esta reforma tenía por objetivo higienizar la ciudad, lo que significaba demoler la mayoría de las viviendas precarias ubicadas en el centro. Como resultado, la población pobre se vio obligada a trasladarse a los suburbios o a ocupar las colinas de la ciudad, especialmente las del centro, por estar más cerca del lugar de trabajo. Por lo tanto, en su intento de “limpiar” las zonas más valoradas de la ciudad, la Reforma Pereira Passos contribuyó al crecimiento de las favelas (Gomes, 2005).

que fue acompañada por la estigmatización de los que vivían en favelas y barrios de la periferia. Desde entonces, existe una perspectiva teórica que ve la pobreza, las favelas y las periferias urbanas como “problemas sociales” y otra que supera esta visión estigmatizante y las ve como el resultado de la forma en que se crean las ciudades bajo el capitalismo. Siguiendo esta última perspectiva, no hay duda de que la urbanización brasileña ha producido históricamente la formación de ciudades desiguales, donde existe una negación sistemática del derecho de acceso a bienes y servicios urbanos para grandes sectores de la población.

Hacer frente a las injusticias sociales resultantes de la pandemia de la Covid-19 en un país con estas raíces es siempre delicado, especialmente en momentos como este cuando el racismo estructural de la formación social brasileña adquiere nuevas dimensiones.

Los datos de la encuesta de Desigualdades Sociales por Color o Raza en Brasil (IBGE) de 2018 muestran que en el municipio de Río de Janeiro el 30,5% de las personas negras y mulatas vivían en favelas, en comparación con el 14,3% de personas blancas. En términos de cobertura básica de saneamiento, la situación se repite. En el mismo año, una gran mayoría de negros y mulatos vivía en lugares con infraestructura inadecuada y expuesta a vectores de enfermedades: el 12,5% de los negros y mulatos viven en lugares sin recolección de basura y solo un 6,0% entre la población blanca. En lugares sin suministro general de agua, los negros y mulatos representaron el 17,9%, y los blancos el 11,5%; En lugares con alcantarillado sanitario y pluvial, los negros y mulatos representaban el 42,8% de la población contra el 26,5% de blancos.

Covid-19 en las favelas y periferias: entre el abandono del Estado y la solidaridad

En pocas semanas, la población de las favelas y periferias de Río de Janeiro han visto al gobernador Wilson Witzel (del conservador

Partido Social Cristiano) proyectarse en la escena política nacional con cierto grado de sensatez en su respuesta a la pandemia de Covid-19 comparado con la posición de Jair Bolsonaro. Contrariando las recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud (OMS), el presidente brasileño ha estado presente, desde el inicio de la crisis sanitaria, en diferentes actos públicos, saludando a las personas sin ningún tipo de protección y minimizando los riesgos del coronavirus.

Es innegable la importancia de las decisiones tomadas por el gobernador de comunicar a la población sobre los riesgos para la salud derivados de la Covid-19 y, posteriormente, de tomar medidas legales para limitar el tránsito entre el interior del estado y la región metropolitana. Sin embargo, cuando observamos los cortes en el presupuesto público del estado queda claro, una vez más, su desprecio por la población más vulnerable que es la que más necesitará de las políticas sociales y de renta mínima, especialmente delante de la emergencia de salud.

Ante la excepcionalidad generada por la alarma, Witzel restringió considerablemente el presupuesto en medio a la pandemia, afectando directamente los gastos sociales vinculados a vivienda o educación. Merece la pena mencionar también el recorte de 7.6 mil millones de reales realizado en el presupuesto bajo la justificación de la disminución del precio del barril de petróleo y de la necesidad de reorientar el presupuesto para enfrentar la Covid-19.

El Fondo de Vivienda de Interés Social del Estado, por ejemplo, perdió un 29% de su presupuesto, que incluso podría usarse para mejorar las condiciones de urbanización y habitación de las favelas. Lo que salta a los ojos es que, a excepción del área de salud, el único sector que no ha estado sujeto a restricciones del presupuesto ha sido el de Seguridad Pública (Policía Civil y Militar, Defensa Civil, Departamento de Bomberos y el Programa “Policía Presente”). La elección de dónde quitar y dónde invertir el presupuesto en estos tiempos lo aleja, por lo tanto, de cualquier “sensatez” e ilustra más bien la política genocida de su gobierno.

Para la población de las favelas y periferias, tales medidas ya tienen consecuencias directas. Siendo una población compuesta principalmente por personas negras, cuyos vínculos laborales formales son raros y cuya supervivencia está garantizada mediante la inserción laboral en el sector de servicios, precario, intermitente e informal; las medidas para contener la epidemia han tenido ya un impacto brutal en su condición de subsistencia.

Un ejemplo es el derecho al transporte, ya que se hizo necesario demostrar una relación laboral formal para tomar los trenes y autobuses interurbanos. Hubo una superposición de violaciones de derechos, ya que el embarque en las estaciones de tren y autobús se llenaron y se formaron largas filas, exponiendo aún más a los trabajadores al riesgo de contagio. Otro impacto negativo fue la disminución del ingreso familiar de los residentes de estas áreas, quienes, obligados por las regulaciones estatales y municipales de aislamiento social, viven en una situación de extrema necesidad.

La pandemia, por lo tanto, ha hecho visible el aspecto más cruel de vivir en una ciudad tan desigual como Río de Janeiro: aquellos que se quedan con los peores efectos de la Covid-19 son quienes ya no tienen habitualmente acceso a los derechos.

Sin salud, agua y “aislamiento social”

Mucho antes que la pandemia llegara a las favelas y a las periferias, la precarización de los servicios de salud en estos territorios era una realidad. La lógica neoliberal, que guía la gestión de los servicios públicos, ha desmantelado la “Compañía Pública Rio Salud” en los últimos años. En su lugar, emergieron las denominadas “Organizaciones de Salud Social” (OSS), que operan a través de una asociación público-privada.

La pésima calidad de la atención sanitaria ofrecida por las Unidades de Atención de Emergencia (UPAS, por sus siglas en portugués, *Unidades de Pronto Atendimento*) no deja lugar a dudas.

Otro ejemplo de la negación del derecho a la salud a las poblaciones de las favelas de Río de Janeiro ocurrió en el año 2019, cuando el alcalde de la ciudad Marcelo Crivella redujo drásticamente los equipos de los esenciales Centros de Salud Familiar, Salud Oral y Salud Familiar (NASF), retrasando también los sueldos de los empleados vinculados a estos equipos.

Como consecuencia, los profesionales de la salud llamaron a una huelga que, a pesar del mantenimiento del 30% de los servicios mínimos, afectó directamente a la población negra y pobre que tiene en el Sistema Único de Salud (SUS) su única posibilidad de acceder al derecho a la salud. En línea similar, no podemos olvidar que a nivel federal, la Propuesta de Enmienda a la Constitución (PEC) 95/2017 congeló la inversión pública por los próximos 20 años.

De esta manera, a la lentitud de las autoridades y a la falta de respuestas a los más pobres y a la población más vulnerable a la Covid-19 se suman el sentimiento de abandono ya conocido por la población de las favelas.

En lo que atañe a la imposición del aislamiento social y la higiene básica de las manos como medida preventiva, la realidad de las favelas, periferias y ocupaciones urbanas impone enormes retos. Hablamos de casas con solo una habitación, sin ventilación, donde el uso del espacio suele ser realizado por muchos individuos y donde las personas mayores viven con jóvenes, adultos y niños.

En otras palabras, el aislamiento social en las favelas es inviable, tanto desde el punto de vista de la vivienda como desde del punto de vista de las formas de vida que, a diferencia de las clases medias y altas, tienen la costumbre de expandir la casa más allá de sus paredes. Sobre la necesidad de “lavarse las manos”, la pregunta sin respuesta es ¿con qué agua? El derecho al agua no es una realidad para muchos habitantes de barrios marginales y periféricos. No es en vano que en estos lugares las casas suelen tener más de un depósito de agua, como medida para tratar de convivir con el suministro intermitente y precario. Allí, reservar agua es una cuestión de supervivencia.

Alternativas que vienen de adentro

Ante las pocas acciones gubernamentales dirigidas a las poblaciones de las favelas, la propia población se ha movilizado, empezando a crear alternativas para enfrentar la proliferación de la Covid-19. Estas acciones se basan en diversos frentes, tales como compartir y compilar información sobre prevención y síntomas; recolección de donaciones para la compra de alimentos y materiales de limpieza; medidas educativas sobre la importancia del racionamiento del agua; monitoreo de personas consideradas como pertenecientes al “grupo de riesgo”.

En las favelas del “*Complexo do Alemão*”, por ejemplo, se están tomando medidas para recolectar canastas de alimentos y donaciones de alcohol gel y jabón. Además, también se llevan a cabo varias acciones para sensibilizar a los habitantes sobre la importancia del aislamiento social y de la higienización de las manos. Dichas acciones se llevan a cabo por medio de automóviles con altavoces y carteles pegados en el territorio. Debido a la falta de servicios de saneamiento y salud, esta favela está sufriendo con el precario suministro de agua.³

Con eso, buena parte de la población no solo ha tomado medidas para ahorrar agua, sino también para compartirla. En estos casos, la solidaridad emerge en tiempos de caos.

Según Raul Santiago⁴, periodista residente en el “*Complexo do Alemão*”, se creó una “oficina de crisis comunitaria” con el objetivo de desarrollar la conciencia sobre la salud entre la población, buscar recursos para enfrentar la pandemia y presionar los gobiernos para que actúen en las favelas asegurando condiciones básicas para la prevención frente a la Covid-19.

³ Miranda, E. (23 de marzo de 2020). Favelas do Rio sofrem com falta d'água e população fica mais vulnerável a coronavírus. *Brasil de Fato*.

⁴ Stabile, A. (25 de marzo de 2020). Na pandemia, descaso do governo impacta mais a favela. *Ponte*.

A su vez, en otras favelas como las existentes en el “*Complexo da Maré*”, la población utiliza la radio local para difundir información de prevención. Como forma de llegar al máximo posible de personas, incluso el *funk* ha sido utilizado como herramienta de sensibilización.⁵ Los habitantes también están grabando videos que impulsan campañas de información comunitaria sobre la Covid-19, bien como canales y grupos de WhatsApp para contestar a dudas y facilitar ayudas de apoyo mutuo.

En la favela de “*Manguinhos*”, dos movimientos populares activos en este territorio, el “*Foro Social de Manguinhos*” y las “*Madres de Manguinhos*”, lanzaron conjuntamente una campaña en sus redes sociales para recibir canastas de alimentos y kits de limpieza, como una forma de colaborar con los habitantes que están en el paro o en situaciones más vulnerables.

En todos estos lugares, los habitantes cuidan de manera colectiva a los ancianos y hacen un monitoreo de sus necesidades para que no tengan que abandonar sus hogares. Los voluntarios y los colectivos están en contacto constante con las unidades de salud para actualizar la información y las medidas que se pueden tomar para la prevención. Y, a pesar de la brecha digital y de las dificultades para acceder a Internet por parte de la población de las favelas, las redes sociales han sido una herramienta importante para difundir información y combatir las fakenews, tan difundidas en Brasil en estos momentos.

En la región de la “*Baixada Fluminense*”, del conurbano de Río de Janeiro, destacamos la articulación “*#CoronaNaBaixada*”, que reúne a unos cien líderes sociales y organizaciones para combatir la proliferación del coronavirus y construir propuestas para enfrentar la crisis en ese momento. En su “*Carta Manifiesto*”⁶, esta iniciativa

⁵ Ribeiro, G. (22 de marzo de 2020). Coronavírus: Comunidades criam gabinetes de crise e usam funk para ajudar na prevenção. *Extra Globo*.

⁶ Documento firmado por más de 50 grupos, colectivos y organizaciones de la sociedad civil. Disponible en el enlace: <https://drive.google.com/file/d/1LzEDMM98lgM-FLWD98SvdhGrTD8qhu663/view>.

denuncia que todavía no existe una acción coordinada entre los municipios de Baixada y el gobierno del Estado y presionan para la realización de testeos en pacientes con síntomas del coronavirus.

En este momento, más allá de la crisis sanitaria, experimentamos la sensación de incertidumbre sobre las condiciones mínimas de subsistencia. Para quienes viven en las favelas de Río de Janeiro, más que el miedo a la pandemia, existe el temor de que, en nombre de la Covid-19, todo pueda usarse como justificación para la suspensión de derechos. La violencia por parte de las fuerzas de seguridad del Estado, la precariedad de los servicios de salud y de saneamiento son preocupaciones centrales.

Una vez más, las poblaciones de las favelas y de las periferias están sujetas a una superposición de varios tipos de violencia que, en nuestra opinión, deben ser visibilizadas y combatidas. En el momento en que existe una disputa ideológica entre “salvar vidas” versus “salvar la economía”, es esencial defender los principios sociales que guiaron la construcción del estado de bienestar. Aunque este no sea ni de lejos una realidad en un país como Brasil, la defensa de los derechos es estratégica para disputar la gramática política actual.

Bibliografía

Gomes, M. de F. C. M. (2005). Habitação e questão social: análise do caso brasileiro. *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, IX, 194(26).

Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística. (2010). *Pesquisa do Censo Demográfico 2010*. Rio de Janeiro: IBGE.

Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística. (2019). *Desigualdades sociais por cor ou raça no Brasil*. Rio de Janeiro: IBGE.

Miranda, E. (23 de marzo de 2020). Favelas do Rio sofrem com falta d'água e população fica mais vulnerável a coronavírus. *Brasil de Fato*.

Ribeiro, G. (22 de marzo de 2020). Coronavírus: Comunidades criam gabinetes de crise e usam funk para ajudar na prevenção. *Extra Globo*.

Santucci, J. (2008). *Cidade Rebelde: as revoltas populares no Rio de Janeiro no início do século XX*. Rio de Janeiro: Casa da Palavra.

Stabile, A. (25 de marzo de 2020). Na pandemia, descaso do governo impacta mais a favela. *Ponte*.

Valladares, L. do P. (2005). *A invenção da favela: do mito de origem a favela*. Rio de Janeiro: FGV.

Solidaridad y participación en una sociedad desigual: la Covid-19 en Filipinas

Filomin Gutierrez

Mientras lucho por terminar este artículo el 17 de abril de 2020, Filipinas ha registrado hasta el momento 5.660 casos positivos de Covid-19, 362 fallecidos y 435 recuperados, lo que supera el volumen de casos positivos en otros países del sudeste asiático, como Malasia, Indonesia y Singapur. Ha pasado un mes desde el inicio del confinamiento en Metro Manila y el resto de Luzón para contener la propagación del virus. Un mes antes, el 13 de febrero, en la Universidad de las Filipinas Diliman donde enseño, se suspendieron las clases y se aconsejó a los empleados que se quedaran en casa.

Mientras que los profesores y el personal superaron los desafíos técnicos de las plataformas de reunión en línea, muchos intentos de asistir a clases en línea se vieron afectados por la falta de acceso a una conexión a Internet estable. Nuestros estudiantes protestaron por la reanudación de las clases a través de esa metodología y denunciaron que la desigualdad en el acceso a Internet permitirá que solo progrese la educación para algunos estudiantes. Esta es una inequidad que persiste entre las profundas desigualdades socioeconómicas en la sociedad filipina. Además, los estudiantes argumentaron que

no tienen la “disposición mental necesaria”, dado el momento de ansiedad e incertidumbre. Ignoran que sus profesores también luchan por terminar la redacción de investigaciones a medio hacer o asistir a reuniones en línea con otros docentes. Al instar a la universidad a que dedicara sus recursos y energía a poner fin a la pandemia en lugar de que se enfocara en alcanzar sus objetivos académicos como si todo continuara igual, los estudiantes exigieron terminar el semestre y promover a todos los estudiantes con una calificación de “aprobado”.

¿Cómo ha afectado la Covid-19 la vida de los filipinos? Lo ha hecho de manera lenta y significativa. El primer caso fue el de uno de los aproximadamente 8.2 millones de turistas que vienen a disfrutar del calor de nuestras islas tropicales, muchas de las que dependen en gran medida de la industria del turismo. Las noticias y las redes sociales informaron que turistas provenientes de China volaron al país a fines de enero a pesar de las preocupaciones sobre el brote de coronavirus. La cantidad de casos positivos fue escasa en febrero, pero aumentó rápidamente en marzo. Los trabajadores migrantes filipinos que trabajan en el extranjero y las familias de clase media que venían de vacaciones fueron puestos en cuarentena. Mientras tanto, se revocaron los permisos de viaje a los trabajadores estatales como yo, y la universidad lamentó la muerte de una profesora, una experta en estudios chinos que murió por complicaciones derivadas del coronavirus quien, al que todo indica, lo contrajo cuando asistió a una conferencia en París.

El inicio de la cuarentena comunitaria mejorada en el grupo de islas de Luzón, donde viven 57 millones de las 109 millones de personas que componen la población nacional, marcó el comienzo del impacto catastrófico de la pandemia en la economía filipina. Un gran número de trabajadores formaron parte de un acuerdo de “sin trabajo, no hay salario”, ya que las empresas debieron interrumpir sus actividades. En el enorme campus de la universidad estatal donde trabajo, más de 400 trabajadores de la construcción quedaron desamparados y continúan con hambre, al punto de buscar comida

en el propio campus. Los trabajadores de mantenimiento tuvieron que valerse por sí mismos mientras las agencias contratadas por la universidad esperaban una garantía de cobro antes de liberar los salarios de los trabajadores. Esta postura pasiva de espera frente a la burocracia significó días de hambre para estos trabajadores precarizados. Afortunadamente, las donaciones se acumularon rápidamente en el fondo establecido por la universidad a la que asistí, pero surgieron dificultades para hacer las donaciones en efectivo. Nos dimos cuenta de que la mayoría de los conserjes y guardias ya han empeñado sus tarjetas de débito. ¿Quién empeña las tarjetas de débito con sus números de identificación personal? Aparentemente, muchas personas y la práctica era común entre los pobres incluso antes de la pandemia.

Respuesta del gobierno y frustraciones de las personas

A medida que los números aumentaban de manera constante, Rodrigo Duterte, el popular y autócrata presidente de Filipinas, dio marcha atrás con respecto a su declaración que instaba a los filipinos a “no tenerle miedo al virus”, subestimando su virulencia. Comenzó sus ya conocidos extensos discursos improvisados con afirmaciones como “Tengo dinero” para satisfacer las necesidades del pueblo para sobrevivir a la pandemia, para luego decir que “los fondos no son suficientes, es posible que necesite vender activos estatales”. Después de que el Congreso filipino le otorgara poderes especiales ante la emergencia, surgieron temores sobre la posibilidad de que el presidente y sus cómplices abusaran de esta autoridad, por ejemplo, asumiendo el control de corporaciones consideradas opositoras al gobierno actual. En línea con su agresiva postura contra los delitos, Duterte dio la orden a la policía y al personal del ejército de “disparar y matar” a las personas que alteraran el orden durante la cuarentena comunitaria mejorada.

Para los 18 millones de hogares filipinos más pobres, el gobierno pronto implementó el Programa de Mejora Social, un programa de asistencia en efectivo de entre USD 100 y 160 (el salario mínimo equivalente a una o dos semanas). A medida que la política nacional para combatir la pandemia entró en vigencia, se elevaron las expectativas de quienes pondrían en práctica el programa: las unidades de gobierno local (UGL), es decir, las ciudades y los municipios. Las UGL aprovecharon los fondos de reserva para proporcionar a los hogares alimentos para socorro humanitario (principalmente arroz y productos enlatados) y realizar desinfecciones.

Las quejas inmediatas de las unidades de gobierno locales llegaron cuando las demandas del número real de hogares que necesitaban ayuda excedieron los fondos disponibles. Los alcaldes de los barangay (barrios) se quejaron: “Nos han puesto en una posición de verdugos, como si pudiéramos decidir quién vive y quién muere al distribuir la ayuda”. Los procesos de verificación y el control anticipado de los procedimientos de auditoría causaron demoras en la distribución, y los críticos argumentaron que ante la urgencia de la crisis deberían anularse los escollos de los procesos administrativos. Los retrasos permitieron comprender rápidamente que el presupuesto nacional no podía cubrir las necesidades de las personas en medio de la demanda pública de ampliar la cobertura a los pobres más allá del programa de las 4P.

La voz de los hambrientos se hizo más fuerte que la voz de los que temen la enfermedad, no solo en Metro Manila. Cuando llamé a mi madre para saber cómo estaban en Cápiz, mi provincia natal en las Bisayas, ella citó a los ciudadanos pobres de la región: “*Mamamatay kami, hindi sa sa virus kundi sa gutom* (No moriremos a causa del virus, sino del hambre)”. La creciente insatisfacción por las medidas de asistencia económica hizo que Duterte desdijera su afirmación sobre la abundancia de fondos. La ansiedad de los ciudadanos aumentó ante el creciente número de casos positivos. Las frustraciones aumentaron debido a que algunos recibían tratamiento de privilegio, mientras que a cientos de personas que realmente morían a causa

del virus solo se les realizaban las pruebas *post mortem*. Las críticas sacaron a flote cuestionamientos anteriores sobre la asignación del presupuesto, como la reducción de los fondos para catástrofes del año entrante, el aumento del presupuesto para los fondos confidenciales y de inteligencia de Duterte, e incluso las instalaciones ceremoniales innecesarias para la organización de los Juegos del Sudeste Asiático de 2019. A fines de marzo, #OustDuterte (#FueraDuterte) fue tendencia en las redes sociales, a lo que Duterte respondió que solo los militares y la policía pueden, de hecho, sacarlo del poder.

Discordia en línea y solidaridad pública

Como se esperaba de los filipinos, quienes se encuentran entre los principales usuarios de redes sociales del mundo, el alboroto en línea parecía una batalla entre los *dilawan* (aquellos que critican a Duterte) y los DDS, partidarios de *Die Hard Duterte* (“Duterte duro de matar”). Los partidarios del gobierno defendieron el enfoque duro de Duterte en cuanto a la cuarentena y argumentaron que la advertencia de arresto estaba destinada a ciudadanos que son *pasaway* (desobedientes o rebeldes), insurgentes comunistas y grupos de izquierda que pueden aprovechar la crisis para sembrar la rebelión.

La pandemia sacó a la luz tensiones latentes entre clases, como puede observarse en las redes sociales. Se presentaron demandas, en su mayoría provenientes de la clase media o de la clase trabajadora emancipada contra la clase baja compuesta por hogares dependientes del sector informal que fueron los primeros en quedar desempleados. Los más pobres de los beneficiarios pobres se convirtieron en blanco de críticas. “Los pobres son pobres porque son *tamad* (perezosos)”, fue un tema recurrente entre los frustrados internautas. Al identificarse a sí mismos como “clase media”, muchos se quejaron de que el gobierno da prioridad a los pobres durante las catástrofes, incluso cuando la “clase media” trabajadora, es decir, “aquellos (de nosotros) que vivimos en subdivisiones” (desarrollos inmobiliarios

de precios medios a bajos) y los contribuyentes también merecen ayuda y atención durante esta crisis.

Estos intercambios en línea no necesariamente evolucionan a un debate significativo. Sin embargo, son capturas instantáneas de la profunda desigualdad social de Filipinas. Un caso de solidaridad entre clases surgió, por ejemplo, después del arresto de residentes urbanos pobres en Ciudad Quezón el 1 de abril, cuando se reunieron en una calle cerca de los barrios bajos con pancartas escritas a mano que decían “*kailangan namin ng pagkain* (necesitamos comida)”. Después de haber sido arrestados por protestar sin un permiso y en violación de las órdenes anticuarentena, los residentes fueron maltratados por parte de los agentes de policía, lo que generó compasión en algunos ciudadanos adinerados que ofrecieron pagar la fianza de USD 300 por persona. “Ayudaré a uno de ellos. Por favor, denme los detalles”, tuiteó una joven celebridad en respuesta a una publicación de un líder activista. “Pagaré la fianza de cuatro”, ofreció voluntariamente una actriz en la ola de creciente compasión por los hambrientos manifestantes.

Los focos de protestas y expresiones de sufrimiento atraen fácilmente la atención del público cuando se enfrentan a la violencia debido a su valor periodístico y hasta cinematográfico. Pero gran parte del sufrimiento al que debieron enfrentarse los más pobres involucra la agonizante maniobra de concentrar a diez personas que viven en la misma casa en chabolas a la espera de los paquetes de socorro del gobierno.

De espontáneo a organizado: la respuesta de los actores de la sociedad civil

Las donaciones locales organizadas por individuos, grupos de amigos, redes de familiares, iglesias, compañeros de secundaria, universidades y otros grupos no gubernamentales evidenciaron el sólido potencial de respuesta de la sociedad civil a la pandemia. Las

campañas para recaudar fondos, nuevamente a través de las redes sociales, se organizaron con rapidez.

Las redes sociales se llenaron de noticias de generosidad de aquellos que pueden donar algo para ayudar a otros. Se distribuyeron y donaron a los hospitales equipos de protección personal improvisados para los trabajadores de la salud de primera línea para abordar la insuficiencia de suministros, se entregaron paquetes de alimentos a las personas sin hogar y personas anónimas hicieron transferencias de efectivo a los necesitados. Las comunidades compraron productos frescos a los agricultores locales en las regiones vecinas para distribuirlos entre los hambrientos; los chefs cocinaron gratis.

Estos actos de caridad demostraron la voluntad de las personas para compartir y renunciar a una parte de lo que es suyo del modo y en el momento adecuado. ¿Podrían estos impulsos caritativos traducirse en una especie de solidaridad que trascienda el ímpetu neoliberal de interés propio y beneficie la equidad? ¿Pueden estos sacrificios personales de los individuos y grupos refugiados cómodamente en sus hogares durante el confinamiento traducirse en un diseño más institucionalizado para lograr una Filipinas menos desigual, como una reforma agraria urbana y rural más decisiva, un sistema de seguridad alimentaria que apoye a nuestros agricultores locales, o un cese de la contractualización laboral? ¿Podrán los trabajadores filipinos que están en el extranjero regresar a su país natal y encontrar un empleo por el que valga la pena quedarse, o los filipinos seguirán viviendo como lo hacían antes?

En tiempos de agitación, como en el caso de esta pandemia sin precedentes, podemos imaginar un futuro más esperanzador. Su concreción, sin embargo, es otra cuestión. Dicho futuro requiere combatir un tipo de virus estructural diferente, uno que requiere mucho más que descubrir una vacuna para un nuevo coronavirus como la Covid-19.

Traducción de María Paula Vasile

Espacios comunitarios en la India: ¿construyendo solidaridad en tiempos de pandemia?

Supurna Banerjee

En 2019 estalló una ola de protestas en varias partes del mundo contra la desigualdad, el autoritarismo y la violencia. India no fue la excepción. La promulgación de la antidemocrática enmienda a la ley de ciudadanía (*Citizenship Amendment Act*, CAA) y el Registro Nacional de Ciudadanos que buscaban principalmente redefinir el criterio de ciudadanía, de modo que estuviera supeditado a la identidad religiosa y la posesión de documentos heredados, generó estallidos de protestas en todo el territorio. En un país como India, que posee un acceso muy limitado a la tecnología, la solidaridad se basa en el contacto humano físico, en caminar juntos en manifestaciones, construir barricadas y estar presentes en las calles de forma masiva. El aspecto físico del lugar se convierte así en un elemento central para representar o hacer visible la solidaridad. En este momento, el reto que la Covid-19 plantea con respecto al requisito esencial de distanciamiento físico entre personas, no acceder a lugares públicos, etc., desafía la solidaridad que hasta ahora se ha visto en todo el país. El impulso que generaron los movimientos opositores a la CAA dependía de que los vieran y escucharan en las calles. Por lo tanto, la

necesidad de alejarse de las calles, y unos de otros, puede significar una disyuntiva crítica. La pandemia y sus medidas preventivas obstaculizan esa construcción solidaria. ¿Pero pueden a su vez obligarnos a pensar de qué manera los movimientos pueden persistir sin reuniones físicas? ¿Puede darnos herramientas para repensar los movimientos tradicionales más allá de la materialidad del sitio?

A nivel mundial, la realidad de la pandemia sacó a la luz formas creativas de mostrar solidaridad mediante el uso de los balcones como espacio de comunión o a través de medios digitales. Pero el hecho de que el Estado coopte tal uso creativo de espacios para convertirlo en lealtad ciega a un culto a la personalidad o al alcance limitado del activismo digital plantea desafíos únicos para los actores del movimiento social indio. El activismo digital en dicho país está reservado a los privilegiados y, por lo tanto, continúa siendo exclusivo. Hay un porcentaje de usuarios del 40% distribuido en áreas urbanas y rurales, por lo que este podría ser el momento para repensar cómo las solidaridades pueden digitalizarse democráticamente para la vasta base de usuarios de Internet.

La crisis de salud pública que enfrenta India en este momento, al igual que en muchos otros países, no es indiscriminada. Los más pobres, que carecen del lujo del distanciamiento social, poseen una alta comorbilidad, y menos (o ningún) acceso a atención médica y centros de pruebas, y definitivamente se verán más afectados si el brote no puede contenerse. Este hecho se confirma especialmente en una economía donde la mano de obra informal conforma el 92,8% de la fuerza laboral total. A su vez, se suma la pérdida de medios de subsistencia, lo que para los jornaleros significa la falta de acceso a alimentos, vivienda y necesidades básicas de manera inmediata, e implica enfrentar un futuro incierto. La crisis y la respuesta a ella tampoco pueden evaluarse fuera de las realidades de los trabajadores migrantes que están confinados en diferentes regiones, desempleados pero sin la posibilidad de volver a casa o, si regresan, deben hacerlo a un costo humano muy alto. Los subsidios que ofreció el gobierno central, que poseen una asignación presupuestaria insuficiente (menos

del 1% de su PBI) y carecen de claridad y garantías, ignoraron tales realidades. A medida que comenzaron a circular las imágenes de los trabajadores migrantes caminando cientos de kilómetros, de niños comiendo hierba, de los accidentes de tráfico y las muertes resultantes, se hizo cada vez más claro que la crisis de salud pública se había convertido en una crisis humanitaria. A diferencia del gobierno central, algunos de los gobiernos estatales, especialmente el de Kerala, han demostrado eficiencia, rapidez y, lo más importante, compasión al enfrentar esta crisis. Por lo tanto, la función del activismo es resistir a esa postura antipersonal de la clase dirigente y exigir políticas centradas en los más vulnerables. Además, debe continuar la tarea de crear solidaridad social entre las comunidades y los grupos de modo que funcione en este período de alienación física.

La pandemia y el consiguiente confinamiento también han requerido movimientos masivos en las calles y plazas para traducirse en actos de solidaridad más pequeños en los barrios. Las redes comunitarias a menudo facilitadas a través de las redes sociales y, en otras ocasiones, a través de agrupaciones de base de partidos políticos y otras organizaciones, han surgido en todo el país para distribuir alimentos, medicamentos y elementos esenciales a los ancianos y las familias de la clase trabajadora que viven en el vecindario. Estos actos de solidaridad social también proporcionan resistencia a la xenofobia y antipatía evidentes en muchos barrios de clase media. Sorprendentemente, son acciones excepcionales en un mundo neoliberal de movimiento constante. Tales actos de solidaridad organizada o espontánea se convierten en medios de creación de la comunidad, incluso a un nivel muy básico.

Las cocinas comunitarias en diferentes partes del país, como Lucknow, y en ciudades como Kerala, Calcuta, Delhi, entre otras, son lugares críticos de solidaridad orgánica. El conjunto de alimentos y cocina ha sido considerado una de las formas más antiguas de mostrar solidaridad. Siguiendo todos los requisitos de higiene y distanciamiento, en estas cocinas se han sumado extraños para preparar comidas que luego se distribuirán entre los que sufren la crisis

alimentaria. En una sociedad de castas como la India, donde existe un estigma en torno a lavar platos o cocinar juntos, las cocinas comunitarias son de especial importancia para combatir esta diferencia. Las cocinas comunitarias, al igual que sucedió luego de los pogromos de Delhi el mes pasado, se convierten en centros de atención. A través de diferentes modalidades, cocinar “alimentos de protesta” desafía el orden sociopolítico jerárquico antipobres y antidemocrático. La comunidad creada en torno al acto de preparar alimentos también plantea un desafío a la sociedad neoliberal atomista y proporciona una forma alternativa de vivir y compartir, no solo para tiempos de crisis, sino como una forma de reorganizar la vida social.

Del mismo modo, los estudiantes y claustros de muchas de las universidades e instituciones educativas de todo el país comenzaron a producir desinfectantes para manos y jabones que podrían distribuirse a bajo costo o de manera gratuita para aquellos que no pueden comprarlos al precio habitual. En su individualidad, son pequeños actos de bondad, pero se suman, especialmente en un contexto en el que el Estado no ha mostrado ninguna iniciativa para suministrar tales elementos esenciales a los pobres, son actos de resistencia que fomentan la solidaridad ante la desigualdad inherente de orden neoliberal. Estos son tiempos confusos, aún inciertos y espontáneos, que a menudo dependen de la iniciativa de grupos dispares. Queda comprobar si tales momentos e iniciativas pueden realmente allanar el camino para una base más orgánica, no solo de organización comunitaria, sino también para el ejercicio de la democracia participativa, de la solidaridad como forma de vida cotidiana.

La Covid-19 posee altas tasas de mortalidad, pero no es la primera pandemia que ha afectado a este país. El brote de la peste en 1898 ilustró cómo las enfermedades y las políticas relacionadas nunca son solo médicas, sino que están integradas en la política del tejido socioeconómico del país. Sarkar muestra cómo la gobernanza de la enfermedad se centró en las áreas donde vive la clase trabajadora, como zonas “sospechosas de peste”. Este hecho, a su vez, generó resistencia y varias formas subversivas para combatir la demonización

que unió a hindúes y musulmanes contra los registros policiales intrusivos y las políticas abusivas del estado colonial que violan sus costumbres religiosas y normas sociales, humillan a las mujeres y destruyen propiedades. Hubo un cuestionamiento crítico del Estado que subyace a la resistencia que, en lugar de basarse en la negación de los métodos científicos, apuntó a la inacción del Estado en este aspecto.

En 1918 la gripe española (llamada localmente “fiebre de Bombay”) mató al 4% de la población total del país, lo que representó la quinta parte del número de muertes a nivel mundial. Laura Spinney sostiene que la pandemia fue fundamental para unir a la India contra los británicos, ya que evidenció que la infraestructura médica del país estaba en ruinas debido a que los británicos la habían ignorado de forma sistemática. La pandemia, a un gran costo humano, brindó la posibilidad de impulsar la solidaridad y reevaluar alianzas.

Si bien fueron enfermedades diferentes a la actual pandemia que enfrentamos y la época es distinta, es posible aprender del modo en que estos períodos de crisis facilitaron la solidaridad creativa. Si comprendemos la manera en que la respuesta estatal durante la pandemia redimensionó la crítica al colonialismo e imperialismo, en este momento de fracaso del mundo neoliberal e incesante consumo, podremos cuestionar los principios de la organización económica que permiten que dicho crecimiento capitalista deje de lado la atención a la salud y la educación. Ante la obligatoriedad del distanciamiento físico, la sociedad solo puede funcionar mediante la reimaginación de la solidaridad social. Este es un tiempo de espera, pero no se puede permitir que se convierta en un momento vacío. Estas crisis de ansiedades, confinamiento y pánico global son oportunidades perfectas para que los gobiernos autoritarios aumenten su poder, como es evidente en Hungría. El estallido de la Covid-19 y el frenesí mediatizado resultante también permitieron que el gobierno indio disolviera los esfuerzos de ayuda y rehabilitación, y pudiera silenciar y borrar de la memoria pública las poderosas protestas en su contra. Las zapatillas que dejaron las mujeres que protestaron en

Shaheen Bagh para recordarle al Estado la presencia en su ausencia se volvieron poderosas expresiones de resistencia. En estos tiempos, los actos de recordar y recordar entre todos, de reevaluar y reimaginar los espacios comunitarios se vuelven fundamentales para crear espacios de solidaridad y visualizar un futuro que es discontinuo debido al orden socioeconómico actual en el que vivimos.

Traducción de María Paula Vasile

El trabajo social con personas sin hogar en Bélgica durante la pandemia

Stéphanie Cassilde

Bélgica implementó el confinamiento el 18 de marzo de 2020. Si bien la mayoría de los ciudadanos estaban ocupados en reorganizar sus vidas, educando a sus hijos y corriendo al supermercado para abastecerse de alimentos y productos de higiene, la situación de las personas sin hogar sufrió un deterioro rápido y considerable.

Los trabajadores sociales que se dedican a trabajar con personas sin hogar se convirtieron en profesionales de primera línea durante la pandemia. Esta crisis implica una enorme sobrecarga de tareas, además de los desafíos habituales en este tipo de trabajo. También conlleva riesgos sanitarios tanto para ellos como para sus familias. Sin embargo, permanecen invisibilizados y casi nunca se mencionan en la pelea contra la Covid-19. Tanto la población como los funcionarios los olvidan cuando reconocen a quienes ayudan a luchar contra el virus y a conservar la humanidad en una crisis que ha desafiado la solidaridad fuera de los círculos familiares. En este capítulo destacaré el rol de trabajadores sociales y voluntarios, así como su trabajo y los desafíos que enfrentan. Aprovecharé, para ello, mi experiencia de trabajo de campo y mi participación activa en un centro social

durante la pandemia en Charleroi, una antigua ciudad industrial con una alta tasa de desempleo en la parte francófona de Bélgica.

Trabajo social con personas sin hogar en Charleroi

El centro social *Comme Chez Nous* (que significa “como en casa”, en adelante CCN) proporciona comida y refugio diario, en promedio, a unas cincuenta personas sin hogar en Charleroi. En 2019 se acercaron 1088 personas a este centro de día. El CCN está abierto los 365 días del año, a diferencia de cualquier otro servicio de trabajo social, y es uno de los pocos que está abierto en Valonia durante esta crisis. El centro pertenece a asociaciones ejemplares, apoyadas y distinguidas por la Unión Europea por su enfoque holístico basado en las personas. Si bien esta práctica no es habitual, es la más eficiente en relación con la falta de vivienda.

En la noche del 12 de marzo, el gobierno federal belga ordenó la cancelación de todos los actos públicos y al día siguiente cerró escuelas y restaurantes. El 14 de marzo todavía no había instrucciones sobre cómo mantener el distanciamiento social en el trabajo, y mucho menos en los centros de día. La distancia física requerida plantea interrogantes sobre las condiciones de trabajo social en el CCN, ya que suele recibir a unas 70 personas que se sientan a poca distancia entre sí. El 16 de marzo por la tarde, un hombre comenzó a toser y cayó al suelo. El equipo sospechó que era un caso de Covid-19 e inmediatamente decidió cerrar el centro. Por segunda vez desde su fundación, en 1995, el CCN cerró por dos días, un período largo si se considera que es una institución de último recurso.

El 18 de marzo, las personas sin hogar de Charleroi no tenían acceso a instalaciones. Tampoco tenían comida, agua potable, ni equipamiento sanitario. Sus rutinas de supervivencia habituales desaparecieron. Con la ciudad vacía, mendigar (pedir café o algo de comida) era imposible. Durante esos días, este grupo de ciudadanos fue ignorado y excluido de las medidas de protección (individuales

y colectivas) vinculadas a la pandemia de Covid-19. Ese día, el CCN tomó la iniciativa de continuar con sus servicios y pidió al ayuntamiento una nueva ubicación. Sin embargo, el 20 de marzo, se anunció el plan de la ciudad para personas sin hogar. La crisis de salud no pone en suspenso los problemas institucionales y la banalidad de esta observación no la hace menos sorprendente. Esta falta de reconocimiento también dice algo sobre la coordinación del sector en general.

El 19 de marzo, finalmente, el CCN reabrió sus puertas para proporcionar servicios básicos a personas sin hogar y personas muy precarias. El día en que Bélgica inició el confinamiento, los trabajadores sociales del CCN y los voluntarios recién reclutados¹ reabrieron la guardería para distribuir un sándwich básico de queso y un vaso de agua en la entrada principal. Esta reapertura fue posible gracias a la iniciativa de una diseñadora textil local y uno de sus estudiantes, quienes de manera solidaria comenzaron a coser mascarillas de tela según el tutorial que diseñó el Hospital de la Universidad de Grenoble (Francia). Ese día, gracias a estas mascarillas de tela, unas 80 personas, entre ellas niños muy delgados, pudieron al menos satisfacer una necesidad básica. Para algunos, fue la única comida del día.

El 20 de marzo reabrió una organización benéfica que brinda ayuda alimentaria, pero al volver a cerrar sus puertas, desde el 21 de marzo el CCN es el único punto de distribución de alimentos, como ocurría durante los fines de semana.

El 23 de marzo, el CCN comenzó a operar en una nueva ubicación otorgada por las autoridades municipales. Gracias a iniciativas solidarias locales, los 50 trabajadores sociales y voluntarios contaron con cerca de cien mascarillas de tela. Si el centro de día hubiera esperado el apoyo de las autoridades públicas para recibir el material de protección, probablemente aún no habría abierto. De hecho, las mascarillas quirúrgicas que prometieron se pusieron a disposición el 25 de marzo y el CCN solo recibirá 10 por semana. En Charleroi,

¹ Los voluntarios regulares tienen un perfil de riesgo.

el sector de trabajo social para personas sin hogar ha recibido 500 mascarillas en 8 semanas, muy por debajo de las cifras necesarias. El centro de día todavía depende de las mascarillas de tela, lo que debe considerarse un problema, y los trabajadores sociales siguen pidiendo mejores equipos de protección.

Por un lado, el CCN cumple su misión en lo que respecta al trabajo social. El centro de día temporal y el acceso a las instalaciones sanitarias se utilizan bajo estrictas medidas de precaución (desinfección sistemática de duchas e inodoros después de cada uso, lavado de manos obligatorio). También se ofrecen agua y café durante todo el día, y se sirve el almuerzo (principalmente un sándwich y una sopa). Por otro lado, se inició una acción para recaudar fondos y hacer frente a los gastos adicionales.

¿Qué piensan las personas sin hogar sobre esta situación? El 21 de marzo, se formó una fila silenciosa en la calle. La gente esperaba, respetando la distancia física requerida, para recibir un trozo de pan y queso. En algunos casos, llevaban un día sin comer. El 4 de abril, conocí a un hombre en el centro de la ciudad que pedía comida y decía que la nueva ubicación estaba demasiado lejos (una hora de caminata, 20 minutos en transporte público con la limitación de la cantidad de personas en cada autobús, y mucha tensión entre los usuarios). Días antes, un hombre que mostraba todos los síntomas de Covid-19 unió sus manos en señal de oración y miró al cielo cuando le dijeron que quedaría aislado.

Los desafíos de hacer trabajo social en tiempos de crisis sanitaria

Si bien da la impresión de que muchas personas sin hogar desean tener los síntomas para obtener un lugar seguro (piden que se les controle la temperatura varias veces en el día), otros son reacios al confinamiento. Por ejemplo, a una anciana con tos persistente se le ofreció una vivienda. Luego de muchos años de no tener un hogar, su

primera reacción fue “entonces, no puedo salir” y demoró casi diez días en aceptar la propuesta.

Si bien los trabajadores sociales se concentran en los casos más expuestos, también intentan encontrarles una vivienda. Este aspecto excede la principal misión actual, que “solo” consiste en satisfacer las necesidades muy básicas, aunque pertenece a los objetivos habituales del trabajo social. La falta de vivienda es un problema multidimensional vinculado a varios factores y salir de esa realidad también es un proceso complejo. La opinión generalizada de que la única solución “fácil” es encontrar una vivienda resulta demasiado simplista. Por el contrario, una vivienda puede considerarse como el punto de partida para otro tipo de trabajo social, cuyo objetivo es lograr una mejora a largo plazo en la vida de la persona, especialmente cuando también tiene problemas de salud mental.

La aplicación de las normas sanitarias es otro desafío. En una ocasión, un hombre entró al centro y comenzó a estrechar la mano de todos, lo opuesto a las instrucciones sanitarias básicas. Proporcionar acceso a las necesidades primordiales de manera incondicional implica recibir a personas que cuestionan o infringen dichas normas. Para proteger a la mayoría de quienes asisten al centro de día, a los trabajadores sociales y a los voluntarios, no se permite el acceso a las personas que no respetan esas medidas. En esos casos, los trabajadores sociales llevan comida y bebida a la puerta, y no permiten el acceso a las instalaciones sanitarias.

Es difícil encontrar el equilibrio entre permitir el acceso y hacer cumplir las normas. Los incumplimientos más habituales incluyen amenazas y agresiones, pero también el hecho de ignorar las precauciones sanitarias en esta época. No solo el trabajo social continúa durante la pandemia, sino que también se debe rediseñar el marco organizativo básico del centro de día en sí.

Por ahora, los trabajadores sociales se centran en la urgencia de enfrentar el impacto de la Covid-19 con respecto al acceso a las necesidades básicas y no tienen más tiempo para ayudar a las personas a cambiar sus condiciones de vida. Sin embargo, prevalecen las

preocupaciones y preguntas habituales. El desafío es cómo coordinar el acceso a esas necesidades básicas en estos tiempos a la vez que se enfrentan situaciones incontrolables y peligrosas. Mientras dure la pandemia, el desafío también será cómo retomar el trabajo social habitual más allá de la emergencia sanitaria.

Perspectivas

Se debe analizar la realidad de las personas más vulnerables durante la crisis de Covid-19 para darnos cuenta de lo que es esencial para los seres humanos, y también la capacidad de cuidarlos. El modo en que garantizamos su atención demuestra quiénes somos y revela las representaciones sociales asociadas a ellos.

Me gustaría compartir tres lecciones de la experiencia en un centro social en Charleroi.

Primero, los responsables políticos toman en cuenta a las personas sin hogar con bastante rapidez, incluidas las autoridades municipales y regionales que tienen como objetivo erradicar la falta de vivienda de acuerdo con la política regional actual.

Segundo, la crisis actúa como una oportunidad para identificar buenas prácticas y problemas importantes en el plan de la ciudad para ayudarlas. El resultado de esta experiencia debería compartirse con otras ciudades, otros funcionarios políticos y gobiernos nacionales a fin de mejorar el trabajo social para los ciudadanos más vulnerables. Tercero, la continuación del trabajo social durante la pandemia demuestra claramente que cuidar a estas personas es un aspecto fundamental y esencial para defender la dignidad humana en una sociedad, una cuestión que va mucho más allá del mero problema de supervivencia.

Mientras tanto, y a pesar de la importancia de su trabajo, los trabajadores sociales dedicados al sector de personas sin hogar permanecen invisibles y casi nunca son mencionados como profesionales de primera línea, lo que debería ocurrir especialmente ante la crisis

de Covid-19. Todavía se las excluye de la creciente lista de personas a las que expresamos nuestro agradecimiento, como cajeros en supermercados, recolectores de basura, profesionales médicos. El hecho es que, *al igual que las personas sin hogar, los trabajadores sociales son invisibles*. Si bien proporcionan una “red de contención” valiosa y un punto de referencia para lo que nuestra sociedad llama dignidad, rara vez se reconoce su trabajo.

Traducción de María Paula Vasile

Reivindicar el lugar de la escuela en un contexto de pandemia

Nicolás Arata

Cincuenta años atrás, Iván Illich, convocado por el ministro de educación boliviano Mariano Baptista a inaugurar el Congreso Pedagógico Nacional, exhortaba en su discurso a cerrar todas las escuelas del país andino. Dirigiéndose a miles de maestros y maestras, el intelectual austríaco interrogó a la muchedumbre preguntándoles si serían lo suficientemente valientes para liberar a Bolivia de su sistema escolar. Desescolarizar la sociedad era el remedio que proponía Illich para terminar de una vez por todas con la escuela, aquella “vieja vaca sagrada” que solo producía “aspirantes a la sociedad de consumo”.

No fue Illich sino –medio siglo más tarde–, un virus, el que mandó a todos los maestros a sus casas. Hay quienes califican este acontecimiento como la mayor migración de la historia. Una migración de las aulas físicas a las virtuales que, algunos llegan a pronosticar, adelanta el fin de la escuela. Lo que asumen con ligereza los detractores de la escuela (mucho más interesados en lucrar con la educación que en recuperar los ideales libertarios de Illich) son los complejos procesos que tienen lugar en los establecimientos escolares y las enormes dificultades para recrear, aunque sea una parte de lo que se pone en

juego en los salones de clase, bajo el formato que ofrece una pantalla y la conectividad a Internet.

Frente a ello, planteo cuatro interrogantes seguidos de sus argumentos en torno a una de las evidencias más patentes que expuso esta pandemia: que las escuelas son tan irremplazables como indispensable es su democratización.

¿Qué hace a una escuela, una escuela?

En este contexto, pareciera necesario volver formular esta pregunta. La respuesta pareciera obvia. La escuela es el espacio institucional al que asisten niñas, niños y jóvenes para aprender un conjunto de saberes indispensables para vivir en sociedad. Sin embargo, sabemos que la escuela es mucho más que eso, o, al menos, que sus tareas no se reducen a un espacio de aprendizaje ni a la franja etaria comprendida por los menores de edad que integran una sociedad.

Lo primero que hay que decir es que no existe “una” escuela, sino múltiples escuelas (en plural): no son las mismas escuelas aquellas que funcionan en las grandes ciudades, que las de los pueblos más pequeños; las emplazadas en las grandes urbes que las que se encuentran en los campos de Latinoamérica. Las escuelas funcionan en entornos sociales y culturales que las atraviesan, las moldean y les imprimen perfiles específicos y únicos. La red de escuelas es tan compleja y variada como compleja y variada es la sociedad que asiste a ellas. Como nos ha enseñado a ver Elsie Rockwell (2018) “la vida en las escuelas responde a un proceso activo, creativo, vinculado con el carácter cambiante del orden cultural” (p. 36) y frente a esas dinámicas, no resulta tan sencillo establecer un único modo de hacer escuela.

¿Qué decir de las necesidades de las poblaciones a las que atiende? Según datos de la CEPAL, alrededor de 85 millones de niños y niñas de la región reciben desayuno o almuerzan en la escuela. Es decir, que más del 12% de las personas que habitan nuestro continente

también van a la escuela en busca de algo con lo que alimentarse (el porcentaje subiría significativamente si lo circunscribimos al universo infanto-juvenil). En todo caso, la pregunta no es tanto si debe o no ser responsabilidad de la escuela ofrecer un alimento, sino qué sucede con ese amplísimo porcentaje de la población cuando no son las escuelas las que garantizan el derecho a la alimentación básica.

La escuela es también el lugar de trabajo de las y los docentes y un espacio de encuentro entre sujetos, en el que interactúan y aprenden a convivir personas con diversos conocimientos y formas de conocer, experiencias de socialización y trayectorias. El sentido de ese trabajo es enseñar a interpretar el mundo, despertar el interés por saberes que fueron seleccionados para ser trabajados en un diálogo entre generaciones.

Seguramente puedan establecerse propuestas pedagógicas más allá de las escuelas, pero las condiciones específicas para realizar trabajos de enseñanza y aprendizaje colectivos, como de los vínculos que se establecen en torno a ello, no son tan fáciles de sustituir y mucho menos, de la noche para la mañana. Dicho de otro modo, la escuela es un espacio donde se producen infinidad de relaciones únicas y sin ellas, millones de personas carecerían de cualquier posibilidad de acceder a los más elementales derechos y bienes culturales, políticos y sociales que puede ofrecer una sociedad democrática.

¿Y las clases?

¿Qué hay con la clase? La clase es el dispositivo que hegemonizó la idea que tenemos de cómo se transmite un saber. El salón como un domo envolvente, un espacio pequeño y acotado en el que tienen lugar el aprendizaje guiado por docentes, es el resultado de una larga historia de proyectos, tecnologías e intervenciones en torno a la cultura material de la escuela.

Preparar la clase requiere tiempo y, hecho con dedicación y perseverancia, es uno de los mayores actos de investigación que se pueden

realizar. Entre lecturas y apuntes se construye un objeto de saber mediante complejas operaciones de asociación que serán objeto de una –no menos compleja– tarea de transmisión en clave dialógica. Dar clase es crear lazos y comunidades a través de un trabajo creativo de articulación de diferencias de todo tipo (culturales, generacionales, etc.) para que el conocimiento acontezca. Dos acciones complementarias vienen a la mente cuando pensamos en torno a lo que significa preparar una clase: profanar y contrabandear. Poner el conocimiento que era de unos pocos a disposición de todo el mundo es –en cierto sentido– un acto de profanación. Lo “sagrado” deja de estar accesible a unos pocos y pasa a estar disponible en un sentido público. Es enseñarlo todo a todos. Pero también, trabajar una clase es reunir cosas que de otro modo no se hubieran juntado, es seleccionar y sacar ideas de su contexto, quebrar su nexo natural con un tiempo y unas situaciones que le dieron origen, y ponerlas a dialogar en clave contemporánea. Somos contrabandistas de la memoria que convocamos saberes, historias y nombres del pasado para traerlas al presente y entablar un diálogo. Condiciones necesarias para componer un saber con el mundo y razones más que suficientes para preservar ese tiempo y ese espacio –un tiempo “en medio de”– del resto de las tareas cotidianas.

Que el espacio de aprendizaje deje de ser el aula escolar y, en su reemplazo, se promueva la conexión a través de pantallas (subrayo enfáticamente esto: “conexión a través de pantallas”, porque definitivamente no es un encuentro cara a cara) implica transformaciones que van mucho más allá de un cambio en los soportes y las formas en que se pautan los trabajos. Aquí intervienen otros factores: las posibilidades de conexión, el contar con una computadora, pero también que las y los interlocutores están condicionados por la saturación de información que proviene tanto de las propias pantallas como del entorno doméstico en el que transcurre la clase.

Si algo define la importancia de la clase escolar (y esto podríamos hacerlo extensivo a la clase universitaria) es que esta se transforma en un espacio-tiempo donde la sociedad en cierto modo se mantiene

al margen, en donde “se saca a los estudiantes de su mundo y se los hace ingresar a otro”, como sostienen Masscheleinn y Simons (2014). En este sentido, y con todas las dificultades que la escuela o la propia universidad puedan tener, facilita una tarea que no es otra que la de devenir umbral para, como afirma Inés Dussel (2020) “permitir un tipo de trabajo distinto, un pasaje en relación con el conocimiento que es intelectual, político y afectivo”.

¿Por qué el centro no es la tarea, sino el vínculo pedagógico?

¿Lo antedicho implica renunciar a la posibilidad de continuar enseñando a través de pantallas? En absoluto. Pero allí lo importante es procurar que la clase conserve uno de sus rasgos diferenciales: interpelar al otro y generar perplejidad, plantear alguna buena pregunta, enseñar a pensar contra nuestras propias certezas y “verdades”. La tarea en sí misma no es lo que hay que aprender. Si el gran enemigo a vencer en las aulas es el aplanamiento burocrático del saber preestablecido, ante las pantallas el desafío es dejar a un lado la obsesión por tareas y calificaciones para orientar el esfuerzo en construir un vínculo en torno a aprendizajes que valen la pena. Es fundamental, en este sentido, otorgar autonomía y orientar a las y los maestros para que puedan desarrollar estrategias apropiadas en este sentido.

De ahí que la pregunta sobre la clase es también la pregunta sobre cómo nos pensamos en tanto docentes (nuestro trabajo y nuestra función social). Los docentes han de ser valorados por las posibilidades existenciales que habitan y fomentan, o por las que obturan y malogran. Un profesor es una voluntad que convoca la inteligencia y despierta la sensibilidad de sus alumnos para actuar coordinadamente y pensar los problemas en común. El Estado debe ser quien garantice las mejores condiciones materiales para que esto se produzca y quien convoque a las fuerzas sociales (sindicatos, movimientos sociales, etc.) a participar y promover diálogos públicos sobre aquello que debe ser enseñado.

A propósito del rol de la escuela, Mariana Chendo (2020) afirma lo que no es sino una verdad a medias: “La medición de la acumulación del conocimiento –criterio de legitimación del sistema educativo– se reveló absurda frente a las prácticas urgentes del cuidado de los cuerpos”. Es cierto que existe una pulsión por calificar y medir el conocimiento (que no surge precisamente de las escuelas, aunque las interpela como el espacio naturalizado de implementación de las evaluaciones). Lo que jamás me atrevería a sostener es que la escuela no sea –al mismo tiempo– un espacio de cuidado. ¿Quién puede sostener que la escuela no es un espacio de cuidado, si allí se enseña –entre muchas otras cosas– educación sexual integral o se promueven derechos humanos esenciales?

En tiempos de crisis, hay que sostener la conversación entre maestros, maestras y estudiantes, recreando la clase no como un lugar regido por un docente cuya actividad consiste en garantizar a través de la corrección la incorporación de un saber preestablecido, sino como un espacio donde se pueden promover actividades para propiciar que el pensamiento acontezca. Para ello, también es fundamental que el Estado opere como garante ofreciendo un piso común de posibilidades para asegurar el acceso a quienes no tienen las condiciones materiales para contar con un computador o las posibilidades de conexión a Internet.

¿Qué aporta una lectura histórica de la escuela?

Las escuelas son instituciones que albergan una tensión que algunos tachan de contradictoria y otros la interpretamos como un aspecto constitutivo del proyecto escolar moderno: la escuela puede disciplinar tanto como potenciar la emancipación. La escuela –como la historia– no va a ninguna parte, no tienen una dirección preestablecida. Es el proyecto político-pedagógico que la perfila quien va a definir cuál de esos aspectos se desarrollará con mayor potencia.

Reducir la transmisión de la cultura a lo que pasa en la escuela es tan torpe como confundir el tamaño de un país con una provincia (por más importante que fuera). En otras palabras: hay que situar históricamente los aportes de la escuela en diálogo con las múltiples formas de tramitar la cultura en las sociedades para entender cuál es el papel que puede desempeñar aquí y en el futuro.

La historia de la escuela es la historia de crisis y revanchas, de victorias e impugnaciones. El desarrollo histórico de la escuela ha sido largo y nada hace creer que vaya a desaparecer pronto. En todo caso, no será un virus sino una nueva avanzada neoliberal la que intentará borrar del paisaje las escuelas, atribuyéndole costos excesivos o advirtiéndole sobre su supuesta vetustez. Defender la escuela es defender una de las vigas estructurales del proyecto democrático: la garantía del derecho a la educación. Pensar históricamente la escuela es entender que para hacer frente a la inmediatez de los cambios y transformaciones es indispensable apelar a la historia como una forma de tomar distancia, pero también de adquirir perspectiva; que la situación de pandemia vuelve a plantear debates que ya han tenido lugar en otros momentos y contextos históricos, aglutinando posiciones entre defensores y retractores de la escuela, y que para sentar una posición más informada es preciso contar con elementos para conocer porqué y desde donde algunos hablan de la reinención de la escuela y porque hay quienes creemos que la escuela debe ser un lugar reivindicado al tiempo que pensado y transformado en clave democrática.

Hace 50 años, Illich llamaba a abandonar la escuela por estar al servicio de los grandes intereses internacionales. Hoy son las corporaciones detrás de algunas de las grandes plataformas las que convocan a reemplazar aulas por pantallas, aprovechando el contexto de pandemia, aduciendo que es una realidad que habría venido para quedarse. Detrás de ese interés están en juego cuestiones relacionadas con el manejo de inmensas bases de datos y la introducción de nuevas formas de control del conocimiento y del trabajo.

Frente a este escenario, la escuela debe reivindicarse en clave democrática, como un lugar irremplazable desde donde se promueva una política del común, basado en la participación y el diálogo. Nada de todo esto puede hacerse si las y los docentes no se posicionan como intelectuales públicos, apoyándose en el conocimiento profesional que tienen tanto como en la tarea político-pedagógica que se les encomendó. Nada de todo esto puede hacerse si el estado no asume un rol de garante y reivindica la educación como un derecho universal.

Bibliografía

Chendo, M. (2020). Educación 2020: los migrantes forzados. *Iberoamérica Social*.

Dussel, I. (23 de abril de 2020). La clase en pantuflas. Conversatorio virtual. *Canal ISEP*.

Masscheleinn, J. y Simons, M. (2014). *Defensa de la Escuela. Una cuestión pública*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

Rockwell, E. (2018). *Vivir entre escuelas. Relatos y preAsencias*. Buenos Aires: CLACSO.

Durante y después de la pandemia: dimensiones sociales, políticas y económicas

Pablo Vommaro

Poco después de que la secuencia del genoma de la Covid-19 fuera identificada por un laboratorio del estado chino se publicó en forma abierta. El consenso es generalizado: el acceso abierto, libre y gratuito a la información acerca del nuevo coronavirus aceleró las investigaciones y permitió que en pocas semanas se obtuvieran avances que hubiesen tomado meses si las restricciones mercantiles hubieran primado. En este plano, la cooperación y el acceso abierto funcionaron. ¿Los conocimientos, testeos, tratamientos y vacunas producidos gracias a este acceso abierto estarán también disponibles de manera abierta y pública? Acceso abierto no es lo mismo que ciencia abierta y aquí las políticas públicas y los comportamientos de la comunidad científica serán decisivos para garantizar un acceso amplio y democrático a los conocimientos, tratamientos y vacunas que permitan controlar la pandemia y retomar algunas dinámicas de la vida social previas a febrero de 2020.

En este punto los debates se multiplican. Algunos autores afirman que el virus aísla e individualiza. Sin embargo, los aplausos colectivos, el arte en los balcones, los comedores populares o los

espacios comunitarios en los barrios que procuran seguir funcionando sin romper las medidas de distanciamiento o aislamiento parecen contradecir el carácter absoluto de esa afirmación. Como parte del mismo fenómeno habría que mencionar los grupos y chats que se multiplican y la intensificación del uso de las redes sociales y las plataformas de video llamadas como modo de comunicarnos con otros en estado de aislamiento.

Rita Segato (ver su capítulo en este libro) remarcó la importancia de redimensionar lo presencial y lo virtual. A su vez, valorizó la presencia corporal, el contacto físico, la caricia, el abrazo. Aunque busquemos maneras de seguir conectados y expresar afectos y emociones a la distancia (las hay y muchas en la sociedad digital), pareciera que hay una potencia afectiva y corporal de la presencia que no es fácil de reemplazar. Asimismo, con el correr de las restricciones a los encuentros presenciales las añoranzas se profundizan sin que estén claros los modos de adaptarse a este abrupto cambio que trastoca las formas de vincularse con los seres queridos.

Ante una crisis con fuertes dimensiones subjetivas y emocionales el discurso del distanciamiento o el aislamiento no sería el más indicado y más bien habría que apostar a espacios de reflexión, encuentro y tramitación colectiva de la situación. ¿Cómo hacerlo manteniendo medidas de prevención que eviten la propagación de los contagios y preserven a los grupos más vulnerables al virus?

¿La economía o la vida?

Esta encrucijada fue planteada por muchos gobiernos y economistas y reproducida en medios de comunicación y artículos de diversa índole. Ante esto podríamos preguntarnos: ¿es posible pensar y desarrollar una economía para la vida?

Una economía en crisis se recupera pero una vida perdida no vuelve. Si esto es así habrá que disputar cómo y bajo qué lógicas se realiza esa recuperación. Asimismo, resulta cada vez más claro que

los países que trataron de evitar las medidas de aislamiento o cuarentena vieron afectada su economía tanto o más que los que implementaron estas decisiones.

Ante el aislamiento, el teletrabajo aparece como solución tanto para mantener las actividades en un escenario de reclusión como para asegurar cierta productividad mínima a las empresas. ¿Pero todos los trabajadores pueden teletrabajar? Es evidente que no y esto depende tanto del tipo de actividad como de las condiciones de trabajo y de hábitat que estos trabajadores tengan. Así las cosas, el teletrabajo se presenta como elemento que puede aumentar la precarización y las desigualdades sociales y laborales.

Las personas reaccionan a la pandemia a partir de dos polos: los escépticos que piensan que todo es producto de algún plan diseñado en un laboratorio, de una conspiración internacional o de una exageración hipocondríaca y quienes se sienten invadidos por el terror y sostienen que la situación es apocalíptica, terminal.

Algunos datos podrían sustentar el miedo: para este virus no hay vacuna, no se conoce tratamiento ni cura, su tasa de transmisibilidad o contagio es más del doble que las de la influenza más frecuente y conocida y su tasa de mortalidad es entre 50 y 100 veces más elevada que la de esa enfermedad. Pero desestimar el lugar de los medios en la creación del pánico social sería cuanto menos ingenuo. Quizá por esto desde la Organización Mundial de la Salud hablan de una segunda epidemia, la infodemia o epidemia de sobre información, que incluye las noticias falsas o maliciosas, las *fake news*.

Ante la pandemia las políticas seguidas por los gobiernos pueden caracterizarse de acuerdo a sus prioridades (Malamud y Yeyati, 2020). China antepuso el estado y la responsabilidad social, Europa confió en la ciudadanía y los estados parecieron ir a la saga y Estados Unidos apostó al mercado y al individualismo extremo. Estados Unidos, Brasil y Reino Unido negaron la crisis y desampararon a sus poblaciones, aunque este último país tuvo que rectificar de forma abrupta y de emergencia sus políticas del “no pasa nada” y el “dejar hacer, dejar pasar”.

En Estados Unidos murieron por coronavirus en abril de 2020 más del doble de las personas que fallecieron por influenza en todo 2019. Esto muestra la dimensión siniestra de una obstinación por preservar la actividad económica, que, de todos modos, se está resintiéndose gravemente. En lo que va de la pandemia más de veinte millones de trabajadores quedaron desempleados en ese país.

Brasil siguió un camino similar, con casos y fallecimientos en ascenso y el agravante de una sociedad mucho más desigual y precaria, con un sistema de salud debilitado y desfinanciado tras casi cinco años de gobiernos regresivos. En este país, como en otros, la pandemia no golpea a todos por igual. Un reciente estudio del Instituto Fio-cruz muestra que las medidas adoptadas por el gobierno brasileño ante el coronavirus agravaron la desigualdad racial y territorial. Por ejemplo, la tasa de letalidad del virus es de 15,6 por cada 100.000 habitantes para la población negra, mientras que para las y los blancos es de 9,6. En el estado de San Pablo el riesgo de morir por Covid-19 es 62% más elevado para las y los negros. A nivel nacional, los datos muestran que los blancos tienen más posibilidades de recuperarse. En los hospitales las y los negros representan un 36,4% de las admisiones por coronavirus, pero un 45,3% de las defunciones. Asimismo, cifras recientes indican que, en un país con la salud pública degradada, un 67% de los brasileños que carecen de recursos para acceder al sistema privado de salud son negros.

En el plano de la geopolítica en y luego de la pandemia, Bringel (2020) remarca el desconcierto global que puso en evidencia la fragilidad de los bloques regionales existentes y valorizó tanto la acción estatal como las iniciativas locales con arraigo comunitario y territorial. Coincido con este autor cuando señala que la mayoría de los bloques regionales salen fragilizados y, en algunos casos, desmantelados y deslegitimados ante sus respuestas a la crisis (Bringel, 2020, p. 180). Quizá la excepción a esto sea el eje Pacífico y la influencia regional de China, cuyo balance está aún por dirimirse.

¿Emergerá, de las políticas seguidas en la pandemia, una reconfiguración del multilateralismo contemporáneo? Pareciera que China

o Cuba (quizá también Rusia) se presentan al mundo como países solidarios, mientras que Estados Unidos y las potencias europeas se cierran sobre sí mismas y miran a las otras naciones con egoísmo y recelo. Con contadas excepciones, la cooperación o, al menos, la coordinación entre los países estuvieron ausentes en la pandemia.

Muchos gobiernos aprovechan esta situación imprevista para profundizar sus rasgos autoritarios y las políticas de descuido de grandes mayorías. En algunos países se instauran estados de sitio o toques de queda, incluso antes que las medidas de prevención o el fortalecimiento de la salud pública. Estas medidas militaristas parecen apuntar a disipar manifestaciones y movilizaciones callejeras que han tomado plazas y ciudades de América Latina y el Caribe en los últimos meses.

Brasil, Bolivia, Honduras, Ecuador o Perú son ejemplos de esto. En Chile, el gobierno destinó más recursos a reequipar a los carabineros para la represión social que a fortalecer el sistema de salud ante la escalada de casos de coronavirus. Ante la guerra contra el nuevo coronavirus, el militarismo crece en la región como espectro que vuelve a proyectarse sobre las sociedades, las resistencias y los grupos más oprimidos.

¿Es posible mantener un aislamiento social obligatorio con economías informalizadas en un 40 o 50%? Esta es una pregunta que se responderá en la práctica, con la experiencia, pero pareciera que es posible con la ampliación de las políticas sociales de apoyo y contención. Quizá sea el momento de pensar en un ingreso mínimo universal, por ejemplo, como vienen proponiendo los impulsores de la Tasa Tobin y ATTAC desde hace algunas décadas.

Sin embargo, quisiera discutir la creencia que sostiene que el aislamiento es algo para los sectores medios o medios altos y que en los barrios populares no se cumplen las medidas de prevención porque la pobreza genera caos o anomia. En principio, acaso no sea ocioso apuntar que se hizo más que evidente la resistencia de la población con mayores ingresos a cumplir el aislamiento.

En contraste, mi experiencia con las poblaciones más desamparadas me permite afirmar que los barrios, las comunidades y los territorios despliegan estrategias de cuidado de otras maneras, con otras modalidades. Claro que el hacinamiento dificulta la distancia social, por supuesto que los trabajadores informales y precarizados necesitan ingresos día a día. Pero no se puede subestimar la persistencia y la potencia de la organización social comunitaria, también para asegurar la prevención, si es necesario, mediante el aislamiento o la distancia. Los habitantes de los barrios populares lo cumplen creando otras maneras de cuidado y prevención.

Las políticas públicas adoptadas ante la pandemia profundizan las desigualdades sociales

En una sociedad desigual, las crisis se producen, impactan y se tramitan de manera desigual. Dentro de las desigualdades multidimensionales, destacaremos algunas.

Como señala Karina Batthyány en este libro, las medidas de aislamiento social ponen en evidencia uno de los eslabones más débiles de la sociedad: los cuidados. Si bien las mujeres son las más afectadas, la solución no pasa solo por repartir más equitativamente el cuidado entre varones y mujeres a nivel individual; sino porque su importancia y valor se reconozcan y puedan ser provistos también en parte por la sociedad y con el estado asumiendo su responsabilidad. Recientemente comenzó a denunciarse con fuerza el aumento de los femicidios, sobre todo de mujeres jóvenes, como una de las consecuencias siniestras de las cuarentenas que requiere urgente solución.

Aquí podemos señalar tanto las maneras disímiles en las que el virus afecta a personas mayores y jóvenes, como la diferente relación de las distintas generaciones con el mundo digital. La autonomía de los más jóvenes se ve limitada ante las condiciones de aislamiento y la situación de los trabajos precarios (reparto a domicilio, empleos

en comercios). Muchos continúan trabajando sin posibilidad de aislamiento o protección. Asimismo, está poco visibilizada la situación de las juventudes de las disidencias sexuales. Durante el aislamiento se ven obligadas a convivir con familias que muchas veces los repudian o discriminan.

Los estudiantes también se ven afectados por la crisis de manera desigual. En efecto, las condiciones habitacionales, las posibilidades de los padres de acompañar los ejercicios, los recursos tecnológicos, el acceso a materiales y los envíos por parte de las escuelas son muy distintos. No todas las escuelas y universidades tienen los mismos recursos tecnológicos y esto refuerza desigualdades que se expresan en sus estudiantes y docentes. Las desigualdades educativas son también experimentadas por las y los docentes, que se exponen a exigencias mayores y a un gasto de recursos propios que casi nunca es reconocido o recompensado.

Perspectivas

Milton Friedman afirmó que ante una crisis, las acciones que se llevan a cabo dependen de las ideas que “flotan en el ambiente”. Naomi Klein recupera esto en su libro *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre* (2007) para señalar el carácter inducido de algunas crisis o desastres en el capitalismo contemporáneo que alimentan las doctrinas del shock. Si le agregamos una perspectiva gramsciana, queda claro que uno de los principales desafíos que tenemos durante y después de la pandemia es hacer que “las ideas que flotan en el ambiente” no sean las del capitalismo neoliberal, extractivista y predador.

Una de las certezas de salida no neoliberal (ojalá también no capitalista) de esta pandemia será el fortalecimiento de los sistemas de salud pública. Otra debería ser la renta básica universal que garantiza ingresos mínimos a toda la población.

El lugar del estado se refuerza y consolida, pero también se fortalece la importancia de lo social, lo comunitario y lo territorial. El estado y las organizaciones sociales ganan espacio en la pandemia como gestores y garantes de lo público. El que saldría deslegitimado es el mercado. Esto explicaría la preocupación de los sectores concentrados de poder por tratar de revertir estas tendencias que ganan consenso social en muchas regiones.

Esta coyuntura reabre y alimenta las discusiones y las disputas por lo público, por lo común. ¿Cómo continuar disputando el espacio público con calles vacías? Raoul Vaneigem sostiene que el confinamiento no abole la presencia en la calle, la reinventa.

Algunas expresiones de la persistencia de la protesta social en países como Chile o Israel muestran que es posible continuar movilizándose aún en aislamiento y manteniendo la distancia social adecuada. Los paros de repartidores que se produjeron en varios países latinoamericanos expresan algo similar: la innovación social que permite continuar las resistencias, en este caso protagonizada por trabajadores que experimentaron un aumento de sus condiciones de precarización en la pandemia.

Defender lo público y en lo común y poner la vida en el centro es un camino propositivo para hoy y para lo que vendrá. Asumiendo que la prevención es fundamental en este momento y quizás en los años por venir, pareciera que la responsabilidad y la solidaridad sociales, junto a políticas públicas (no solo estatales) integrales, situadas, territorializadas, singulares y efectivas son un camino posible de cambio de lógica y construcción de alternativas. Me refiero a otras políticas públicas para contrarrestar los dispositivos sociales de producción y reproducción de las desigualdades y avanzar hacia la producción de una igualdad diversa, que reconozca y se configure a partir de la diferencia.

Bibliografía

- Bringel, B. (2020). Geopolítica de la pandemia, escalas de la crisis y escenarios en disputa. *Geopolítica(s)*, 11 Especial, 173-187.
- Friedman, M. (1962). *Capitalism and Freedom*. Chicago: University of Chicago Press.
- Klein, N. (2011). *La Doctrina del Shock. El Auge del Capitalismo del Desastre*. Buenos Aires: Paidós.
- Malamud, A. y Levy Yeyati, E. (29 de marzo de 2020). Coronavirus: ¿Cómo y cuándo salir de la cuarentena? *La Nación*.
- Nuñez, P. (14 de abril de 2020). Desigualdades educativas en tiempos de coronavirus. *La Vanguardia*.
- Vaneigem, R. (19 de marzo de 2020). Coronavirus. *La Peste*.
- Vommaro, P. (2016). *Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina. Tendencias, conflictos y desafíos*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Vommaro, P. (marzo de 2020). Las dimensiones sociales, políticas y económicas de la pandemia. *CLACSO*.

Tercera parte

Movimientos sociales en tiempos de pandemia

Movimientos sociales en tiempos de Covid-19: otro mundo es necesario

Donatella Della Porta

Los tiempos de pandemia traen grandes desafíos para los activistas de los movimientos sociales progresistas. No son tiempos idóneos para el activismo callejero o la política en las plazas. Las libertades están restringidas, el distanciamiento social hace que las formas típicas de protesta sean imposibles de llevar a cabo. No solo es difícil la movilización en los lugares públicos, sino también en nuestros lugares de trabajo, dada la muy estricta limitación del derecho de reunión y la reducida oportunidad de encuentros cara a cara.

La emergencia continua limita nuestros espacios mentales, desafiando nuestra creatividad. Los recursos individuales y colectivos se centran en la supervivencia diaria. La esperanza, ese estimulante para la acción colectiva, es difícil de sostener, mientras que el miedo, que tanto la desalienta, se extiende. Las crisis pueden desencadenar decisiones defensivas egoístas, convirtiendo al otro en un enemigo. Dependemos de la eficiencia gubernamental y de las opiniones de los expertos.

No obstante, los movimientos sociales suelen surgir en momentos de grandes emergencias, de calamidades (más o menos naturales)

y de fuerte represión sobre las libertades individuales y colectivas. En el pasado, las guerras han desencadenado olas de contestación social.

No solo es cierto que “los Estados hacen guerras y las guerras hacen Estados”, sino que además tremendas contestaciones sociales han acompañado a los conflictos militares, antes, después y a veces incluso durante estos conflictos. Tales revoluciones dan testimonio de la fuerza del compromiso de la gente en momentos de crisis profunda.

Los tiempos de crisis profunda pueden (aunque no automáticamente) generar la invención de formas alternativas de protesta. La amplia difusión de las nuevas tecnologías permite que se produzcan protestas en línea, entre las que se incluyen, entre otras, las peticiones electrónicas que se han multiplicado en este período (que van desde la búsqueda de eurobonos hasta la solicitud de suspensión de alquileres para estudiantes).

En Israel se han convocado marchas de coches. Los trabajadores han reclamado más seguridad mediante flash-mobs, llevados a cabo por los participantes manteniendo una distancia segura entre ellos. En Finlandia, los conductores de transporte público se han negado a controlar los billetes de los pasajeros. En Italia o España, se envían mensajes colectivos de protesta o solidaridad desde balcones y ventanas. A través de estas formas innovadoras, las protestas presionan a los que están en el gobierno y controlan sus acciones.

Múltiples formas de actuación

Frente a la evidente necesidad de una transformación radical y compleja, los movimientos sociales también actúan de varias maneras que difieren de las simples protestas. En primer lugar, los movimientos sociales crean y recrean vínculos: se basan en las redes existentes pero también, en la acción, las conectan y las multiplican.

Frente a las manifiestas insuficiencias del Estado y, más aún, del mercado, las organizaciones de los movimientos sociales se constituyen –como sucede en todos los países afectados por la pandemia– en grupos de apoyo mutuo, promoviendo la acción social directa ayudando a los más necesitados. Así pues, producen resistencia al responder a la necesidad de solidaridad.

Los movimientos también actúan como canales para la elaboración de propuestas. Hacen uso de conocimientos especializados alternativos, pero también añaden a esto los conocimientos prácticos que surgen de las experiencias directas de los ciudadanos.

Construyendo esferas públicas alternativas, las organizaciones de los movimientos sociales nos ayudan a imaginar escenarios futuros. La multiplicación del espacio público permite el intercambio, contrastando la sobre-especialización del conocimiento académico y facilitando la conexión entre el conocimiento abstracto y las prácticas concretas.

Movimientos sociales ante la crisis y la incertidumbre

De esta fertilización cruzada de conocimientos surge también la capacidad de conectar las diversas crisis –para sacar a la luz la conexión entre la propagación y la letalidad del coronavirus– y el cambio climático, las guerras, la violencia contra la mujer, las expropiaciones de derechos (y en primer lugar, del derecho a la salud).

De este modo, la reflexión en y de los movimientos sociales aumenta nuestra capacidad de comprender las causas económicas, sociales y políticas de la pandemia, que no es ni un fenómeno natural ni un castigo divino.

De esta manera, los movimientos sociales pueden explotar los espacios de innovación que se abren en momentos de incertidumbre. De la manera más dramática, la crisis demuestra que se necesita un cambio, un cambio radical que rompa con el pasado, y un cambio

complejo que vaya de la política a la economía, de la sociedad a la cultura.

Si en tiempos normales, los movimientos sociales crecen con las oportunidades de una transformación gradual, en tiempos de crisis profunda, en cambio, los movimientos se propagan por la percepción de una amenaza drástica y profunda, contribuyendo a las aperturas cognitivas.

Si bien la vida cotidiana cambia drásticamente, también se abren espacios de reflexión sobre un futuro que no puede pensarse como en continuidad con el pasado.

La crisis también abre oportunidades de cambio al hacer evidente la necesidad de responsabilidad pública y sentido cívico, de reglas y solidaridad. Si las crisis tienen el efecto inmediato de concentrar el poder, hasta su militarización, demuestran, sin embargo, la incapacidad de los gobiernos para actuar simplemente por la fuerza.

La necesidad de compartir y de un apoyo generalizado para hacer frente a la pandemia podría traer consigo el reconocimiento de la riqueza de la movilización de la sociedad civil. La presencia de los movimientos sociales podría contrastar así con los riesgos que entraña una respuesta autoritaria a la crisis.

Además, las crisis muestran el valor de los bienes públicos fundamentales y su compleja gestión a través de las redes institucionales, pero también a través de la participación de los ciudadanos, los trabajadores, los usuarios. Demuestran que la gestión de los bienes comunes necesita una regulación y una participación desde abajo.

En toda movilización durante una pandemia, el valor de un sistema universal de salud pública emerge no solo como justo, sino también como vital. Si las reivindicaciones en materia de salud en los lugares de trabajo y la protección universal de la salud como bien público son tradicionalmente las demandas de los sindicatos y de la izquierda, la pandemia demuestra la necesidad de reafirmar esos derechos y ampliarlos para incluir a los menos protegidos.

En su dimensión mundial, la pandemia desencadena una reflexión sobre la necesidad de defender globalmente el derecho a la

protección de la salud, como explican a menudo organizaciones de la sociedad civil como Médicos sin Fronteras o Emergency.

Por supuesto, todo esto no ocurre automáticamente. Estas crisis son también la ocasión para la acumulación de beneficios por pillaje, para la experimentación por parte de gobiernos autoritarios, para la anomia social. La emergencia y las conmociones crean suculentas ocasiones para los especuladores.

Pero si las crisis aumentan la competencia por los escasos recursos, también aumentan la percepción de un destino compartido. El aumento de las desigualdades, en lugar de nivelarlas, también inculca un profundo sentido de injusticia. Trae consigo el señalamiento de responsabilidades políticas y sociales específicas.

Como en las guerras, la exigencia de terribles sacrificios a la población alimenta las reivindicaciones de derechos y la participación en la toma de decisiones. A medida que crece la movilización colectiva, también surge la esperanza de un cambio, de otro mundo que todavía es posible y que hoy es aún más necesario que nunca.

Traducción de Democracia Abierta

Mucho más que un “cacerolazo”: resistencias sociales en tiempos de pandemia

Breno Bringel

Tan pronto la pandemia del coronavirus fue llegando a América Latina, se difundió una oleada de sentimientos muy diversos entre la población. Agobio frente a la saturación de acontecimientos, ansiedad frente al encierro, frustración ante la impotencia y perplejidad ante lo desconocido. En algunos casos, como en Argentina, la respuesta gubernamental fue rápida y relativamente bien coordinada. En otros casos, como en México, hubo mucha negligencia inicial. Y, aunque Sebastián Piñera en Chile, Lenin Moreno en Ecuador o Iván Duque en Colombia se esforzaron bastante para llevarse la palma del presidente más necio ante la emergencia sanitaria, obviamente nadie ha logrado superar a Jair Bolsonaro. Sus irresponsables posiciones y desastrosas apariciones públicas dejaron a la mayoría de los brasileños con la sensación de navegar en un barco a la deriva, sumándose a la crisis sanitaria una fuerte crisis política.

El miedo al virus (y, en muchos casos, principalmente a sus consecuencias) ha sido una postura muy explayada, pero todavía peor ha sido el negacionismo de aquellos que siempre minimizaron la importancia de la pandemia. Con argumentos como “la letalidad no

es tan alta”, “mata más la gripe” o “ya hemos tenido epidemias y pandemias peores en la historia”, Bolsonaro y su séquito buscaron, una vez más (tal como ya lo hicieron antes con el Holocausto o el cambio climático), generar controversias ante hechos empírica e históricamente verificables sobre los cuales existe un amplio consenso. Sea por egoísmo, por convicciones religiosas, por estrategia política o por perturbaciones psíquicas de algún tipo, ponen continuamente en riesgo la vida de contingentes enormes de población, especialmente los más vulnerables.

A pesar de esta dramática situación causada por una posición inhumana frente a la pandemia, las medidas de aislamiento físico y las duras políticas de restricción a la movilidad, aunque necesarias para intentar contener la expansión del contagio, traen consecuencias que necesitan mayor discusión. Ello debe hacerse no por los motivos expuestos por la extrema derecha, sino por el hecho de que puede poner en jaque nuestras libertades y la democracia, fortaleciendo el autoritarismo social y político ya tan diseminado.

El Estado interventor ha sido reivindicado durante la pandemia hasta por los neoliberales, pero con él también vienen los militares en las calles, los estados de emergencia en los que todo se suspende y la instalación de una lógica bélica no solo contra el virus, sino también contra algunos sectores de la sociedad. Medidas de concentración de poder adoptadas para combatir el Covid-19 pueden incluso ser necesarias para posibilitar el atendimento público de la salud y la “protección” de la población. Sin embargo, hay una frontera muy tenue entre eso y las derivas autoritarias. Asimismo, es importante recordar que si el confinamiento masivo aparece hoy como prácticamente la única alternativa, esto se debe, en gran medida, a la política de privatización de las últimas décadas. El neoliberalismo destrozó tanto la salud pública que, en situaciones como esta, no tenemos la capacidad de poder contar (ni siquiera en los países europeos que antes estaban orgullosos de ello) con una respuesta pública a la altura.

Aunque no siempre es posible, la cuarentena es necesaria. Sin embargo, algunas políticas de excepción que empezamos a ver en varios países son insostenibles. Sabemos, además, que no empezaron con el coronavirus y, en algunos casos, podrán no desaparecer cuando la pandemia haya pasado. Ya estaban ahí, militarizando los territorios y las vidas, bien como contribuyendo a crear nuevos enemigos, internos y externos. Vivimos la biopolítica en estado puro, con una aceptación histórica de la población. Antes, vigilaban y punían. Ahora, vigilan, punen y aplaudimos, encerrados en nuestras casas. Pero no nos engañemos. Por un lado, la vigilancia permanente –de las formas más clásicas a los rastreos digitales y drones–, el control y el manejo de *big data*, los nuevos dispositivos de reconocimiento facial y otras formas sofisticadas de control social no se están profundizando solo para combatir a un virus. Por otro, las resistencias a eso vendrán siempre de aquellos a los cuales la vida siempre pende de un frágil hilo.

Es necesario neutralizar a los negacionistas y a los oportunistas, pero también debemos reconocer que hay una dimensión trágica en el confinamiento: es necesario en términos sanitarios, pero socialmente desigual y políticamente peligroso. Eso ocurre porque no podemos aislar la excepcionalidad de las medidas asociadas a la pandemia de la estructura social de nuestras sociedades y de la conturbada coyuntura política que vivimos en nuestra región y en el mundo. Pensemos, por ejemplo, en las consecuencias de un posible cierre total de fronteras y en los usos y abusos del estado de sitio para otros fines. Eso no es un tema menor en el actual escenario de confrontación política, desde el Chile insurgente y rebelde hasta una Bolivia golpeada o una Venezuela ya tan apremiada de agitaciones e inestabilidades. Además, estamos viviendo solo el inicio de las consecuencias de una crisis que no se limitan al ámbito sanitario y debe ser entendida y enfrentada como una emergencia política y ecosocial.

Aprendizajes políticos y resistencias sociales en tiempos de coronavirus

Este retrato sombrío de la política en tiempos de pandemia contrasta, sin embargo, con un escenario de aprendizajes políticos que la actual situación contribuye a visibilizar.

El primero de ellos es la importancia de la lucha contra el antropocentrismo. Si la propia emergencia del coronavirus es resultado de nuestros desequilibrios ecosistémicos, la desaceleración de la economía y poco más de una semana de restricciones de coches y vuelos han servido para que la mayoría de las capitales del mundo hayan visto sus estratosféricas tasas de contaminación bajar hasta la mitad, mientras vemos insólitas imágenes de animales circulando por calles vacías. Eso nos recuerda que sin lucha contra el cambio climático, por alternativas al desarrollo y por la justicia ambiental no habrá planeta ni vida que se sostenga en el futuro próximo.

Otro aprendizaje societario de la política en tiempos de coronavirus es la centralidad de los cuidados para mantener la vida y su reparto absolutamente desigual. Las feministas llevan tiempo insistiendo en ello y ahora el confinamiento de medio mundo en sus casas, con niños sin colegio y la familia al completo bajo el mismo techo, lo vuelve todavía más explícito. Casi escandaloso. Para que las tareas del cuidado no sigan recayendo casi exclusivamente en los cuerpos de las mujeres, la cuarentena debería ser vista como una oportunidad de inflexión para que los hombres puedan involucrarse activamente en un cambio radical de escenario, transformando la organización del trabajo en casa y fuera de ella. A los hombres, el mensaje es claro: no basta con empezar ahora y luego, tras el fin de la cuarentena, decir “no tengo tiempo”. Es probable que así sea, de hecho, en general, pero no lo deberíamos aceptar en cualquier varón que se defina como “progresista”. Debemos emprender un camino sin vuelta atrás en la agenda de los cuidados. Solo así se podrán

construir, en términos prácticos, sociedades más igualitarias y alternativas antipatriarcales.

Un tercer eje de aprendizaje tiene que ver con la defensa y reconstrucción de lo público. Tras décadas de desmantelamiento de los servicios públicos por el neoliberalismo, la lucha contra el coronavirus ha visibilizado la importancia de la salud pública, gratuita y universal, así como la centralidad de la financiación pública para investigaciones socialmente relevantes. El momento también es crítico: o defendemos y reconstruimos la salud pública (y los servicios públicos en general), en un momento donde queda muy clara para toda la sociedad su importancia, o no habrá tampoco vuelta atrás. Se trata de anteponer el bienestar general de las personas frente a las reacciones del mercado y los operadores políticos de la mercantilización. Y, en última instancia, de poner aquí sí la vida ante la economía y el capitalismo, algo que excepcionalmente encuentra eco en este momento, aunque de manera cínica, porque a los Estados realmente no les importa la vida de toda su población: hay vidas que valen más que otras, unas que importan y otros cuerpos que son desechables.

Más allá de la defensa de lo público, la crisis contemporánea también está poniendo en cuestión la importancia de la colectividad y la vida comunitaria. Paradójicamente, en un momento donde el aislamiento tiene un carácter eminentemente individual, varias iniciativas sociales pasan a valorizar más la vida en común. Nos sentimos más solos y estamos más vulnerables, pero también se ha potenciado la empatía, la solidaridad y una serie de redes de apoyo mutuo. Jóvenes que se disponibilizan a hacer la compra de alimentos o medicamentos para población de riesgo que no puede salir de casa; familias que se disponen a cuidar de niños de otras familias que tienen que seguir trabajando; iniciativas que promueven intercambios y trueques en momentos de cierre de los comercios y de necesidades económicas apremiantes; colectivos que ofrecen ayuda psicológica y/o laboral para los que ya están sufriendo de manera más directa las consecuencias de la crisis. El fortalecimiento de los lazos sociales y de los vínculos comunitarios, por lo tanto, es otra de las potencialidades de

resistencia en tiempos de coronavirus. En algunos casos, ello parte de iniciativas, mientras en otros son dinamizadas por movimientos sociales y redes preexistentes que se activaron para construir barrio y territorio.

Asimismo, otro aprendizaje que sale a flote con la pandemia está relacionado a la alimentación. Durante un tiempo, ir a hacer la compra fue uno de los pocos motivos por los cuales muchos salieron de casa. En varios lugares del mundo se llegó, en algún momento, incluso a temer por la posibilidad (real o imaginaria) de desabastecimiento de productos básicos. Los medios de comunicación reproducían imágenes de colas en los supermercados ante la alarma social y las compras compulsivas. Pero lo que realmente está en juego es el derecho a la alimentación. Hace décadas que los movimientos campesinos y redes alimentarias llaman la atención por un modelo insostenible de alimentación concentrado en grandes superficies de distribución, reivindicando como alternativa la seguridad y la soberanía alimentaria. La pandemia implicó, en este sentido, una oportunidad de reflexión para pensar sobre qué y cómo se produce, se consume y se distribuye. La disyuntiva es clara: o apostamos todas las fichas en un cambio de nuestros hábitos, pero también del sistema alimentario como un todo (con cadenas relocalizadas y productos sostenibles y ecológicos, por encima de las exigencias de las grandes empresas y del mercado) o estaremos abocados a una profundización de la catástrofe alimentaria.

Durante la emergencia provocada por la crisis sanitaria, la resistencia social no se ha restringido, como se pensaba inicialmente, a cacerolazos en los balcones y ventanas. Estuvo presente en las calles de algunos países, con protestas convocadas por personas y colectividades que marcharon en el espacio público porque no se sienten seguros en sus casas y depositan pocas o ninguna esperanza en los gobiernos y en sus respuestas a la pandemia. Estuvo también, desde sus primeros momentos, arraigada en iniciativas sociales diversas que vislumbran las emergencias sociales de una transición necesaria. Sin ellas y el fortalecimiento de redes ciudadanas, vecinales y los

movimientos que las sostienen (principalmente ecologista, feminista, juvenil, comunitario y campesino-indígena) nuestro horizonte de futuro se verá todavía más restringido.

Movimientos sociales como servicios esenciales

Lesley Wood

En un mundo injusto amenazado por la pandemia, los movimientos sociales son servicios esenciales. Pero la cuestión de cómo transformar un sistema bajo presión es delicada. La escala de la necesidad, la pobreza, la falta de vivienda, las personas con compromiso del sistema inmunitario, los niños y los adultos mayores nos empujan hacia el Estado. Al igual que los movimientos sociales en los últimos cientos de años, los movimientos demandan más beneficios, más espacio y más recursos. Paradójicamente, dichas demandas pueden fortalecer un sistema que provocó desigualdades raciales y de clase, entre otras. Sin nuestro repertorio habitual, ¿cómo podemos garantizar que se incluya a los más vulnerables, al mismo tiempo que continuamos esforzándonos para cultivar las semillas de un mundo más justo y fructífero?

Hace solo un mes, una serie de protestas visibles y efervescentes colmaron las calles y las noticias. En Canadá, las comunidades indígenas y grupos aliados bloquearon carreteras y ferrocarriles en apoyo a los jefes hereditarios de “Wet’suwet’en”, reafirmaron su soberanía y cuestionaron la legalidad de un gasoducto que pretende

atravesar sus territorios. Se puso en tela de juicio la legitimidad del Estado colonial y su economía extractivista. Estos movimientos se concentraron en el lugar y reafirmaron la conexión con la tierra, lo que demostró que conciben una sociedad que existe más allá del Estado. A nivel internacional, los manifestantes a favor de la democracia en Hong Kong, Chile y Turquía llenaron las calles, iniciaron una huelga y se enfrentaron con la policía. En India, las mujeres se tomaron de las manos en protestas generalizadas que desafiaron las leyes de ciudadanía que presentó la derecha para atacar y excluir a los musulmanes.

Cuando se difundió la noticia del virus, los activistas se enfrentaron a una pregunta difícil. ¿Deberíamos cancelar nuestros planes? Si lo hiciéramos, ¿estaríamos abandonando la lucha? Pero esos veteranos, en especial aquellos que trabajan con las poblaciones sin hogar, indocumentadas, en prisión con compromiso del sistema inmunitario, argumentaron que la solidaridad social requiere tanto de distanciamiento físico como de ayuda mutua. Cambiamos. En una reunión para planificar una conferencia del movimiento abolicionista de la prisión, algunos activistas antirracistas explicaron que no era ético que los movimientos que luchan por cambiar el mundo les pidieran a las personas que viajaran y se reunieran físicamente en este momento. Probablemente, hacerlo perjudicaría a las comunidades indígenas y negras, en particular a los prisioneros o las personas recién liberadas. Entonces, nos alejamos de las calles y nos unimos, y sostuvimos que los más vulnerables debían estar en el centro. Las cancelaciones no tardaron en llegar. Los gobiernos locales, provinciales y federales, bajo el liderazgo de la Organización Mundial de la Salud, anunciaron cierres, cancelaciones y confinamientos.

Movimientos de la era Covid-19: cuatro modelos

Menos de un mes después, las calles están vacías, no podemos tener reuniones físicas, pero la organización de los movimientos

sociales continúa de cuatro maneras. La organización defiende las necesidades de los trabajadores, exige que el Estado asista a los más marginados, desmantela la explotación y brinda apoyo directo a las comunidades vulnerables. Cada modelo posee contradicciones en su interior: opciones que pueden reforzar las desigualdades o construir otro mundo sobre el caparazón del anterior. Sabemos que la forma en que nos organicemos ahora será importante en el futuro. El trabajo de este movimiento en la era de la Covid-19 varía según la ubicación y la historia, y depende del apoyo de los movimientos, las organizaciones y las redes preexistentes. Usaré ejemplos de Toronto.

Trabajadores esenciales

El primer modelo es liderado por los trabajadores considerados esenciales. En Toronto, tanto los sindicatos formales como los movimientos de trabajadores en empleo informal exigen un mayor acceso a los equipos de protección personal. Entre ellos se encuentran trabajadores de la salud y de supermercados, conductores de camiones y socorristas. La importancia de estos trabajadores para el funcionamiento de la sociedad nunca ha sido más evidente. Algunos han aprovechado este momento para ejercitar su poder, por ejemplo, al manifestarse en contra de la suspensión de trabajo. El 2 de abril, los trabajadores del Canadian Union of Public Employees [Sindicato Canadiense de Empleados Públicos] usaron calcomanías “para protestar contra una decisión del gobierno de brindar a las enfermeras registradas un nivel de protección diferente al de otras profesiones, como terapeutas respiratorios, trabajadores de asistencia personal y enfermeras prácticas licenciadas”. Es probable que estos esfuerzos tengan éxito, a pesar del deseo de los poderosos de mantener el control y la legitimidad. Es posible observar un amplio apoyo público a estos trabajadores: las personas golpean ollas cada noche, cosen mascarillas con habilidad y colocan en las ventanas letreros de apoyo a los carteros.

Los trabajadores también han luchado contra los despidos y a favor de las indemnizaciones y la asistencia financiera. Más de 2 millones de canadienses solicitaron un seguro de desempleo en las últimas dos semanas de marzo debido al cierre de empresas. El gobierno ha implementado el Beneficio de Respuesta ante Emergencias de Canadá (CERB) que respalda a algunos trabajadores contratados e independientes que se han visto afectados, y les ofrece CAD 2.000 al mes durante cuatro meses. Aunque estos programas tienen la intención de mantener el funcionamiento de una economía explotadora, son victorias importantes que reflejan los esfuerzos de muchos años de los movimientos para expandir el reconocimiento y el valor de los trabajadores, e incluyen a jornaleros y otros trabajadores precarios. Se basan en las luchas por defender al sector público, destruido por años de austeridad neoliberal. El reconocimiento y los recursos otorgados a estos sectores en este momento están muy atrasados. Las desigualdades todavía existen, y estos programas y financiaciones pueden abandonar aún más a quienes viven marginados. Algunos están excluidos de estos beneficios: quienes ya no tenían trabajo, los trabajadores migrantes, los estudiantes que deben trabajar o aquellos que carecen de estatus. La lucha continúa.

Defender a los más vulnerables

Asegurar que las personas más vulnerables no sean abandonadas es el segundo modelo de la actividad de los movimientos. En este grupo se encuentran los prisioneros, las personas en centros de atención a largo plazo, las personas sin estatus, las personas que reciben asistencia social y las personas sin hogar. En Toronto, los activistas veteranos que han luchado contra la pobreza y trabajado durante años para exigir viviendas más asequibles y mejores, camas para los refugios y apoyo para las personas sin hogar, en el contexto del temor público generalizado, han logrado que la ciudad proporcione camas en centros comunitarios y hoteles. Trabajan para llevar más

dinero a los pobres y brindan asistencia de emergencia para quienes reciben asistencia social. Estos movimientos se organizan en línea e impulsan campañas telefónicas y de correo electrónico que marcan la diferencia en la vida de las personas.

La justicia para inmigrantes y los activistas de la salud han logrado presionar al sistema de atención médica de Ontario, de modo que los hospitales ahora atenderán de manera gratuita a las personas sin estatus que padezcan cualquier emergencia médica. Este cambio se ha extendido a otras provincias. La Red de Derechos de los Migrantes ha logrado obtener cierto apoyo financiero para algunos trabajadores con un estado migratorio temporal que se haya visto afectado por el cese de actividades. A raíz de una huelga de hambre que realizaron inmigrantes detenidos en el centro de detención en Laval, los movimientos No One Is Illegal, End Immigrant Detention Network, Solidarity Across Borders y la Red de Derechos de los Migrantes han seguido presionando para poner fin a la detención de inmigrantes. De hecho, están teniendo éxito al socavar el argumento de que estas personas deben ser detenidas, ya que muchas han sido liberadas en las últimas semanas.

En vista de los temores a la Covid-19, los activistas de la justicia penitenciaria, como Prison Justice Society y la coalición “Contain COVID Not People”, han reiterado las demandas para mejorar las condiciones y liberar presos. Han logrado presionar a las compañías telefónicas para que dejen de cobrar tarifas exorbitantes a los prisioneros y, en las últimas semanas, sumaron aliados más importantes, como la Asociación de Abogados de Ontario, y lograron que el sistema penitenciario libere a muchos prisioneros no violentos.

Disrupción de la explotación

El tercer modelo de organización de los movimientos sociales desbarata la explotación. Los precios de la vivienda en Toronto son algunos de los más altos del mundo y hay un movimiento activo por los

derechos de los inquilinos que logró reunir firmas de muchas organizaciones y conseguir una moratoria para los desalojos actuales, y luego organizó una huelga de alquileres. La táctica plantea preguntas fundamentales sobre el derecho a la vivienda y se convirtió en noticia de primera plana. El vocero de un grupo que defiende a los propietarios señaló lo siguiente: “Existe el concepto de que nadie debería preocuparse por pagar el alquiler. La situación es caótica”. Si bien no está claro cuántas personas se negaron a pagar el alquiler, está tomando fuerza y se está difundiendo la *idea* de desafiar esas relaciones de explotación. De este modo, la lucha contra la explotación relacionada con el acceso a la vivienda perdurará en el tiempo.

Ayuda mutua, acción directa y asistencia inmediata

El último modelo con el que los activistas han estado operando es la acción directa y la ayuda mutua para apoyar a los más vulnerables con alimentos, atención y suministros. Los movimientos horizontalistas, a veces llamados *caremongering* (tendencia que se opone al *fearmongering*), coordinan dichos esfuerzos desde hace mucho tiempo. Sabemos que los activistas se volvieron esenciales en los esfuerzos de asistencia durante los huracanes Katrina y Sandy. Sin embargo, la efectividad de tales iniciativas atrae a quienes lo entienden como una organización benéfica para los necesitados, en lugar de ser parte de un esfuerzo a largo plazo para construir una sociedad más justa. Ayudar a los vecinos es algo maravilloso. Pero cuando un vecindario es homogéneo y tiene buenos recursos, y otro no, esa caridad puede simplemente reforzar las desigualdades a largo plazo mediante el acaparamiento de oportunidades. Estas tensiones pueden generar consecuencias. Eso fue lo que sucedió cuando el grupo de Facebook “Toronto Caremongering”, iniciado por activistas por la justicia social (centrados en un fuerte análisis antirracista y anticapitalista), sumó 15.000 seguidores.

El 18 de marzo, Ghee Chopra, administrador del sitio, publicó lo siguiente:

CAREMONGERING NO SE

TRATA DE “CANADIENSES AGRADABLES” AYUDÁNDOSE UNOS A OTROS.

CAREMONGERING CONSISTE EN

COMBATIR LA INJUSTICIA Y TRABAJAR CON AMOR PARA NUESTRO PUEBLO.

CAREMONGERING ES

SOLIDARIDAD CON LA SEMANA DE PROTESTA EN LÍNEA DE WET’SUWET’EN <https://www.instagram.com/p/B9xe1HYFz7w/...>

CAREMONGERING ES

EXIGIR JUSTICIA PARA LAS MUJERES INDÍGENAS, NIÑAS, TRANS Y PERSONAS DE DOS ESPÍRITUS DESAPARECIDAS Y ASESINADAS.

CAREMONGERING ES

CONSTRUIR ALTERNATIVAS AL CAPITALISMO.

CAREMONGERING ES

RECONOCER EN QUÉ FALLA EL ESTADO Y SUPLIRLO.

CAREMONGERING ES

RECONOCER QUE EL SISTEMA NO ESTÁ SOLO ROTO, SINO QUE HA SIDO CREADO DE ESTA MANERA.

CAREMONGERING ES

LUCHAR POR CAMBIOS ESTRUCTURALES, NO SOLUCIONES TEMPORALES.

CAREMONGERING CONSISTE EN

SER SOLIDARIOS CON LAS PERSONAS MARGINADAS, NO CON LAS ACAPARADORAS DE RIQUEZA.

CAREMONGERING ES

CONSTRUIR PODER LOCAL PARA LUCHAR POR UN PLANETA DONDE TODOS PODAMOS VIVIR.

CAREMONGERING ES

SABER QUE NUESTRAS LUCHAS ESTÁN INTERCONECTADAS.

CAREMONGERING CONSISTE EN

PRIORIZAR A LAS PERSONAS, NO A LAS GANANCIAS.

CAREMONGERING ES

PARTE DE UN LÍNEA DE REDES DE ASISTENCIA CONSTRUIDAS POR PERSONAS INDÍGENAS, NEGRAS, DE COLOR, ENFERMAS, DISCAPACITADAS, QUEER Y TRANS, ASÍ COMO POR LAS COMUNIDADES ABANDONADAS Y OPRIMIDAS POR EL ESTADO CANADIENSE.

En general, evito leer declaraciones en “mayúsculas”, pero me uní a cientos de otros y le di “me gusta” a esta potente poesía. Los proyectos de ayuda mutua se han multiplicado en esta época: en algunos, pero no en todos, los activistas están trabajando para garantizar que estos esfuerzos no construyan relaciones que profundicen la marginalidad y explotación.

Movimientos sociales durante la pandemia y después de ella

Sabemos que los movimientos sociales tienen más probabilidades de surgir y triunfar en momentos particulares, cuando los regímenes están más abiertos a los opositores. Las pandemias, como la inestabilidad económica, la guerra o los disturbios sociales crean esos momentos porque quienes ostentan el poder tienen incertidumbre, por lo que están expuestos a la presión de actores externos, incluidos los

movimientos sociales que apuntan a relaciones sociales más justas, pero también de aquellos que buscan cerrar fronteras, excluir, criminalizar y arrestar.

Esas voces de enfoques descendentes parecen atractivas para muchos cuando el número de enfermos y muertos continúa aumentando. Pero tales órdenes de emergencia inevitablemente se usarán con mayor frecuencia contra aquellos que las fuerzas del orden público consideran de riesgo: personas de color y jóvenes. Condenarán a quienes no tienen un refugio seguro, identificación ni recursos: personas indocumentadas o sin hogar, enfermos, ancianos, vulnerables.

Pero en una pandemia, no se debería dejar a nadie de lado. Los movimientos sociales transformadores y antiautoritarios tienen un rol esencial en el desarrollo de la confianza, ya que incluyen a los más vulnerables, multiplican las formas de relacionarnos y nos vuelven menos dependientes del poder centralizado que tiene una tendencia histórica a abandonar y explotar. Como señala mi colega Cary Wu, “Las crisis de salud pública enfatizan la confianza pública en al menos cuatro formas. Confianza en los conciudadanos, confianza en los políticos, confianza en la atención médica y confianza en quienes consideramos personas desconocidas”. Los movimientos sociales antiautoritarios pueden ayudar a generar confianza. Debido a la manera en que los movimientos redistribuyen y reorganizan los recursos, y crean los espacios y las relaciones que necesitamos, podemos desafiar el esquema dominante y descendente de organizar la vida social.

Cuando las personas sienten rabia, miedo y ansiedad, buscan aquello en lo que pueden confiar. Si los movimientos sociales antiautoritarios desaparecen, adquiere poder el enfoque estatal con respecto al orden social, lo que genera consecuencias peligrosas para crear relaciones sociales justas a corto y largo plazo. Como advierte James C. Scott, el orden social no es “generado por profesionales como policías, vigilantes nocturnos y funcionarios públicos”. Nos recuerda que tales lógicas estatales nos alientan a confiar en la autoridad, las lógicas de control y la criminalización que se imponen de manera

descendente. Y no funcionan. En cambio, al trabajar a largo plazo, los movimientos sociales demuestran cómo la sociedad puede funcionar mejor para la gente común, a través de la construcción de relaciones entre las personas.

En el mejor de los casos, los movimientos sociales desempeñan este papel esencial, ya que construyen relaciones voluntarias y de confianza entre ellos, presionan al Estado para que distribuya sus recursos a los más vulnerables, para que podamos prosperar juntos. Los movimientos sociales salvan vidas, ahora y en el futuro. Como nos recuerda Chris Dixon, debemos trabajar dentro del sistema existente, contra él y más allá de él para garantizar que, cuando cese la pandemia, todos podamos prosperar.

Traducción de María Paula Vasile

#Clapforcarers*: la solidaridad de base frente al coronavirus

Paolo Gerbaudo

La crisis de coronavirus es una crisis sistémica que parece afectar todos los aspectos de nuestras vidas y oscila de un campo social a otro, lo que causa daños generalizados en el proceso. Mientras el conteo de muertes va en aumento en la mayoría de los países del mundo y la magnitud de la tragedia se hace evidente, algunos ya se enfocan en las devastadoras consecuencias económicas y, como consecuencia de la crisis financiera, predicen una caída del 20% en el PBI y más del 20% de desempleo.

Pero las implicaciones van más allá. El estrés extremo que experimentan los trabajadores de primera línea, como los cuidadores, y el aislamiento social a largo plazo de la población, también tendrán un alto costo psicológico. Lo último que necesitan los países afectados en este momento es un colapso mental colectivo. En cambio, lo que requieren con desesperación es una muestra colectiva de solidaridad, así como encontrar formas de apoyar a los más expuestos a la emergencia actual.

* N. d. T.: Aplauso para los trabajadores de la salud.

Durante el confinamiento en Wuhan, diferentes investigadores ya habían destacado cómo el encierro generó “un grave impacto psicológico social” para los afectados. Del mismo modo, existe una profunda preocupación en los países europeos afectados por esta crisis, especialmente en Italia, descrita como “zona cero del coronavirus”, con respecto a las consecuencias psicológicas que este largo período de confinamiento puede tener en la población. La batalla que se libra en los hospitales y las unidades de cuidados intensivos debe incluir una guerra psicológica de base. Tras el momento más duro de la pandemia, será un gran desafío mantener alta la moral, especialmente entre los médicos y las enfermeras.

La solidaridad social es fundamental para ganar esta batalla y evitar que los trabajadores de primera línea y los ciudadanos padezcan el impacto. Esto significa, ante todo, que los gobiernos necesitan compensar de inmediato los errores del pasado y proporcionarles a los cuidadores equipos de protección y una remuneración adecuada, además de implementar medidas para proteger a las categorías que no están cubiertas por las medidas de emergencia, lo que incluye a inquilinos, trabajadores autónomos y personas con contratos de cero horas. Pero la ciudadanía también debe desempeñar un rol importante.

En momentos tan difíciles, las personas siempre hallan nuevas formas de contribuir para detener la epidemia: desde donaciones a hospitales hasta “fabricantes” que producen equipos médicos muy solicitados que no pueden obtenerse en el mercado global, compañías que donan algunos de sus equipos de protección y voluntarios que ayudan a los adultos mayores.

En los aterradores y deprimentes días de pandemia, para muchos ha sido reconfortante ver todo tipo de manifestaciones de solidaridad colectiva. Primero en Italia y luego en España y Francia, los ciudadanos organizaron *flash mobs* para cantar el himno nacional y canciones populares desde sus balcones, así como para aplaudir a los trabajadores de primera línea más afectados.

También se llevó a cabo un *flash mob* de aplausos públicos en el Reino Unido. El *hashtag* #Clapforcarers, que se popularizó en Twitter a partir del 26 de marzo, invitó a los ciudadanos a participar “en un aplauso nacional para agradecer a los trabajadores del NHS por todo lo que están haciendo”. El objetivo era celebrar a los héroes anónimos que más se exponen en esta crisis (médicos, enfermeras, paramédicos) y que enfrentan el aumento de pacientes con coronavirus, así como un alto riesgo de contagiarse, también debido a la escasez de equipos de protección adecuados y al modo desastroso en que el gobierno maneja esta crisis.

Desde el lanzamiento de esta iniciativa, muchos izquierdistas han criticado la iniciativa #Clapforcarers con el argumento de que una de las convocatorias iniciales a hacer el *flash mob* provino de la radio LBC de Londres, que posee un orgulloso historial de respaldar las opiniones fiscalmente conservadoras que han contribuido a la falta de financiación del NHS. Además, una de las primeras personas en sumarse a la iniciativa fue Matt Hancock, secretario de Estado para la Salud y la Asistencia Social, a quien junto con Boris Johnson culpan por el estado lamentable del NHS y el mal manejo de la crisis de coronavirus. La sospecha es que estas y otras iniciativas de movilización de base sonarán tan vacías como la promesa de David Cameron “estamos juntos en esto”.

Al contrario de lo que ocurre en otros países como Italia y España, donde los *flash mobs* en los balcones surgieron espontáneamente sin el respaldo del gobierno, en el Reino Unido la campaña #Clapforcarers parece ser una campaña de *astrourfing*. Boris Johnson ha recibido fuertes críticas por la manera confusa en la que abordó la emergencia y por los drásticos cambios de posición que ha tenido el gobierno, ya que comenzó con una evidente estrategia de “inmunidad colectiva” y luego impuso un confinamiento similar al italiano. Por lo tanto, necesitó desesperadamente una demostración de solidaridad colectiva frente a esta emergencia para volver a enfocar la atención de los ciudadanos con la esperanza de aumentar las

valoraciones positivas, como sucedió con otros gobiernos de Europa en respuesta a la grave emergencia social y sanitaria.

Independientemente de la maniobra política detrás de los *flash mobs* colectivos durante la pandemia de coronavirus, estos rituales públicos ponen de relieve que la población anhela un cierto sentido de solidaridad en medio de la crisis. Deben enfrentarse importantes desafíos psicológicos como resultado del continuo aluvión de noticias trágicas sobre la propagación de la epidemia, la experiencia directa de la muerte de familiares y amigos, el miedo por la propia salud que es particularmente alarmante para las personas mayores e inmunodeprimidas, y de las medidas de aislamiento y distanciamiento social prolongadas. Al participar en rituales públicos, como cantar con los vecinos, en clases públicas de actividad física o en binos desde las ventanas y los balcones como se ve en Italia y España, los ciudadanos intentan recuperar un sentido de “normalidad” en medio del estado actual de emergencia.

Algunos especulan que uno de los aspectos positivos de esta crisis puede ser una mayor cohesión social a largo plazo. A medida que las personas se vuelvan más conscientes de que nuestra seguridad depende del Estado y su sistema de salud, y conozcan mejor a sus vecinos, se darán cuenta de que, contrario a lo que planteaba Margaret Thatcher, la sociedad sí existe. Este renacimiento de un espíritu colectivo se asemeja al que surgió después de calamidades anteriores, como la Segunda Guerra Mundial.

Este es un pequeño consuelo frente a las escenas catastróficas que se ven en nuestros hospitales y a las condiciones vergonzosas en las que nuestros trabajadores de salud tienen que operar y que ponen sus vidas en peligro. La unión de la población en actos de solidaridad de todo tipo –donaciones, voluntariado y contribuciones, incluidos los aplausos públicos para los trabajadores de la salud–, no debe ser una herramienta que los políticos usen como excusa para distraer al público de su responsabilidad por el grave estado del NHS y la falta de preparación para esta crisis.

Ojalá la tragedia que ahora comienza a manifestarse en un espeluznante recuento de cadáveres en todas las regiones del mundo se convierta en una oportunidad para que los ciudadanos entiendan que esta crisis es profunda debido a la crisis preexistente en nuestra solidaridad colectiva. La única manera de evitar que esto se repita en el futuro frente a nuevas pandemias y a los efectos desastrosos del cambio climático es recuperar el sentido de solidaridad colectiva y tomar conciencia de que cuando se trata de problemas sociales realmente estamos juntos en la lucha y que todos perderemos si no financiamos adecuadamente los servicios públicos.

Traducción de María Paula Vasile

Movimientos sociales y solidaridades (transnacionales) en tiempos de coronavirus

Sabrina Zajak

La pandemia de Covid-19 está cambiando los movimientos sociales en todo el mundo. El estado actual de emergencia, el aislamiento social y la prohibición de las reuniones son solo el comienzo. La pandemia está generando grandes costos sociales, políticos y económicos a través del aumento del desempleo y de la pobreza, y la profundización de la desigualdad, el racismo y la marginación de los más débiles.

Ante esta situación, los movimientos sociales se necesitan con urgencia. En este momento, muchos activistas comunitarios, ciudadanos comprometidos y voluntarios de la sociedad civil contribuyen enormemente a contener la propagación del virus al suspender las manifestaciones públicas, apoyar los estándares de protección de la salud y brindar trabajo solidario. Sin embargo, la crisis actual también está imponiendo importantes restricciones a los movimientos sociales, que intentan encontrar nuevas formas de compensar la falta de acciones colectivas en los espacios públicos y sentar las bases para una futura movilización que enfrente la crisis poscoronavirus. Este artículo analiza algunas de las nuevas prácticas e innovaciones,

y también los grandes desafíos, en particular cuando se trata de reconstruir la solidaridad a nivel transnacional.

Los movimientos sociales son muy creativos e innovadores a la hora de imaginar cómo las actividades digitales pueden compensar las dificultades de organizar acciones fuera de Internet. También vinculan estas actividades en línea con nuevas formas de protesta no digitales, por ejemplo, en tranvías, con carteles y pancartas en las casas y calles, etc. Si bien esto muestra el potencial innovador de los movimientos, la prevalencia a mediano y largo plazo de las normas de distanciamiento social sigue siendo un gran desafío para los activistas. Las protestas callejeras clásicas, como las sentadas y otras acciones colectivas en espacios públicos, siguen siendo un medio esencial para que los movimientos sociales logren visibilizarse e incidir. Fridays for Future, Unteilbar, Blockupy/Occupy, Alter Globalization Movement: los conocemos por su tamaño y la frecuencia de sus protestas callejeras. Los eventos de protesta son importantes porque se informan en los medios, y las inquietudes y los temas se discuten públicamente. Sin embargo, también son relevantes para politizar y empoderar a las personas, y “sumarlas” a acciones prefigurativas.

Los eventos de protesta internacional, como los organizados por Global Climate Strike o Global Women’s March, ayudan a desarrollar la solidaridad a nivel transnacional. Las acciones conjuntas permiten comprender que existen problemas similares en muchos países del mundo y que debemos actuar juntos para abordar las cuestiones principales. Los movimientos sociales mundiales abogan por la igualdad, la apertura y la aceptación, al mismo tiempo que reconocen las diferencias y particularidades nacionales, regionales o locales. Es necesario resistir contra la exclusión, la desigualdad, el racismo y la renacionalización, pero el margen de actuación es considerablemente limitado. Estas limitaciones no solo se deben a la prohibición de las reuniones. Existen varios desafíos adicionales. En primer lugar, los activistas en todas partes enfrentan una rápida disminución de los recursos. Deben lidiar con sus propias situaciones

difíciles, el aumento de la precariedad y la amenaza del desempleo, o incluso la lucha por su propia supervivencia.

En segundo lugar, el coronavirus domina los medios y la economía de la atención individual. Esto dificulta llamar la atención, por ejemplo, ante las violaciones de los derechos humanos y situaciones de emergencia extrema en campos de refugiados, como el de Moria en Lesbos, o ante la crisis humanitaria que resulta de la crisis de salud en muchos países, en particular en el Sur global. Lograr que se centre la atención en la situación de otros países es siempre una tarea difícil. Ahora es mucho más ardua. Este desafío es mayor que visitar otros países, por ejemplo, no es posible obtener ayuda y apoyo directos, ni intercambiar ideas en este momento. Sin embargo, la situación actual muestra que las diferencias entre el Norte y el Sur global se difuminan aún más al observar cómo los grupos pobres, marginados y vulnerables se ven particularmente afectados en muchos países.

En tercer lugar, si bien se habla mucho en público sobre la solidaridad, en muchos casos se trata de una solidaridad muy localizada. Estas estructuras de ayuda y solidaridad locales (lo que incluye desde la provisión de alimentos o artículos de higiene hasta ir de compras para los ancianos o enseñarles a los niños en línea) son cruciales para manejar la crisis y mejorar la vida de los necesitados. Pero esta reducción a largo plazo de las acciones solidarias no contribuye a contrarrestar los desequilibrios mundiales. Aquellos en situaciones privilegiadas en países del Norte, en particular en europeos, donde el estado de bienestar y los sistemas de salud relativamente bien equipados alivian las consecuencias de la pandemia, ahora tienen la responsabilidad particular de impulsar acciones solidarias a nivel transnacional y global para ayudar a los menos afortunados.

Esto no significa que quiera minimizar el gran trabajo que muchos movimientos y activistas están haciendo en este momento. Los movimientos operan con enorme creatividad en circunstancias críticas. Crean nuevos símbolos de solidaridad, acciones directas con distanciamiento social y nuevos espacios en línea donde las personas

intercambian ideas y generan conocimiento. Todos estos aportes pueden ser una fuente para reimaginar el futuro de manera alternativa, lo que puede llegar a ser necesario antes de lo que suponíamos. Fridays For Future, por ejemplo, organiza seminarios Web y ofrece formatos educativos sobre temas como el clima, la sociedad y la crisis bajo el lema *Unite Behind The Science*. En el día internacional de la lucha contra el racismo, una organización de apoyo a refugiados en Alemania utilizó el hashtag *#leavenoonebehind* para compartir símbolos de solidaridad con todas las víctimas del racismo.

Todas estas acciones son significativas más allá del acto inmediato de expresar solidaridad. Incluso si la crisis actual desencadena una concentración de poder, el silenciamiento de las críticas y el debilitamiento de los procesos democráticos, a mediano y largo plazo, debe establecerse un orden poscoronavirus que ponga fin al estado de emergencia inmediata.

La pandemia revela las debilidades de los sistemas actuales, por ejemplo, de los sistemas de salud, la economía global, las políticas sobre cambio climático, refugiados o igualdad de género, los desequilibrios entre los Estados, entre otros. El potencial creativo colectivo ascendente es necesario para crear nuevas ideas y procedimientos democráticos, así como el potencial movilizador para convertir este conocimiento en resultados prácticos que den forma a las sociedades venideras.

Traducción de María Paula Vasile

Romper con el narcisismo: emociones y activismo de base durante la pandemia

Tommaso Gravante y Alice Poma

La pandemia de la Covid-19 que está azotando el mundo, no es solamente un problema de salud pública. Las diferentes respuestas de los Estados frente a los centenares de miles de contagiados, muertos, personas en aislamiento, están poniendo en evidencia y amplificando de manera exponencial las consecuencias de un modelo social, cultural y económico que ha guiado las políticas públicas en las últimas décadas: el modelo neoliberal. Como todo sistema de dominación, es un modelo cultural además que económico, y se caracteriza por adherir a los principios del darwinismo social. Un modelo en el cual el dominio entre los seres vivientes y sobre la naturaleza, la jerarquía, el individualismo extremo, el egoísmo y el narcisismo, entre otras cosas, son el natural orden de las cosas. Son los valores egoísticos, no altruistas y biosféricos, los dominantes a los cuales es necesario aspirar para subir la cuesta social.

La cultural emocional del neoliberalismo: entre el miedo y el narcisismo

Como destaca Arlie Hochschild (1979), toda sociedad se caracteriza por una serie de normas o reglas estructurales de disciplina social, jurídica y económica, pero también por una serie de reglas del sentir necesarias para consolidar el mismo sistema. Así, el sistema neoliberal nos ha educado, y nos ha impuesto su propia cultura emocional que se caracteriza por reglas del sentir como, por ejemplo, expresar respeto y admiración hacia las personas de éxito económico, depreciar los estratos sociales más bajos, culpar a otros individuos por lo que no funciona, tener miedo a expresar nuestro descontento o vergüenza por compartir nuestro sentir. Estas reglas se manifiestan en nuestras prácticas cotidianas como la intolerancia hacia el otro, la negación de las problemáticas sociales como pobreza, desigualdad, violencia de género, racismo, y nuevas formas de autoritarismo neoliberal (Bruff y Tansel, 2019). El mensaje que se repite incesantemente es que vivimos en el mejor sistema posible.

El modelo cultural promovido por el sistema neoliberal, que se está mostrando claramente en esta pandemia de Covid-19, nos permite comprender la respuesta hegemónica inicial a esta crisis que se ha observado en muchos países, desde el Reino Unido y Estados Unidos, a Italia, España, Brasil o México¹: la negación y la voluntad de seguir cómo si no pasara nada.

Es evidente que la negación de la gravedad de la pandemia refleja una ideología donde el crecimiento económico vale más que la vida humana, y donde esta última se jerarquiza, convirtiendo en sacrificables a las personas mayores, porque no productivas, y las clases sociales inferiores. El análisis de la dimensión emocional hace evidente

¹ En México, a mediados de marzo de 2020, el presidente Manuel López Obrador seguía su gira por el país sin medidas de prevención, con declaraciones como “A nosotros las pandemias no nos van a hacer nada”. (*La Jornada*, 16 de marzo de 2020).

como el narcisismo, el egoísmo y el cinismo están en la base de esta respuesta. Además, hemos observado otras estrategias emocionales como la demonización del miedo a la enfermedad y la descalificación del cuidado y de la preocupación hacia los demás, por ejemplo, a través de las acusaciones de cobardía del presidente brasileño hacia quienes se quedan en casa y piden medidas para evitar el contagio. La cultura emocional neoliberal es tan profunda que seguramente muchas personas han sentido más miedo y ansiedad a perder privilegios que hasta este momento pensaban intocables o al menos seguros, que a perder su vida o la de sus seres queridos. Aquí también influye lo que los psicólogos llaman el mito de la invulnerabilidad, es decir, les toca a los demás, pero nunca me tocará a mí.

Una vez que la negación se convirtió en una narrativa políticamente incorrecta en muchos países donde empezaba a aumentar el número de contagiados y muertos, entonces se han puesto en evidencia otras reglas del sentir, si queremos, aún más perversas. Por ejemplo, ha surgido una nueva narrativa, observable en diferentes países, que canalizan la rabia y la culpa hacia otros individuos. Esta narrativa es necesaria para no admitir que el sistema neoliberal nos ha vuelto muy vulnerables, porque esto puede generar un shock moral en aquellas personas que se sienten amparadas por él, y que inevitablemente hubiera llevado a culpar a quienes este sistema lo están alimentando y promoviendo.

Los ejemplos en este caso son muchos: desde culpar a quién trajo el virus por haber viajado (que en el caso mexicano se alimenta por un resentimiento hacia las clases media y alta generado por la desigualdad social), y a quienes no siguen las reglas de “distanciamiento social” o de autoexclusión. A esto se añade el odio a comunidades que consideramos inferiores y culpables de esta pandemia; el desprecio a los más vulnerables que obligan a los que no lo son a parar sus actividades productivas; la admiración hacia los más hábiles por sacar beneficio de esta situación, etc. Estas reglas están a la base y legitiman

los ataques violentos a las comunidades asiáticas²; al control social y las delaciones operadas por vecinos para denunciar quién rompe la cuarentena en Europa; los ataques de comunidades a autobuses que trasladan residentes de casa de mayores para que no entren en su territorio³; el bloqueo de carreteras de vecinos que no quieren personas “ajenas” a su comunidad⁴; la demanda y aceptación de medidas autoritarias promovidas por los distintos gobiernos, los cuáles es muy probable que aprovechen esta crisis para realizar un giro de tuerca a las libertades individuales y colectivas.

¿Por qué el activismo de base es importante?

En este escenario orwelliano de autoritarismo, individualismo y desesperanza, los movimientos sociales siguen teniendo un papel fundamental en la construcción de alternativas sociales, siendo allí “donde surge la esperanza de un cambio, de otro mundo que todavía es posible y que hoy es aún más necesario que nunca”.⁵

Por un lado, se puede observar como a nivel nacional y transnacional los movimientos sociales han cancelado y suspendido sus actividades públicas y se han adaptado muy rápidamente a la nueva contingencia social que estamos viviendo. Un ejemplo es la organización de webinars, conferencias, asambleas y otras iniciativas en línea, así como de protestas digitales. Estas actividades, desde un punto de vista emocional, permiten a las y los participantes conectarse con personas en todo el mundo y sentirse unidas y unidos y más fuertes, en lugar de solos e impotentes. Por el otro lado, a nivel

² Aratani, L. (24 de marzo de 2020). Coughing while Asian': living in fear as racism feeds off coronavirus panic. *The Guardian*.

³ Fernández, J. J. (25 de marzo de 2020). A pedradas contra un convoy de ancianos en Cádiz. *El Periódico*.

⁴ Boffil, L. A., Villalpando, R., Montoya, J. R. y Le Duc, J. (29 de marzo de 2020). Se atrincheran 11 municipios por temor al coronavirus. *La Jornada*.

⁵ Ver el capítulo de Donatella Della Porta en este libro.

local, muchos grupos de base se están organizando para enfrentar los costes sociales de esta pandemia y hacer frente a las necesidades que las comunidades más desfavorecidas están viviendo. En este caso no estamos hablando de asociaciones de trabajadores sociales, ONG u otras entidades financiadas con fondos públicos y/o privados con el objetivo de solucionar las necesidades creadas por el sistema a través de apoyos del mismo sistema.

El activismo de base al cual nos referimos es promovido por los colectivos autónomos y auto-organizados que practican la acción directa no solo en los eventos de protesta sino también en la práctica cotidiana. En este caso, la acción directa está dirigida a generar mejoras de la condición humana dentro de una determinada comunidad oprimida, y capaz de desarrollar métodos de auto-organización para debilitar los vínculos de dependencia y las relaciones de chantaje entre el Estado y las comunidades como, por ejemplo, las comunidades de migrantes ilegales, los sin techo, las comunidades nómadas, los presos y las múltiples comunidades marginalizadas en las ciudades.

Los grupos que ya trabajaban en temas de salud y cuidado con comunidades marginadas están proponiendo guías de autocuidado y prevención frente a la Covid-19, apoyos a personas enfermas, muchas veces ilegales o en situación de vulnerabilidad, que no pueden ir al hospital o acudir a un médico para pedir medicamentos. En Milán, ciudad ubicada en la zona más afectada del contagio en Italia, la organización anarcosindicalista del sector de salud Unión Sindical Italiana (*USI Sanità*) ha abierto una ventanilla para los vecinos del barrio Torricelli donde, de manera gratuita, hacen prescripciones médicas, entregan medicinas, tienen consultorías médicas, psicológica y laboral. Estas prácticas se pueden observar también en otros países, como los Estados Unidos, donde diferentes colectivos están intentando garantizar el acceso a medicamentos, curas y ayudas de primer auxilio a aquellas personas marginales y marginalizadas por

el actual modelo social.⁶ Los sindicatos de base y autónomos, como la mencionada USI y la Confederación Nacional del Trabajo, han abierto ventanillas para apoyar a los trabajadores cuyos derechos están siendo pisoteados en esta crisis, y han apoyado huelgas en aquellos sectores no indispensables donde la producción no se había parado. Otra categoría importante que se puede observar en este contexto son los grupos que se ocupan de recolectar y distribuir comida y bienes de primera necesidad. Un ejemplo es, en Newcastle Upon Tyne (Reino Unido), el grupo del proyecto de comedor popular *The Magic Hat Café* que se ocupa de reutilizar los productos alimentarios descartados por las grandes superficies, y que ahora está distribuyendo bolsas de comida a las familias más necesitadas. Cada día solo este colectivo logra repartir 800 bolsas de comida a más de 200 familias de Newcastle. Otros grupos anarquistas en América Latina y Estados Unidos están redistribuyendo a la gente pobre comida que roban en las tiendas departamentales (práctica diferente a los asaltos a las tiendas por parte de grupo criminales para vender luego los productos en el mercado negro). En la Ciudad de México, empiezan a desarrollarse redes de apoyo mutuo, sobre todo dirigidas a la creación de bancos de alimentos para las personas más vulnerables, como la red *Ciudad de México Ayuda Mutua*.

Una tercera y amplia categoría, son los múltiples grupos que realizan activismo de base y que ya antes de la crisis estaban involucrados en temáticas locales y/o muy específicas como el apoyo a los migrantes, la lucha a los desalojos, la defensa de los derechos laborales, el antirracismo, el apoyo a las personas presas en las cárceles, entre otros. Estos grupos están reorganizando sus agendas en función de esta contingencia social. Algunos producen material informativo sobre la pandemia que explica cómo organizarse colectivamente para hacer frente a los problemas que se están generando

⁶ (20 de marzo de 2020). Autonomous groups are mobilizing mutual aid initiatives to combat the coronavirus. *It's Going Down*. Disponible en: <https://itsgoingdown.org/autonomous-groups-are-mobilizing-mutual-aid-initiatives-to-combat-the-coronavirus/>

y cómo crear grupos de afinidad (*coronavirus resource kit*). Este material es intercambiado por grupos de distintos países, traducido en diferentes idiomas de manera voluntaria y adaptado a las necesidades locales. Un ejemplo es la guía *Sobreviviendo al Virus: Una guía anarquista*, traducida de forma autogestionada hasta ahora en nueve idiomas. Otros colectivos, dada la pérdida de millones de puestos de trabajos, están demandando el bloqueo de las rentas, como el colectivo *Station 40* en San Francisco, entre los promotores de la huelga mundial de la renta del 1 de abril. Los grupos que gestionan medios de comunicación independientes están intentando generar noticias fuera de la manipulación de los canales oficiales dedicados a la actual crisis social y su deriva autoritaria, y organizando programas con micrófonos abiertos para intercambiar experiencias de primera mano. Un ejemplo es la asamblea pública radiofónica propuesta por *Radio Blackout* en Turín (Italia) con el programa *Rompi l'isolamento, parliamone insieme* (Quiebra el aislamiento, hablemos de eso juntos). Otros grupos están generando y reuniendo material para videos y audios de acceso abierto para niñas y niños. A esto se añaden las experiencias de grupos de compra para sustentar proyectos de agricultura autónoma y autogestionada como, por ejemplo, *Campi Aperti - Associazione per la Sovranità Alimentare*. Otros, como los espacios sociales ocupados en Italia, se están convirtiendo en nodos de apoyo mutuo de los barrios donde están ubicados, proporcionando ayuda a los más necesitados y a las personas más en riesgo con el virus como los adultos mayores y los inmunodeprimidos. Un ejemplo es el espacio social de Turín el CSOA Askatasuna, con el proyecto *Solidarietà di Quartiere* (solidaridad de barrio) que involucra a los vecinos en las acciones de mutuo apoyo.

Las respuestas que estas experiencias de activismo de base proponen frente a la crisis sanitaria, social y económica se sintetizan en dos lemas que circulan en estos grupos: *el cuidado colectivo es nuestra mejor arma en contra de la Covid-19* y *Solidaridad no caridad*. Estos lemas reflejan los valores que están detrás de estos colectivos, como el apoyo mutuo, la solidaridad autogestionada, el antiautoritarismo,

entre otros. El llamado de estos grupos es superar la impotencia que se siente frente a la pandemia, participando en las diferentes actividades.

Este activismo, al desarrollar y poner en práctica propuestas comunitarias, a diferencia de las acciones individuales que todos podemos realizar (hacer la compra al vecino que no puede salir, compartir información en redes, etc.) tienen un potencial disruptivo porque pone en evidencia el fracaso de un sistema fundado en el individualismo y la competencia, generando una respuesta basada en la compasión y la solidaridad. Este proceso es extremadamente importante para que se genere movilización, en cuanto permite transformar el miedo y el dolor en rabia, alimenta el descontento y favorece la identificación de los responsables. En la misma línea, también se puede observar una nueva narrativa que se está difundiendo en muchos países, incluido México, donde se pone en evidencia como el “verdadero” virus es el capitalismo. Estos argumentos se fortalecen con los reportes de organizaciones ambientalistas, como el Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF, sus siglas en inglés) que muestran la vinculación entre la Covid-19, la destrucción de los ecosistemas y la producción industrial de carne.

Volviendo a la acción directa de los movimientos de base, podemos también decir que, además de mitigar los problemas sociales generados por el sistema, permiten vincular determinadas prácticas y valores a específicas emociones colectivas. El apoyo mutuo y la solidaridad autogestionada permiten alimentar la esperanza en que los seres humanos seamos capaces de salir de esta crisis, y de otras similares como la que derivará del colapso climático. Esto es relevante sobre todo en los jóvenes que sienten impotencia frente a lo que está pasando (pandemias, colapso climático, precarización de la vida, etc.) y desesperanza hacia el futuro. El impacto emocional del activismo de base en las personas más vulnerables, como los mayores o los migrantes no documentados, se observa en que estos sujetos se sientan menos solos y vulnerables, adquiriendo un sentimiento de seguridad con respecto a la comunidad donde viven.

Además, estas experiencias permiten canalizar las emociones morales (Jasper, 2018) como la indignación y el ultraje por ser considerados ciudadanos “desechables” o “sacrificables”, la rabia y la desconfianza hacia las autoridades que de manera cínicas muestran el número de muertes (limitadas, según ellos) como un logro de su administración⁷, el respeto hacia los que sufren.

La emergencia de una cultura emocional contrahegemónica

Volviendo a la propuesta de Hochschild (1979), nuestra lectura de estas experiencias de activismo de base es que, además de ayudar a muchas personas, están alimentando una cultura emocional contrahegemónica, que será necesaria no solo para superar esta pandemia, sino también las demás crisis que tendremos que enfrentar, como la climática. Para poder superar el sistema neoliberal que se ha construido y fortalecido gracias a la difusión de una cultura individualista, basada en la sospecha, el miedo hacia los diversos, en la culpa siempre direccionada hacia otros individuos, en el deprecio a la vida humana y no humana, en la felicidad medida en bienes de consumo y visibilidad social, etc., es necesario construir un mundo donde la compasión, la solidaridad, el respeto, sean hacia todos los seres vivos humanos y no humanos, y donde la culpa, la rabia, la indignación se dirijan hacia quienes priorizan la riqueza y el crecimiento económico a la vida.

Estamos al inicio de una crisis mucho más amplia y dolorosa de la que estamos viviendo; no sabemos todavía las consecuencias, aunque podemos vislumbrarlas, porque este sistema que considera sacrificables a los más vulnerables por el virus, también causará estragos para recuperar las pérdidas económicas. A pesar de esto, no

⁷ (1 de abril de 2020). People left in shock after White House lists '100,000 to 240,000 coronavirus deaths' as 'goals'. *Indy100*. Disponible en: <https://www.indy100.com/article/coronavirus-trump-white-house-death-toll-goals-9440281>

todo está perdido, porque miles de personas se están movilizand o colectivamente alrededor del mundo para generar las grietas que permitirán debilitar un sistema cuyas intenciones son más claras que nunca. No sabemos todavía si estas experiencias lograrán consolidar reglas del sentir contrahegemónicas para debilitar la dimensión cultural del sistema, y menos si podrán poner un freno a las crisis económicas y políticas que vendrán, pero sin duda sabemos que para construir otro mundo todo lo que se está haciendo será necesario y responsabilidad de todos. Es muy probable que no haya una normalidad a la que volver, porque esta crisis dejará heridas y fracturas sociales muy profundas, pero también sabemos que la normalidad es la que nos ha llevado a este punto y estamos aún a tiempo para crear otra realidad.

Bibliografía

Bruff, I. y Tansel, C. B. (2019). Authoritarian neoliberalism: trajectories of knowledge production and praxis. *Globalizations*, 16(3), 233-244.

Hochschild, A. R. (1979). Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure. *American Journal of Sociology*, 85, 551-75.

Jasper, J. M. (2018). *The Emotions of Protest*. Chicago: University of Chicago Press.

Las redes de los movimientos en la ciudad de Nueva York: resiliencia, reformulación y resistencia en tiempos de distanciamiento y brutalidad

John Krinsky y Hillary Caldwell

Dedicamos este artículo a la memoria de Thomas J. Waters, investigador y gran amigo del movimiento por la vivienda de la ciudad de Nueva York, quien murió debido a complicaciones por Covid-19 el 4 de abril.

14 de abril de 2020. La cifra de muertes a causa de la Covid-19 en nuestra ciudad, Nueva York, superó las 10.000 personas. Cada día llegan noticias de pérdidas, ya sea a través de Internet o de la incesante marea de sirenas de ambulancia que se escuchan en toda la ciudad. A los neoyorquinos les gusta pensar que están en el centro del mundo, una idea facilitada en gran medida por el hecho de que la ciudad es un centro real y simbólico del capitalismo global. Al mismo tiempo, cada día se evidencia más que el coronavirus no solo está causando fallas significativas en el capitalismo, sino también que el capitalismo está fallando en un mundo asediado por el nuevo coronavirus.

Por un lado, las medidas de distanciamiento social significan que la mayoría de las empresas (ciertamente el turismo es uno de los pilares económicos de la ciudad) se han detenido, lo que ha dejado a millones de personas sin trabajo, diezmado sus ingresos y los

ingresos fiscales del gobierno por igual. Por otro, la cualidad depredadora del capitalismo estadounidense, que incluye desde exclusiones sistemáticas de los beneficios sociales para muchos trabajadores con salarios bajos o insuficientes, hasta el robo crónico de salarios, la falta de atención médica, vecindarios contaminados de manera desproporcionada y un Estado rentista alimentado por las finanzas y el despojo de activos de las comunidades de color garantizaron que la crisis de Covid-19 golpeará a la clase trabajadora y las comunidades de color de forma desigual, y que estas mismas comunidades fueran desatendidas en todo aspecto, en la distribución de subsidios federales y equipos de protección personal, así como en cualquier tipo de planificación posterior a la crisis.

Tanto el alcalde de la ciudad de Nueva York, Bill de Blasio, como el gobernador del estado de Nueva York, Andrew Cuomo, ayudaron a preparar el escenario para esta crisis a través de la política y práctica neoliberal del status quo; tardaron en responder a la crisis y desde que comenzaron a responder parecen incapaces de dejar de lado su rivalidad para proporcionar un liderazgo consistente, ya que cada uno ofrece informes contradictorios sobre las medidas que deben tomarse para detener la propagación del virus. El resultado ha sido un “impacto repentino en un sistema sobrecargado” que *ya* debía albergar a casi 80.000 personas sin hogar en refugios cada noche, y uno de cada diez estudiantes en escuelas públicas. Lo que es aún peor, no han hecho casi nada para desconcentrar a las personas sin hogar y en las cárceles de modo que no tuvieran que vivir en situaciones de convivencia colectiva, a pesar de que en la ciudad desprovista de turistas hay 100.000 habitaciones de hotel vacías y los recursos para hacerlo. Como resultado, por ejemplo, la tasa de transmisión de la ciudad en general es *siete veces* mayor en la cárcel de la isla Rikers, a pesar de que los “trabajadores esenciales” (salud, servicio de alimentos, quienes atienden almacenes, tránsito, repartidores y, por supuesto, los oficiales penitenciarios y el personal de los refugios para personas sin hogar) están sujetos a riesgos de transmisión significativos en los subterráneos aún abarrotados de la ciudad.

Peor aún, el gobernador Cuomo, quien ganó prominencia a nivel nacional debido a las conferencias de prensa diarias que son un contrapunto racional a las conferencias cada vez más desquiciadas del presidente Trump, aprobó a principios de abril un presupuesto estatal que es un ejemplo de austeridad neoliberal. El presupuesto recorta fondos de los hospitales, incluidos los hospitales públicos ubicados en las comunidades más afectadas de la ciudad, donde la escasez de equipos de protección personal ha expuesto al personal a un riesgo extremo. Reduce el presupuesto de educación (en todos los niveles, incluidas las universidades públicas) de la que dependen los neoyorquinos de clase trabajadora. No aumenta el presupuesto de vivienda pública, aunque en Nueva York este tipo de viviendas alberga a las personas en mayor riesgo, y si bien en este sector los recortes de larga data han provocado que los inquilinos no tengan agua para lavarse las manos y deban amontonarse en los pocos ascensores que funcionan. A su vez, en el presupuesto hay disposiciones que sin una clara justificación económica, vinculadas a la caída de los ingresos fiscales, como revertir las reformas recientes al sistema de fianzas, lo que ahora hará que más personas esperen su juicio en la cárcel, y que dificultarán que los candidatos de otros partidos aparezcan en las boletas electorales.

La aprobación de un presupuesto de austeridad, plagado de las prioridades políticas del gobernador y una notable negativa a aumentar los impuestos a los más ricos en el estado más desigual de Estados Unidos, solo fue posible gracias a la Covid-19. No cabe duda de que en tiempos “normales”, los movimientos de la ciudad de Nueva York (en torno a la vivienda y las personas sin hogar, la reforma policial, los derechos de los inmigrantes, los derechos de los trabajadores con salarios bajos y el acceso a la educación superior *como mínimo*) habrían organizado movilizaciones al capitolio del estado durante días con el fin de presionar a los legisladores estatales a favor del presupuesto de modo que se unieran a los pocos legisladores opositores para que no se aprobara.

Entonces, ¿qué han hecho los movimientos de la clase trabajadora en la ciudad de Nueva York durante esta pandemia?

Movimientos de la clase trabajadora

Primero, analicemos el terreno. En términos generales, los movimientos sociales de la ciudad de Nueva York están arraigados, como muchos movimientos en Estados Unidos, en organizaciones sin fines de lucro ubicadas en determinados vecindarios y a cargo de temas específicos en lugar de grupos afiliados, por ejemplo, a partidos políticos o sindicatos. Ciertamente este ha sido el caso desde la década de 1970 debido a las reducciones en el apoyo federal y la creciente dependencia de las organizaciones voluntarias para la reproducción social, y los cambios correspondientes en la ley fiscal federal, que permitieron las donaciones exentas de impuestos para apoyar a las organizaciones y grupos de incidencia concentrados en la comunidad. Muchas organizaciones sin fines de lucro, que todavía son de base y trabajan en la organización de las comunidades de clase trabajadora en Nueva York, comenzaron como proyectos o afiliados de agrupaciones radicales de diferentes tipos que eran parte del “movimiento” general de finales de las décadas de 1960 y 1970, pero se convirtieron en organizaciones sin fines de lucro para recaudar recursos de manera más estable y formal.

Hoy, y durante los últimos diez años más o menos, grupos de movimientos concentrados en temas específicos (vivienda, falta de hogar, justicia ambiental, atención médica, derechos de los trabajadores de bajos salarios, derechos de los inmigrantes, educación pública, justicia financiera y reforma policial, entre otros) y grupos con base en los vecindarios han trabajado juntos de manera estrecha. Adam Reich ha demostrado que Occupy Wall Street contribuyó a que las redes de grupos de movimientos en la ciudad de Nueva York fueran más densas mientras luchaban por llevar a cabo, e incluso iniciar, una protesta masiva repentinamente visible y duradera. Analizamos

la membresía y los partidarios de siete coaliciones en torno a la vivienda (3), la justicia penal (1), la inmigración (1), la educación superior pública (1) y los bancos públicos (1). Estas coaliciones fueron elegidas tanto por la amplitud de los problemas que abarcan como por el hecho de que las temáticas que abarcan tienen coaliciones cohesivas que trabajan en ellos. Determinamos que la mitad de los 85 grupos se superpone con al menos otro grupo en dos coaliciones como mínimo, y la otra mitad con más grupos. En general, los grupos que más se superponen son los de base que responden a las necesidades multifacéticas de sus miembros: los neoyorquinos de clase trabajadora no solo están luchando contra los propietarios de sus viviendas para evitar el desalojo o contra la ciudad para mantener sus vecindarios asequibles, sino también contra los bancos por un crédito justo, la policía por acosar a los jóvenes, los empleadores por robarles sus salarios y amenazar a los trabajadores indocumentados con la aplicación de la ley de inmigración, las industrias que contaminan sus vecindarios y el gobierno estatal por recortar los fondos de educación pública. Sin embargo, la red se enfoca en la vivienda y los derechos de los inmigrantes, y junto con la coalición de reforma policial, ambos movimientos se agrupan con mayor firmeza.

El hecho de que estos grupos de organizaciones se hayan vuelto más densos tiene varios significados. Primero, se estaban fortaleciendo antes de la Covid-19. Inmediatamente después de “Occupy” y antes de “Black Lives Matter”, una coalición en torno a la reforma policial llamada Communities United for Police Reform movilizó a grupos de toda la ciudad, y al público en general, para ganar varios litigios fundamentales y reformas legislativas significativas. Desde entonces, varios de esos grupos han trabajado juntos en muchos otros temas. Además, debido a la presencia y la combinación de partidos políticos progresistas (Partido de Familias Trabajadoras y Socialistas Democráticos de América), estas redes se movilizaron de la mano de varios candidatos al Senado estatal y, por primera vez en varias generaciones, lograron que el partido demócrata tomara el control del Senado estatal. Además, muchos grupos ampliaron su base más

allá de la ciudad de Nueva York, abrieron sedes en comunidades de bajos ingresos en todo el estado y comenzaron a trabajar con grupos de aliados en otras ciudades. El año pasado, los grupos activistas enfocados en la justicia penal impulsaron la reforma de las fianzas (leyes que dieron marcha atrás debido al presupuesto del gobernador Cuomo); los grupos de derechos de los inmigrantes, agrupados principalmente en la Coalición de Inmigración de Nueva York, presionaron exitosamente a la legislatura estatal para que aprobara la Ley DREAM del estado de Nueva York, que ofrece ayuda financiera y becas financiadas por el estado para asistir a la universidad a jóvenes indocumentados que llegaron a Estados Unidos antes de los 18 años, así como una ley que permite que los inmigrantes indocumentados obtengan licencias de conducir. Una de las coaliciones relacionadas con la vivienda, Right to Counsel Coalition, en 2018 logró que los inquilinos indigentes tuvieran derecho a un abogado en el tribunal de vivienda. La campaña Housing Justice for All, basada en una coalición que une a los grupos de inquilinos de la ciudad de Nueva York con los del estado de Nueva York, obtuvo una victoria épica al lograr que la legislatura estatal anulara dos décadas de resquicios legales a favor de los propietarios que se habían agregado a las leyes de regulación de alquileres de ese estado. Luego de estas victorias, las redes de movimientos estaban preparadas para lograr más cambios en la política de vivienda y extender estas victorias a otros temas que se superponen. La Covid-19 impidió que los grupos aprovecharan su ventaja frente al gobierno estatal. El gobernador Cuomo, un negociador duro, tuvo libertad para implementar sus políticas sin presión del otro lado. Las comunidades en las que concentran las organizaciones que componen estas redes han sido las más afectadas por la crisis del coronavirus. Como lo ha demostrado la Association for Neighborhood and Housing Development, la incidencia de la Covid-19 sigue de cerca la geografía de los vecindarios donde los habitantes son en su mayoría personas de color, inquilinos que pagan por la vivienda más del 30% de sus ingresos y personas que realizan labores de servicio.

Como respuesta, las redes se han movilizadado de manera que combinan lo que la geógrafa Cindi Katz ha llamado las “tres R”: resiliencia, reformulación y resistencia. La resiliencia está relacionada con los conceptos básicos de reproducción social, la capacidad de las personas para sobrevivir y cumplir con los estándares socialmente reconocidos, a pesar de las desventajas estructurales y frente a amenazas como la Covid-19. La reformulación se refiere a los esfuerzos que las personas realizan para reorganizar y remodelar aspectos de las condiciones e instituciones locales de manera que se adapten a sus proyectos, ya sea de resiliencia o de una transformación social más profunda. Y la resistencia se refiere a las demandas colectivas abiertas para obtener cambios, así como a las acciones directas que impulsan estas demandas.

Muchas organizaciones comunitarias han abordado la resiliencia de las comunidades de la clase trabajadora de Nueva York mediante el establecimiento de proyectos de ayuda mutua junto con los de grupos basados en la industria (por ejemplo, trabajadores de restaurantes, vendedores ambulantes, trabajadores domésticos) y grupos políticos (por ejemplo, Socialistas Democráticos de América, varias agrupaciones anarquistas). La ayuda mutua implica brindarles a las personas los alimentos y medicamentos que necesitan, entregar equipo de protección personal a hospitales y otros trabajadores esenciales, y recaudar fondos para trabajadores que despedidos, ya que muchos de ellos no califican para recibir subsidios de desempleo o cheques de ayuda federal debido a su estado migratorio o categoría de trabajo (por ejemplo, trabajadores sexuales). Gracias a la iniciativa del grupo veterano Occupy Sandy (esfuerzo de ayuda mutua que respondió a la destrucción causada por el huracán Sandy un año después de Occupy Wall Street), relacionado con grupos de las redes de movimientos de la ciudad, rápidamente se logró coordinar los proyectos de ayuda mutua. Mutual Aid NY reúne a más de 85 proyectos de este tipo. Existen otros proyectos fuera de su órbita.

Estos esfuerzos difieren del trabajo de caridad: la ayuda mutua proviene de los recursos reunidos por los grupos arraigados en las comunidades que se *organizan políticamente* y, al menos en estos

tiempos, alimentan este trabajo. Sin dudas, implica que las organizaciones sin fines de lucro de base *reformulen* sus propias instituciones para satisfacer las necesidades inmediatas de sus miembros e incluso solo para apoyarlos. Pero también implica reformular las relaciones de manera más amplia, al menos en algunos casos. Por ejemplo, un subconjunto de las redes de vivienda ha exigido que la ciudad y el estado trasladen a las personas sin hogar y encarceladas fuera de las situaciones de convivencia colectiva a habitaciones vacías de hotel. No han presionado de manera más general y radical para alojar a las personas sin hogar, pero sí exigieron una medida provisional, aunque es evidente que la crisis de las personas sin hogar en la ciudad ilustra los fracasos abyectos de crear viviendas verdaderamente asequibles antes de la crisis de Covid-19. Al ver que continuaba la inacción y la desinformación del gobierno de la ciudad, presentaron una petición e iniciaron una campaña de GoFundMe que recaudó suficiente dinero en dos días para alojar a 20 personas en hoteles, un logro principalmente simbólico (excepto, por supuesto, para aquellas personas que ahora están fuera de peligro).

Pero estas mismas redes han presionado para lograr una reformulación (y una resistencia) más radical. Los grupos de viviendas cuyo trabajo se superpone exigieron de manera temprana una moratoria sobre los desalojos. Lo lograron. Por supuesto, era evidente que con un número récord de personas sin ahorros que quedaron sin trabajo de forma repentina, el alquiler de abril sería difícil (incluso imposible) de cumplir. Los desalojos masivos de la semana considerados como los peores de la pandemia en Nueva York fueron simplemente insostenibles. Sin embargo, la prohibición es integral y abarca meses. Los mismos grupos se han movilizado a través de sus redes para exigir que también se suspendan los alquileres para que los inquilinos que destinaban el 30% o 50% de sus ingresos a pagar el alquiler cuando tenían trabajo, no se enfrenten al final de la moratoria de desalojo sin trabajo y con una deuda acumulada durante meses. Hasta ahora, no han tenido éxito, pero han instado a los inquilinos a realizar una huelga de alquileres y produjeron un “kit

de herramientas” para ese fin. Están desarrollando un mapa de historias para mostrar cómo la Covid-19 está afectando a los inquilinos, los propietarios de viviendas pequeñas y las situaciones de vivienda de las personas sin hogar en todo el estado, como una herramienta de construcción de bases e incidencia.

Otros grupos han seguido su ejemplo. Uno de ellos, el New Economy Project, una organización de defensa y asistencia legal para grupos de base que fundó la coalición Public Bank, solicitó la condonación de la deuda total durante la crisis y está organizando una coalición para incidir a nivel estatal, ya que los bancos y otros acreedores intentaron confiscar los cheques de ayuda federal que recibieron las personas con deudas acumuladas.

Cada vez más, las organizaciones involucradas en las redes de movimientos de Nueva York están organizando foros de Zoom de manera conjunta, a menudo con políticos simpatizantes, y hacen circular peticiones en línea para sus demandas. También están descubriendo nuevas formas de llegar a los miembros de la comunidad que viven en sus vecindarios, pero que carecen de una conexión a Internet estable. En algunos casos, la divulgación se realiza junto con ayuda mutua. La compleja combinación de resiliencia, reformulación y resistencia en una red de grupos cada vez más integrada significa que estas redes saldrán de la crisis con nuevas campañas y relaciones más profundas. Tendrán nuevas capacidades para ayudar a las comunidades a ser resilientes y quizá también menos dependientes de las estructuras que las oprimen en tiempos normales y les imponen cargas muy desiguales en tiempos de crisis. En consecuencia, cuando se levanten las restricciones de distanciamiento, al haberse fortalecido más que nunca durante la crisis de la Covid-19, los movimientos de Nueva York pueden posicionarse mejor para llevar a cabo acciones y demandas más radicales frente a la inevitable austeridad neoliberal y el capitalismo del desastre, que sigue siendo el defecto de un sistema que se evidencia cada vez más como decadente.

Hambre, ira y un nuevo movimiento social en Sudáfrica

Kate Alexander

Contexto

Este capítulo trata sobre un nuevo movimiento social, la Coalición del Pueblo C-19 (C19PC), que se ha desarrollado en Sudáfrica como respuesta a la crisis de la Covid-19. Se centra en el grupo de trabajo organizador de la comunidad de Gauteng (Gauteng Community Organising Working Group, COWG) de dicha Coalición. Para poner en contexto, el artículo se basa en una encuesta que realizó el Centro para el Cambio Social (Centre for Social Change, CSC), del cual soy directora, con investigadores del Consejo de Investigación de Ciencias Humanas (Human Sciences Research Council, HSRC). Gran parte de los detalles provienen de la participación en el COWG y la Coalición en general. La conclusión incluye referencias a investigaciones a largo plazo sobre las protestas.¹ El artículo destaca que el hambre se

¹ El Centro para el Cambio Social se encuentra dentro de la Universidad de Johannesburgo. Los investigadores del HSRC provienen del departamento de Developmental, Capable and Ethical State de esa institución. Los resultados y el análisis de la encuesta han aparecido en una serie de 10 artículos cortos publicados por el *Daily Maverick*.

debe al fracaso del jefe del gobierno y es un estímulo para la organización de los movimientos sociales.

El gobierno de Sudáfrica actuó rápido en respuesta a la pandemia de Covid-19. El primer caso confirmado fue el 5 de marzo de 2020 y se promulgó el estado de desastre nacional el 15 de marzo, junto con el cierre de escuelas. Se implementó un confinamiento total a partir del 26 de marzo y la primera muerte se anunció al día siguiente. El confinamiento fue draconiano. Se prohibió viajar a excepción de los servicios esenciales. Solo se permitió abrir tiendas de alimentos, farmacias e instalaciones sanitarias (incluso se decretó la ilegalidad de la venta de cigarrillos), y se impuso un toque de queda. A partir del 1 de mayo hubo una ligera disminución de las restricciones y se autorizó la apertura de más industrias y tiendas, y una mayor relajación en la mayoría de las áreas a partir del 1 de junio. Si bien el número de casos confirmados es más alto que en otras partes de África (16.433 hasta el 18 de mayo, momento en que escribo), la cifra es mucho menor que en otros países y, hasta ahora, solo se han registrado 286 muertes. En nuestra encuesta, el 84,3% de los adultos sintió que el presidente Cyril Ramaphosa estaba haciendo un buen trabajo o un muy buen trabajo.

Sin embargo, esta es solo una cara de la historia. Sudáfrica tiene un nivel de desigualdad de ingresos más alto que cualquier otro país importante, y casi el 40% de la fuerza laboral estaba desempleada, incluso antes de la crisis. Las implicaciones de esta desigualdad fueron evidentes desde el principio. Por ejemplo, cuando la opulenta familia Oppenheimer donó mil millones de rands (alrededor de USD 55 millones), quedándose con apenas ZAR 134 mil millones, dicha donación recibió grandes elogios, pero los principales medios de

Los artículos tienen varios autores, todos miembros del equipo de investigación, entre los que se encuentran los siguientes: Kate Alexander, Martin Bekker, Narnia Bohler-Muller, Yul Derek Davids, Charles Hongoro, Mark Orkin, Benjamin Roberts, Stephen Rule y Carin Runciman. Para un vistazo al trabajo realizado por los activistas del COWG, véase Xezwi y Alexander (2020); acerca de las protestas, véase Alexander et al. (2018).

comunicación apenas notaron que un gran número de trabajadores perdieron sus empleos o que, al prohibirse el comercio informal, se quedaron con las manos vacías. Al dividir la población entre las personas con ingresos más bajos (menos de ZAR 10.000 por mes, alrededor de USD 550), que representan aproximadamente al 83% de los adultos; aquellos con ingresos medios (ZAR 10.000 a ZAR 40.000 por mes), alrededor del 13% de los adultos; y quienes perciben los ingresos más altos (más de ZAR 40.000), cerca del 4%, observamos que el 89% de las personas con ingresos más bajos tenían dificultades para pagar sus facturas, en comparación con el 27% entre los que poseen ingresos medios y el 13% con ingresos más altos.

Las diferencias se reflejaron, en particular, en las respuestas a una pregunta sobre el impacto adverso de la crisis en la educación de sus hijos. Aquí el 82% de personas con ingresos más bajos, el 53% con ingresos medios y el 13% de quienes tienen ingresos altos estaban “muy preocupados”. Este contraste reflejó la capacidad de acceder a la enseñanza en línea. Por lo tanto, no es de extrañar que cuando se les preguntó acerca de la felicidad personal, solo el 11% de las personas con ingresos más bajos fueron positivas, en comparación con el 26% de las personas con ingresos medios y el 39% de las personas con ingresos más altos.

La respuesta del gobierno al sufrimiento de las personas más pobres ha sido mediocre, inadecuada y caótica, especialmente en relación con la distribución de alimentos. En el mejor de los casos, millones de personas en Sudáfrica sufren de malnutrición, pero la inanición se minimiza mediante la entrega de cientos de miles de paquetes de alimentos y los programas de alimentación escolar. Ahora, con el confinamiento, hubo un aumento repentino del desempleo, ya que al menos 3 millones de personas perdiendo sus empleos (muchos sin subsidio ni ahorros), y las escuelas cerraron, por lo que hubo un aumento en la cantidad de personas sin alimentos. En verdad, el gobierno desconocía la magnitud del problema, y sus bancos de alimentos y sistemas de suministro no contaban con los recursos ni la preparación suficientes. Los concejales municipales, en su mayoría

miembros del partido Congreso Nacional Africano (ANC) gobernante, se encargaron de la distribución y con frecuencia abusaron de su poder, ya que entregaron alimentos solo a sus partidarios con el objetivo de ganar votos en las elecciones del próximo año. Debido a la presión de los disturbios, se establecieron líneas telefónicas directas, pero rápidamente colapsaron. Las filas para recibir alimentos a veces se extendían más de un kilómetro y se produjeron estampidas. El gobierno ahora trabaja con las ONG, a través de procedimientos engorrosos que retrasan los esfuerzos de ayuda. El problema alimentario sigue siendo grave.

La crisis ha revelado que el gobierno trabaja en contra de la sociedad civil, en lugar de hacerlo con ella. En muchos lugares, esta tarea se basa en años de desconfianza. La ira se generó especialmente debido al fracaso para prestar servicios básicos y, en términos más generales, para dismantelar la injusticia estructural heredada del apartheid. ¿Cómo ha respondido la sociedad civil a los desafíos de la pandemia y el confinamiento?

La respuesta de la sociedad civil

Los sindicatos estuvieron al frente de la lucha contra el apartheid, que culminó con las elecciones de 1994, y desempeñaron un papel crucial en la mejora de las condiciones de los trabajadores en los años siguientes. Pero surgieron tensiones. Los líderes de la federación más grande, el Congreso de Sindicatos Sudafricanos (COSATU), respaldaron al gobierno, y muchos trabajadores consideraron que se estaban favoreciendo los intereses comerciales. La situación llegó a un punto crítico después de la Masacre de Marikana en 2012, cuando la policía disparó y mató a 34 mineros que estaban en huelga empleados por Lonmin (cuyo mayor accionista era Ramaphosa, quien ya era un líder de alto rango en el ANC). El sindicato más grande de la federación, el Sindicato Nacional de Trabajadores Metalúrgicos, se separó y estableció la Federación Sudafricana de Sindicatos

(SAFTU). Durante el confinamiento, ha habido algunos disturbios, principalmente entre los trabajadores de las industrias esenciales, pero la respuesta sindical ha sido débil. Se debe a varias razones. En la mayoría de las industrias, el trabajo se detuvo; se prohibieron las reuniones; el COSATU apoyó al gobierno; el líder carismático de la SAFTU, Zwelinzima Vavi, contrajo Covid-19 (aunque se recuperó); y los recortes y las reducciones provocaron que muchos trabajadores, o la mayoría de ellos, teman por sus empleos.

Fuera de los lugares de trabajo y los sindicatos, ha habido una gran actividad, principalmente a nivel local. En algunas de las áreas más ricas, los activistas comunitarios han abierto comedores para sus vecinos hambrientos. Algunas iglesias y otras organizaciones religiosas, y algunos dueños de negocios también han estado activos. A nivel nacional, la Fundación Ahmed Kathrada, llamada así por el compañero de lucha de Nelson Mandela, alentó el desarrollo de redes de acción comunitaria. Sin embargo, el movimiento más sustancial que ha surgido hasta ahora es el C19PC.

El C19PC nació de una reunión celebrada el 18 de marzo, que se realizó parte en línea y parte de manera presencial en Ciudad del Cabo, donde se encuentra la sede de la organización convocante, el Centro Tshisimani para la Educación de Activistas. La reunión designó a un equipo de redacción que, luego de numerosas discusiones e iteraciones, elaboró el programa de acción (POA). Para el 23 de marzo, cuando se publicó el POA, ya contaba con el apoyo de más de 100 organizaciones, algunas pequeñas y otras como la SAFTU y las principales organizaciones sin fines de lucro con una base amplia, como Treatment Action Campaign, Equal Education y Right-2-Know.

El POA comienza así: “Nosotros, como organizaciones cívicas, sindicatos, organizaciones de trabajadores de la economía informal, organizaciones religiosas y estructuras comunitarias de Sudáfrica, convocamos a todas las personas, a todas las partes interesadas y sectores, a contener la infección, reducir la transmisión y mitigar los impactos sociales y políticos del virus de Covid-19”.

Luego estableció diez áreas de preocupación que plantean cuestiones socioeconómicas claves. El POA ha sido firmado por 320 organizaciones. El equipo de redacción se convirtió en un equipo de tareas y, más tarde, en un equipo de facilitación. Pronto se establecieron 21 grupos de trabajo (GT), algunos se basan en temas específicos, otros brindan asistencia técnica y algunos se enfocan en las distintas provincias del país (nueve en total). Estos GT formaron su propio foro de coordinadores de grupos de trabajo.

En Gauteng, que incluye a Johannesburgo y aproximadamente una cuarta parte de la población del país, tuvimos nuestra primera reunión el 23 de marzo. Allí establecimos un equipo de tareas provincial y una serie de GT, incluido uno que pronto se convirtió en el COWG. Una de las líderes del COWG es Cleopatra Shezi, una activista de Soweto que se politizó a partir del Comité de Crisis de la Electricidad de Soweto, atrajo a un número de activistas comunitarios involucrados en la lucha por la prestación de servicios y la vivienda. Otro de los líderes es Bongani Xezwi, organizador de Right-2-Know. Se sumaron nuevos activistas que habían pasado por Xtinction Rebellion y luchas estudiantiles. Trabajé con Shezi durante muchos años, cuando era asistente de investigación del CSC; mientras que junto a Xezwi realizamos una investigación sobre la Masacre de Marikana. De alguna manera, me convertí en la organizadora del grupo. Desde el comienzo, nuestro objetivo fue vincular la actividad en torno a la Covid-19 con el fortalecimiento de la organización comunitaria.

Redactamos un folleto popular sobre la Covid-19 antes del 22 de marzo que se distribuyó en zulú e inglés. Desde el principio insistimos en que, por razones de seguridad, los activistas usaran mascarilla y guantes quirúrgicos, y llevaran una botella de gel antiséptico. Esto se convirtió en una especie de uniforme que complementaba la educación pública. Se convocó a Shezi para que ayudara a los jubilados en las filas de pago mensuales y en los supermercados, y organizó a las personas para que mantuvieran distancia física entre sí. Xezwi junto a un gran equipo de voluntarios trabajó en un asentamiento de chozas densamente poblado, donde logró persuadir a las personas

para que permanecieran en sus patios. Este fue un gran logro, ya que refutó la idea de que el distanciamiento social era imposible en los asentamientos informales. Su equipo incluso logró convencer a los propietarios de lugares de venta de alcohol ilegal de cerrar sus negocios. Se corrió la voz y sirvió de ejemplo de lo que es posible obtener mediante la educación entre pares. Cuando el gobierno recurrió a las armas de la policía y el ejército, logró mucho menos.

En un par de semanas, el COWG tenía 16 líderes de equipo que movilizaron a unos 250 voluntarios en los barrios de la clase trabajadora en Johannesburgo y en otras partes en el sur de Gauteng. Algunos activistas obtuvieron permisos oficiales como trabajadores esenciales, aunque en la mayoría de los casos la policía simplemente hizo la vista gorda. Además, el grupo incluyó a media docena de trabajadores de apoyo, todos voluntarios, incluido el presidente de una ONG de asistencia legal, un especialista en finanzas y un estudiante con habilidades de comunicación que ayudó con el uso de Zoom y, más tarde, con formularios de Google. Trabajamos con el GT de seguridad alimentaria del C19PC (Gauteng) en el desarrollo de una propuesta de financiación de ZAR 1 millón. Para lograrlo, los dos GT obtuvieron el apoyo de una ONG orientada a la comunidad dispuesta a actuar como gestor financiero. Además, el C19PC estableció un GT enfocado en los medios de comunicación que publicitó lo que estábamos haciendo y ayudó con el micromecenazgo. Los fondos tardaron en llegar, pero ya los estamos recibiendo.

La distribución de alimentos siempre será el mayor desafío. Para superarlo, elaboramos listas de hogares muy vulnerables. A diferencia del gobierno, incluimos a los inmigrantes indocumentados. Los días 16 y 17 de abril se entregaron bolsas de harina de maíz a 2.000 hogares. Unos días después, recibimos una solicitud para distribuir 2.500 paquetes grandes del gobierno, que pesan alrededor de 22 kg y se supone que proporcionan suficientes alimentos para una familia de 4 integrantes por 3 semanas. Hubo un obstáculo burocrático tras otro, pero finalmente los paquetes llegaron el 13 de mayo. Algunos se retrasaron porque el camión de la compañía de carga había sido

secuestrado por delincuentes. Estábamos preocupados por la seguridad, principalmente porque la gente tenía mucha hambre y solo podíamos alimentar a una minoría, y también debido al hostigamiento de los miembros del ANC (que muchas veces pensaron erróneamente que nuestros activistas eran miembros de una facción opositora). Los líderes del equipo necesitaron un poco de valentía y bastante ingenio organizacional para completar la tarea, pero lo lograron. Nos informaron que los receptores estaban felices, los voluntarios estaban felices y cansados, y ellos estaban felices, cansados y aliviados.

La educación popular y la entrega de alimentos pueden parecer pequeños logros, pero en estas circunstancias mostraron la posibilidad de que otros intentaran mantener y fortalecer las organizaciones comunitarias de la clase obrera durante el confinamiento en Sudáfrica, y destacaron una debilidad en la respuesta del gobierno, que radica en su incapacidad para trabajar con la sociedad civil.

El futuro

Dado el nivel de crisis económica, es muy probable que Sudáfrica finalice las restricciones de confinamiento *de facto* antes de que las nuevas infecciones hayan alcanzado su punto máximo. Está bajo presión, no solo de las empresas que desean obtener ganancias, sino también de los trabajadores que desean aliviar el hambre. El gobierno promulgó una serie de normas para reducir la propagación de la infección para los trabajadores que regresan, pero las pasó por alto. Los expertos médicos estiman que unas 40.000 personas habrán muerto por Covid-19 para fines de noviembre de este año. Este es el panorama optimista.

Una vez que la infección aumente en áreas de alta densidad poblacional, lo que ya está sucediendo en Ciudad del Cabo, es probable que la muerte se propague rápidamente. Es muy posible que haya una escasez de camas de hospital antes de que se aplane la curva, y habrá muertes adicionales por otras causas a medida que se vacíen

las instalaciones sanitarias para los pacientes con coronavirus. Si bien el desempleo se reducirá un poco al levantar el confinamiento, ningún experto cree que volverá a los niveles anteriores y podría superar la marca del 50%. El hambre no desaparecerá. El gobierno introdujo recientemente un subsidio temporal de asistencia social de emergencia para personas desempleadas que no reciben otras subvenciones, pero es solo de ZAR 350 (USD 19) por mes, y muchos no sudafricanos estarán excluidos, por lo que se necesitarán paquetes de alimentos durante muchos meses más.

Hay resistencia aquí y allá. Los trabajadores de la salud han protestado, no solo por la escasez de equipos de protección personal sino también porque los pacientes con enfermedades graves están siendo enviados a casa. Los mineros obtuvieron una sentencia judicial favorable acerca de los requisitos para volver al trabajo, y muchos aún no han regresado. Los maestros se negaron a volver a abrir las escuelas a principios de mayo. Tales acciones salvan vidas. En otros lugares ha habido protestas de la comunidad militante debido a la falta de alimentos y de prestación de servicios esenciales. Una de las protestas incluyó el siguiente eslogan: “Sin electricidad, no hay confinamiento”.

Ha habido un gran número de protestas en Sudáfrica desde 2012, e incluso antes, y se produjo un pico en 2019. Muchos problemas no se han resuelto aún y, con la flexibilización de las restricciones, es probable que regresen las protestas. Ramaphosa aumentó el tamaño del ejército y no se puede descartar la represión militar. Desde la perspectiva de la clase trabajadora, existe la necesidad de una mayor coordinación, tanto en torno a los problemas que plantean la pandemia y el confinamiento, incluidos los políticos y la distribución de alimentos y mascarillas, como las preocupaciones socioeconómicas que se profundizarán.

¿Será el C19PC capaz de brindar tal coordinación? Aún falta para saberlo. Se enfrenta a una serie de desafíos. Se desarrolló de manera casi espontánea con una estructura policéntrica, e inicialmente esa característica fue una fortaleza, pero ha tardado en responder a los

desafíos políticos y existe presión para lograr una mayor centralización. Al mismo tiempo, percibimos que la crisis de la Covid-19 estará con nosotros, por lo menos, durante el resto de 2020 y no es sólo una emergencia a corto plazo.

Muchos líderes están exhaustos, presionados por sus trabajos normales y, con una visión más amplia en mente, les gustaría ver una forma de organización más profesional (a nivel nacional, a diferencia de lo que ocurre en Gauteng, la organización no tiene una cuenta bancaria ni la capacidad de recaudar fondos). Existe tensión entre el equipo de facilitación y el foro de coordinadores de GT. Mientras tanto, algunos de los activistas cuestionan la tendencia hacia la centralización y la profesionalización, y también se oponen a la política de ciertos GT (especialmente en lo que respecta a la economía), y han hecho acusaciones en contra de la “ONG-ización” y el “pragmatismo”. La dirección que seguirá la organización debe aclararse en una reunión que se celebrará a fines de mayo.

Cualquiera sea el futuro del C19PC, su corta historia ya ha demostrado la capacidad de los activistas de la clase trabajadora y sus simpatizantes de movilizarse para lograr justicia social, incluso bajo las condiciones de un confinamiento draconiano.

Traducción de María Paula Vasile

Bibliografía

Alexander, P. et al. (2018). Frequency and turmoil: South Africa’s community protests 2005-2017. *South African Crime Quarterly* 63, 27-42.

Xezwi, B. y Alexander, K. (2020). *State must enlist community activists in the war against Covid-19*. *Daily Maverick*, 31 de marzo de 2020.

Cuarta parte

“El coronavirus no acabará con la revolución”: protestas democráticas antes y durante la cuarentena

Hong Kong: de las protestas democráticas a la huelga de trabajadores médicos en la pandemia

Chris Chan y Anna Tsui

Introducción

Ubicado en el sur de China, Hong Kong sufrió con el horrible enfoque inicial del régimen autoritario para el control de la infección por Covid-19. Por ejemplo, se implementó la sanción a los médicos que difundieron noticias a partir de las comunicaciones internas de los hospitales y se postergó el anuncio del descubrimiento de la transmisión del virus de persona a persona. El control sanitario de Hong Kong se ha considerado un buen ejemplo, ya que posee una baja tasa de infección y mortalidad. Sin embargo, el gobierno de la Región Administrativa Especial de Hong Kong (RAE) fue indulgente en el control de infecciones en la fase inicial de la pandemia, a pesar de que se le prometió un “alto nivel de autonomía” con respecto a Beijing. Si bien las ciudades y aldeas de China continental ya habían impuesto el aislamiento obligatorio para los trabajadores que ingresaban desde Hubei (la provincia con mayor cantidad de casos confirmados), a fines de enero, el gobierno de Hong Kong solicitaba a los visitantes

de Hubei que se autoaislaran o dejaran la ciudad, aunque dicha petición no era obligatoria. Si bien Singapur, Taiwán, Macao, Malasia y China continental habían tomado medidas para proporcionar mascarillas faciales a los ciudadanos o controlar su suministro, el gobierno de Hong Kong insistió en que el control de precios afectaría el suministro de forma negativa. La jefa ejecutiva de Hong Kong, Carrie Lam, se negó a usar mascarilla en las conferencias de prensa y afirmó que hacerlo era innecesario, a pesar de los consejos de los respetados científicos locales sobre la importancia de usarla, ya que esta ciudad densamente poblada aprendió una lección cuando ocurrió el brote del Síndrome Respiratorio Agudo Grave (SARS) en 2003.

Estas señales de respuestas de emergencia laxas por parte del gobierno crearon mucha ansiedad entre los ciudadanos de Hong Kong. Científicos destacados también sugirieron al gobierno que intensificara el control fronterizo, ahora una práctica común en todos los países. Pero solo sucedió después de una huelga histórica de cinco días organizada por 7.000 trabajadores de la salud. El gobierno fue criticado por colocar los motivos políticos (para no molestar a Beijing) por encima de los consejos científicos a la hora de tomar decisiones. En este artículo, analizamos el contexto, las causas y las consecuencias de esta huelga.

El contexto político

La antigua colonia británica disfruta de una relativa autonomía desde la transferencia a China en 1997, de acuerdo con el principio de “un país, dos sistemas”, establecido en la pequeña constitución de la RAE. Como uno de los centros financieros internacionales más importantes de Asia, que opera bajo un régimen procapital de baja tasa impositiva y de bienestar mínimo, la población de 8 millones de habitantes de Hong Kong debe convivir con el precio de la vivienda más alto del mundo y un coeficiente de Gini de 0,539. El movimiento de la sociedad civil de la ciudad se centró en los derechos políticos al

sufragio universal para la elección del jefe de gobierno y el Consejo Legislativo, así como en defender la autonomía de la ciudad de la intromisión del Partido Comunista Chino.

Este tema se repitió en la vigilia anual de la ciudad para conmemorar la masacre de Tiananmen, la movilización de 2003 contra la legislación de seguridad nacional y la Revolución de los Paraguas de 2014. A partir de 2019, el reciente movimiento contra la ley de extradición (AEBM) movilizó a millones de personas que salieron a la calle para protestar contra el proyecto de ley para la extradición a China continental, lo que podría poner en peligro a los disidentes y minar la independencia judicial de la ciudad. El enfoque cada vez más duro de la policía y la justicia contra las protestas callejeras provocó una fuerte resistencia basada en la identidad “hongkonger”, lo que permitió la aplastante victoria del bloque prodemocrático en las elecciones del consejo de distrito de 2019 y también una ola de nuevos sindicatos bajo el lema de la resistencia. Hong Kong también experimentó un trauma colectivo debido al brote de SARS de 2003, que causó la muerte de 100 personas, incluidos médicos y enfermeras. El temor al brote potencialmente devastador de la Covid-19 generó una fuerte solidaridad entre los ciudadanos de Hong Kong y una profunda ira y ansiedad colectivas por la inacción del gobierno.

Huelga de los trabajadores de la salud

En este contexto, los trabajadores de los hospitales públicos en la primera línea de la resistencia a la pandemia se convirtieron en líderes de primera línea en la resistencia cívica. El sindicato recién establecido, la Alianza de Empleados de la Autoridad Hospitalaria (HAEA), exigió al gobierno, de manera indirecta a través de la Autoridad Hospitalaria (HA), que rindiera cuentas, implementara políticas de control fronterizo mucho más estrictas para los visitantes de China continental, extendiera medidas de cuarentena obligatorias y garantizara la seguridad laboral de los trabajadores hospitalarios.

Representa a más del 20% de los empleados del sector sanitario público y 7.000 de ellos participaron de una huelga de 5 días (del 3 al 7 de febrero). La demostración de fortaleza por parte de los trabajadores sindicalizados reflejó un cambio de paradigma: los ciudadanos de Hong Kong comenzaron a aceptar la organización sindical como un modo de resistencia colectiva. Junto con las estrategias de confrontación en el parlamento, la resistencia en las calles y el movimiento de consumidores que boicotean las empresas pro China, este nuevo movimiento sindical reestructurará el panorama de las luchas políticas, sociales y económicas de Hong Kong. En este sentido, la huelga de los trabajadores de la salud en Hong Kong está haciendo época.

Revitalizar el papel de los trabajadores sindicalizados

Hong Kong siempre ha sido el paraíso del capitalismo liberal. Se garantizó el derecho de huelga en la pequeña constitución de Hong Kong, la Ley Básica, pero la ordenanza sobre el empleo solo protege las actividades sindicales fuera del horario laboral o con la aprobación de los empleadores, lo que deja a la huelga en un área legal gris. El derecho a la negociación colectiva está ausente en el sistema legal, a pesar de que la ciudad ratificó el convenio número 98 de la Organización Internacional del Trabajo: “derecho de sindicación y negociación colectiva”. La mayor federación sindical está controlada por el Partido Comunista Chino. Cuando se sindicalizaron, la mayoría de los trabajadores estaban motivados por los beneficios relacionados. Para los sindicatos de derecha en el campo prodemocrático, la membresía rara vez superaba los mil trabajadores, especialmente en los sindicatos recién establecidos. Sin embargo, se demostró que la HAEA es la excepción a la regla. A pesar de que el sindicato se creó recién en octubre de 2019, después del llamado público a iniciar la huelga, la membresía se disparó de 300 en diciembre de 2019 a más de 18.000 solicitudes y más de 10.000 registros exitosos para el 30 de enero de 2020.

Tras el traslado de las industrias manufactureras a China, aumentó significativamente la cantidad de huelgas en Hong Kong en la década de 1990. En ciertas manifestaciones que despertaron la atención del público, como la huelga de los trabajadores del hierro en 2007 y la de los trabajadores portuarios en 2013, rara vez participaron más de mil personas. El 5 de agosto de 2019, el público convocó una “huelga general” simbólica de un día como una nueva estrategia para promover el AEBM. El organizador estimó que 350.000 personas se unieron a las asambleas de “huelga” en Hong Kong, aunque en realidad muchos se ausentaron del trabajo con permiso y entre los participantes también había trabajadores independientes, maestros y estudiantes que tenían el día libre. En comparación, 7.000 empleados de la HA ya habían firmado una promesa de huelga antes del 31 de enero, lo que superó con creces el límite inferior establecido por los organizadores sindicales de 4.000 trabajadores (5% del personal de la HA).

Como trabajador de la salud, participar en una huelga a pesar de una pandemia inminente fue sin dudas una decisión difícil. Sin embargo, los miembros de la HAEA mostraron una fuerte determinación para protegerse y proteger a los ciudadanos de Hong Kong de un desastre debido a la inacción del gobierno. “Organizar sindicatos, unirse a las tres huelgas (de trabajadores, de comerciantes, boicot de clase)” fue un nuevo consenso que se formuló durante el AEBM para exigir una reforma democrática en la ciudad. Aunque el movimiento fue interrumpido abruptamente por la pandemia, la crisis reveló aún más el absurdo y el peligro de la tendencia autoritaria de la política de Hong Kong-China. Este aspecto provocó que los trabajadores de la salud estén al frente del nuevo movimiento laboral. La huelga de la HAEA, así como el apoyo público, afectará la dirección futura del movimiento democrático de Hong Kong, por lo que el trabajo organizado podría volver a ser el principal agente del movimiento de democratización, como en muchos otros países.

Fuerte respaldo público ante la escasa legitimidad gubernamental

El 23 de enero, la HAEA pidió a la HA que exigiera públicamente al gobierno que prohibiera el ingreso a la ciudad a cualquiera que viajara desde China continental, y que se garantizaran condiciones de trabajo seguras para todos los empleados con un suministro suficiente de salas de aislamiento y mascarillas, así como la cancelación de los servicios que no fueran de emergencia. De lo contrario, el sindicato resolvería iniciar una huelga. Luego se agregó una demanda para evitar represalias contra los huelguistas. Una semana y media después, se produjo la huelga. Este reflejó no solo la magnitud de la crisis que enfrenta el sector médico, sino también el hecho crucial de que los nuevos sindicatos heredaron el apoyo público y la capacidad de movilización del AEBM. La resistencia en Hong Kong estaba aprendiendo a adoptar modos organizados de acción colectiva para superar el estancamiento político.

Después de haber presenciado “tres huelgas” simbólicas e innumerables bloqueos de carreteras, los ciudadanos de Hong Kong parecían estar más acostumbrados a las interrupciones en la vida cotidiana debido a las acciones políticas. Por lo tanto, habían extendido su apoyo a la HAEA, pero la escala de la huelga de los trabajadores de la salud y el cese de actividad desafió el nivel de tolerancia de los ciudadanos a la acción sindical. El 23 de enero, la HAEA informó con 7 días de anticipación que realizaría una asamblea general de emergencia el 1 de febrero. Propusieron que si la HA se negaba a cumplir con sus demandas, comenzarían una huelga de 5 días. La primera fase (3 de febrero) abarcó solo a los servicios que no son de emergencia. La segunda fase incluía a todos los niveles (4 al 7 de febrero) y limitaría la prestación de servicios de emergencia. A pesar del impacto potencialmente devastador de la huelga en el funcionamiento del hospital, la encuesta de opinión popular publicada el 31 de enero reveló que el 75% de los entrevistados no estaban conformes con el

modo en que el gobierno estaba manejando el brote, el 80% apoyó un cierre estricto de la frontera y más del 60% expresó su apoyo a la huelga de trabajadores de la salud si las respuestas del gobierno seguían siendo ineficaces.

Podría decirse que este amplio apoyo público se debió al colapso de la legitimidad del gobierno a partir del AEBM. El gobierno ha condonado la violencia policial contra los manifestantes y la violencia indiscriminada de ciertas pandillas progubernamentales contra civiles desde junio de 2019. Los manifestantes fueron arrestados por miles, muchos fueron sentenciados a varios años de prisión y algunos fueron víctimas de agresión. Estos episodios marcaron un alejamiento de la anterior política de relativa moderación y tolerancia hacia la oposición, y el colofón de las medidas autoritarias que comenzaron a ampliarse a partir de la Revolución de los Paraguas de 2014. Además, durante las protestas la policía arrestó sin motivo a los socorristas voluntarios, lo que provocó la ira generalizada del sector médico contra el gobierno. La indignación pública se avivó con la propagación de la Covid-19, apodada “SARS 2.0”, y el gobierno una vez más eligió ignorar demandas públicas, como lo hizo con el AEBM.

Membresía sólida y apoyo sindical intersectorial

La HAEA representó al sector sanitario público, uno de los más grandes de la ciudad, ya que proporcionó una sólida base de miembros que propicia la sindicalización a largo plazo. La HA es un organismo estatutario que administra todos los hospitales e instituciones públicas en Hong Kong, regido por su junta directiva y responsable ante el gobierno. Más del 90% de sus ingresos entre 2018 y 2019 provino de fondos gubernamentales. Es el segundo empleador más grande de la ciudad (después del propio gobierno) con casi 80.000 empleados. El sector médico de Hong Kong se alineó durante mucho tiempo con el bloque pandemócrata con una imagen profesional y liberal. Esta

vez, empleados de diferentes rangos participaron activamente en la firma del compromiso de huelga de la HAEA (73% enfermeras, 11% profesionales de la salud aliados, 8% médicos, 7% personal auxiliar y 1% personal administrativo y otros), lo que refleja la fuerte solidaridad dentro del sector. Para el 30 de enero, la HAEA ya representaba al 22,5% de la fuerza laboral de la HA, mientras que el comité y la membresía de la HAEA estaba compuesto principalmente por personal joven y junior listo para participar en acciones militantes. Estos miembros supieron mantener la fortaleza de su poder y representatividad para llevar a cabo negociaciones colectivas en nombre del personal de la HA.

Más importante aún, el sector de la salud recibió el apoyo de sindicatos de otros sectores. El 24 de enero, 50 sindicatos, incluida la HAEA, plantearon requerimientos para la prevención del brote en una conferencia de prensa conjunta. Además del cierre de la frontera, estos sindicatos también solicitaron la provisión de mascarillas para empleados y clientes, la cancelación de todos los viajes de negocios a China y acuerdos con los empleadores para establecer el trabajo desde casa. Muchos de los sindicatos que apoyaron de manera activa la huelga de la HAEA, incluidos Railway Power, Hong Kong Financial Industry Employees General Union y Unions for New Civil Servers también realizaron encuestas para comprender la actitud de sus miembros hacia la implementación de medidas sindicales conjuntas. Todos estos sindicatos se formaron después del AEBM, lo que reflejó que el movimiento de resistencia a la Covid-19 había ganado apoyo intersectorial.

Resultado de la huelga: logros y espacios para continuar la lucha

Cuando la tarde del 7 de febrero la HAEA anunció el fin de la huelga, de acuerdo con el voto democrático de los miembros, ninguna de las cinco exigencias de HAEA se había cumplido en su totalidad. Peor

aún, la HA no había reconocido formalmente el estado del sindicato. La huelga ha sido un gran éxito en la historia del sindicalismo democrático en Hong Kong, en el sentido de la concesión inmediata por parte del gobierno y el establecimiento de la toma de decisiones democráticas dentro de la resistencia.

Contrariamente a la afirmación de la jefa ejecutiva Carrie Lam de que el nuevo cierre de la frontera y las medidas de cuarentena no tuvieron “nada que ver con la huelga de los empleados de la HA” y que “el uso de medidas extremas para amenazar al gobierno nunca tendrá éxito”, se puede observar fácilmente un patrón de concesión táctica del gobierno que tiene como objetivo dividir a los huelguistas y simpatizantes. El 28 de enero, después de que la HAEA anunciara que celebraría una asamblea general extraordinaria para votar sobre el plan de huelga, el gobierno anunció el cierre del enlace ferroviario de alta velocidad a China continental y la reducción a la mitad de los vuelos desde el continente en el plazo de dos días. El 3 de febrero, cuando 3.000 empleados de servicios que no eran de emergencia participaron en la huelga y exigieron una negociación abierta en la sede de la HA, Carrie Lam anunció el cierre de otros 4 puertos conectados al continente. En el tercer día de huelga (5 de febrero), cuando el número de huelguistas llegó a 7.000 y varios sindicatos de transporte anunciaron su intención de realizar acciones sindicales, Carrie Lam declaró que todas las personas que ingresaran desde China continental estarían obligadas a autoaislarse durante 14 días a partir del 8 de febrero, día en que se planeaba finalizar la huelga. A pesar de que la demanda del sindicato (sobre prohibir el ingreso de no residentes desde el continente) no se cumplió por completo, se hicieron importantes concesiones. A pesar de las concesiones, el continuo nivel de participación condujo al éxito del plan de huelga integral del sindicato. La legitimidad del plan se ratificó gracias al voto democrático de la asamblea general extraordinaria y la firma del compromiso de huelga. A pesar de que 2 millones de manifestantes se movilizaron de forma masiva durante el AEBM, Carrie Lam tardó tres meses en

revocar el proyecto de ley de extradición. Por el contrario, la huelga permitió obtener reconocimientos tangibles en solo una semana, lo que refleja indirectamente la efectividad relativa de la huelga como estrategia de resistencia.

A su vez, la huelga demostró la importancia de la democracia dentro de la organización de la resistencia para evitar el fraccionamiento y la lucha interna. La huelga comenzó con más de 3.000 trabajadores de la salud que votaron en la asamblea general. El 99% de ellos votó en apoyo a la huelga y más de 9.000 firmaron un compromiso de huelga con sus nombres reales. De este modo, se estableció un fuerte respaldo entre los miembros. El último día de huelga (7 de febrero), 3.000 votaron para que continuara, mientras que 4.000 estuvieron a favor de volver a trabajar. En total, 7.000 trabajadores participaron en la huelga y la votación final. Finalmente, el sindicato siguió la voluntad de la mayoría y anunció el fin de la medida, lo que refleja el respeto por la democracia. Dentro del sindicato, había miembros militantes capaces de renunciar de forma masiva para presionar al gobierno. También había pragmáticos que posiblemente estaban preocupados por su sustento y la ética médica ante una huelga indefinida. La votación resolvió con éxito esta diferencia interna. Este aspecto era muy importante para el movimiento social en Hong Kong, ya que atravesaba divisiones internas entre los “militantes” y los “resistentes pacíficos” desde 2014.

A pesar de estos logros, debido a las limitaciones de los derechos de huelga y negociación colectiva, la jefa ejecutiva calificó abiertamente la huelga como “un acto de extremismo”, mientras que la HA emitió amenazas de despido aisladas y aún no se sabe si tomarán represalias contra los huelguistas. Al recordar la huelga de la HAEA, los derechos de huelga y de negociación colectiva eran una demanda necesaria para que el movimiento sindical creciera.

Futuro del movimiento democrático y sindical en Hong Kong

El brote de Covid-19 y la respuesta gubernamental tardía proporcionaron un punto de convergencia para la resistencia entre sectores. Además, la resistencia continuó después de la huelga. El 7 de febrero, la HAEA anunció que se establecería un “fondo de defensa” en apoyo a sus miembros y a otros sindicatos sectoriales en caso de suspensión, despido o descenso de categoría debido a la participación en acciones sindicales. La HAEA también continuó organizándose en hospitales constituyentes, presionando a la HA a través de medios legales y foros de empleados, y revelando la falta de suministros médicos en varios hospitales (por ejemplo, se opuso a la afirmación de la HA de que reutilizar la mascarilla facial N95 era una práctica aprobada por estándares internacionales). La militancia de los nuevos sindicatos también inspiró a los más antiguos, como la Asociación de Personal de Enfermería, a iniciar huelgas ante la falta de equipos de protección.

Muchos sectores también se dieron cuenta de que estaban en la primera línea de la resistencia al brote junto con los trabajadores de la salud. Durante la huelga, más de 20 sindicatos se sumaron a las acciones como muestra de solidaridad, mientras que los nuevos sindicatos que representan a terapeutas ocupacionales, fisioterapeutas y fonaudiólogos empleados por organizaciones distintas a la HA también participaron en la huelga.

De la mano de la Union for New Civil Unions, otros 10 sindicatos le pidieron a Carrie Lam que retractara la afirmación de que la huelga era “un acto de extremismo”. La huelga de los trabajadores de la salud del sector público en Hong Kong sentó una base sólida para la nueva ola del movimiento sindical e inspiró a los miembros de la sociedad a repensar las formas que pueden adoptar la resistencia y las demandas democráticas. Tanto las políticas de prevención de brotes como la protección de los puestos de trabajo para ejercer los derechos de huelga y negociación colectiva demuestran que los

derechos civiles y socioeconómicos están íntimamente vinculados a los derechos políticos. El movimiento sindical democrático de Hong Kong aún tiene mucho margen para continuar luchando.

Traducción de María Paula Vasile

Líbano: una revolución en tiempos de pandemia

Alexandra Kassir

En el Líbano, las estaciones cambiaron rápidamente este año. La esperanza floreció a medida que las hojas de otoño caían y un frío se apoderó del país en los primeros días de la primavera. Desde el 17 de octubre de 2019, los muros del miedo comenzaron a desmoronarse bajo el peso de la creciente crisis económica y estallaron las protestas masivas, pacíficas, sin distinción de facciones y sin líderes en todo el país, lo que amplió el horizonte de posibilidades. Seis meses después, las quejas económicas, la escasa provisión de servicios públicos, la corrupción rampante y la fe disminuida en los partidos gobernantes que llevaron a miles de libaneses a protestar contra la oligarquía sectaria, están más vigentes que nunca. El brote de Covid-19 agravó la crisis económica y financiera, y lamentablemente expuso las profundas deficiencias del sistema de protección social libanés. El Líbano tiene uno de los niveles de deuda per cápita más altos del mundo y, antes de la pandemia, el Banco Mundial¹ había proyectado que el

¹ Banco Mundial. (21 de abril de 2020). Evaluación de hogares pobres en el Líbano. Informes. <https://www.worldbank.org/en/news/factsheet/2020/04/21/targeting-poor-households-in-lebanon>

45% de la población viviría por debajo de la línea de pobreza en 2020. Junto con la rápida devaluación de la moneda libanesa, los controles de capital impuestos por el sector bancario, la inflación en los precios de los alimentos y los recortes salariales, la respuesta lenta e inadecuada del Estado a la crisis condujo a un deterioro rápido de los niveles de vida y dejó a muchas familias hambrientas. En el Líbano, “la clase dominante es más peligrosa que el virus” y los manifestantes prometieron mantener viva la revolución a pesar de la pandemia.

Contener las protestas

La crisis de la Covid-19 le dio al gobierno recién electo una oportunidad única para consolidar su poder. Las medidas de confinamiento restringieron drásticamente la libertad de movimiento y reunión. La mayoría de las instituciones y empresas debieron cerrar, se impuso un toque de queda después de las 7 pm y un decreto ministerial restringió la circulación de automóviles según el número de placa. Se desplegaron las fuerzas militares y de seguridad en todo el país, se establecieron puestos de control y patrullajes de las calles en un esfuerzo por contener la pandemia. En estas escenas que recuerdan los tiempos de guerra, la Covid-19 no fue el único “enemigo” contra el que hubo que luchar. En la primera noche del toque de queda, la policía antidisturbios desmanteló por completo las tiendas de campaña de la revolución que estaban en la plaza de los Mártires en el centro de Beirut, a pesar de que los pocos manifestantes que vigilaban el campamento habían tomado las precauciones sanitarias necesarias. Lo mismo sucedió en la plaza Al-Nour, el corazón de la sublevación en el norte del Líbano, que se abrió al tráfico por la fuerza después de haber estado cerrada durante los últimos seis meses.

Tan pronto como los manifestantes intentaron recuperar las calles, las autoridades tomaron violentas represalias. El 27 de abril, las Fuerzas Armadas Libanesas dispararon municiones reales y balas de goma para dispersar a cientos de manifestantes reunidos en Trípoli,

con el fin de denunciar las terribles condiciones de vida. Asesinaron a Fawaz Fouad Al-Samman de veintiséis años y muchas personas resultaron heridas. Hasta hoy, los militantes en todo el país enfrentan arrestos arbitrarios y algunos son sometidos a torturas.

Mientras se vaciaban las calles y las plazas públicas, persistieron los ataques contra la libertad de expresión para silenciar a las voces disidentes. El Ministerio de Salud le quitó la licencia para ejercer a un médico que criticó la manera en que el gobierno está manejando la crisis de Covid-19 en un programa de televisión en vivo, y muchos activistas y periodistas fueron convocados por la Oficina de Delitos Cibernéticos de las Fuerzas de Seguridad Interna debido a las publicaciones que compartieron en las redes sociales.

Una revolución en curso

Los manifestantes, que no se inmutaron ante las medidas represivas del *establishment*, afirmaron que “la Covid-19 no mató a la revolución”, pero fortaleció su determinación de liberar al país del control de los poderes sectarios. Por la noche, todavía se escuchaban los golpes de las ollas y, en varias ocasiones, los militantes desafiaron las medidas de confinamiento. Con sus mascarillas puestas, expresaron su enojo y reiteraron las demandas del levantamiento de octubre. Se reunieron frente a las estaciones de policía donde se encontraban detenidos otros militantes, bloquearon carreteras, marcharon hacia el Banco Central, organizaron sentadas en el Ministerio de Finanzas y denunciaron la corrupción y la malversación de fondos públicos. Se manifestaron el día de los trabajadores, celebraron el sexto aniversario del levantamiento y, en la era del distanciamiento social, organizaron protestas automovilísticas en muchas regiones.

Con el inicio de la pandemia, Trípoli se convirtió en el epicentro del levantamiento. Para los manifestantes en la segunda ciudad más grande del país y la más pobre, “el hambre es más letal que la Covid-19” y dejó a muchas familias en la calle. Varias semanas después

de iniciado el confinamiento, quedaron atrás las movilizaciones festivas que se apoderaban de las calles con bailes y música. Debido a la desesperación, cada vez son más los manifestantes recurren a la violencia. Los militantes arrojaron bombas Molotov, destrozaron las fachadas de los bancos, arrojaron piedras y se enfrentaron con las fuerzas de seguridad que tomaron represalias con gases lacrimógenos, balas de goma y municiones reales.

Ya que las movilizaciones callejeras se dispersaron cada vez más durante la cuarentena, los manifestantes recurrieron a formas de activismo alternativas, muchas de las cuales caracterizaron el movimiento antisectario de posguerra que allanó el camino para la revolución de octubre de 2019.

En el sexto aniversario del levantamiento, los ciudadanos libaneses colmaron las redes sociales con el hashtag “#volveremos”. Desde el 17 de octubre dependen en gran medida del activismo digital, y más aún después del confinamiento, para organizar, debatir, recaudar fondos, protestar en vivo y afirmar que la revolución continúa. Durante los últimos diez años, el activismo digital ha contribuido considerablemente a construir y mantener una creciente red de militantes antisectarios. Las plataformas de redes sociales, especialmente Facebook y Twitter, eran espacios privilegiados de movilización y habían facilitado la incorporación de un discurso antisectario y antisistema.

Ante las incertidumbres, los militantes continúan luchando para construir el país al que aspiran a través de actos diarios de resistencia. Con tuits, grafitis y letreros colgados en sus ventanas, los manifestantes nunca dejaron de reclamar sus derechos y, tanto en casa como en la calle, han procurado mantener sus ideales, practicar los valores que respaldan y encarnar la unidad a la que aspiran.

Desde el primer día, las mujeres estuvieron en la primera línea de la revolución luchando contra el sistema sectario patriarcal. Los colectivos feministas desempeñaron un papel clave en el movimiento antisectario de la posguerra, ya que rompieron con los estereotipos, reclamaron las calles y exigieron reformas legales, especialmente

leyes relativas al estatuto personal, el estado civil de las mujeres y al derecho a transmitir la ciudadanía a sus hijos. Durante la cuarentena, muchas personas se unieron a la lucha contra el aumento de la violencia doméstica y colgaron sábanas en sus balcones para compartir el número de la línea directa de la organización no gubernamental que inició la campaña. La primera ley de violencia doméstica del país había sido aprobada en 2014, aunque diluida por las autoridades sectarias. Seis años después, los colectivos feministas siguen exigiendo su enmienda.

Con el estallido de la crisis, la revolución se esforzó por mantener la lucha por la justicia social. Como lo demuestra la respuesta a la pandemia, la oligarquía sectaria tiene un interés personal en mantener el subdesarrollo del bienestar público. La distribución de la ayuda de emergencia se retrasó varias semanas y los líderes sectarios se apresuraron a brindar asistencia para pulir su imagen y mantener sus redes clientelistas. Bajo el régimen sectario neoliberal existente, los movimientos laborales y los sindicatos estaban sistemáticamente sujetos a coerción o cooptación, y las asociaciones profesionales generalmente eran controladas por los partidos sectarios. La revolución de octubre fue testigo del nacimiento de alianzas basadas en intereses y del resurgimiento de las asociaciones profesionales. Pero hoy, en ausencia de sindicatos fuertes capaces de articular las demandas del levantamiento en un proyecto político y económico viable y alternativo, los militantes recurrieron a actos diarios de solidaridad para desafiar la economía política del sectarismo. Los manifestantes de todo el país rechazaron ferozmente las donaciones de los poderes sectarios y lanzaron diferentes iniciativas para tratar de liberar de su control a aquellos que podrían aceptar esa caridad condicionada. Varios colectivos que comenzaron antes o durante la revolución volvieron a canalizar su energía para recaudar fondos, distribuir canastas de alimentos, bandejas de comida, kits de higiene o equipos de protección personal para apoyar a los trabajadores de la salud.

La crisis expuso aún más la fuerte dependencia del país en cuanto a los productos importados. Ante el aumento de los precios de los alimentos y la ausencia de una estrategia para mejorar la seguridad alimentaria, muchos decidieron resolver el asunto por su cuenta. Cada vez más personas cultivan sus propios productos. En diciembre de 2019, un grupo de amigos plantó vegetales en la plaza Al-Nour en Trípoli y fundó la organización “Habaq” (albaha-ca en árabe), que aboga por un sistema alimentario más sostenible. El éxito fue inmediato. En la actualidad, las iniciativas para alentar la producción local, revitalizar el sector agrícola y promover la autosuficiencia alimentaria están proliferando y las comunidades con huertas están creciendo en las redes sociales.

Casi seis meses después del inicio del levantamiento de octubre, el país está en estado de agonía, pero el corazón de la revolución sigue latiendo. En todo el país, las personas luchan sin descanso para recuperar su futuro y construir el país al que aspiran. Mientras la revolución escribe su próximo capítulo, aún quedan muchas preguntas por responder. Sin embargo, es innegable que, en tiempos de pandemia, las protestas son una cuestión de supervivencia en el Líbano y la justicia social es el primer remedio para revivir el país.

Traducción de María Paula Vasile

Bibliografía

Banco Mundial. (21 de abril de 2020). Evaluación de hogares pobres en el Líbano. Informes. <https://www.worldbank.org/en/news/factsheet/2020/04/21/targeting-poor-households-in-lebanon>

Magreb: ¿El regreso del autoritarismo después de las revoluciones?

Kamal Lahbib

Miedo, aislamiento y control son las palabras clave en este período de la pandemia de Covid-19, tanto en el Magreb como en el mundo. El confinamiento y el “estado de emergencia sanitaria” se establecieron correctamente para detener la pandemia. Los gobiernos en el poder también lo han aprovechado como una oportunidad para recuperar la legitimidad política y cierto control sobre el espacio público, que habían perdido con la “Primavera Árabe”, a partir de la restauración del miedo, un sentimiento que estas revoluciones habían superado. Lo hacen con la ayuda de la espada de doble filo del espacio virtual y las nuevas tecnologías. La pandemia resultó un beneficio inesperado para la dictadura militar en Argelia, para el régimen que surgió de la nada en Túnez, sin ningún programa ni identidad política, y para el autoritarismo en Marruecos, que busca desesperadamente restablecer el *hiba*, una mezcla de miedo y sumisión al poder central y sus agentes.

No cuestiono las medidas a veces valientes tomadas por los Estados para enfrentar la pandemia. En respuesta al cierre de las mezquitas durante el Ramadán, los extremistas religiosos reaccionaron

en línea y en las calles. Sin embargo, las medidas adoptadas por los Estados, la exageración mediática que busca asustar a las personas, las nuevas leyes, el despliegue de las fuerzas de seguridad y el ejército en las calles, y la prohibición de las reuniones y manifestaciones públicas les ofrecieron una oportunidad inesperada. Este es el caso, por ejemplo, de Argelia, donde el movimiento de protesta *Hirak* marchaba en las calles todos los viernes desde febrero de 2019. Había también manifestaciones estudiantiles y sentadas en Marruecos, y se realizaban alrededor de mil manifestaciones cada mes en Túnez.

En Argelia, las autoridades están aprovechando la pandemia y la suspensión voluntaria del *Hirak* para acelerar el enjuiciamiento y el juicio de activistas, periodistas y simpatizantes del movimiento. En Marruecos, los excesos en la limitación de las libertades durante la pandemia incluyen detenciones por expresar opiniones en las redes sociales.¹ El gobierno consideró que era el momento adecuado para adoptar un proyecto de ley que aumentara el control de la comunicación virtual.

¿“La revolución disipada”? Un futuro incierto

Los estudios sociológicos revelan que “la protesta social en la región del Magreb ha pasado de disturbios, marcados por una violencia mortal por parte de los ciudadanos y el Estado (...), a manifestaciones pacíficas, sentadas y marchas.”²

La naturaleza social de las protestas ha cambiado. Ya no se reducen a conflictos de clase. Los últimos no han desaparecido, pero los

¹ <https://www.hrw.org/fr/news/2020/02/05/maroc-campagne-de-repression-contre-les-utilisateurs-de-reseaux-sociaux>. Ver también *Tel Quel*: https://telquel.ma/2020/01/10/reseaux-sociaux-condamnes-au-silence_1664415; https://telquel.ma/2020/04/09/face-a-la-pandemie-le-chu-ibn-rochd-abandonne-une-partie-de-ses-patients_1678661

² Abderrahman, R. (12 de febrero de 2018). Cómo explicar los movimientos de protesta en Marruecos. *Le Point*. https://www.lepoint.fr/monde/comment-expliquer-les-multiples-mouvements-de-protestation-au-maroc-12-02-2018-2194160_24.php

nuevos tipos de contradicciones, movilizaciones y actores no se limitan al paradigma clásico del movimiento obrero. Por el contrario, evidencian nuevos conflictos sociales. Mientras que los movimientos sociales tradicionales buscan defender intereses materiales y categóricos, y centrarse en las relaciones económicas de producción, los nuevos movimientos se organizan en torno a valores relacionados con la ciudadanía, la justicia, la igualdad de género, el derecho a ser diferente, la lucha contra la violación y la violencia, o la protección del medio ambiente. Evidencian otras formas de dominación social, sexual, cultural o lingüística, y desafían las formas tradicionales de gestión de conflictos sociales y representación política.

La pandemia y la crisis económica relacionada detuvieron momentáneamente el reclamo de justicia social. Sin embargo, sin dudas empeorará la situación de vulnerabilidad de muchos sectores de la población y exacerbará los conflictos sociales. La pandemia ha tenido el efecto positivo de convencer a los indecisos acerca de la urgencia y primacía de la protección social, así como del derecho a la salud y a beneficiarse del progreso científico y médico. En todo el Magreb, el confinamiento global ya ha provocado protestas y manifestaciones de familias y personas con ingresos limitados.

Si bien los activistas parecen aceptar, impulsadas por la obligatoriedad, esta “tregua de salud”, la resistencia se ha mantenido y amplificado en las redes sociales. En Marruecos, los activistas forzaron la eliminación del proyecto de ley sobre el control de las redes sociales. Los movimientos han multiplicado las declaraciones en toda la región del Magreb. Denunciaron la violencia contra las mujeres, reclamaron los derechos de los migrantes, pidieron la liberación de prisioneros para reducir la propagación del virus y exigieron transparencia en la gestión de los fondos de ayuda destinados a las empresas. Las asociaciones establecieron un vasto movimiento de solidaridad para los más vulnerables. Todas estas iniciativas muestran la vitalidad de la sociedad civil y auguran un resurgimiento de los movimientos de protesta cuando finalice el confinamiento. ¿Tendrán los Estados del Magreb la inteligencia para disipar la revolución

mediante el cuestionamiento del modelo de desarrollo y el respeto por las libertades y la democracia?

La búsqueda de un nuevo modelo de desarrollo se ha convertido en el *leitmotiv* de los gobiernos de Marruecos y Túnez. El rey Mohamed VI describió el modelo de desarrollo actual como “incapaz de satisfacer las demandas apremiantes de los ciudadanos”.³ La comisión que creó para elaborar propuestas alternativas estará fuertemente influenciada por la pandemia. Se cuestiona la opción de privatizar ciertos sectores, como el de la electricidad y del gas.

Sin embargo, la política ya no se lleva a cabo solo en espacios convencionales como partidos y parlamentos, y ya no se trata solo del poder electoral. La política también tiene lugar en las calles, los aspectos sociales, las desigualdades o el acceso a los servicios públicos.

Una revuelta sistémica contra el neoliberalismo

Las revueltas del Magreb tomaron muchas formas: corporativas y políticas, a través de sindicatos o fuera de ellos. Sin embargo, todas formularon la misma crítica radical a las políticas neoliberales y el mismo rechazo al autoritarismo, las dictaduras y las formas clásicas de democracia de delegación (donde exista), las economías basadas en rentas, la privatización de los servicios y bienes públicos, y la colusión entre las élites económicas y políticas. Aspiran del mismo modo a la democracia, la libertad, la dignidad y la justicia social. Los eslóganes muestran una crítica radical a los Estados, que se han convertido en aliados inseparables del neoliberalismo. Son desafiados por abandonar su compromiso de proteger a los ciudadanos del abuso y de garantizar la equidad y el acceso a servicios públicos decentes.

La pandemia ofrece una oportunidad para romper con la primacía del mercado y el mercantilismo. Coloca a los movimientos

³ Mohamed VI. Discurso de apertura de sesiones parlamentarias, 13 de octubre de 2017. <http://www.pncl.gov.ma/fr/Discours/>

sociales y demócratas frente al dilema de “el mercado de valores o la vida”, y pide salir del capitalismo neoliberal como nunca antes.

También cuestiona los límites de la “democracia de protesta”, la naturaleza del poder y, por lo tanto, nuestra relación y alianzas con la democracia representativa y las elecciones, con enfoques territoriales más fuertes y más poder para los actores locales.

Una crisis triple

El Magreb experimenta una crisis de valores, estructuras políticas y formas de acción. ¿Cómo podemos abordar estas tres crisis interconectadas?

La crisis de valores requiere una ruptura con todo tipo de conservadurismo y con la religión como importante marco de referencia en el espacio público. Debemos hacer incidencia y defender los valores de igualdad de género sin reservas y el respeto de las libertades individuales y colectivas.

La democracia, como valor y sistema político, no beneficia a los opositores de la democracia. Las victorias electorales de los conservadores en el Magreb fueron principalmente el resultado de un boicot electoral organizado por aquellos jóvenes desencantados con la política partidista. La democracia es el reconocimiento de la pluralidad y la competencia leal entre las fuerzas involucradas, en total libertad y transparencia para la legitimidad popular. La adaptabilidad de los grupos islamistas a las normas de la democracia y sus victorias electorales los confrontan con la única opción posible que les queda en esta crisis social y financiera intensificada por la pandemia: un discurso moralizante y medidas restrictivas envueltas en preceptos religiosos, pero dentro del marco de un ultraliberalismo. El ejercicio del poder por parte de los gobiernos islamistas inauguró una era de feroces batallas para preservar o recuperar las libertades públicas, colectivas e individuales.

La crisis en las estructuras políticas requiere una ruptura con las formas tradicionales y la herencia que dejó la izquierda de la década de 1970, así como con el deseo de hegemonía, “centralismo democrático” y neoliberalismo como única opción.

La crisis de las formas de acción y los discursos llama a restaurar la esperanza y estar en sintonía con una nueva generación que se tambalea entre los suicidios de la oleada de *boat people* y el extremismo religioso. Las protestas actuales incluyen acciones contenciosas con dimensiones estéticas, teatrales y musicales. Se crean recursos comunicativos, físicos y cognitivos para que cada persona exprese, a su manera, la humillación, el empobrecimiento y la injusticia que experimenta cada día. Los movimientos rompen los límites entre política y estética.

También debe quedar claro que las urnas no son sinónimo de democracia. Son una forma de expresión que no necesariamente garantiza la democracia, ni el respeto por los resultados de la votación. Durante décadas, los movimientos sociales han tenido como objetivo desarrollar un nuevo concepto y práctica de la democracia, y en particular, declarar la legitimidad y experimentar con modelos alternativos a la democracia parlamentaria.

De la crisis sanitaria a la refundación de la política

La crisis de salud global evidencia el fracaso de las políticas de desarrollo, la liberalización económica, la globalización y el capitalismo clientelista, así como el agotamiento de las ideologías (“socialistas”, nacionalistas, panárabes) de los estados poscoloniales.

Los movimientos enfrentan la necesidad de refundar políticas basadas en la no violencia y la descentralización. Para ello, pueden recurrir a la experiencia de luchas anteriores para inventar su propio futuro. Sobre todo, como explica Gustave Massiah, es necesario “reposicionar los niveles locales y municipales en la articulación como parte de un enfoque de acción y políticas a múltiples escalas”,

así como “redefinir el lugar de las instituciones locales y municipales en las estrategias para la transformación de las sociedades”.

En otras palabras, es necesario explorar las bases y alianzas de un nuevo polo democrático. No puede reducirse a la creación de un nuevo partido o una alianza entre partidos. Solo puede tratarse de una nueva forma organizativa y una filosofía de trabajo en red, que se base en experiencias como el Foro Social Mundial y supere los obstáculos que limitan sus acciones.

Traducción de María Paula Vasile

Bibliografía

Abderrahman, R. (12 de febrero de 2018). Cómo explicar los movimientos de protesta en Marruecos. *Le Point*. https://www.lepoint.fr/monde/comment-expliquer-les-multiples-mouvements-de-protestation-au-marr-oc-12-02-2018-2194160_24.php

Human Rights. (2020). <https://www.hrw.org/fr/news/2020/02/05/marr-oc-campagne-de-repression-contre-les-utilisateurs-de-reseaux-sociaux>.

Mohamed VI. Discurso de apertura de sesiones parlamentarias, 13 de octubre de 2017. <http://www.pncl.gov.ma/fr/Discours/>

Tel Quel. (2020). https://telquel.ma/2020/04/09/face-a-la-pandemie-le-chu-ibn-rochd-abandonne-une-partie-de-ses-patients_1678661

Tel Quel. (2020). https://telquel.ma/2020/01/10/reseaux-sociaux-condamnes-au-silence_1664415

Encontrar el camino: activismo sindical durante la Covid-19 en Indonesia

Michele Ford

Durante los últimos treinta años, el pequeño y fragmentado movimiento sindical de Indonesia se ha basado principalmente en su capacidad de movilización en centros industriales clave para obtener concesiones por parte de los empleadores y el gobierno. Nadie se habría sorprendido si la pandemia de Covid-19, después de haberles robado esta arma, hubiera borrado todas las pruebas del movimiento obrero del dominio público. En cambio, los sindicatos han aprovechado la ocasión y utilizado otras estrategias en su repertorio para impulsar mejores medidas de contención y al menos suspender los intentos de usar la pandemia para aprobar una ley contra los trabajadores.

Una rana en una cáscara de coco

En Indonesia, decir que alguien es “como una rana en una cáscara de coco” es sugerir que la persona piensa que sabe todo pero que en realidad no sabe nada, que permanece cautiva de los ecos de su propia

voz que rebota a su alrededor. Así se ha comportado el gobierno indonesio al enfrentar las implicaciones para la salud pública provocadas por la Covid-19.

Indonesia es un país con una gran negación: niega la extensión de la propagación del virus en la comunidad, que se requieren medidas de salud pública más fuertes para contenerlo y el riesgo que representa para el bienestar de sus 270 millones de ciudadanos. La profundidad de esta negación se evidencia con claridad en las respuestas del ministro de Salud y los altos funcionarios, quienes inicialmente ignoraron la amenaza y sugirieron que la ubicación de Indonesia en el Ecuador y las especificidades genéticas de su pueblo (así como la intervención divina) protegerían al país del daño.

No se reconoció a la Covid-19 como una posible epidemia de manera oficial hasta el 28 de enero de 2020, cuando se declaró inicialmente un estado de emergencia de un mes, que requería que las autoridades regionales cumplieran con las políticas del gobierno central. No se formó un grupo de trabajo especial hasta el 13 de marzo. Y aunque se extendió la emergencia nacional, no se declaró la emergencia de salud pública hasta el 31 de marzo. Cuando el gobierno comenzó a enfrentar la pandemia, sus esfuerzos fueron, en el mejor de los casos, lánguidos y, en el peor, contradictorios.

Se cancelaron los vuelos desde la provincia de Hubei a partir del 27 de enero y los vuelos desde el resto de China a partir del 5 de febrero. En ese momento, no se había detectado ninguna infección, aunque cientos de personas posteriormente repatriadas de Wuhan fueron puestas en cuarentena en las Islas Natuna. Pronto comenzaron las restricciones a viajeros de Irán, Italia y Corea del Sur. Pero no fue sino hasta el 20 de marzo que cesaron los viajes para ciertas clases de visa y para todos los viajeros de España, Francia, Alemania, Suiza y el Reino Unido. De hecho, mientras otros gobiernos estaban considerando cerrar sus fronteras, a mediados de febrero, el presidente Joko Widodo (Jokowi) anunció una serie de incentivos para alentar a los turistas a venir a Indonesia.

Las estadísticas de coronavirus de Indonesia permanecieron en niveles bajos debido a la falta de tests y registros aleatorios. El primer caso de Covid-19 no se confirmó oficialmente hasta el 2 de marzo. El 19 de marzo, Jokowi anunció que se realizarían tests rápidos masivos, pero a principios de mayo solo se habían realizado 400 pruebas por millón de habitantes. A esa altura, en Filipinas, el segundo país más grande del sudeste asiático, ya se habían realizado más del doble: más de 1.000 pruebas por millón de habitantes. Vietnam y Tailandia, el tercer y el cuarto país más grande de la región, realizaron cada uno más de 2.500 pruebas por millón.

Hasta el 1 de mayo solo se habían registrado 10.551 casos y 800 muertes en Indonesia, y la capital, Yakarta, representaba alrededor de la mitad de los casos y de las muertes. Se suscitaban sospechas sobre la falta de informes cuando los funcionarios llamaron la atención sobre un aumento en el número de entierros en la ciudad, que en marzo y abril fue 2.500 veces mayor al mismo período del año anterior. En ausencia de otras amenazas extraordinarias para la salud pública, es posible suponer que muchas de estas muertes fueron consecuencia de la Covid-19.

La respuesta de salud pública del gobierno

Las medidas de salud pública también han confundido a muchos. El 15 de marzo, Jokowi instó a los indonesios a trabajar y rezar en casa. Pero las medidas específicas para las escuelas y los lugares de trabajo, y las limitaciones al culto público y otras actividades públicas no se anunciaron hasta el 31 de marzo, cuando se declaró una emergencia de salud pública. Incluso entonces, las administraciones regionales solo podían cerrar escuelas y lugares de trabajo, o suspender las actividades religiosas y reuniones en lugares públicos con la aprobación del Ministerio de Salud. El gobierno también se resistió a impedir los viajes interregionales a pesar del inminente *mudik*, el éxodo anual de musulmanes indonesios de las principales ciudades

al final del mes de ayuno. Después de varias prevaricaciones, Jokowi finalmente anunció el 21 de abril que no se permitiría viajar desde la “zona roja” que rodea a Yakarta durante el período comprendido entre el 24 de abril y el 31 de mayo. Este período no abarcó el primer día del mes de ayuno, ni la primera semana de celebraciones del Eid.

Ante la ausencia de una guía clara del gobierno central, la carga de enfrentar la pandemia recae sobre los hombros del gobierno local. La respuesta ha sido más aguda en Yakarta. El gobernador de la ciudad restringió el transporte público y ordenó el cierre a gran escala de lugares de entretenimiento y turísticos a mediados de marzo. Poco después, anunció un estado de emergencia en toda la ciudad, estableció que los residentes de Yakarta, fuera de los sectores designados, trabajaran desde sus casas, redujo las horas de transporte público y su capacidad, prohibió las reuniones de más de cinco personas y determinó el distanciamiento social. A fin de mes, suspendió los viajes de larga distancia en autobús de Yakarta a las regiones para prevenir la propagación del virus, si bien el gobierno central se opuso a la decisión. Otros líderes locales también actuaron unilateralmente y establecieron puntos de control e incluso cerraron los aeropuertos regionales.

Lamentablemente, este mosaico de medidas de contención, que depende en gran medida de los gobiernos locales, fue inadecuado. Los residentes de Yakarta se apresuraron a abandonar la ciudad en los tres días anteriores a la entrada en vigencia de la prohibición de viajar por el *mudik*. Los intentos continuaron incluso después del 24 de abril y la policía debió forzar el regreso de 25.728 vehículos en los primeros diez días del cierre. En otros lugares, vecindarios enteros fueron rociados con desinfectante, pero muchas personas han hecho oídos sordos a los mensajes sobre el distanciamiento social. El transporte público sigue abarrotado y los residentes aún se congregan. En Sulawesi, un jefe de distrito fue denunciado a la policía por blasfemia después de que intentara implementar la política del gobierno central y evitar que se realizara la tradicional oración de los viernes.

Por supuesto, el riesgo es que la pandemia se arraigue en el país de tal manera que sea difícil de erradicar. Aunque Indonesia es ahora un país de ingresos medios, su infraestructura de salud es pobre. Tiene solo cuatro médicos y diez camas de hospital cada 10.000 habitantes. Hay solo 3.300 camas de UCI a nivel nacional, un número que aumenta a 8.000 cuando funcionan otras unidades especializadas. Esta cifra más alta equivale a solo 0,3 camas de UCI cada 10.000 habitantes. Si no se contiene la Covid-19, es difícil pensar que Indonesia pueda escapar de un desastre humanitario de inmensas proporciones.

Preocupaciones económicas y políticas

Una de las razones por las que el gobierno tardó en actuar, al igual que en otros países, fue la preocupación por los efectos económicos, sociales y políticos que provocarían las medidas más estrictas de salud pública. Si bien Indonesia se mantuvo relativamente indemne a la crisis financiera mundial de 2008, persisten los recuerdos de la crisis financiera asiática de 1997-1998. La moneda se derrumbó y el crecimiento del PBI cayó de un promedio de 7,2% anual en el período 1983-1996 a -6,4% en el período 1997-1999. La crisis provocó disturbios sociales generalizados, violencia y finalmente la caída del régimen de Suharto, que había permanecido en el poder durante 32 largos años.

La economía de Indonesia se ha recuperado de las devastadoras pérdidas de aquella época y ha logrado un crecimiento promedio del PBI de alrededor del 5% en los últimos años. Pero sigue siendo frágil y la Covid-19 está golpeando fuerte. Aunque gran parte de la economía sigue operativa, los peores escenarios a principios de mayo pronosticaron que el crecimiento del PBI se reduciría a cero. Las cifras del gobierno sugieren que cerca de 3 millones de personas ya habían perdido sus empleos a mediados de abril. Según el ministro de Finanzas, unos 70 millones de trabajadores del

sector informal están en riesgo. Hay rumores sobre la posibilidad de que se produzcan disturbios sociales si las cosas empeoran.

Entonces, no resulta extraño que el gobierno se haya concentrado principalmente en salvar la economía, a pesar de los riesgos que conlleva esa estrategia. Sus intentos de hacerlo incluyen la asignación de USD 26.360 millones (alrededor del 2,5% del PBI del país) para paquetes de estímulo dirigidos a la atención médica, la protección social y la recuperación económica. Las medidas dirigidas a los vulnerables incluyen la distribución de alimentos básicos y ayuda directa en efectivo, así como electricidad gratuita para quienes poseen el suministro de electricidad más bajo y viviendas de bajo costo. Se han establecido una serie de subsidios y préstamos para micro, pequeñas y medianas empresas.

El sector manufacturero ha sido uno de los objetivos del paquete de estímulo. Ahora existen incentivos fiscales para los fabricantes, incluido un aplazamiento del impuesto sobre sociedades y la devolución acelerada del IVA en 19 subsectores. El gobierno también anunció una exención de impuestos de seis meses para los trabajadores industriales con un ingreso anual de hasta USD 12.500, un umbral lo suficientemente generoso como para abarcar a muchos en puestos gerenciales bajos y medios, así como a aquellos en la línea de producción. Además, el ministro de Recursos Humanos instó a los gobernadores provinciales no solo a gestionar activamente los riesgos de la transmisión en el lugar de trabajo, sino también a que los empleadores directos paguen los salarios de los trabajadores forzados al aislamiento o a los que fueron despedidos como resultado del virus. El gobierno también amplió su programa de seguro de desempleo para cubrir las pérdidas de puestos de trabajo relacionadas con la Covid-19, el que otorga a los trabajadores afectados USD 62,50 mensuales (o alrededor de una cuarta parte del salario mínimo en la capital) durante tres meses.

La respuesta del movimiento sindical

Con medidas tan generosas en pie, parecería que el movimiento laboral debería tener pocas preocupaciones. Pero en Indonesia, como en muchos países similares, existe una gran brecha entre política y práctica. Los sindicatos tienen razón al preocuparse por una amenaza potencial a los medios de subsistencia y la salud de los miembros.

El pequeño movimiento laboral de Indonesia ya estaba bajo presión cuando golpeó la Covid-19. Sorprendentemente, tuvo éxito al hacerse espacio luego de la caída del régimen de Suharto y restablecer sindicatos independientes que, aunque no eran fuertes según las medidas convencionales, se fortalecieron a pesar de su tamaño. En solo dos décadas, estos sindicatos pasaron de ser políticamente invisibles a ser cortejados por gobernadores y candidatos presidenciales. También obtuvieron algunas victorias económicas importantes, ya que aprovecharon su poder de movilización para convencer a los funcionarios de gobierno de que se unieran a ellos en los consejos salariales locales para lograr incrementos asombrosos en los salarios mínimos. En 2013, el salario mínimo aumentó en promedio 45% en las áreas metropolitanas y un increíble aumento del 57,6% en el distrito industrial.

Pero pronto los sindicatos se convirtieron en víctimas de su propio éxito. Después de un enorme aumento de la influencia económica y política del trabajo organizado en el período entre 2009-2014, el gobierno respondió. En 2015, introdujo una fórmula para calcular los aumentos del salario mínimo que de hecho eliminaba la función de los consejos salariales locales como espacios de negociación. A su vez, socavaba la influencia política de los sindicatos, que había estado estrechamente vinculada a la capacidad de lograr la manifestación de sus miembros durante el ciclo anual de las negociaciones del salario mínimo.

El gobierno tomó medidas adicionales para aplacar a los sindicatos en febrero de 2020, cuando presentó la ley general de creación

de empleo ante el parlamento. Dicho proyecto de ley, que prometía facilitar los negocios y atraer inversión extranjera, estaba destinado a enmendar 73 leyes existentes que se ocupan de todo, desde la protección ambiental hasta las disposiciones fiscales. Pero, como señaló el presidente de la asociación de empleadores, “la reforma laboral es el espíritu principal” del proyecto de ley. Los sindicatos se preocuparon especialmente por la propuesta de una reducción en las indemnizaciones por despido, un antiguo objetivo de los grupos de presión empresarial, que ante la ausencia de subsidios de desempleo proporciona un apoyo vital a los trabajadores despedidos que intentan encontrar un nuevo trabajo. Pero, si se aprueba, la ley también eliminaría las disposiciones sobre las licencias pagas por razones familiares, relajaría los controles sobre la contratación externa y ajustaría aún más el proceso de fijación del salario mínimo. Además, los despidos ya no podían ser apelados en el tribunal de relaciones laborales.

Los sindicatos ya estaban preocupados por los riesgos del cierre de fábricas, así como por los riesgos para los miembros que no podían trabajar desde sus hogares. Pero la preocupación se intensificó por el hecho de que el parlamento continuaba discutiendo el proyecto de ley. Los sindicatos y las ONG ambientalistas comenzaron a movilizarse antes de que la Covid-19 golpeará a Indonesia, pero las regulaciones de distanciamiento social eliminaron el espacio para protestas legítimas. Los sindicatos cancelaron una manifestación planificada para el 23 de marzo debido a la pandemia. Pero once días después, cuando el parlamento tomó la decisión de seguir adelante con las deliberaciones, amenazaron con organizar una manifestación a gran escala, con distanciamiento social, para detener el avance del parlamento. Said Iqbal, líder de la Confederación de Sindicatos de Indonesia, estuvo al frente de la decisión y advirtió que reunirían a 50.000 trabajadores para protestar frente al parlamento. Ante las preguntas de los periodistas sobre su plan de ignorar las medidas de distanciamiento social, respondió “Nos sentimos amenazados. Primero, amenazan nuestras vidas porque todavía estamos trabajando

durante la pandemia. En segundo lugar, amenazan nuestro futuro al tratar el proyecto de la ley general”.

Posteriormente, los líderes de las tres confederaciones principales anunciaron que el 30 de abril se realizaría una protesta conjunta con cientos de miles de trabajadores. Jokowi, tal vez preocupado por el efecto del contagio social (se habían emitido instrucciones que ordenaban a la policía tomar medidas contra cualquiera que criticara a los funcionarios por la forma en que manejaban la pandemia), respondió con celeridad y convocó a los líderes de las confederaciones al Palacio Presidencial el 22 de abril para elaborar un acuerdo.

Dos días después, Jokowi anunció que había hecho un trato con el parlamento para posponer la discusión del artículo del proyecto de ley sobre las relaciones laborales. El aplazamiento, dijo, brindaría una oportunidad para la participación de los interesados. En respuesta, las confederaciones suspendieron la manifestación del 30 de abril. También ordenaron a sus afiliados que en lugar de celebrar las Fiestas de Mayo en las calles, como lo hacen habitualmente, donaran equipo médico a hospitales y clínicas, y mascarillas a trabajadores despedidos y a miembros de la comunidad. Las campañas en las redes sociales continuaron destacando las preocupaciones relacionadas con la salud y la pérdida de empleos durante la pandemia, y los riesgos continuos que existen para los trabajadores afectados por la ley general. En un momento de gran incertidumbre, encontraron la manera de evitar una catástrofe, al menos por ahora, y en el proceso demostraron que seguirán luchando cuando pase la crisis de la Covid-19.

Traducción de María Paula Vasile

El movimiento de huelgas en Francia: mantener la lucha durante la Covid-19

Clément Petitjean

En la cadena televisada del 16 de marzo para anunciar la cuarentena nacional, el presidente francés Emmanuel Macron repitió seis veces que “estamos en guerra”. La metáfora de la guerra implicaba un llamado a la unión nacional como solución a la crisis y hacía referencia obvia a la “unión sagrada” que el gobierno francés declaró el 4 de agosto de 1914 cuando estalló la Primera Guerra Mundial. Para el 16 de marzo, Macron ya había cerrado restaurantes, bares, “negocios no esenciales”, escuelas y universidades, y prohibió todas las reuniones de más de 50 personas.

En este contexto, se hizo muy difícil participar de una acción colectiva. Los efectos combinados de la pandemia y el confinamiento parecieron detener repentinamente el movimiento de huelga que comenzó en diciembre de 2019, que representó la ola más larga de huelgas continuas en la historia francesa contemporánea. Del mismo modo, el anuncio de Macron del 16 de marzo sobre la “suspensión” de la reforma jubilatoria indicaría la voluntad del gobierno de lograr una tregua política. *Sin embargo, quisiera sugerir que el confinamiento no puso fin al episodio contencioso, sino que transformó su evolución.*

Después de analizar la cronología general del movimiento y algunas de sus ramificaciones, y centrarse en los efectos inmediatos del confinamiento en las movilizaciones, el artículo se centrará en la reconfiguración de la contienda durante el confinamiento.

Cronología de la huelga

El 5 de diciembre de 2019, las principales confederaciones sindicales lanzaron una huelga nacional “indefinida” contra un plan de reforma jubilatoria que prometía una fuerte caída en el valor de las pensiones de los trabajadores, un aumento en la edad de jubilación legal y una transición hacia fondos de pensiones privados. La huelga asumió de inmediato enormes proporciones, principalmente entre los trabajadores del sistema de transporte público de París y de los ferrocarriles nacionales, pero también sumó a maestros, enfermeras, operadores de tránsito aéreo, electricistas y gasistas, trabajadores de refinерías de petróleo, abogados y bailarines de la Ópera de París. La huelga llevó al sistema de transporte de la capital a una parálisis casi total durante varias semanas y limitó severamente el servicio de trenes de alta velocidad en todo el país. Hubo manifestaciones masivas, ya que alrededor de un millón de huelguistas salieron a las calles de pueblos y ciudades de toda Francia durante cuatro días en diciembre y enero.

El apoyo de la población en general se manifestó también en las encuestas de opinión. Dichas encuestas mostraron de forma consistente que una gran mayoría de los ciudadanos se oponía al plan del gobierno (cerca del 75% de la población, según una encuesta de *Le Figaro*, el periódico históricamente derechista de Francia). Y una mayoría significativa parecía respaldar la huelga, a pesar de los intentos recurrentes de desacreditar las motivaciones de los huelguistas.

Por supuesto, el movimiento contra la reforma jubilatoria no surgió de la nada. Como señalaron dos sociólogos, “[sirvió] como un punto de convergencia de las quejas que varios grupos de trabajadores

han expresado” desde 2016 y el movimiento nacional contra un proyecto de ley de “reforma” laboral, el llamado “loi Travail”. En el otoño de 2017, meses después de que Macron fuera elegido presidente, se manifestó la oposición a una nueva reforma de la legislación laboral a través de grandes protestas. El movimiento de los “chalecos amarillos”, que estalló en noviembre de 2018, representa un aumento de la movilización que no se veía desde mayo de 1968 y es aparentemente novedoso en términos de composición social y repertorios de acción. Desde marzo de 2019, los trabajadores hospitalarios habían organizado huelgas contra los recortes presupuestarios y una negligencia más general de los hospitales públicos con el apoyo de varios colectivos. Del mismo modo, los movimientos feministas que salieron a la luz a raíz de #MeToo en 2017 revitalizaron el conflicto social de manera innovadora a través de las protestas y los eventos del Día Internacional de la Mujer, las manifestaciones masivas contra la violencia sexual y sexista del 23 de noviembre de 2018 y 2019, pero también por medio de la convocatoria a las huelgas de mujeres o al “arte callejero al estilo guerrillero” contra los feminicidios. Tales esfuerzos cuadraron con el movimiento contra la reforma jubilatoria: en el invierno de 2019, las feministas destacaron de manera enfática y convincente cómo la reforma dañaría sistemáticamente a las mujeres y agravaría el componente de género existente en el mercado laboral. El movimiento de la reforma jubilatoria tenía el potencial de unir las luchas bajo un concepto compartido: el rechazo a la agenda neoliberal de Macron, la ampliación de las desigualdades sociales, la represión y la violencia policial, y el reclamo por el fortalecimiento de los servicios públicos por fuera de la lógica del mercado. Por ejemplo, el 17 de diciembre, el día de la acción nacional, una pancarta perspicaz en poder de los trabajadores hospitalarios decía “El Estado está contando su dinero, nosotros contaremos los muertos”.

El movimiento también estimuló el desarrollo de nuevos espacios de lucha. A fines de diciembre, un movimiento académico se opuso al plan del gobierno de “reformar” aún más el sistema universitario francés y generalizar la competencia ya existente entre

universidades y docentes, el financiamiento basado en proyectos de investigación y la precariedad como un modelo de gobierno para estudiantes, profesores y personal administrativo por igual. La oposición tomó forma, se extendió y se manifestó en una mayor militancia y en una interdependencia con el movimiento contra la reforma jubilatoria y el movimiento feminista. A nivel local, surgieron decenas de “declaraciones” de centros de investigación, departamentos de enseñanza y universidades. Se crearon comités organizadores locales para debatir, planificar acciones y convencer a los colegas de unirse al movimiento. Cientos de profesores universitarios (la gran mayoría eran estudiantes de posgrado y profesores adjuntos precarizados, mal pagados y con exceso de trabajo) se declararon en huelga y dejaron de enseñar o calificar artículos académicos. Se celebraron varias asambleas generales en París, seguidas de dos “encuentros nacionales” que reunieron a cientos de personas. El 5 de marzo, a tres meses del inicio del movimiento de huelga que se estableció como el día del cierre indefinido de las universidades francesas, decenas de miles de personas se manifestaron en París y el resto del país. Además de las manifestaciones, los repertorios de acción colectiva incluyeron *flash mobs*, debates, bloqueos digitales o el cierre de varios eventos públicos organizados por el ministro de Educación Superior. Las tácticas más sorprendentes incluyeron la huelga de revistas académicas, que suspendieron todas las actividades editoriales para exponer el papel del trabajo no remunerado en la producción de conocimiento, publicitar su oposición al plan del gobierno y obtener tiempo para movilizarse.

En los primeros días de marzo, muchas de las personas que hicieron realidad estos movimientos estaban agotadas por el frenesí de los meses anteriores. Pero parecía que nuestras oportunidades políticas se estaban expandiendo, que estaba en marcha un proceso de liberación cognitiva y que la clase dominante tenía cada vez más dificultades para producir y reproducir la hegemonía, como lo sugería el uso constante de la coerción policial, que sin dudas “algo está sucediendo”, como indica una expresión popular en los círculos

activistas. Sin embargo, los activistas y organizadores del movimiento se dieron cuenta de que la Covid-19 no era solo “una gran gripe” y que, independientemente de las medidas que tomara el gobierno, el campo de juego se vería alterado.

¿Se detuvo el movimiento?

En términos de actividad opositora, la cancelación de las movilizaciones fue el efecto más directo de las medidas de confinamiento anunciadas entre el 12 y el 16 de marzo. Se suponía que se realizarían numerosas protestas en París durante el fin de semana del 14 y 15 de marzo, incluida una marcha contra la violencia policial y otra contra el cambio climático. La mayoría de los eventos fueron cancelados por los organizadores por razones de salud pública. Por ejemplo, en el movimiento de educación superior, el 13 de marzo, los setenta miembros del comité organizador de París intercambiaron miles de mensajes en su grupo de Telegram para decidir qué hacer. Hubo un consenso general para cancelar las acciones futuras, utilizar la organización en línea y encontrar formas para continuar trabajando “en cuarentena”. Las infraestructuras digitales que se habían construido en los meses anteriores se convirtieron en los principales canales de comunicación.

Sin embargo, este proceso general de desmovilización no debe verse como un respaldo automático a la agenda de la “unión sagrada”. Como señala un periodista, el objetivo fundamental de la retórica de la unión sagrada de Macron era obtener consentimiento, “una base duradera e inflexible para el consenso que primero se basa en la idea de que el esfuerzo de guerra no solo es indispensable, urgente e innegociable, sino también legítimo”. Si parece haberse logrado el consentimiento sobre el confinamiento, no implica que se sostenga sobre una “base duradera e inflexible para el consenso”.

Mantener la contención mediante el desarrollo de la solidaridad

El confinamiento limita drásticamente la posibilidad de acción colectiva, pero la contienda no se ha detenido. En otras palabras, el confinamiento no destruyó los lazos sociales, las redes ni los colectivos e instituciones más o menos formales, ni los marcos colectivos construidos a través de la actividad del movimiento social. Al poner de manifiesto las desigualdades de clase existentes, han resurgido los problemas de redistribución social o los efectos de las condiciones de trabajo y las disparidades salariales en las pensiones, el movimiento de huelga construyó marcos y narrativas colectivas que dan cuenta de que “no estamos todos juntos en esto”, como dice Lesley Wood en el presente libro. Del mismo modo, cuando activistas, periodistas, escritoras, trabajadoras sociales o académicas feministas insisten en los efectos relacionados con el género que tiene el confinamiento, cuando cuestionan a Macron por concebir “el hogar” como un refugio seguro y benevolente, cuando exigen que el gobierno realmente invierta en la lucha contra la violencia sexual y sexista en lugar de dar discursos vacíos al respecto, o cuando luchan por el reconocimiento real del trabajo de cuidadores y las labores reproductivas, utilizan recursos, repertorios y marcos de los recientes movimientos feministas.

Debido a que las interacciones físicas son limitadas, el activismo digital ahora ocupa un lugar más destacado en los repertorios de acción colectiva disponibles. Las diversas campañas en redes sociales, videoclips, memes, peticiones, boletines informativos o “manifestaciones en línea” muestran la adaptación de los repertorios tradicionales así como los más innovadores. Pero la paradoja de la organización digital es que la capacidad del activismo digital para trascender las barreras depende de la proximidad (geográfica y social), que es una condición esencial para mantener las relaciones en el tiempo. En otras palabras, la acción colectiva digital en red no puede existir sin la producción y reproducción de las infraestructuras de la vida

real. Por lo tanto, sería interesante estudiar hasta qué punto disminuyeron los lazos sociales de las personas durante el confinamiento y cómo dicha reducción afecta la sostenibilidad del activismo digital en red.

A pesar de la importancia actual del activismo en línea, la acción colectiva durante el confinamiento no puede reducirse a sus manifestaciones digitales. La acción colectiva “fuera de línea” no desapareció por completo. El más visible es probablemente el aplauso diario desde las puertas, las ventanas y los balcones para apoyar a los médicos y otros trabajadores de la salud, una práctica que se ha convertido en rutina tanto en Francia como en otros países del mundo. Si bien es discutible que los aplausos paradójicamente señalen una forma de “distanciamiento social” de los trabajadores de la salud, el momento también se ha convertido en un punto estratégico para la politización. En parte se debe a que este momento de solidaridad fue despolitizado y recuperado por el gobierno y las autoridades locales, ha habido numerosas iniciativas para politizar los aplausos, para atribuir la responsabilidad de la situación actual a los actores estatales, para enfatizar el conflicto social y para enfatizar que lo que médicos, enfermeras y paramédicos más necesitaban no eran apoyo moral, sino más camas, más mascarillas, respiradores que realmente funcionaran, mejores salarios y un plan real y ambicioso para fortalecer la atención médica *pública*.

La politización puede suceder a través de diversos medios interconectados. Además de aplaudir, las personas cantan canciones que a menudo son variaciones de las mismas canciones que se han cantado durante los últimos meses o con movimientos anteriores. Las personas también cuelgan pancartas de sus ventanas. En Normandía, donde estoy encerrado, mis amigos y yo colgamos una pancarta que dice “Más dinero para los servicios públicos”. Durante las caminatas de una hora que nos permiten hacer, he visto pancartas con consignas como “Cuidado con la venganza. Los malos días terminarán”, “Menos policías, más dinero para los hospitales públicos” y “Dinero para hospitales, no para el capital”. Además, las personas proyectan

consignas, memes o videos en las paredes de los edificios para enfatizar la inconsistencia e hipocresía del gobierno en relación con el manejo de la crisis. El 31 de marzo, que había sido establecido por los líderes laborales como el día nacional de acción contra el plan jubilaro, uno de los videos que se proyectó decía “estaremos confinados todo el tiempo que sea necesario, saldremos a las calles tan pronto como podamos”.

Por último, la realidad del encierro no se puede comprender completamente sin reconocer su carácter de clase fundamental. La mayoría de los oficinistas y gerentes trabajan desde casa, mientras que los trabajadores de la salud, pero también de la venta minorista, la agricultura, el correo o de saneamiento, los “sectores esenciales” de la economía, continúan trabajando todos los días, a veces sin recibir el equipo de protección necesario. Es probable que la crisis actual exacerbe los conflictos en los lugares de trabajo y dé forma a la “conciencia salarial” de los “trabajadores y sindicalistas que quieren lograr un equilibrio entre su salud, la producción económica viable y lo objetivos orientados al interés general”. Este fue el caso en los depósitos de Amazon, donde se realizaron protestas y huelgas cuando comenzó el confinamiento a nivel nacional, lo que provocó una protesta en todo el país y que los inspectores laborales nacionales ordenaran a Amazon que hiciera frente a los riesgos de seguridad.

Existen numerosos esfuerzos de solidaridad en el lugar de trabajo, a menudo liderados por los miembros del sindicato para proteger a sus colegas, pero también para producir bienes que son esenciales para combatir la pandemia (mascarillas, respiradores) o convertir los lugares de trabajo en centros de solidaridad. Otros esfuerzos solidarios incluyen la recolección y distribución de alimentos a personas y familias vulnerables, migrantes o personas sin hogar. Estas iniciativas de ayuda mutua son un objeto de lucha. Mientras que algunos las consideran en términos de decencia y justicia humana básica, otros usan un lenguaje más polémico para definir las en oposición a la estrategia de salud pública del gobierno, que parece estar determinada

en gran medida por los imperativos económicos e ideológicos, para proteger las ganancias por sobre las personas.

Las autoridades públicas también fomentan la contención. Las inconsistencias del gobierno, las medidas contradictorias, las mentiras y la incompetencia generalizada socavan su capacidad de lograr el consentimiento del pueblo. En segundo lugar, el confinamiento ha convertido a la policía en una institución central en la vida de las personas. Varios testimonios sugieren que los controles alimentan una sensación de desconfianza y comportamientos “infrapolíticos” para eludir la arbitrariedad del poder policial. Tal desconfianza aprovecha las críticas a la violencia policial generalizada y la represión que el movimiento de los chalecos amarillos y otros movimientos evidenciaron para el público en general y legitimaron como un reclamo político. Entre el 8 y el 15 de abril, la policía mató al menos a cinco personas. A fines de abril, una mujer y sus compañeras de cuarto fueron arrestadas en Toulouse y puestas bajo custodia policial por colgar una pancarta que decía “Macronavirus, ¿cuándo terminará?”. El arresto generó un amplio apoyo nacional por parte de personas y organizaciones de izquierda.

Como decía un eslogan popular que el movimiento de educación superior usó en las redes sociales al comienzo del confinamiento, “estamos confinados, pero no hemos sido vencidos”.

Traducción de María Paula Vasile

Paro, paz y pandemia en Colombia

Carlos Alberto Benavides Mora y Donka Atanassova Iakimova

En Colombia vivimos tiempos excepcionales. Excepcionales tanto por la incertidumbre que nos embarga como sociedad, como por el alumbramiento social y político que desde hace un tiempo parece concretarse, en medio de un gobierno nacional que orienta sus políticas hacia la reducción de derechos sociales y a la contracción de lo público. Una década de procesos y acontecimientos inéditos marca nuestra situación actual descrita por muchos como de transición, umbral, ruptura o bifurcación.

Paro, paz, pandemia: entre lo público y lo común

Tres imágenes podrían sintetizar nuestro momento. En la primera están las calles tomadas por las variadas consignas y emblemas del disgusto social y de un posicionamiento contra el miedo. De muchas maneras entran en galope distintas movilizaciones sociales que desde el 2008 tiñen con múltiples colores las expresiones sociales y políticas del país.

Por citar algunas de las más connotadas, nombramos la Minga Social y Comunitaria (2008), la movilización de la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (2011), la Cumbre Agraria (2013-2014), las mingas y movilizaciones cívicas como las del Puerto de Buenaventura y Chocó (2018) y, finalmente, el Paro Nacional iniciado el 21 de noviembre del año pasado, cuando la reunión colectiva se tomó las calles, cantando, abrazando y gritando entre cacerolas, poniendo en evidencia capacidades de lo multitudinario y de lo común.

La segunda imagen se tiñe de blanco y adquiere el ánimo de esperanza que invoca la paz como posibilidad. La imagen se inaugura con el momento que todos seguimos esperanzados de manera presencial o en los medios, con la firma del acuerdo de paz con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC, 2016), que anuncia un giro del conflicto armado en Colombia. Un instante que se complementa con las vicisitudes del proceso complejo y sinuoso con el Ejército de Liberación Nacional (ELN) que continúa de manera frágil entre cierres y aperturas. Esto en medio de las tensiones generadas por los odios y temores de una sociedad que se enfrenta a la reconciliación y al perdón.

La tercera imagen es la de la cuarentena derivada de la expansión de la Covid-19, la de un aislamiento en los principales centros urbanos que se produce en conexiones con el resto de América Latina y el mundo. Una imagen que se abarrotó con las gentes de sectores medios en los supermercados comprando papel higiénico, que se vio anticipada por los anaqueles vacíos de alcohol anticéptico, tapabocas y jabón antibacterial en las tiendas de salud, supermercados y droguerías; así como por las expresiones coloquiales de quienes anunciaban un último saludo o una última despedida cálida y próxima, antes del confinamiento.

Paro, paz y pandemia, se entrecruzan en la situación que vive el país y permiten plantear algunas reflexiones al calor de la emergencia/crisis actual y sistémica. Proponemos una perspectiva situada en la triple trama que hemos descrito brevemente, para conjurar

intentos de comprensión aislada de sus efectos, buscando descifrar algunas de las texturas de su significado integral.

Aquí la pandemia es la desigualdad

Un período como el que vivimos, se constituye en un momento importante para la reflexión, dada su capacidad de condensar fuerzas sociales y disputas históricas, en arreglos que expresan las relaciones que constituyen la legitimidad social. Es un acontecimiento porque la potencia social que provoca excede su núcleo intrínseco de significación y se ensambla con otros registros de experiencia social interperlando el orden establecido. Abre puertas y posibilidades para el pensamiento crítico, la praxis política, la imaginación emancipadora; se constituye en polémica plural, en metamorfosis y bifurcaciones.

Algunas lecturas han querido ver en la crisis transnacional despertada por la pandemia un comportamiento democratizador, pues “no se salva nadie”; o bien, el anuncio de lo inevitable, la obligación de un viraje, el inicio del fin de una manera de vivir atada al neoliberalismo. No suenan con claridad ninguno de estos anuncios en Colombia; el 56% de todo el ingreso nacional le toca a la quinta parte de la población más rica, mientras que apenas el 4% le corresponde al quintal más pobre.

Aquí la pandemia es la desigualdad. Quisiéramos proponer una lectura en doble perspectiva que permita comprender lo que está ocurriendo, en la situación que hemos descrito y atendiendo algunas de las dimensiones que la propia noción de pandemia plantea. Para América Latina empieza significando la visión de una catástrofe que se extiende por el mundo que muchos ven como su modelo, la crisis en Europa y Estados Unidos.

Por un lado, referimos la dimensión de lo público, que en parte nos devuelve a los contextos nacionales, donde se define la interpretación de la crisis y se establecen las políticas públicas para

enfrentarla. Lo público se dibuja desde una doble relación, como el escenario de acción de la política del estado y cómo los escenarios que se constituyen para establecer relaciones sociales lo hacen con determinados ordenamientos y pactos.

Por otro lado, nos ubicamos en las experiencias históricas de colectividades rurales y urbanas, locales y regionales, donde se definen relaciones más allá de la institucionalidad sustentadas en la no dependencia y la incredulidad frente a sus capacidades. Una fuerza con matices variados que parece expresar las búsquedas de lo común como impronta de la autonomía y la defensa de la vida. Lo común, que buscamos plantear como clave de lectura, se dibuja como el resultado y la producción como consecuencia de compartir un trabajo, al realizar una tarea social colectiva.

Paradojas de lo público: entre el riesgo y la emergencia

La noción de pandemia (la cual es posible entender en términos sociobiológicos) impacta lo público integralmente. Un primer efecto podría ser el retorno a los estados-nacionales en el contexto de las relaciones globales. La Covid-19 llega a Colombia primero como rumor lejano y luego como pánico europeo. Y desde aquí, con el hálito europeo, irrumpe como crisis hospitalaria, como efecto de la privatización de la salud, como incapacidad del Estado de responder ante las necesidades de sus ciudadanos.

Pero esta es una sensibilidad que afecta quizás a la clase media, no a los sectores populares, quienes no gozan integralmente del derecho a la salud pública. En Colombia hay tres opciones: la salud se paga y se garantiza en lo privado, se padece en un sistema público precario, o se procura en las medicinas tradicionales, alternativas o comunitarias.

Lo que sucede hace algunas décadas es que la sociedad perdió capacidad de regulación social, esto es, capacidad para sanarse y educarse; y estas se delegaron a instituciones de un sistema que tendió

hacia la privatización de los derechos y a una suerte de expresión de política del cuidado que intensifica la responsabilidad individual sobre las formas colectivas.

La situación en Latinoamérica es latente y combina lo espectral con lo posible

Aparece como paradójico, que en un país en el cual el Estado ha brillado por su precariedad o por una presencia dirigida o focalizada, productora de exclusión y de desigualdad, sea este quien pasa a tener un protagonismo inusitado. Pero el estado no es solo una fría conjugación de instituciones y burocracias, sino un campo de relaciones y disputas diversas tanto en las escalas como en la envergadura de los intereses en su interior.

En las escalas se expresa la tensión entre el orden nacional y regional: mientras en Bogotá y otras capitales, las alcaldías inician simulacros para comenzar cuarentenas, a nivel nacional se prorroga la decisión arguyendo razones económicas. En tanto relaciones y disputas, se preparan soluciones de emergencia a la infraestructura hospitalaria y cuando se reportan cerca de 200 muertes en el país, inician las negativas de atención a médicos enfermos y las denuncias de falta de dotación hospitalaria; los médicos se rebelan frente a la falta de responsabilidad estatal, mientras desfila el carro fúnebre con el primer médico.

En Buenaventura y Quibdó, en el Pacífico colombiano, donde las organizaciones sociales han denunciado de manera reiterada la fuga de recursos y el despojo, donde la pobreza y las precariedades institucionales crecen al ritmo de las transacciones económicas, se anuncia ya la crisis hospitalaria y se reavivan las movilizaciones. Cuando se ordena el aislamiento preventivo obligatorio, las gentes deben salir masivamente a las calles a exigir atención y condiciones para soportar lo que se viene.

La cuestión regional cuenta con la economía del narcotráfico que no da tregua ni cuarentena y que al tiempo que amortigua la precariedad, dinamiza la triada guerra/corrupción/persecución y asesinato de líderes sociales, en una nueva disputa por los territorios en los que asoma la posibilidad de la paz.

Lo público está en un lugar de enunciación en el que diversas imágenes se repiten. Están las cifras que cambian día a día, y con ellas las interpretaciones y los lugares de enunciación autorizados. Lo público que establece el orden limpio, que obvia las rupturas y sus consecuentes contaminaciones, se expresa en una cultura ciudadana que regula el comportamiento de forma autoritaria e individualizada, que busca contraer las relaciones y fragmentarlas, para producir un compromiso higiénico que domestica el comportamiento.

La situación en Latinoamérica es latente y combina lo espectral con lo posible. En este engranaje, lo público como escenario aparece concentrado en la higiene uniendo la noción del cuidado individual con el cuidado de los otros. La ilusión de la prevención inunda las habitaciones con guantes, jabones, legía y alcohol, reglamentando distancias e instituyendo el tapabocas como mediación corporal.

Las ilusiones parecen desvanecerse cuando en lo posible solo ganamos tiempo para la gestión pública de camas y ventiladores, para que se desenvuelva la reacción inmunológica que parece impredecible. Las cifras parecen factibles de manejar, aunque la regulación puede utilizar represión y formatos autoritarios; pero desde ciudades como Buenaventura se expresa que el escenario está dispuesto para una posible muerte anunciada.

En determinados lugares lo público parece cierta vida domesticada, que logra regularse al son de un muro de Facebook o un Twitter. Por otro lado, el contagio se convierte en la realidad constante de entretres sociales, justo allí donde las condiciones para la cuarentena en casa son prácticamente imposibles, porque no se tiene casa, ni comida, ni trabajo. Donde la situación de vida es el hacinamiento. Cuestión compartida por los migrantes venezolanos que han iniciado un éxodo de retorno a su país, por los desplazados indígenas emberas

y por los habitantes de las barriadas, localidades y comunas de las ciudades capitales, quienes constituyen la mayoría de su población.

En tales contextos, se activa la posibilidad de movilización, que parece contraria a la higiene pública, que se retrata con la gramática del contagio y de la patología. Retrato suficiente para reprimirlas. Por eso la necesidad de combinar tapabocas y cacerola, de activar multitud sin aglomeración. Los poderosos no se quedan de manos cruzadas frente a la indolencia de los acontecimientos, se desesperan y aprovechan para seguir despojando y decretando. Desconfían de la novedad e intentan hacerla norma, como con los préstamos internacionales engrosados para apoyar a los bancos o las licencias ambientales exprés para aprobar grandes proyectos de infraestructura y explotación petrolera.

¿Cómo restituir lo público como escenario de encuentro, construcción de interculturalidad ciudadana y solidaridad social? Para lograrlo es necesaria una perspectiva de crisis sistémica que prime sobre la lógica de emergencia y riesgo. En la impronta de la emergencia los costos se convierten en el límite, en el descriptor del riesgo y el riesgo es un termómetro que permite medir la fiebre social: cuándo se aísla, cuándo se asiste al hospital, cuándo se ingresa a una unidad de cuidados intensivos.

Contrapuntos de lo común: soberanía y junta

Lo común se afecta de diversas maneras y sus reacciones son múltiples también, quisiéramos entre ellas señalar las emociones movilizadoras como la solidaridad, el miedo, la indignación, la alegría.

El común se entiende como la reconstrucción de potencias sociales sustentada en experiencias históricas concretas. No como algo antiguo que hay que recuperar, haciendo alusión a un añorado estado de bienestar. El común es algo que se construye, es un conjunto de personas, de fuerzas que avanzan juntas, que trabajan de manera mancomunada, de lenguajes, de cosas puestas juntas, de elementos

cognitivos; alude a ese descubrimiento conjunto producto de la necesidad, del deseo e interés.

Lo común se hace visible en primer lugar en el trabajo, en las labores invisibles de quien asea, recoge la basura, limpia, cura y sana. Se plasma, en segunda instancia, en las concreciones de solidaridad, expresadas en la recuperación del intercambio justo, del dar para recibir, en las expresiones del “dona lo que puedas y toma si necesitas”. Y también se expresa en la movilización, en la organización comunitaria que retoma la producción de alimentos para sí y para otros.

En muchas zonas rurales, con presencia organizativa, las guardias indígenas, campesinas y afro, han logrado establecer puntos para controlar las entradas a los territorios que les permite defender su territorio, así como de una posible llegada del virus.

La falsa dicotomía entre salud y economía termina por constituir una economía funcional para quienes se alinderan en el mercado que ve con preocupación el aumento de costos de producción, la disminución de la demanda y la reducción del consumo. Pero en las dinámicas en las cuales se produce lo común, la economía y la salud no se oponen, se imbrican partiendo de una reflexión cotidiana. Por esto los planes de vida (o conjunto de estrategias colectivas de ordenar el territorio y planear la vida en común) realizados por pueblos indígenas, comunidades negras y campesinas, así como por organizaciones sociales, buscan proyectar el hacer de manera conjunta, en función de la vida en común de manera holística.

Las redes de solidaridad y reciprocidad, se tornan protagonistas con sus propias posibilidades y despliegues, teniendo en cuenta que muchas de estas formas de organización son cambiantes y no necesariamente continuas. De cada experiencia de lucha u organización, o resistencia o formas de aguante, quedan hilos que, en situaciones como las que se están viviendo, vuelven a tejerse.

Así de la movilización por la paz y la dinámica de emergencias y empatías expresadas en el Paro Nacional –como de las resistencias regionales– se logran convocar expresiones agroalimentarias, de

distribución de mercado y de cuidado, aunque con una preocupación sobre la reducción de la capacidad productiva de la vida campesina.

Al mismo tiempo, en cada vereda se han logrado organizar para ir por turnos al mercado y enviar algunos responsables que hacen un mercado para todas las familias, situación que permite evaluar qué se vende y consume, los costos y qué se está dejando de sembrar. A nivel urbano están las redes juveniles y comunitarias que actuaron en el paro y que hoy se convierten en repartidores de mercados o en grupos de cuidado.

Lo común se moviliza y reorganiza de diversas maneras y es allí donde puede alimentarse la potencia política para una salida democrático-solidaria, como respuesta a los quiebres de modelo de los cuales esta pandemia es una evidencia más.

Quinta parte

Cambio social, transiciones y el mundo que surge tras la crisis

Echar raíz: futuros alternativos

Geoffrey Pleyers

Abrir nuevos horizontes de posibilidad siempre ha sido un papel importante para los movimientos sociales. Cuando los actores dominantes imponen la idea de que “no hay alternativa” al orden mundial, los movimientos sociales los desafían afirmando que “otro mundo es posible”, como decía el eslogan del Foro Social Mundial. Ellos introducen debates y reflexiones en un orden que se da por sentado, lo que contribuye a la capacidad de una sociedad de transformarse, “de producirse a sí misma” más conscientemente, como diría el sociólogo Alain Touraine.

Este papel es aún más importante en tiempos de crisis pues estas rompen las rutinas y el “business as usual”. Ofrecen oportunidades para reflexionar individual y colectivamente sobre nuestros valores y objetivos. La pandemia Covid-19 ha sacudido profundamente nuestra vida cotidiana y muchas de las “certezas” de nuestro sistema económico, político y social. Cosas que eran impensables hace tres meses se han convertido en la realidad cotidiana, tanto en la vida personal como en la sociedad. La pandemia ha sacudido los dogmas económicos que han regido el mundo durante décadas. Obligados

a implementar un confinamiento para limitar la propagación del virus, los gobiernos enmarcan el “retorno a la normalidad” como el propósito de una “unidad nacional”¹ que reúna a los políticos, las empresas, los trabajadores y toda la población en una lucha común contra la Covid-19. Los activistas insisten, por su lado, en que lo que se presenta como “la normalidad”, es en realidad parte del problema y no es el único camino. “Nada podría ser peor que una vuelta a la normalidad”, afirma la activista india Arundhati Roy.²

Las principales preocupaciones y exigencias que han movilizado a los activistas y ciudadanos progresistas en los últimos años han adquirido aún mayor importancia, visibilidad y urgencia durante la crisis: menos corrupción y menos poder de la élite; más democracia, justicia social y dignidad. Muchos intelectuales y activistas comparten una convicción: la pandemia ha puesto de manifiesto los límites del sistema capitalista corporativo y el daño que ha causado en el último decenio, particularmente por las políticas de austeridad. Afirman la necesidad de un modelo que dé mayor importancia a los seres humanos, menos desigual y con mejores sistemas de salud pública.

Sin embargo, no existe un camino fácil que conduzca de la pandemia a un mundo mejor, más ecologista y menos desigual. Una vez que se abran oportunidades de cambio, es solo el inicio de una lucha para dar sentido a la crisis.

Lecciones de la crisis financiera mundial

En el calor de la pandemia, los movimientos progresistas han tenido cierto éxito en la difusión de algunos argumentos mucho más allá

¹ El primer discurso de Macron sobre la pandemia tenía como título “La Francia Unida es nuestro mejor activo en el período problemático que estamos atravesando con la Covid-19. Aguantaremos. Todos nosotros juntos”. <https://www.elysee.fr/emmanuel-macron/2020/03/12/adresse-aux-francais>

² Arundhati, R. (17 de abril de 2020). The Pandemic Is a Portal. *Yes Magazine*. Ver el capítulo de Bizberg en este libro.

de los círculos de activistas, al menos en las democracias de Europa Occidental. Tras años de austeridad en los servicios públicos, los gobiernos parecen gastar generosamente para mitigar los efectos de la pandemia y limitar la crisis económica y social. El Estado interviene masivamente en la economía, y varios gobiernos abogan por una relocalización de la producción de “bienes esenciales”. Los campeones de los recortes presupuestarios en los hospitales públicos participan ahora en las sesiones cotidianas de aplauso para apoyar a enfermeras y médicos. Desde Angela Merkel y Emmanuel Macron hasta Boris Johnson declararon que consideraban que el estado de bienestar y los hospitales públicos eran características cruciales de la identidad nacional de su país.

Hasta principios de marzo, el gobierno francés aplicó planes de austeridad a los hospitales públicos y se negó a atender las reivindicaciones de las enfermeras y los médicos que llevaron a cabo la huelga más larga del sector en Francia. No obstante, dos semanas después, Macron consideró héroes a los trabajadores de los hospitales públicos. El Estado aumentó el presupuesto de los hospitales durante la crisis, y el presidente juró que habría cambios importantes en las políticas públicas³, explicando que “el día después de la pandemia no será como el día antes”. Ferviente defensor del libre comercio antes de la pandemia, el presidente francés habla ahora de “soberanía económica”, concede préstamos masivos a las “empresas nacionales”. La pandemia ha logrado aquello que no pudo alcanzar una de las huelgas generales más largas de la historia de Francia entre noviembre 2019 y marzo 2020: parar la reforma de las pensiones, promovido por el programa neoliberal del presidente Macron.

Este cambio de postura y de discursos resuena con declaraciones de otro presidente neoliberal francés hace 12 años, durante la crisis financiera mundial. El 23 de octubre de 2008, Nicolas Sarkozy declaró: “La ideología de la dictadura del mercado y la impotencia pública

³ Mauduit, L. (12 de abril de 2020). Retraites, hôpital: la troublante conversion d’Emmanuel Macron. *Mediapart*.

ha muerto con la crisis financiera”.⁴ Los alter-mundialistas no podrían haberlo dicho mejor. Durante el Foro Social Europeo de 2008 celebraron el hecho que “la crisis [financiera] nos ha dado la razón. Ahora los gobiernos tendrán que tener en cuenta nuestras propuestas y detener sus políticas neoliberales”.

Sabemos lo que pasó a continuación. En los años que siguieron a la crisis financiera, la narrativa dominante puso el peso de la crisis económica en los estados de bienestar europeos, abriendo paso a políticas de austeridad que profundizaron la crisis social y las desigualdades, facilitando el éxito de la derecha populista y xenófoba.

A partir de la experiencia de la crisis financiera mundial surgen tres lecciones en lo que va del cambio social. La primera es que, independientemente de su magnitud, una crisis en sí misma no generará el cambio social. Este depende de la capacidad de los actores sociales para poner de relieve las cuestiones que genera la situación histórica promoviendo visiones políticas y una racionalidad económica alternativa (Pleyers, 2010, capítulo 10). Los actores sociales desempeñan un papel importante en la sensibilización de la opinión pública, en la formulación de propuestas inéditas y en la implementación de alternativas concretas. No existe una forma predeterminada de salir de la pandemia. Por lo mismo, la actuación de los agentes sociales durante la crisis y sus secuelas tendrá repercusiones en la sociedad, la economía y la política.

Una segunda lección es que los buenos argumentos y los hechos no son suficientes para configurar la racionalidad económica y las políticas del mundo que saldrá de la crisis. El sociólogo de las ciencias Raymond Boudon ha demostrado que la “verdad” en las teorías económicas tiene más que ver con su capacidad de forjar un consenso provisional que con su validez científica siempre muy discutible. Asimismo, la pandemia de coronavirus es al mismo tiempo una serie de hechos que nadie puede negar y una realidad social que es

⁴ Discurso del presidente Sarkozy sobre “las medidas adoptadas para apoyar la economía” (23 de octubre de 2008).

reinterpretada de manera muy diferente por distintos actores sociales. Cada corriente va interpretando la crisis a la luz de su narrativa anterior, de manera que refuerza sus convicciones previas y su visión del mundo. Los hechos y las ciencias ya no son referencias compartidas, sino que están sujetos a reinterpretaciones por parte de ideologías y líderes populistas que desconfían de la ciencia. La fe de Habermas en un espacio público deliberativo y en una democracia argumentativa se desvanece en el mundo de las redes sociales, de los espacios públicos fragmentados, de las *fake news* y de los líderes populistas.

Como consecuencia, y esta es la tercera lección, la batalla sobre el significado de la crisis es crucial. Los actores que contribuirán a dar forma a la narrativa dominante de la crisis allanarán el camino del mundo que saldrá de la pandemia. Es sobre la base de esta narrativa que se impulsaran las nuevas políticas en materia de salud pública, pero también en materias económicas, sociales y democráticas. Como dijo el destacado académico y activista latinoamericano Arturo Escobar, “es crucial en esta etapa contar con narraciones sobre otras formas de vida y tenerlas listas”.⁵

Cada sector de los movimientos populares o progresistas promueve una perspectiva que inserta la pandemia en la narrativa en torno a sus temas y demandas. Algunos muestran la experiencia de la pandemia desde la perspectiva de las desigualdades urbanas, mientras que otros desarrollan una perspectiva interseccional.

Algunos muestran la experiencia de la pandemia desde el punto de vista de las desigualdades urbanas, otros desde una perspectiva interseccional, insistiendo en el peso de las tareas del cuidado que soportan las mujeres, y en particular las mujeres de color⁶, tanto en las familias, como en las comunidades y en los hospitales públicos.

⁵ Coronavirus y disputas por lo público y lo común en América Latina. (9 de abril de 2020). Seminario online organizado por CLACSO, ALAS e ISA. Ver también su capítulo en el presente libro.

⁶ Hirsch, A. (7 de mayo de 2020). After coronavirus, black and brown people must be at the heart of Britain’s story. *The Guardian*.

Los intelectuales progresistas vinculan la pandemia con los estragos del capitalismo (“El capitalismo es el verdadero virus” se ha convertido en un eslogan en las redes sociales) y la crisis ecológica. Los movimientos populares latinoamericanos enmarcan la crisis en la meta-narrativa que se construyó en la confluencia de los movimientos indígenas, feministas, ecológicos y de justicia social durante la última década: “la crisis revela las profundas crisis sociales, políticas y ecológicas a las que nos enfrentamos. Detrás de la crisis sanitaria, hay una crisis de civilización”.⁷

Movimientos y contra-movimientos

Los movimientos progresistas no están solos en esta batalla para imponer el significado de la crisis de la Covid-19. Se enfrentan a dos tipos de “contra-movimientos” (Polanyi, 1944): las élites capitalistas globales y los movimientos reaccionarios.

Los años que siguieron a la crisis financiera demostraron la capacidad de los defensores del capitalismo global para imponer su narrativa y el significado de la crisis. En unos pocos años, consiguieron que el significado de la crisis y el enfoque de las políticas pasaran del colapso del capitalismo financiero a las deudas de los Estados de bienestar, abriendo así camino para un decenio de políticas de austeridad. Una década más tarde, los actores que parecen estar más capacitados para aprovechar las oportunidades abiertas por la crisis y la ruptura de los dogmas económicos pueden estar del mismo lado. En muchos países, los paquetes de estímulo han canalizado cantidades considerables de dinero público a grandes empresas. En Estados Unidos, el primer plan de coronavirus les dio 500.000 millones de dólares, cinco veces más que los hospitales públicos. Mientras los activistas afirmaban que la crisis debería ser una oportunidad para impulsar un modelo económico más

⁷ Ver el capítulo de Montserrat Sagot en este libro.

ecológico, las compañías petroleras recibieron su parte de dinero público y los gobiernos establecieron rescates masivos y préstamos para las aerolíneas. En una lógica capitalista mundial, los países y las empresas ven la crisis también como una oportunidad para ganar nuevos mercados y los que estén dispuestos a competir tendrán ventajas significativas.

Los movimientos reaccionarios también han sido muy activos durante el bloqueo. Las teorías de conspiración se extendieron por las redes socio-digitales, dando lugar a una “infodemia” sin precedentes. Sus discursos integraron la crisis en una narrativa más amplia de “guerra de culturas” que culpa de la pandemia a los migrantes, a la “sociedad multicultural” y al “marxismo cultural”. El racismo subió en todas las regiones del mundo contra los trabajadores migrantes en India o China, contra los asiático-americanos en Estados Unidos, contra las minorías y los pobres acusados de propagar la pandemia, y en todo el mundo, contra los refugiados. El Secretario General de las Naciones Unidas alertó sobre un “tsunami de odio y xenofobia, chivos expiatorios y alarmismo”, desatado por la pandemia. “A medida que las especulaciones giraban en torno al lugar de origen del virus, se ha vilipendiado a los migrantes y refugiados como fuente del virus y se le ha negado el acceso al tratamiento médico. Mientras, los periodistas, los que denunciaban irregularidades, los profesionales de la salud, los trabajadores humanitarios y los defensores de los derechos humanos están siendo atacados simplemente por hacer su trabajo”.⁸

Los movimientos sociales no son los únicos actores que buscan forjar el significado de la crisis actual. Los Estados-naciones se presentaron como los protagonistas mayores frente a la pandemia. Los gobiernos invierten masivamente la batalla sobre el significado de la crisis para defender su gestión e imponer su narrativa. El Partido Comunista de China vigila cuidadosamente

⁸ Secretary-General Denounces ‘Tsunami’ of Xenophobia Unleashed amid COVID-19, Calling for All-Out Effort against Hate Speech (8 de mayo de 2020). *United Nations*.

su imagen de gobierno eficiente para controlar la pandemia, y encarcela a quien se atreva a desafiar esta narrativa o a criticar la gestión de la crisis por parte de Xi Jinping.⁹ En Hungría, por las “medidas de emergencia” contra el coronavirus, la libertad de expresión se ha restringido aún más.¹⁰ En Brasilia y en Washington, los líderes populistas defienden una visión del mundo que parece capaz de reinterpretar cualquier hecho de la pandemia, incluso después de no haber actuado para frenarla. Sin embargo, este juego de poder para dar forma a la narración no es exclusivo de los estados autoritarios y de los líderes populistas. El gobierno francés está particularmente atento a los discursos públicos sobre su gestión de la crisis. En varias ocasiones, la policía ha intervenido para intimidar ciudadanos que colgaron banderolas criticando la gestión de la crisis por parte del presidente.¹¹ El 26 de abril, una mujer pasó cuatro horas bajo custodia policial por haber colgado una pancarta “Macronavirus, ¿cuándo se detendrá?”. Muchos gobiernos buscaron ocultar sus fallas en la gestión de la pandemia durante su fase inicial, culpando de la difusión del virus a los ciudadanos que no cumplen con las reglas de confinamiento. En términos de biopolítica y de control social, regímenes democráticos adoptaron a veces medidas que cuestionan el estado de derecho. Las políticas adoptadas durante la pandemia podrían allanar el camino hacia una nueva era más autoritaria, con una biopolítica basada en las nuevas tecnologías y la inteligencia artificial y el incremento del control de los ciudadanos por la policía.

⁹ Davidson, H. (8 de mayo de 2020). Critic who called Xi a “clown” over Covid-19 crisis investigated for “serious violations”. *The Guardian*.

¹⁰ Hungarian Helsinki Committee. (31 de marzo de 2020). Emergency Law Gives Carte Blanche Powers to Government: Free Media and Human Rights Defenders Needed More Than Ever. *Hungarian Helsinki Committee*.

¹¹ Polloni, C. (16 de abril de 2020). Pour des banderoles au balcon, la police à domicile. *Mediapart*.

Un campo de batalla fragmentado

La batalla sobre el significado social y societal de la pandemia tiene al mundo como escenario. Sin embargo, es un debate muy fragmentado, al menos en tres niveles.

Primero, tiene lugar en un espacio mediático, complejo y altamente fragmentado. Las redes socio-digitales abren espacios de expresión y la difusión de opiniones, información e interpretaciones de la crisis. Sin embargo, fragmentan el espacio público. Cada orientación política inunda a sus seguidores con noticias y análisis que fortalecen su visión del mundo. Los medios de masa, y en particular los canales de televisión y los periódicos (ahora por sus sitios en Internet) siguen como protagonistas mayores de la “fábrica del consenso” y de la elaboración de opiniones. En la mayoría de los países, la pandemia ha matizado los conflictos políticos, uniendo una gran parte de la población contra una amenaza común. En contraste, tanto en Brasil como en Estados Unidos, la pandemia fortaleció la polarización de la sociedad, ya que cada polo la interpretó en el marco de su propia visión del mundo.

En segundo lugar, el debate sobre el significado se lleva a cabo de manera conectada, pero no de la misma forma en diferentes regiones del mundo. Por un lado, la experiencia de la pandemia es muy diferente en las clases medias de los estados de bienestar europeos, con respecto a países y barrios populares, donde la mayoría de los trabajadores dependen de la economía informal. Por otro lado, los movimientos populares y los intelectuales de cada región han interpretado la crisis en función de la meta-narrativa que construyeron durante en los años anteriores. Por ejemplo, los movimientos populares latinoamericanos y sus intelectuales la enmarcaron en la “crisis de civilización”, una narrativa menos difundida en el Norte Global. Las redes internacionales de movimientos populares y activistas aspiran a superar estas divisiones promoviendo el intercambio de

experiencias y análisis, abriendo espacios para un “diálogo global para el cambio sistémico”.¹²

En tercer lugar, la pandemia tiene lugar en un contexto geopolítico tenso (Bringel, 2020) que redefine las alianzas y las relaciones entre los gobiernos y sus ciudadanos. La democracia liberal está lejos de ser el único régimen y horizonte compartido. Estos cambios también impactan a los movimientos sociales. Los activistas participan en esta batalla por el significado en circunstancias muy diferentes, y con riesgos muy distintos en regímenes autoritarios o democráticos.

Conclusión

¿Tendrán éxito hoy los movimientos populares y los activistas donde fracasaron hace una década, tras la crisis financiera? La forma en que la humanidad saldrá de la pandemia de Covid-19 dependerá de las ciencias y la investigación para encontrar una vacuna. También será el resultado de una lucha sobre los significados sociales, políticos y geopolíticos de la pandemia y sobre las visiones del mundo que deberían salir de ella. No hay un camino fácil que conduzca de la pandemia a un mundo mejor, más ecológico y menos desigual.

Esta pandemia es un campo de batalla para futuros alternativos. Los movimientos progresistas, capitalistas y reaccionarios compiten para imponer sus narrativas y dar forma a las políticas y a la sociedad. Mientras, los gobiernos instan a volver a la “normalidad” pre-pandémica y buscan difundir su propia narrativa de la crisis. Las interpretaciones de la crisis pueden parecer debates intelectuales lejanos a la experiencia de la gente. Sin embargo, lo que está en juego es la oportunidad de remodelar la economía y la sociedad, lo que sin duda tendrá un impacto considerable en la vida cotidiana de millones de personas y en la crisis ecologista.

¹² Global Dialogue for Systemic Change, (29 de abril de 2020). *Systemic Alternatives*.

Bibliografía

- Bringel, B. (2020). Geopolítica de la pandemia, escalas de la crisis y escenarios en disputa. *Geopolítica(s)*, 11, Especial, 173-187.
- Pleyers, G. (2010). *Alter-Globalization. Becoming Actors in the Global Age*. Cambridge UK: Polity.
- Polanyi, K. (1944). *The great transformation*. Boston Ma: Beacon Press.
- Snow, D. y Benford, R. (1992). Master frames and cycles of protest en A. D. Morris y C. McClurg Mueller (Eds.). *Frontiers in Social Movement Theory*. 133-155. New Haven CT: Yale University Press.

Transiciones post-pandemia en clave civilizatoria*

Arturo Escobar

La pandemia de la Covid-19 ha causado una ruptura en las formas habituales de vivir y de hacer las cosas, propiciando un espacio de profunda reflexión colectiva sobre las sociedades que hemos venido construyendo. Durante mucho tiempo, las élites mundiales nos decían que no era posible parar los mercados ni la gran máquina de acumulación capitalista. Resulta que sí, cuando es la vida la que está en peligro. La crisis nos convoca a considerar que lo que está en juego es *un nuevo proyecto histórico de sociedad*, así como todo *un modelo de vida diferente*, que nos permita reaprender co-existir con nuestros

* Agradecimientos: Este artículo tiene su origen en el conversatorio virtual “Coronavirus y disputas por lo público y lo común en América Latina”, organizado por CLACSO, ALAS e ISA, 15 de abril de 2020. Gracias a Pablo Vommaro, Breno Bringel y Geoffrey Pleyers por la invitación a participar en este foro, así como al grupo de expositors. Una versión más larga del artículo saldrá publicada en el libro *Pandemia al Sur*, editado por Olver Quijano (Prometeo Libros, Buenos Aires, 2020). Mis agradecimientos especiales a Gustavo Esteva, Elba M. Palacios C., María Campo, Patricia Botero, Lina Álvarez, Xochitl Leyva, Rita Segato, Marilyn Machado M., Vilma Almendra, Manuel Rozental, Mario Blaser, Alfredo Gutiérrez, Alberto Acosta y Eduardo Gudynas, así como a los integrantes del Tejido Global de Alternativas (TGA).

congéneres y con todos los seres vivos de forma mutuamente enriquecedora. Es necesario escuchar esta voz histórica de la Tierra, en vez de doblegarnos frente al deseo, de “regresar a la normalidad”, es decir, al horror social y al terricidio que habíamos llegado a considerar como normal.¹

Sería imposible dar cuenta de todas las ideas y propuestas que están surgiendo motivadas por la pandemia y las variadas respuestas a ella. Cada lector/a podrá dibujar sus propios mapas de estas narrativas desde su ubicación física, cultural, existencial y política particular. En un texto más largo (Escobar, en imprenta) las organizo en dos grandes grupos: aquellas que se centran en la relación entre pandemia y capitalismo; y las que leen la pandemia en clave civilizatoria, es decir, desde la perspectiva de la relación entre pandemia y crisis de la humanidad. No son mutuamente excluyentes pues el capitalismo tiene una clara dimensión civilizatoria, y todo cambio civilizatorio tiene que abordar la pregunta sobre el capitalismo y la economía como una de sus más centrales preocupaciones. En este texto, me concentro en la segunda, derivando algunas conclusiones provisionales que se me han ido apareciendo del encuentro con tres vertientes del pensamiento: discursos de transición, en muchas partes del mundo; sentipensactuales de colectivxs y movimientos; y ciertos debates académicos (Escobar, 2016, 2018).

Tomadas como un todo, en estas vertientes y en las *Covid-narrativas* vislumbro cinco énfasis, principios o ejes para la acción a tener en cuenta en toda estrategia para las transiciones (cada punto requeriría de un complejo tratamiento, aquí trazo lo más sobresaliente).

¹ Adopto el concepto de terricidio del Movimiento de Mujeres Indígenas por el Buen Vivir iniciado en Argentina hace unos años, con la gran intelectual y activista mapuche Moira Millán –autora de la excelente novela, *El tren del olvido*, elocuente saga de la resistencia mapuche al colonialismo inglés y al estado-nación argentino, con su proyecto de genocidio–, como una de sus fundadoras.

La re-comunalización de la vida social

Este primer criterio comienza con un rotundo *no* a las soluciones de tipo individual a la crisis pues oscurecen las raíces de estas y promueven la otrerización y estigmatización de grupos particulares. Más allá de este factor, cada vez se hace más necesario resistirse explícita y activamente a la individualización de las subjetividades impuesta por el capitalismo moderno de forma más eficaz en su fase globalizada (la globalización significa una verdadera guerra contra todo lo comunal y lo colectivo, en aras de crear sujetos que se vean primordialmente como individuos tomando decisiones en mercados globales). La historia nos enseña que la experiencia humana ha sido lugarizada y comunitaria, construida a escala local. No solamente esto: que, al menos en sus mejores expresiones, la condición comunalitaria de existir se ajusta a la dinámica fundamental de la vida, es decir, a la interdependencia radical, la co-emergencia simbiótica de los seres y los mundos, resultando en entramados comunalitarios que nos emparentan con todo lo vivo (Gutiérrez Aguilar, 2018). Compañeras y compañeros de Oaxaca se refieren a esta dinámica como la condición *nosótrica* del ser. Si nos concebimos como interrelación, nosótricamente, no podemos sino adoptar una ética del amor, del cuidado y de la compasión como principio de vida, comenzando por la casa, el lugar, y la comunidad, esto no para aislarse sino para un compartir mayor y más afianzado desde la autonomía, para la comunicación y la compartencia.

La re-localización de las actividades sociales, productivas y culturales

Desde el comienzo de la historia humana ha habido movimiento, flujo, reagrupación. Pero las presiones para la deslocalización

(muchas veces forzada, como con las diversas esclavizaciones a través de la historia, y hoy con la desposesión de pueblos y comunidades por proyectos extractivistas) aumentaron exponencialmente con el desarrollo del capitalismo y más aún en la era del “desarrollo” y de la globalización. Dados sus altos costos sociales y ecológicos, hay que oponerse a este proceso presentado como inevitable; la pandemia está propiciando una nueva conciencia sobre ello. Como bien dice Gustavo Esteva (en imprenta), con la crisis se restablece plenamente la importancia de lo local y aún más el papel de las personas reales, que abandonan el que les asignaba la sociedad mayor para volver a ser ellas mismas. Ergo, se impone relocalizar muchas actividades y recuperar el arraigo en lo local. La alimentación es una de las áreas más cruciales y una de las áreas donde más *innovación comunalitaria* y relocalizadora se está dando (es decir, innovaciones que rompen con las maneras patriarcal, racista y capitalista de vivir), por ejemplo, en términos del énfasis en la soberanía alimentaria, la agroecología, las huertas urbanas, etc. Estas actividades relocalizadoras, más aun si se dan en clave agroecológica y “desde abajo”, permitirían repensar los entramados productivos nacionales e internacionales, lo común y las relaciones entre campos y ciudades. Relocalizar a partir de una serie de verbos-estrategias: comer, aprender, sanar, habitar, construir, conocer. Esto va mucho más allá de reducir la huella ecológica; involucra una reorientación significativa del diseño de los mundos que habitamos.

El fortalecimiento de las autonomías

La autonomía es el correlato político de la re-comunalización y la relocalización. Sin la primera, las dos últimas se quedarán a medio camino, o serán reabsorbidas por nuevas formas de re-globalización deslocalizada. Hoy hay una gran producción de ideas sobre la autonomía en América Ladina. Podemos pensarla como una

radicalización de la democracia directa (por ejemplo, desde perspectivas anarquistas), pero también como otra manera de concebir y enactuar la política, entendida como aquella ineludible tarea que emerge del entramarse los humanos entre ellxs mismxs y con la Tierra, orientada a reconfigurar el poder de formas menos jerárquicas, de establecer principios de vida tales como la suficiencia, la ayuda mutua y la autodeterminación de las normas de vida. Todo esto requiere pensar en estrategias de “trastrocamiento y fuga” en relación con los órdenes establecidos por el estado y la modernidad capitalista (Gutiérrez, 2008, p. 41).

Estas tres primeras áreas apuntan a la creación de vidas dignas en los territorios, a repensar la llamada economía en términos de prácticas cotidianas de solidaridad, reciprocidad y convivialidad. Hay muchas pistas entre aquellos pueblos que durante la pandemia siguen empeñados en la producción de la vida, en construir en vez de destruir, en reunir en vez de separar. Son principios tangibles y accionables de disoñación y rediseño para una des-globalización selectiva pero sustancial. Podemos intuir el fin de la globalización como la conocemos, o al menos el comienzo de una globalización en otros términos, tales como el cuidado (Svampa, 2020), que quizá ya no se conocería como globalización, y un aliento para el pluri-verso, el mundo donde quepan muchos mundos. Podríamos pensar que son un antídoto frente a la globalización que todo lo destruye, contra una vida signada por un consumo casi angustiante como el de las clases medias, contra la profunda dependencia de las tecnologías digitales, contra los cuerpos-injerto que nos hemos ido labrando a través del uso ubicuo de celulares, laptops, audífonos, “apps” y “alexa” que subvierten completamente nuestras autonomías personales y colectivas, con nuestra complicidad y para nuestro aparente beneplácito.²

² Los autores proponen una estrategia activa y radical para “frenar la escalada” de lo virtual, no solamente por todos sus efectos nocivos para la salud y la socialidad, sino porque “la vida digital no puede ser un sustituto permanente de la vida real, y los sucedáneos de debate que hoy se realizan por Internet no podrán nunca reemplazar

Una última anotación: Relocalizar, re-comunalizar, y fortalecer autonomías necesariamente pasa por reconstituir el naturalizado concepto de “economía”: por un lado, descentrarla, es decir, verla como el resultado civilizatorio de una de las operaciones onto-epistémicas más influyentes de la modernidad capitalista, que separó “economía” del resto del flujo de la vida, y le fue asignando un papel cada vez más central en la vida de las sociedades (Quijano, 2012);³ segundo, recomenzar con ahínco la tarea de construir otras economías desde la relacionalidad, centradas en el sustento, los comunes, y la reproducción y cuidado de la vida. Hay mucho que avanzar en este crucial camino. Parafraseando a Silvia Rivera Cusicanqui (2018), podemos decir que no hay descolonización sin des-enajenación y des/re-economización social, sin descolonizar el trabajo y el mercado. Encontramos pistas en las prácticas mercantiles populares, que entretejen creativamente procesos de desprivatización y comunización con fuerzas capitalistas al moverse en varios mundos al tiempo, incluyendo las economías globalizadas, a través de “una persistente desobediencia al mercado capitalista”, con frecuencia de formas tensas y contradictorias (Gago, 2015). Todo el movimiento de los comunes, de las economías sociales y solidarias, y del decrecimiento apuntan de una u otra forma en esta dirección.

la presencia en carne y hueso y el diálogo de viva voz”. Riechmann, Almazán y otros. <https://ctxt.es/es/20200501/Firmas/32143/riechmann-yayo-herrero-digitalizacion-coronavirus-teletrabajo-brecha-digital-covid-trazado-contactos.htm>

³ El desafío es inmenso: “La economía (“the economy”) está allí donde no está la vida. La economía (“economics”) es la mentira más duradera de los aproximadamente diez mil años erróneamente tomados como historia. Hay un terror básico: para la mayoría de las personas, es el miedo a perder la última ilusión que los separa de sí mismos, el pánico de tener que crear sus propias vidas... La civilización fue identificada con la obediencia a una relación eterna y universal con la lógica del mercado... *La naturaleza no puede ser liberada de la economía hasta que la economía sea expulsada de la vida humana... A medida que el agarre de la economía se debilita, la vida es más capaz de encontrar un camino para sí misma*” (Vaneigem 1994, 17-18, 33, 36; mis cursivas).

La despatriarcalización, desracialización y descolonización de las relaciones

Mundos, ontologías, y proyectos civilizatorios tan antiguos parecieran casi inmunes a los intentos de desmantelamiento. Sus entramados de poder están profundamente consolidados pues se han ido naturalizando en nuestras subjetivadas y deseos, en los diseños concretos de los mundos que habitamos y que nos atrapan. Hay que pasar por ellos necesariamente –día a día– para salir a la vida por otros lados, habitar de otras maneras. Nos lo recuerdan todas las compañeras y compañeros feministas del continente: no hay descolonización sin despatriarcalización y desracialización de las relaciones sociales. Despatriarcalizar y desracializar requiere reparar el daño causado por la ontología heteropatriarcal blanco-capitalista, practicando *políticas en femenino* centradas en la reapropiación de los bienes colectivos y la reproducción y cuidado de la vida (Segato, 2016, 2018; Gutiérrez Aguilar, 2017). En muchos lugares habitados por mujeres racializadas y etnizadas, dicha política significa adentrarse por las rutas pacíficas que ellas trazan para reconstruir y cuidar los territorios y mantener vidas dignas, como bien argumenta la filósofa Elba M. Palacios en su trabajo con las mujeres negras afrodescendientes (*munac*) de Cali. “En sus territorios las mujeres han sido paridoras de vida y reexistencias”, nos dice esta investigadora-activista (Palacios, 2018, p. 143); las *munac* nos enseñan que “re-existir indica algo más que ‘resistir’” (Palacios, 2018, p. 150); re-existir involucra crear, transformar y conquistar autonomía en defensa de la vida, en cimarronaje, reconstituyendo las humanidades negadas. Desde este entramado, las *munac* “intuyen cómo crear tejido comunitario, con la diáspora histórica, con los movimientos sociales de las *comunidades* y sus construcciones de mundo” (Palacios, 2018, p. 150). Esta óptica feminista antirracista es esencial para entender y fortalecer procesos de re-comunalización y relocalización en muchas localidades (Lozano, 2019).

La despatriarcalización y desracialización de la existencia social conlleva la reparación y sanación del tejido de interrelaciones que constituyen los cuerpos, lugares, y comunidades que habitamos. Encontramos este énfasis articulado de manera particularmente clara en los diversos feminismos comunitarios de intelectuales y activistas maya y aymara, tales como Gladys Tzul Tzul (2018), Julieta Paredes (2012) y Lorena Cabnal. Tzul Tzul resalta el potencial de lo comunitario como horizonte de lucha y espacio para la reconstrucción continua de la vida. Su perspectiva –absolutamente histórica y anti-esencialista–, señala lo complejo de pensar desde las tramas comunales y de “funcionar en trama”, con todas las formas de poder que habitan toda comunidad.⁴ Dentro de este abordaje, reconstituir el tejido de relaciones de manera comunalitaria es uno de los proyectos fundamentales de cualquier estrategia de transición; como lo manifiesta Rita Segato, “Hay que hacer la política del día a día, por fuera del Estado: retejer el tejido comunitario, derrumbar los muros que encapsulan los espacios domésticos y restaurar la politicidad de lo doméstico propia de lo comunal”, (Segato, 2016, p. 106). Y continúa: “*Elegir el camino relacional es optar por el proyecto histórico de ser comunidad. Es dotar de una retórica de valor, un vocabulario de defensa al camino relacional, a las formas de felicidad comunales, que pueda contraponerse a la poderosa retórica del proyecto de las cosas, meritocrático, productivista, desarrollista y concentrador. La estrategia a partir de ahora es femenina*” (Segato, 2016, p. 106; mis cursivas).

⁴ Contrariamente a lo que se piensa, los entramados comunitarios indígenas no son homogéneos sino plurales; tampoco suprimen las expresiones personales. “Lo comunal no limita lo individual, lo potencia. ... Las tramas comunales dan un piso donde se sostiene la vida íntima, personal”, así la organización de la vida, del trabajo, de la política se haga colectivamente, y todas las familias y personas tenga que pasar por estas prácticas.

La Liberación de la Madre Tierra

Arribamos, final y necesariamente, a la Tierra (Gaia, Pachamama, Uma Kiwe, co-emergencia, autoorganización, simbiosis). Por cerca de dos décadas, la Minga Social y Comunitaria del pueblo indígena Nasa de la región del norte del Cauca en el suroccidente colombiano viene formulando un potente proyecto alrededor del concepto-movimiento de la Liberación de la Madre Tierra, y como su principal estrategia para “tejer en libertad la vida”. En sus palabras, la Tierra ha sido esclavizada, y mientras siga estándolo, todos los seres del planeta también lo estamos. Su lucha involucra tanto la recuperación activa de tierras como la práctica de otro modo de vida. “Esta lucha” dicen, “es desde el norte del Cauca, no del norte del Cauca. Desde el pueblo nasa, no del pueblo nasa. Porque es la vida la que está en riesgo con la explotación de la Tierra al modo capitalista que desequilibró el clima, los ecosistemas, todo”. Como advierten inmediatamente a continuación, es un proyecto para todas y todos, pues todas y todos somos Tierra y pluriverso. “Cada finca liberada, aquí o en cualquier rincón del mundo, es un territorio que se suma a restablecer el equilibrio de Uma Kiwe. Es nuestra casa común, la única. Ahí sí: entren, *la puerta está abierta*”. ¿Qué significa aceptar esta invitación, en el campo o en la ciudad, en el Sur Global o en el Norte Global? La liberación de la Madre Tierra, concebida desde el cosmocentrismo y la cosmoacción de los pueblos-territorio, nos invitan a “diseñar” otro diseño de mundo con el objetivo de reconstituir el tejido de la vida, de los territorios, y de las economías comunalizadas, en donde quiera que estemos.⁵

⁵ Hay ya un extenso archivo nasa sobre la Liberación de la Madre Tierra. Ver ACIN, Libertad para la Madre Tierra. (28 de mayo de 2010). <http://www.nasaacin.org/libertad-para-la-madre-tierra/50-libertad-para-la-madre-tierra>; El desafío que nos convoca. (28 de mayo de 2010). <http://www.nasaacin.org/el-desafio-no-da-espera>; Lo que vamos aprendiendo con la liberación de Uma Kiwe. (19 de enero de 2016). <http://pueblosen-camino.org/?p=2176>; Almendra, V. (2 de agosto de 2012). La paz de la Mama Kiwe en

Escribo estas palabras en momentos en que el proceso de liberación está siendo atacado brutalmente por el ejército y la policía colombiana en coordinación con los terratenientes de la caña de azúcar y sus organizaciones gremiales, así como por otros grupos armados tales como las llamadas disidencias de las FARC –amenazando a los comuneros involucrados en recuperar tierra y parar el avance de la caña, envenenando los terrenos recuperados y el ganado, destruyendo los cultivos alimenticios sembrados por liberadores, y ofreciendo recompensas por el asesinato de liberadores y liberadoras. Cualquier pensamiento y proyecto de transición tiene que posicionarse claramente y de manera concreta frente a los ataques que los estados y los grupos de poder dirigen contra los procesos más radicales de recomunalización, relocalización y autonomía en donde quiera que estos se estén dando, para no caer en “la prosa de contra-insurgencia”, a la cual han sido tan propensa la academia y la misma izquierda. Este posicionamiento tiene que hacerse pensando y colaborando desde abajo, no a partir de perspectivas teóricas preconcebidas, yendo más allá de la política del texto, hacia formas concretas de apoyo de los grupos en resistencia y reexistencia.⁶

La Liberación de la Madre Tierra –como imaginario y proyecto para pueblos y colectivos, donde quiera que sea su ámbito de acción–, no es un proyecto tan utópico como pareciera. Pienso que nuestro continente se ha estado preparando para este fundamental proceso a muchos niveles, generando poco a poco todo un espacio ontoepistémico-político donde convergen las luchas, los saberes, y el pensamiento crítico. Aquí vale la pena resaltar la riqueza de las luchas y propuestas ecológicas en resistencia al extractivismo brutal

libertad, de la mujer sin amarras ni silencios. <http://pueblosencamino.org/?p=150>. Ver también Libertad y alegría con Uma Kiwe: Palabra del proceso de liberación de la Madre Tierra. <http://liberemoslatierra.blogspot.es/1481948996/libertad-y-alegria-con-uma-kiwe-palabra-del-proceso-de-liberacion-de-la-madre-tierra/>

⁶ Sobre los eventos más recientes, ver <https://liberaciondelamadretierra.org/>; escuchar “Vamos al Corte”, programa radial del Proceso de Liberación de la Madre Tierra, <https://www.radioteca.net/audio/vamos-al-corte-27-de-abril-de-2020/>

de las últimas décadas, así sea imposible resumirlas en unas pocas líneas. Solo hago una breve anotación sobre su repercusión en el pensamiento ambiental. Desde el espacio de la ecología política se ha venido gestando todo una apuesta por la vida (Leff, 2014), con la convicción, bien expresada por Catalina Toro (en imprenta), de que “la destrucción del planeta no es un destino”. Hay una urgencia en la pregunta por la Tierra, poderosamente expresada por la gran filósofa ambiental Ana Patricia Noguera (2020): Frente a las “geometrías de la atrocidad diseñadas por el mundo calculante”, el pensamiento ambiental latino-abyayalense, dice, responde con una serie de “geopoéticas del tejer-habitar-entre” encaminadas a recuperar una “jovialidad telúrica”, a ser actores de nuevo “de nuestras propias maneras de habitar la tierra”. Hay en estas expresiones del pensamiento ambiental y de las luchas de los pueblos todo un archivo para pensar las transiciones en concreto.

Bibliografía

- Escobar, A. (En imprenta). “El pensamiento en tiempos de pos/pandemia” en O. Quijano (Ed.). *Pandemia al Sur*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Escobar, A. (2018). *Otro posible es posible. Caminando hacia las transiciones desde Abya Yala/Afro/Latino-América*. Bogotá: Editorial Desde Abajo.
- Escobar, A. (2016). *Autonomía y diseño. La realización de lo comunal*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Esteva, G. (En imprenta). El día después en O. Quijano (Ed.). *Pandemia al Sur*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Gago, V. (2015). *La razón neoliberal*. Buenos Aires: Tinta Limón.

- Gutiérrez Aguilar, R. (2017). *Horizontes comunitario-populares*. Madrid: Traficante de Sueños.
- Gutiérrez Aguilar, R. (2008). *Los ritmos del Pachakuti. Movilización y levantamiento indígena-popular en Bolivia*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Gutiérrez Aguilar, R. (Ed.). (2018). *Comunalidad, tramas comunitarias y producción de lo común*. Oaxaca: Colectivo Editorial Pez en el Árbol.
- Leff, E. (2014). *La apuesta por la vida*. México, DF: Siglo XXI.
- Lozano, B. R. (2018). *Aportes a un feminismo negro decolonial*. Quito: Abya Yala.
- Noguera, A. P. (2020). "Ethos-cuerpo-tierra. Diseños-otros en tiempos de transición civilizatoria" en A. P. Noguera (Ed.). *Polifonías geo-ético-poéticas del habitar-sur*. 271-300. Manizales: Universidad Nacional.
- Palacios Córdoba, E. M. (2019). Sentipensar la paz en Colombia: Oyendo las reexistentes voces pacíficas de mujeres Negras Afrodescendientes. *Memorias: Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe colombiano*. 38 (mayo-agosto), 131-161.
- Paredes, J. (2012). *Hilando fino desde el feminismo comunitario*. La Paz: DED.
- Quijano, O. (2012). *Ecosimías. Visiones y prácticas de diferencia autonómica/cultural en contextos de multiplicidad*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Rivera Cusicanqui, S. (2018). *Un mundo ch'ixi es posible*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Segato, R. L. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo.
- Segato, R. L. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid, Traficantes de Sueños.
- Svampa, M. (2020). Reflexiones para un mundo pos-Coronavirus en P. Amadeo (Ed.). *La fiebre. Pensamiento contemporáneo en tiempo de pandemias*. 17-38. Buenos Aires: Editorial Aspo.

Toro, C. (En imprenta). Aprendiendo de saberes y haceres: Los nadies en tiempo de pandemia en O. Quijano (Ed.). *Pandemia al Sur*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Tzul Tzul, G. (2018). *Sistemas de gobierno comunal indígena*. México, DF: Instituto Amaq'.

La crisis de la Covid-19 y las transformaciones a largo plazo: alternativas de la India

Ashish Kothari

Si bien las medidas más urgentes para contener al virus de la Covid-19 y su impacto son prioritarias, también debemos pensar e iniciar medidas a largo plazo que ayuden a prevenir tales desastres en el futuro. De lo contrario, tambalearemos de una pandemia a la otra. Hemos tenido muchas en los últimos cien años y se pronostican muchas más si no cambiamos las condiciones que las crean.

Al igual que ahora, podremos responder solo de manera instintiva, presos del pánico y la urgencia, y cometeremos graves errores, como los que estamos viendo en tantos países. En algunos, las medidas drásticas de confinamiento están causando desempleo, hambre y otras consecuencias, especialmente para los más marginados, las que pueden ser peores que el propio impacto del virus. En muchos países, hay una mayor vigilancia estatal, restricciones a las libertades democráticas en nombre de la seguridad, relajación de normas ambientales y laborales, etc., todo en nombre de la respuesta de emergencia. Todo podría empeorar la próxima vez, a menos que seamos una sociedad muy diferente.

Sin embargo, la crisis del virus también ha mostrado lo mejor de la naturaleza humana, que se ha manifestado en una mayor solidaridad social (en medio del “distanciamiento físico”, erróneamente etiquetado como “distanciamiento social”), ayuda entre los vecinos, esfuerzos de la sociedad civil y gubernamentales para asistir a los más vulnerables, revinculación de las personas con sus familiares y amigos, y (¿por qué no?) con ellos mismos. A su vez, ha tenido un impacto notable en el medio ambiente, ya que el aire y agua están más limpios, la vida silvestre recuperó ciertos espacios, etc., debido a que la movilidad y la actividad humana se redujeron drásticamente en toda la tierra.

Todo esto muestra que es posible pensar en cambios fundamentales en la forma en que convivimos con el resto de la naturaleza y entre nosotros.

La respuesta social y política de la India

El 28 de marzo, un foro de unas 60 organizaciones y redes de la sociedad civil que trabajan en toda India, presentó una declaración para consideración pública y del gobierno nacional.¹ Este foro es el grupo central de un proceso llamado Vikalp Sangam o “Confluencia de alternativas”, que desde 2014 ha intentado reunir movimientos, grupos e individuos que trabajan en pos de alcanzar caminos justos, equitativos y sostenibles para el bienestar humano y ecológico. Rechaza el modelo actual de desarrollo y las estructuras de desigualdad e injusticia subyacentes (lo que incluye al patriarcado, capitalismo, estatismo, sistema de castas y antropocentrismo), y busca alternativas aplicables a las prácticas y visiones.

¹ Vikalp Sangam Core Group. (28 de marzo de 2020). Declaración del grupo central de Vikalp Sangam sobre la necesidad de alternativas creativas y a largo plazo en vista de la Covid-19. vikalpsangam.org.

La declaración enfatizó la necesidad de que haya medidas que “(a) reduzcan significativamente la posibilidad de una mayor propagación desastrosa de las enfermedades, y (b) mejoren significativamente la capacidad de las comunidades para hacer frente a tales eventualidades”. Además, afirmó que “la supervivencia y sostenibilidad de este planeta radica en la adopción de valores de dignidad, igualdad y justicia para todas las especies, los géneros y las clases sociales”. Esto debería reflejarse en el rechazo a todas las políticas y prácticas que causan la destrucción, explotación y discriminación de cualquier ser vivo, así como cualquier injusticia que lo afecte.

Si bien la declaración de Vikalp Sangam es específica para la India, tiene relevancia para muchas otras partes del mundo, ya que los problemas de desigualdad, injusticia e insostenibilidad tienen muchos puntos en común en su origen y naturaleza, así como en la forma en que se manifiestan.

Recomendaciones y caminos políticos: hacia la localización

La declaración de Vikalp Sangam comienza instando a una “suspensión de toda alteración de los ecosistemas naturales para fines de infraestructura, minería y comerciales”. Dada la creciente evidencia en todo el mundo de que la tala de bosques y la devastación de otros ecosistemas naturales, así como la explotación a escala comercial de animales salvajes, ha sido la fuente² de muchos patógenos o la causa de que se vuelvan virulentos.³ Dado que la India está en un camino de “desarrollo” que implica la eliminación continua de los hábitats naturales, esta es una demanda crucial.

Sin embargo, plantearía de inmediato la siguiente pregunta: ¿cómo podemos satisfacer las necesidades de desarrollo, empleo,

² Vidal, J. (18 de marzo de 2020). *Destroyed habitat creates the perfect conditions for coronavirus to emerge*. *Scientific America*.

³ Satgar, V. (28 de marzo de 2020). *Covid-19, the climate crisis and lockdown – an opportunity to end the war with nature*. *Kafila*.

erradicación de la pobreza, etc.? En este sentido, el proceso de Vikalp Sangam ha sugerido durante años una serie de alternativas (documentadas en su sitio web).⁴ En la declaración, se incluyen muchas de ellas.

Lo que es más importante, la declaración recomienda que “fortalezamos las economías locales y autosuficientes”. La globalización económica no solo ha permitido la propagación de vectores de enfermedades y patógenos como la Covid-19 de manera significativa, sino que también ha devastado los ecosistemas y los medios de vida que dependen de ellos, ha desencadenado niveles abismales de desigualdad y ha debilitado las economías de casi todos los países. Esta fragilidad es más evidente ahora que durante el colapso financiero de 2008. En contraposición, los miembros de Vikalp Sangam sugieren un cambio a favor de la localización, un movimiento creciente en todo el mundo. Este cambio no sucederá ni tendrá éxito por sí solo; las instituciones locales de pueblos y ciudades necesitarán recursos, asistencia técnica y otros insumos “para desarrollar sus propias economías locales y autosuficientes, que usen habilidades y recursos locales y novedosos, y que ante todo respondan a las necesidades locales”.

La localización no implica aislacionismo, sino que, si bien las comunidades y los asentamientos pueden continuar intercambiando materiales, ideas y culturas con todo el mundo (aunque con mucha menos movilidad, dados los imperativos de la crisis climática), el movimiento se basa en la autosuficiencia local para abastecer las necesidades básicas. De hecho, la localización en sí misma reduciría significativamente la movilidad que se produce por necesidad, por ejemplo, en muchas partes del mundo las aldeas están quedando vacías debido a que las personas parten a las ciudades y zonas industriales en busca de trabajo. Este tipo de migración es la principal causa de la explosión masiva de las poblaciones urbanas y de la alta densidad poblacional, condiciones que favorecen la rápida propagación de patógenos.

⁴ <http://www.vikalpsangam.org/>

India tiene una serie de ejemplos de aldeas revitalizadas, más prósperas económica y socialmente, que han reducido e incluso revertido la migración rural-urbana, de las que es posible aprender algunas lecciones. El hecho de que varios programas respaldados por el gobierno, como el Programa Nacional de Garantía del Empleo Rural Mahatma Gandhi (que otorga a cada persona “pobre” el derecho a un mínimo de 100 días de empleo), los esquemas de subsidios a la vivienda y otros programas de asistencia social, se orienten hacia un enfoque más ecológico y con sensibilidad social también ayudaría enormemente a crear dichas economías locales autosuficientes y pujantes.

Este movimiento posee un componente específico que se enfoca en la agricultura y las actividades relacionadas. Dado que el medio de subsistencia más importante de la India sigue siendo la agricultura, es crucial alejarse del modelo de la Revolución verde que pretende una agricultura a escala industrial, con un uso intensivo de químicos y basada en semillas de laboratorio, y que se relaciona con una alteración ecológica significativa que propicia las condiciones para los desastres relacionados con enfermedades.⁵

Las alternativas agroecológicas están disponibles y muchas personas las practican, ya sea como continuación de la agricultura tradicional o en un sinnúmero de nuevas formas, con un enfoque en la agricultura orgánica y biológicamente diversa, el pastoreo de corral, la pesca artesanal, etc., con variedades de semillas locales y producidas en el lugar, bajo el control del pequeño productor. Desafortunadamente, este movimiento está nadando contra la corriente, dado que la política y las condiciones del mercado favorecen el modelo industrial. El gobierno podría dar un paso importante si el enorme subsidio de miles de millones de rupias que se otorga para el uso de fertilizantes químicos se destinara en cambio a los insumos orgánicos.

⁵ (11 de marzo de 2020). *Capitalist agriculture and Covid-19: A deadly combination. Climate and Capitalism.*

Otro componente específico de la localización es la necesidad de capacitar a las comunidades para que se ocupen de los sistemas médicos y sanitarios. En muchas partes del mundo, incluidas naciones con amplios contrastes como India y Estados Unidos, la privatización de los servicios de salud ha perjudicado a cientos de millones de personas. Vikalp Sangam insta a realizar lo siguiente: “fortalecer la salud pública, incluidas las unidades epidemiológicas a nivel de distrito que puedan comprender y monitorear los problemas de salud locales y sus características, así como volver a priorizar los servicios de salud del sector público, en lugar de las privatizaciones alentadas en los últimos tiempos”.

También recomienda que cada asentamiento tenga instalaciones básicas, así como “paramédicos y médicos descalzos” capacitados, que utilicen múltiples sistemas de tratamiento que se alejen del enfoque predominante en la alopátia e incluyan la medicina ayurvédica, unani, tibetana y basada en sistemas populares que tienen raíces antiguas y cuya eficacia ha sido probada. El proceso hace referencia a cómo China ha usado su medicina tradicional tanto en la prevención como en el tratamiento⁶ de casos en la crisis de Covid-19. Sin embargo, también hay una advertencia contra las afirmaciones falsas que se hacen en nombre de la medicina tradicional y que se viralizan en las redes sociales, impulsadas por organizaciones religiosas, y contra la matanza o explotación indiscriminada de animales salvajes que fomentan algunos sistemas.

Transformaciones sistémicas clave

Una parte de la declaración de Vikalp Sangam está dedicada a las transformaciones sistémicas que se requieren en la economía y la

⁶ Jiang, E. (20 de marzo de 2020). *Beat the coronavirus with your body energy: TCM experts advise people to stay away from humid areas and practise Tai Chi during the pandemic.* Daily Mail.

política. En su trabajo durante los últimos años, ha hecho gran énfasis en las luchas de aquellos marginados por la tradición o la modernidad, debido a su casta, género, etnia, habilidad, edad, orientación sexual, etc. Busca “promover el diseño ecológico y la sensibilidad en todo el desarrollo y los medios de vida”, incluida la infraestructura, las comunicaciones, la energía y la educación.

Quizá lo más importante es que enfatiza la necesidad de una democracia radical y directa, a través de instituciones de autogobierno: *gram sabhas* o asambleas de los pueblos en áreas rurales, *mohalla sabhas* o comités de áreas/barrios en zonas urbanas, u otras instituciones tradicionales relevantes en regiones con predominio de poblaciones *adivasi* (indígenas). Lamentablemente, siete décadas de un sistema de gobiernos vertical y el lavado de cerebro por el que todos hemos pasado para aceptar las democracias liberales y representativas como la única forma disponible, hicieron que las comunidades perdieran la capacidad de autogobernarse.

Se requiere de gran ayuda para reconstruir esta capacidad y generar recursos de diversos tipos de modo que las personas puedan gobernar sus tierras, conservar la naturaleza que las rodea, crear economías de autosuficiencia que estén en manos de los productores y consumidores en lugar de corporaciones y empresas, y lograr que el Estado (en la medida en que seguirá existiendo) sea responsable y transparente.

La declaración de Vikalp Sangam es breve y no detalla estas recomendaciones. Pero se basa en un documento llamado “La búsqueda de alternativas radicales” (Kothari et al., 2017) que surgió a partir de cinco años de diálogo y acción, y que se vincula con el *People’s manifesto for a just, equitable, and sustainable India*⁷, que se publicó y envió a los principales partidos políticos antes de las elecciones generales nacionales a principios de 2019. Estos documentos contienen muchos más detalles sobre las recomendaciones anteriores.

⁷ Integrantes del Vikalp Sangam Core Group. (22 de febrero de 2019). *People’s manifesto for a just, equitable, and sustainable India* [Manifiesto popular para una India justa, equitativa y sostenible]. Vijalpsangam.org.

“Confinamiento” en India

India se encuentra actualmente en un estado de “confinamiento” absoluto por tres semanas, según lo anunció el primer ministro Narendra Modi el 24 de marzo. Este paso completamente sin precedentes plantea muchas preguntas sobre cuán necesario fue y cuán efectivo será para detener la propagación del virus, especialmente en vista del sufrimiento generalizado que ha causado para la enorme cantidad de trabajadores de la economía informal y desorganizada del país.

Millones de ellos se encuentran sin trabajo, tratando desesperadamente de volver a casa al quedar varados porque los trenes y autobuses están suspendidos; o en su casa, pero sin un salario diario para comprar la comida de esa noche. Al momento en que escribo, más de veinte personas han muerto como consecuencia de esta situación en solo seis días de confinamiento (una cuarta parte del número que hasta ahora ha muerto debido al virus en los últimos 2 meses).

Por supuesto, fueron necesarios algunos pasos drásticos para contener la propagación del virus, pero la manera cruel e insensible en que se ha llevado a cabo ha creado el potencial para una gran devastación económica, social y personal. El tipo de medidas recomendadas por Vikalp Sangam puede no reducir de inmediato esta angustia, pero bien podría crear las condiciones mediante las cuales las comunidades podrían reconstruir sus vidas en los próximos meses y años, y lidiar de manera mucho más coherente y fuerte con cualquier brote futuro.

¿Escuchará el gobierno de la India o volverá a la misma realidad, feliz de manejar la próxima emergencia de la misma manera? Lamentablemente, la historia muestra que probablemente ocurra esto último... pero se puede cambiar, y para eso existe la necesidad de una visión transformadora. El proceso Vikalp Sangam y sus múltiples resultados permiten vislumbrar dicha visión.

Traducción de María Paula Vasile

Referencias

- Capitalist agriculture and Covid-19: A deadly combination.* (11 de marzo de 2020). *Climate and Capitalism.*
- Jiang, E. (20 de marzo de 2020). *Beat the coronavirus with your body energy: TCM experts advise people to stay away from humid areas and practise Tai Chi during the pandemic.* *Daily Mail.*
- Kothari, A. et al. (2017). *La búsqueda de alternativas radicales: elementos clave y principios.* Pune: Kalpavriksh.
- Satgar, V. (28 de marzo de 2020). *Covid-19, the climate crisis and lockdown – an opportunity to end the war with nature.* *Kafila.*
- Vidal, J. (18 de marzo de 2020). *Destroyed habitat creates the perfect conditions for coronavirus to emerge.* *Scientific America.*
- Vikalp Sangam Core Group. (22 de febrero de 2019). *People's manifesto for a just, equitable, and sustainable India* [Manifiesto popular para una India justa, equitativa y sostenible]. Vijalpsangam.org.
- Vikalp Sangam Core Group. (28 de marzo de 2020). Declaración del grupo central de Vikalp Sangam sobre la necesidad de alternativas creativas y a largo plazo en vista de la Covid-19. vikalpsangam.org.

Entre el *business as usual* y la construcción de un nuevo paradigma

Francesc Badia

Los meteorólogos alertan de que el 2020 posiblemente será uno de los años más calurosos de la historia desde que se tienen datos. La crisis climática sigue sin ser controlada, y sus consecuencias a medio plazo serán devastadoras, mucho más que lo que estamos viviendo con la pandemia. Pero ahora todos nosotros miramos, con estupefacción e incertidumbre sobre el futuro, las cifras que nos deja diariamente la Covid-19, y soñamos con volver a la normalidad perdida.

Es cierto que el parón global de la actividad social y económica, el cierre de fronteras y de espacios aéreos, y el confinamiento de la población, han dejado cielos limpios y le han abierto a la fauna y la flora una mínima ventana de oportunidad para la regeneración.

También es cierto que las largas horas en cuarentena, sin distracciones, nos han abierto otra ventana de oportunidad: la de repensar el sentido del ritmo acelerado y depredador del modelo de vida en el que estamos sumidos, personalmente y como sociedad. ¿Cuáles deberían ser nuestras prioridades existenciales? ¿Vamos a hacer algo coherente cuando volvamos a recuperar la libertad de movernos y de consumir bienes y servicios?

Pero parece que estas ventanas serán, más bien, efímeras. Necesitaríamos años a este nivel de inactividad para reparar parte del daño a la naturaleza y al medio ambiente acumulado desde que la revolución industrial instauró una economía basada en los combustibles fósiles y la explotación sin límite de los recursos naturales.

Pero la presión social y económica por volver a la actividad cuanto antes es insoportable para los gobiernos, que han visto que las cifras de la catástrofe económica son terroríficas y arrastran al desempleo a demasiados millones de trabajadores en el mundo entero. En este sentido, la Organización Internacional del Trabajo ha advertido que, como consecuencia del impacto económico y sanitario de la Covid-19, casi la mitad de la fuerza laboral formal del planeta –unos 1.600 millones de personas–, podría verse afectado.

Se comprende entonces la prisa por volver a la actividad. Sin embargo, lo que se plantea ahora es un dilema. Si queremos asegurar el control de la pandemia, debemos todavía quedarnos en casa lo máximo posible, aprender a vivir separados y a teletrabajar todo lo que podamos, pero eso nos arruinará económica y socialmente. O si, para no arruinarnos, debemos volver inmediatamente a la calle, a hacer lo que hacíamos antes, pero si se reactiva la pandemia, volveremos a la casilla de salida.

Muchos dirán que es una falsa dicotomía. En cualquier caso, cada opción tiene consecuencias personales diferentes en función de nuestras circunstancias: edad, sexo, condiciones laborales, salud, tipo de vivienda, ubicación geográfica, ingresos y rentas disponibles, servicios al alcance, calidad de la conexión telemática, incluso ideología, o creencias religiosas... Como se hace evidente, estamos ante una paradoja existencial compleja, aunque la variable dependiente es la desigualdad.

¿Qué hacemos? ¿Nos comportamos como individuos egoístas y le apostamos al sálvese quien pueda, sabiendo que en este escenario ganan los poderosos? ¿Nos comportamos como una comunidad cerrada, y apostamos por lo nuestro, por nuestra familia y vecinos, nuestra parroquia, nuestra pequeña tribu o “nuestra nación primero”? ¿O

nos comportamos como especie, y buscamos la solidaridad, el bien común y el cuidado mutuo, aunque este signifique grandes sacrificios personales, y también a nivel de nuestra tribu?

Aunque sepamos cuál es la respuesta moralmente correcta según nuestros valores, la decisión, cargada de emocionalidad, es difícil para cualquiera.

Levantar la vista

Si una virtud tiene esta pandemia es que nos permite levantar un momento la vista del torbellino cotidiano y pensar qué futuro tendremos para nosotros, para nuestra sociedad y para la especie entera. Pero para hacer este ejercicio sería necesario tener alguna certeza sobre cuál va a ser nuestro futuro inmediato. Y el futuro está, hoy por hoy, dominado por la incertidumbre de la Covid-19. Hay demasiadas incógnitas y pocas certezas.

Entre las incógnitas está el comportamiento del virus en el medio plazo. No sabemos aún qué tipo de inmunidad genera nuestro cuerpo, ni por cuánto tiempo. Ignoramos si la ciencia va a encontrar una vacuna eficaz, cuánto tiempo tardará en llegar, y si será universal o solo al alcance de una parte limitada de la población. Pero de poco servirá si la inmunidad es corta. Tampoco sabemos, y esto es quizá lo que más preocupa ahora, si y cuándo se volverá a descontrolar el virus en un segundo brote, que se prevé mucho más letal para las personas y para la economía, tal como ocurrió con la gripe española hace un siglo.

Entre las certezas está el convencimiento de que este virus está aquí para quedarse. Que es muy contagioso, mucho más que la gripe clásica. Y que, a falta de una vacuna eficaz para todos, solo con estrictas medidas de distanciamiento social e higiene continua se pueden evitar muchos contagios y reducir radicalmente la tasa de mortalidad. De cualquier manera, tenemos la certeza de estar ante

una catástrofe económica sin precedentes, que no tenemos modelo alternativo viable ahora mismo, y que nos urge volver a lo de antes.

Aún así, muchos también sabemos que, para asegurarnos de que la salida de esto sea sostenible en el tiempo, tendríamos que cambiar de modelo de vida. Y que ese cambio implica un cambio en el paradigma o un “reset”, tal como lo ha llamado Manuel Castells (ver su capítulo de este libro). Y es aquí donde empiezan las resistencias.

¿Cambiar de paradigma?

Sabemos desde hace demasiado tiempo, al menos desde mediados del siglo pasado, que nuestro modelo basado en los valores del capitalismo industrial, del individualismo a ultranza y del crecimiento continuo, es insostenible. Sabemos ahora también que ha llegado a tal punto de saturación que se ha convertido en súper-tóxico para el planeta y muy destructivo para nuestro hábitat y el de casi todas las demás especies.

Pero para cambiar de paradigma, para hacer un “reset”, tendríamos que renunciar a demasiadas cosas. Aunque ahora declaremos, golpeados física y psicológicamente por los efectos de la pandemia, que estamos dispuestos a ello, en cuanto regrese la normalidad, aunque sea con el añadido de “nueva”, volverá nuestro amado capitalismo del consumo, del ocio, y de la movilidad perpetua. Y también de la desigualdad. Entonces, ansiosos por “reincorporarnos”, por “reabrir”, habremos olvidado nuestras promesas y votos, hechos en un momento de debilidad en que nos vimos obligados a reflexionar, porque tuvimos miedo a morir de la Covid-19.

Cambiar de paradigma significaría, entre otras cosas, detener el ritmo de crecimiento, tan destructivo para el clima y la biosfera, y entrar en una dinámica de decrecimiento, como sostienen ya muchos ecologistas, sociólogos y economistas. Esto implicaría cambiar de modelo industrial y reducir al mínimo el consumo de lo superfluo, de lo prescindible, y acabar con los abusos de la economía financiera,

empezando por los paraísos fiscales. Al mismo tiempo, significaría acabar con las tremendas desigualdades, no solo elevando el nivel de los que no tienen nada, sino reduciendo significativamente el nivel de los que tienen mucho.

Cifras de vértigo

Desde que la evidencia de la dimensión catastrófica del cambio climático se ha convertido en innegable, se han puesto en marcha algunos tímidos programas de transición de modelo, con la intención de abandonar progresivamente las emisiones de gases de efecto invernadero y transitar hacia un crecimiento no basado en la explotación de los recursos, como el Pacto Verde Europeo.

Pero hasta principios de marzo seguían circulando miles de millones de vehículos con motores de explosión. Seguían volando decenas de miles de aviones en todo el planeta. En 2019 se vendieron 90,3 millones de coches nuevos en el mundo, aunque fuera el 4% menos que el 2018, con 94,4 millones. En la mañana del día 20 de noviembre de 2019, por ejemplo, había 11.500 aviones volando simultáneamente en el mundo.

¿Qué sentido tiene que entre Sidney y Melbourne operasen una media de 154 vuelos diarios, según datos del 2017? ¿Y qué lógica hay detrás de que llegasen 83,7 millones de turistas a España en 2019, más el 80% de ellos a bordo de aeronaves? ¿No son demasiados los 65,7 millones de turistas que visitaron Nueva York en 2018? ¿Y qué hay de las decenas de nuevos aeropuertos, los incalculables kilómetros de autopistas, los miles de millones de animales sacrificados, las infinitas hectáreas de bosque deforestadas?

Aunque estas cifras deberían causar vértigo, están asumidas por casi todos como algo “normal”, y es a esa “normalidad” a la que se aspira a volver, cuanto antes mejor.

Porque, ¿quién, de entre los ricos y las clases medias, va a renunciar de repente a volar en aviones, a sus segundas residencias, a sus

piscinas, a sus universidades privadas, a sus perfumes y vinos caros, a sus cruceros? ¿Y quién, de entre los desposeídos, va a dejar de soñar, mientras se deja la vida en trabajos de miseria, en alcanzar algún día, para ella o para los suyos, alguno de estos privilegios que el sistema promete, aunque casi nunca cumpla?

Nuestro sistema está lleno de contradicciones, pero ya dijo Schumpeter que la naturaleza del capitalismo es la destrucción creativa. Quizá muchos habrán aprovechado la cuarentena para hacerse preguntas profundas, aunque no creo que la Covid-19 tenga fuerza suficiente como para cambiarlo todo. Más de uno habrá hecho un propósito de enmienda, y espero que eso tenga alguna influencia en su comportamiento político futuro. Por ejemplo, en nuestras democracias, donde veremos si ganan los que apuestan seriamente por un cambio de modelo, o los nacionalistas y populistas que apuestan por profundizar en lo que tenemos, confiar en Dios y en las fronteras, y los demás, que se fastidien.

Lo que sí es casi seguro es que, en cuanto nos dejen, todos los que podamos vamos a volver a la playa. Al fin y al cabo, somos miembros de una orquesta que seguirá tocando mientras el barco se hunde. Pero después de la catástrofe del coronavirus, cabe preguntarse honestamente ¿será la nueva normalidad *business as usual* o una oportunidad para empezar a cambiar, en serio, el paradigma de nuestra civilización?

Movimientos sociales, cambio cultural e impactos de la pandemia

Pedro Ibarra

Es tiempo de reflexionar sobre hasta qué extremo la pandemia ha generado oportunidades y posibilidades para que movimientos y organizaciones sociales pongan en marcha procesos de movilización dirigidas a lograr cambios sistémicos –económicos, políticos, sociales– que establezcan formas de vida más comunitarias, más solidarias, más cercanas a la igualdad. Discutiremos en este capítulo las movilizaciones y movimientos sociales antes y durante la pandemia de la Covid-19, llamando la atención para las dinámicas de cambio y de disputa cultural en marcha.

Movilizaciones antes y durante la pandemia

En primer lugar, hay que ver si ya se han producido movimientos con estas tendencias de cambio previos a la pandemia que reforzarían sus demandas a partir de las oportunidades abiertas por la crisis. Examinar si desde el mismo proceso de crisis, están surgiendo acciones colectivas orientadas hacia esa dimensión de desarrollo de lo común.

Determinadas organizaciones sindicales ya desde hace un tiempo están planteando, además de sus reivindicaciones laborales, transformaciones políticas que impliquen un mayor protagonismo de lo público frente a los intereses privados. Otros movimientos sociales de carácter sectorial están ampliando reivindicaciones más allá de sus demandas originales. Y el movimiento feminista *ya está* en esta onda de transformación global.

Acontecimientos en la misma crisis pandémica marcan esta dirección. Aunque solo sea de forma embrionaria, los actos de solidaridad y protestas colectivas hechas desde balcones y ventanas proponen una solidaridad y, al mismo tiempo, defensa de lo común, que caracteriza esas exigencias de cambios más sustanciales. También resulta relevante la aparición de manifiestos de organizaciones sociales que plantean la necesidad de una movilización en favor de ese horizonte alternativo.

Impactos culturales

La siguiente cuestión sería discutir en qué medida hay cambios en las visiones y actitudes de los ciudadanos. Más específicamente, señalar que cambios culturales podrían implicar un aumento de la militancia, del activismo, y podrían suponer el aumento del apoyo de sectores sociales hacia estas nuevas movilizaciones y sus objetivos.

Las crisis suelen generar respuestas de ruptura. Son coyunturas en las que el desprecio material, económico, social y político del sistema frente a sus “súbditos” resulta ya insoportable. Las políticas de austeridad suelen ser un escenario clásico (Della Porta, en este libro) y qué duda cabe de que la miseria que se avecina a partir de la crisis pandémica va a incrementar esa situación de insoportabilidad.

Sin embargo, estos escenarios no provocan un resultado universal, es decir, aquel en el que todos cambian de conciencia y desde una nueva conciencia solidaria y comunitaria todos quieren el cambio. Habrá respuestas de exigencia de cambios sustanciales, pero

las respuestas también pueden y *suelen ser* de ordenada y razonable movilización en búsqueda de recuperar la normalidad. Esto es, en establecer las condiciones de vida y el sistema de reparto de bienes y rentas, de asignaciones de trabajo y de decisiones política hasta ahora existentes. El anterior a la crisis.

Parecería que esta aparición y reforzamiento de una conciencia solidaria y la consiguiente disposición favorable para asumir un compromiso de movilización transformadora, resulta más probable que surja en aquellos que ya estaban fuera del sistema. Parados, precarios, mujeres (en especial cuidadoras), disidentes, emigrantes, sectores juveniles, grupos marginales, etc. Muchos *–no todos–* de ellos han adquirido la conciencia de que no es posible entrar en el espacio sistémico. Tienen razones para no jugar dentro del sistema, porque saben que es operar en un escenario con unas condiciones, reglas y *horizontes* que no están hechos para ellos. Juegan desde fuera, desde la solidaridad dirigida a construir lo común alternativo.

Visibilizar... y vivir lo insoportable del sistema

Esos sectores marginales de la población son afectados especial y desigualmente por las consecuencias de la pandemia (Davies, 2020). A mucho de ellos su dramática vivencia les conduce a conocer más a fondo las causas de su situación, entender las raíces sistémicas de esa desigual virulencia. Comprender que la solución pasa por la eliminación de las raíces del sistema y su sustitución por otro distinto.

En ellos resulta más impactante la visibilización en la crisis y a través de la misma, de la injusticia, la desigualdad y la insostenibilidad del sistema al tiempo de hacer aparecer como deseable *–y también más comprensible–* la búsqueda de un horizonte distinto. Así, por ejemplo, la pandemia les demuestra que, a través del fracaso de la gestión pública de la salud, la vida está supeditada al interés privado. Les demuestra la desigualdad de género existente y la miseria del mercantilismo como el eje en torno al cual se articula la vida social,

generando una medida de las cosas –las del mercado– sobre los que sustenta la convivencia humana.

La crisis y la post-crisis generan las oportunidades culturales descritas. La convicción sobre la necesidad de la transformación sustancial del sistema adquiere en estos grupos mayor densidad y racionalidad. Vivir *más* herido, marginado y vulnerado, suele añadir fuerza y convicción a ese deseo de transformar el mundo.

Otras solidaridades

La pandemia también ha demostrado, a través de la aparición de diversas redes de solidaridad, que existe una cultura solidaria. Proviene de nuestra naturaleza empática y social que es capaz de ponerse en marcha tanto en momentos de crisis como de confrontación generalizada.

Surge un sentimiento intuitivo –más emotivo que racional– en muchos sectores y clases de la sociedad del tipo: “¿qué es lo que nos ha ocurrido?”; “Lo que nos ha pasado tendría que hacernos pensar que deberíamos vivir de forma distinta frente al consumo, frente a la naturaleza, frente a la relación con los otros y frente a lo común”. Son intuiciones que no tienen por qué derivar hacia opciones alternativas racionales. Sin embargo, con las mismas se hace más comprensible, más cercano y aún más merecedoras de apoyo, propuestas de movimientos que formulan con razones concretas horizontes de cómo vivir en y desde lo común.

Culturas paralizadoras

Por un lado, los movimientos sociales pueden explotar los espacios y las “culturas” de innovación que se abren en momentos de incertidumbre. Sin embargo, el proceso de asentamiento y extensión de esa cultura solidaria es complejo porque tiene enfrente un poderoso rival. Hoy la cultura dominante en la sociedad está contaminada por el *virus* neoliberal (Friedrich, 2018).

Su objetivo es conseguir que nuestra esencia social y empática se guíe por los principios que rigen la economía, la agresividad, la competencia, la ley del más fuerte, por acción y por omisión. En definitiva, por los principios que rigen la economía capitalista. Este es el ADN del virus: colonizar con la lógica del mercado, la vida y así reducir nuestra acción a una mera individualidad asilada, guiada por los principios del gen egoísta. Este virus provoca el miedo que conduce a confiar solo en las soluciones individuales y a que solo lo establecido por el poder resuelva los (mis) problemas.

Momentos y movimientos

Resulta muy posible que en este escenario post-crisis se produzcan *acontecimientos* colectivos sociales que constituyan por sí mismos *momentos* que cuestionen el sistema (Badiou, 1988). Mas allá de la demanda del colectivo correspondiente, es el acontecimiento por sí mismo el que expresa la exigencia de regeneración radical –*completa*– de la democracia. Concentraciones y movilizaciones en las que aparecen no tanto un programa reivindicativo sino una afirmación simple y contundente de denuncia del todo existente y exigencia de un todo radicalmente distinto. El momento/movimiento, más conocido en nuestras latitudes es el 15-M (Flesher Fominaya, 2020), pero hay otros que al menos tienen ese estilo de ser acontecimientos.

Un suceso de estas características *puede ser* un factor detonante de un proceso de confrontación totalizador. Asimismo, puede ser autónomo *o estar ligado –o dentro–* de un preexistente o también naciente movimiento social con pretensiones de continuidad en el que opere ya de alguna manera esa voluntad *totalizante*.

En tiempos de progresiva vuelta a la “normalidad”, parece previsible que aparezcan distintos procesos de movilización. El probablemente mayoritario será la exigencia de recuperar las condiciones de vida –trabajo y prestaciones económicas– anteriores a la crisis. Parece que quien liderase esta movilización colectiva serán diversos

movimientos sindicales. Tendrían comprensión y apoyo también de mayorías sociales cuya cultura está muy marcada por la combinación de valores y actitudes que conforman la opción por la seguridad individual.

En otro escenario de movilización aparecería la exigencia de lo público y de lo común. Nuevos movimientos o viejos transformados que, a partir de esos acontecimientos exigen *ya* un conjunto de transformaciones sistémicas que se expresen en un sustancial protagonismo del interés público, en la extensión de la igualdad y la defensa del bienestar común en la gestión de las cuestiones medioambientales, y alimentarias, y, por supuesto, en todos los ejes/estructuras del sistema económico. Son movimientos que podrían lograr respaldo de aquellos grupos sociales que, a partir de esas intuiciones y experiencias comunitarias y solidarias provenientes de la crisis, asumirían estas reivindicaciones.

Finalmente, procesos de movilización a favor de construcción de lo común. Determinados grupos sociales ponen en marcha *lo común y su común gestión* en diversas dimensiones (trabajo, enseñanza, ciudad, etc.). Presionan para que los poderes públicos impulsen el establecimiento de experiencias de lo común en todos los espacios. Que el poder político, en este nuevo horizonte, incremente sustancialmente *lo público*, asumiendo la gestión de servicios públicos centrales (sanidad, educación, crédito, etc.), y se convierta en un instrumento de impulso –pero no de regulación– de acciones/organizaciones en todos los órdenes, basadas en la construcción, defensa y gestión de lo común. No es descartable que en el desarrollo del escenario post-crisis, confluyesen estas tres tendencias o movilizaciones en una plataforma, frente o movimiento común.

Escenarios de confrontación

Desde los poderes constituidos se van a articular procesos dirigidos a operar en el escenario de la vuelta a la normalidad. Se darán

confluencias de los poderes públicos con grupos o movimientos que operan en la sociedad, limitando sus reivindicaciones hasta hacerlas asumibles por el régimen político correspondiente. Entra dentro de lo más probable que las movilizaciones sociales en una primera y larga etapa concentre toda la movilización en la exigencia de la recuperación de lo perdido.

Esta dinámica plantea un reto central a las movilizaciones *alter-sistémicas*. Lograr que la concentración en la reivindicación por la normalidad no relegue para siempre, o absorba, las otras exigencias, que tienen hoy significativas oportunidades para su planteamiento. De esta manera, otro de los retos que se presenta tanto para los grupos motores –acontecimientos, momentos– como movimientos y organizaciones más estables con fines alternativos, va a ser encontrar recursos que combinen la movilización física presencial con otras modalidades de protesta. La historia de los movimientos sociales está llena de ejemplos y prácticas de formas de acción colectiva que no son movilizaciones presenciales de compactos conjuntos (Ple-yers, 2019). Así, no resulta difícil imaginar y luego construir, actos de desobediencia individual que sean presentados como también una compacta red de impactante desobediencia civil.

Bibliografía

Badiou, A. (1988). *L'être et L'évenement*. Paris: Editions Seuil.

Davies, M. (16 de marzo de 2020). COVID-19: El monstruo llama a la puerta. *CTXT Journal*.

Friedrich, S. et al. (2018). *La sociedad del rendimiento: Cómo el neoliberalismo impregna nuestras vidas*. Pamplona: Katakarak.

Flesher Fominaya, C. (2020). *Democracy Reloaded: Inside Spain's Political Laboratory from 15M to Podemos*. Oxford: Oxford University Press.

Pleyers, G. (2019). *Movimientos sociales en el Siglo XXI. Perspectivas y herramientas analíticas*. Barcelona: Icaria.

Sexta parte

Nuevos desafíos para el pensamiento crítico

Pandemia: desafíos al pensamiento crítico

Kathya Araujo

A pesar de las variadas interpretaciones en curso, quizás uno de los puntos de acuerdo sea el estatuto traumático que tiene la pandemia de la Covid-19 para la vida social. Si es verdad que, como virólogos y epidemiólogos sostienen, esto era algo que se veía venir, no resta un milímetro su carácter de irrupción y su capacidad desestabilizadora para las sociedades. Una incitación que nos empuja a dar vueltas incessantemente en torno a ella para darle sentido. Una desestabilización que aconseja hacernos cargo de nuestra pérdida de certezas. Un enigma que obliga a soportar las contradicciones. Desde este incierto y riesgoso lugar es que estas líneas son escritas. Es desde aquí que me gustaría aportar a esta reflexión algunas ideas acerca de lo que, a mi juicio, esta crisis (que con cierta seguridad no será la única sino el inicio de una serie) muestra e interroga respecto al lazo social, sus consecuencias, sus riesgos y potencialidades, y la manera en que ello desafía al pensamiento crítico de nuestra época.

Tres cuestiones me interesa especialmente mencionar: la escala de la construcción de lo común; el individuo y lo colectivo; la autoridad y la regulación social.

La escala de la construcción de lo común

Buena parte de la discusión subrayó en las últimas décadas la dimensión globalizada del mundo. Propuso que las comprensiones de los fenómenos, de las amenazas y de los conflictos deberían tomar esa escala. Aún más, confió en que esta escala sería proveedora de formas nuevas de solidaridad y de justicia. De manera concomitante, se extendió una amplia desconfianza a la escala nacional. Esta crisis muestra con una cruda transparencia la centralidad de esta escala (no su exclusividad excluyente, solo su extremada relevancia). Si es cierto que dada la magnitud de la amenaza que enfrentamos una respuesta global y articulada sería sensata y esperable, lo cierto es que los acontecimientos terminan por producir el aguzamiento de la percepción del carácter profundamente nacional de la vida social. Esto no es una novedad. En efecto, como la investigación empírica no deja de mostrar, las experiencias más relevantes que hacen los individuos y que decantan en un saber sobre lo social y un saber-hacer en el mundo social son principalmente nacionales. Sin embargo, hoy, las experiencias en tiempos de pandemia la han profundizado y radicalizado. Si los riesgos son globales, las respuestas se presentan como profundamente nacionales.

Por supuesto, y en primer lugar, ello tiene que ver con el papel que en esta crisis han debido tomar los estados. De ellos, de sus recursos, de su responsabilidad actual y de sus acciones anteriores depende el destino de las poblaciones en los diferentes países. La mortalidad y la fortaleza de los servicios de salud son inversamente proporcionales. La muerte de muchos habrá que ponerla a cuenta de estados que han administrado los recursos en aras de una estabilidad macro cuyos ganadores son precisamente los actores económicos más poderosos; o que han utilizado esos recursos de maneras poco virtuosas en función de criterios no necesariamente relacionados con el bienestar de la población. En breve, estados que han traicionado su carácter público para convertirse en para-privados. Pero, por el momento, como

suele ser en las circunstancias en las que lo que parece estar en juego es la sobrevivencia, es hacia él que se dirigen las esperanzas redentoras y salvíficas de la población.

Pero este fortalecimiento de la escala nacional se relaciona, también, y sobre todo, con las formas de abordaje de la crisis y lo que ellas suponen como experiencia para las personas. No solo se generalizaron los cierres de fronteras sino que, en muchos casos, un recurso a la idea de nación y a los sentimientos nacionalistas ha sido la herramienta principal de apelación a los ciudadanos y ciudadanas. Además, se ha establecido una especie de competencia honorífica entre las naciones, definida por número de muertes y aplanamiento de curvas. Asimismo, elementos que han jugado un papel extremadamente importante para la definición de las formas de manejo de la crisis han sido los presupuestos acerca de los “rasgos de carácter de las culturas nacionales”. Este concepto altamente sospechoso, y largamente dejado de lado por la sociología, de pronto ha aparecido en todo su esplendor como un elemento explicativo mayor y decisivo al momento en que se dirimen las modalidades con las que se enfrenta la crisis en cada país. La confianza en la obediencia disciplinada de sus habitantes en el caso de Japón, hace posible que sus habitantes puedan estar en el espacio público en momentos en que otros países confinaban de manera obligatoria ciudades y poblaciones. La afirmada responsabilidad reflexiva y autonomía moral en el caso de Suecia ha hecho que no se haya establecido obligatoriedad de confinamiento. La suposición del carácter transgresor de sus pobladores en el Perú definió e hizo admisible un extenso y muy temprano confinamiento total.

En breve, en un momento de crisis global como este, no es solo el estado el que cobra vigencia, sino también, inevitablemente hoy, la nación. El lazo social que se sostiene en un imaginario de lo común, por más rudimentario que sea, se redirige con más ímpetu a encontrar sus materiales a las canteras de la nación con los riesgos, potencialidades y desafíos que ello implica.

Los riesgos son varios. Un extendido sentimiento de desconfianza a lo extranjero o lo extraterritorial se ha fortalecido. La xenofobia sufrida por ciudadanos chinos, especialmente al comienzo de la pandemia, es un buen ejemplo. El miedo da pie a la ferocidad con la que se defiende el cierre de fronteras, y a la legitimidad de la exclusión más brutal por el bien de la nación. Un nuevo sentido común parece instalarse. La explicitación abierta y sin tapujos de la competencia entre naciones permite conductas dignas de historias de piratas o gangsters (países deteniendo aviones y confiscando material médico; negociaciones en las que los más poderosos hacen imposible que los más débiles accedan a respiradores artificiales o implementos médicos). La previsible clausura de las grandes naciones en términos productivo-estratégicos en el futuro, hoy parece una consecuencia necesaria y justificada, pero constituye una verdadera amenaza para los países más frágiles y pobres del mundo.

Una de las potencialidades de este momento, sin embargo, es que un pensamiento crítico pueda reconocer la relevancia de la escala nacional para las maneras en que las personas se perciben y se orientan en el mundo social y para la construcción del lazo social. Una oportunidad para admitir que demonizar lo nacional, o evadirlo a partir de un juego elusivo que va de lo global a lo local, no ayuda porque deja al pensamiento crítico sin sintonizar con las experiencias, imaginarios y concepciones de una vasta mayoría de la población (un error que se paga caro si pensamos en varias de las ultraderechas en el mundo). La posibilidad de entender que más que echar por la borda la nación una tarea relevante es resignificarla.

Los desafíos no son pocos. Por espacio, me limito a mencionar solo uno: cómo al mismo tiempo que empezar a reconocer la importancia de la escala nacional en la vida de las personas (y sus luchas ordinarias y cotidianas) evitamos que el registro de lo común se angoste. Si la historia es el resultado de disputas varias, quizás una, difícil, que debamos llevar adelante urgentemente hoy es recuperar la dignidad del extranjero, en tiempos de miedo; ampliar la solidaridad hacia lo

internacional, en momentos de escasez; expandir la consciencia de nuestra común humanidad, en épocas de singularidad.

El individuo y lo colectivo

Quizás una de las apelaciones más frecuentes en este tiempo de pandemia es la cuestión de la responsabilidad individual. La importancia del individuo como zócalo para la solución parece ser evidente para todos. Se apela, entonces, a la dimensión moral del individuo en el uso de su libertad, a su capacidad de moderar su libertad en virtud de su responsabilidad con el colectivo. El individuo es colocado como zócalo de la protección de lo común. Quizás esta crisis sanitaria como pocos eventos antes han puesto en relieve el grado en que los procesos de individualización (el individuo colocado como eje de la idea de sociedad al mismo tiempo que una expansión y profundización del cultivo de las individualidades), se han expandido en muchas regiones del mundo, dejando de ser una cuestión puramente centro-occidental, al mismo tiempo que las valencias distintas que estos procesos han ido tomando según realidades sociales. De modo más preciso, ella devela la magnitud en que estos procesos de individualización transforman de manera radical los estilos de enfrentar problemas colectivos. Estos procesos cambian el escenario y son extremadamente relevantes porque ponen nuevas condiciones a las formas posibles y eficientes de apelar a las personas y a su compromiso colectivo.

En algunas regiones, como en América Latina, esta cuestión es de extrema urgencia. Por un lado, los procesos de individualización se han fortalecido en las últimas décadas, sin que no obstante hayan habido suficientes estudios y reflexiones de lo que ha significado. Lo anterior a pesar de que esta es una novedad de proporciones para una región en la cual las élites han privilegiado históricamente ya sea formas tutelares para enfrentar las relaciones con el pueblo o la ciudadanía restándole todo atisbo de autonomía individual a la

población; ya sea permitiendo, la existencia de individuos e individualidades muy bien contenidos a partir de la pertenencia a colectivos de referencia masivos, fuertemente manejados políticamente y con una clara impronta identitaria en los que dichos individuos en última instancia se difuminan. Por otro lado, y no solo en América Latina, porque el individuo con frecuencia ha sido concebido, incluso o quizás especialmente por el pensamiento crítico, como una amenaza, lo que se ha expresado en la asociación entre individuo/egoísmo; individuo/transgresión; individuo/anti-colectivo; individuo/antisolidaridad, o en su versión más contemporánea, el individuo como pura expresión de una subjetividad neoliberal que lo distancia de la idea de lo común. Una concepción del individuo como la anterior tiene, sin duda, dificultades para captar lo que esta crisis, y las que vendrán, pone como desafío: cómo enfrentar situaciones que requieren altos grados de coordinación colectiva y solidaridad en un mundo de fuerte individualización. Al partir de una lectura excluyente de individualismo y solidaridad la capacidad de comprensión y de acción termina por aparecer como manotazos de ahogado, cuando no simple ceguera.

Por supuesto, una lectura que vincula individuo y egoísmo o reducir al individuo a ser un espejismo destinado a sostener mecanismos de dominación no es errada. Como lo hemos visto en el desarrollo de esta pandemia, por un lado, el acaparamiento de alimentos fue una reacción masiva y generalizada; la protección violenta del territorio contra posibles infectados fue noticia en muchos países. Por otro, el afianzamiento de la sobre-responsabilización individual, ha permitido quitar responsabilidad por lo que acontece a las decisiones políticas así como velar los efectos estructurales; el fortalecimiento del mito del individuo transgresor ha servido para reivindicar las políticas de tutela estatales y de las clases dirigentes; la afirmación individualista ha llevado a la expansión del uso violento en interacciones ordinarias de la superioridad moral como arma de imposición sobre los demás. Esta lectura, entonces, no es errada, pero es insuficiente. Un contingente importante de la población ha

restringido sus salidas a los espacios públicos aún sin estar obligada a hacerlo por indicación de las autoridades estatales. Muchos, que también son individuos fuertemente individualizados, no hay que olvidarlo, se han sometido a renunciaciones muy grandes en virtud de la protección de otros.

El riesgo de quedarse en una lectura crítica y a distancia de estos “nuevos” individuos es que nos impide ver lo que enfrentamos: procesos de individualización e incluso singularización irreversibles y expandidos que implican una rearticulación profunda del sentido de la relación del individuo al colectivo. Nos hace ver a las personas ordinarias como el enemigo, siendo que son en ellas y desde ellas que la hechura del mundo y su transformación se produce o se producirá. El desafío que esta crisis nos presenta es claro, aunque quizá no simple: cómo pensar a futuro un individuo fuertemente individualizado que sea el fundamento de lo colectivo; cómo no olvidar que es el individuo, ese mismo que el pensamiento crítico mira con sospecha, la osamenta y el corazón mismo del lazo social.

Autoridad, poder y regulación social

Influir sobre las conductas de la población (en tiempo récord), si bien no es el único rendimiento exigido para el afrontamiento de la Covid-19, se ha presentado como uno de los más relevantes. Aunque la metáfora de la guerra utilizada por varios gobernantes ha sido puesta en cuestión, y en mucho con razón, lo cierto es que en este aspecto hay símiles verdaderos con los momentos de guerra y en general de eventos catastróficos. La necesidad de la movilización generalizada de la población y sus conductas, hábitos y costumbres en una nueva dirección de manera abrupta y acelerada, se hace evidente. Ello subraya la importancia del ejercicio de la autoridad, el liderazgo y la capacidad de orientar las conductas de la población. La cuestión de la obediencia y el acatamiento de las normas se coloca en momentos como estos en el centro de la construcción de estrategias. La tensión

entre libertad y seguridad se renueva. La importancia del valor sobrevivencia reestructura la jerarquía de estos valores. Las fronteras entre lo que puede ser considerado control indebido y las exigencias del control en virtud del bien común o la sobrevivencia del colectivo se hacen indiscernibles. Esta crisis y la perspectiva que deberemos enfrentar otras situaciones de carácter catastrófico en el futuro, deja al descubierto otro desafío para el pensamiento crítico: una reflexión profunda respecto a la tensión entre libertad y control en las sociedades contemporáneas. Si este ha sido prolífico en pensar los riesgos del control y las formas de dominación que entraña, ha sido mucho menos productivo para entregar pistas de cómo resolver lo que esta pandemia pone en evidencia: no hay forma de pensar en el bien común, en lo colectivo, sin, al mismo tiempo, definir de qué manera es posible enfrentar hoy de manera aceptable la cuestión de la regulación social y, por tanto, resolver la cuestión de las libertades.

A falta de una reflexión sobre el punto, la confusión es mayor. La crisis ha permitido ver con transparencia la pugna existente entre tres grandes maneras de concebir cómo se puede obtener la obediencia de la población. Por un lado, estrategias más bien fácticas de control, en las que el acatamiento es resultado de la acción de dispositivos o mecanismos. En ellas, la cuestión del poder relacional ejercido queda velado tras la fría eficiencia de plataformas, apps o cifras. Por otro, estrategias de tipo relacional fuertemente basadas en modelos intersubjetivos, las que apelan a una dimensión reflexiva y fuertemente argumentativa, pero que inevitablemente están sostenidas en última instancia, de cara a su fracaso, por un componente represivo y punitivo.

Finalmente, formas de ejercicio de autoridad basadas explícitamente en modelos impositivos, punitivos, que hacen de la coerción su soporte principal. Las posiciones más críticas y progresistas, sin gran sorpresa dada la falta de reflexión sobre el punto, han terminado repartiéndose entre ellas sin orden ni concierto. En Chile (país que decidió la estrategia de confinamientos selectivos en diferentes zonas de la ciudad), la oposición, mientras más de izquierda con

mayor fuerza, clamó tempranamente por un encierro mayor inmediato. En nombre de la vida y la protección, y a partir de un discurso en el que la economía y la vida se construyeron como enemigos, se exigió la cuarentena obligatoria total con un discurso represivo y hasta punitivo.

En un país con un frágil vínculo laboral, con un porcentaje significativo de trabajo informal y con una clase media que se caracteriza por su extrema vulnerabilidad, esta exigencia no pareció considerar la existencia de amplios sectores de la población para los que este encierro total muy temprano resultaba simplemente inviable si es que no se tomaban medidas conexas, como entregas de alimentos, medicamentos, acceso a apoyos monetarios, todo lo que requiere una altísima preparación logística. Los sectores más críticos reclamaron penas severísimas para los infractores de las normas que en su mayoría no son los poderosos de siempre, aunque haya muchos de estos, sino población vulnerable altamente amenazada en su sobrevivencia por las medidas de confinamiento. La demanda de confinamiento total de la oposición progresista llegó sin que al mismo tiempo se preparara una propuesta de cómo hacerla posible (lo que, por supuesto, no quiere decir que la que ha propuesto el gobierno responda a las necesidades). Promovió un modelo de control represivo y punitivo que no tuvo ni la mínima consideración de cuestiones como la libertad o la situación estructural de vulnerabilidad económica de estas poblaciones (¡y así el marxismo dejó de considerar la economía!).

Los riesgos de no tomar en cuenta el problema de la regulación social son enormes. Son, por supuesto, como acabamos de verlo, los de mantener viejas formas represivas y totalitarias de aseguramiento de la regulación; los de colaborar ingenuamente con la deriva de formas factuales de imposición de poder y control; las de confiar en formas aparentemente dialogantes y fuertemente sostenidas por constricciones estructurales. Pero la madre de todos estos riesgos es no responder al desafío que le impone al pensamiento crítico esta crisis: hacer suya finalmente una profunda autocrítica y radical reflexión sobre cómo resolver la tensión entre libertad y control, cómo

abordar la mal afamada pero indispensable cuestión de la regulación social.

La historia, como ha sido reiterado, es un resultado de disputas para dar significación y orientación a los acontecimientos. Ser parte de estas disputas, en momentos de profunda transición como el que vivimos, requiere de la humildad para aceptar nuestros puntos ciegos, el coraje para enfrentarlos y la energía para superarlos. La crisis de la Covid-19 exige al pensamiento crítico hacerse de estos tres atributos.

Covid-19 y la crisis de cuidados

Karina Batthyány

La pandemia del coronavirus ha desajustado los modelos de vida a los que estábamos acostumbrados/as. Esta crisis sanitaria puso en evidencia lo que parte del feminismo viene considerando como central para repensar un proyecto que tenga a la vida en el centro: todos y todas somos interdependientes. La rápida propagación de la Covid-19 y las medidas institucionales para producir aislamiento social que se están aplicando en la mayoría de los países, ponen en evidencia uno de los eslabones más débiles de nuestra sociedad: los cuidados.

Las personas necesitamos de bienes, servicios y cuidados para sobrevivir. Los cuidados son relacionales e interdependientes. Todos hemos precisado o precisaremos de cuidados en algún momento de nuestra vida y todos hemos cuidado o cuidaremos a alguien en las etapas de nuestro ciclo vital. Todas las personas requerimos alimento, ropa, abrigo, asistencia, apoyo, compañía, así como también todas las personas nos lesionamos, enfermamos, pasamos por la primera infancia y llegaremos, probablemente, a la vejez.

Ahora bien, a pesar de lo anterior, una de las lecciones que nos deja esta emergencia sanitaria se refiere a la invisibilidad de los cuidados y nos preguntamos cómo impactan los cambios propuestos por las medidas que están tomando los países sobre la vida cotidiana de varones y mujeres. Este momento es, por lo tanto, una oportunidad para hacernos la pregunta que, por cierto, pocos medios y hacedores de política se han hecho: ¿qué pasa con los cuidados en el marco de esta emergencia sanitaria?

Obviamente, para un problema estructural de esta magnitud, la solución no es simple. Un abordaje histórico al tema ha sido ignorar la centralidad del cuidado asumiendo que la incorporación de las mujeres al trabajo productivo redistribuiría esa carga por sí sola, cuando la evidencia nos muestra que eso se tradujo en una doble jornada laboral para las mujeres. Algo que conocemos desde los estudios de género y cuidados es que la economía considerada productiva se sostiene en el trabajo del cuidado (no reconocido ni remunerado), aunque este sea en muchos casos invisible. Como sabemos, en América Latina y el Caribe, las mujeres realizan cerca del 80% del trabajo de cuidados no remunerado y son amplísima mayoría entre quienes se ocupan en el trabajo de cuidados remunerado. Por tanto, gran parte de los cuidados totales los ejercen las mujeres.

Algunas de las medidas propuestas suponen un aislamiento en los entornos domésticos y la búsqueda de soluciones individuales por parte de los entornos familiares para el cuidado. Soluciones individuales mediadas, por tanto, por los recursos de diversa índole que cada uno tenga. Es un regreso al “puertas adentro”, donde cada quien deberá encontrar su solución.

La necesidad de cerrar los establecimientos educativos y de cuidados pone de manifiesto que las jornadas laborales no son compatibles con cuidar a niñas, niños, adolescentes y personas dependientes. La instrucción de aislamiento social total de las personas mayores de 60 o de 65 años –según cada caso– vuelve a recordar que en los países de nuestra región miles de ellas no tienen redes de apoyo, cuidadores/as ni tampoco recursos.

Para solucionar la crisis de cuidados necesitamos una nueva idea de gestión pública que entienda que la interdependencia de las personas es un hecho de la vida en común. La solución no pasa solo por repartir más equitativamente el cuidado entre varones y mujeres a nivel individual, sino que su importancia y valor se reconozca y pueda ser provisto también en parte por la sociedad y con el Estado asumiendo su responsabilidad.

La emergencia por la Covid-19 vuelve a poner en el centro la cuestión de la organización social del cuidado y es necesario que, junto con apoyar todas aquellas medidas y acciones que pongan a la humanidad y no al mercado en el centro para paliar la pandemia, seamos capaces de instalar la necesidad de poner los cuidados en el centro, superando el mercado como eje organizador de la vida en común. Esta crisis pone de manifiesto que es el momento de comenzar a pensar en nuevas formas de organización social en general, donde el cuidado ocupe un rol central.

Ante gobiernos que toman diferentes medidas, personas que no pueden ser cuidadas por la población de riesgo (pensemos en las abuelas que son en buena parte cuidadoras de niños y niñas), mujeres asalariadas empobrecidas y sin medidas de protección laboral que aseguren su empleo, con servicios médicos colapsados, es urgente pensar en nuevas formas de gestionar los cuidados.

La crisis de cuidados tendrá otra consecuencia no menor: la dificultad de incorporación o continuidad de las mujeres en el trabajo productivo en igualdad de condiciones respecto de los varones. Teniendo en cuenta que los trabajadores y las trabajadoras con menor protección, informales y que trabajan en base a jornales, van a recibir el mayor impacto de las repercusiones económicas que genere esta emergencia sanitaria, podemos afirmar que probablemente la pandemia vuelva más pobres y vulnerables a las mujeres. Esta situación la hemos visto ya en casos de emergencias por desastres “naturales”. ¿Cómo abordará el Estado las consecuencias de la pérdida del empleo por la sobrecarga de cuidados? ¿Qué medidas de promoción de corresponsabilidad en las tareas domésticas y de cuidado se

pueden adelantar entre el Estado, las empresas y trabajadores y trabajadoras en una situación de confinamiento?

La única respuesta total y efectiva ante las crisis en la reproducción de la vida está dada por las instituciones universales, públicas y gratuitas, por los espacios de lo común y de lo colectivo. En esta situación de alarma, los Estados en general han convocado a la responsabilidad individual para hacer frente a una crisis estructural que evidencia las fragilidades de los sistemas públicos de atención a personas dependientes. La incapacidad de los Estados y gobiernos para ver la dimensión estructural de los cuidados es preocupante.

Las mujeres siguen siendo las más afectadas por el trabajo de cuidados no remunerado, sobre todo en tiempos de crisis. Debido a la saturación de sistemas sanitarios y al cierre de las escuelas, las tareas de cuidados recaen mayoritariamente en las mujeres. Se necesitan medidas que rompan los moldes tradicionales para que esta situación no recaiga desmedidamente sobre ellas. Hay que pensar cómo se distribuye esta crisis de otra manera para que no seamos siempre las mujeres las que sostenemos los momentos críticos en el funcionamiento de una sociedad. Esto implica, entre otros elementos, construir una mirada alternativa sobre nuestro modelo de convivencia, fundada sobre la irrenunciable igualdad real –y no solo formal– de varones y mujeres. Recuperar la dimensión política de la vida cotidiana parece un camino a transitar.

La crisis de los cuidados queda expuesta una vez más, aunque no sea hoy la preocupación central de quienes toman medidas para frenar la pandemia.

El coronavirus, el don y los escenarios posneoliberales

Paulo Henrique Martins

Los eventos que estamos experimentando se predijeron en cierta medida debido a los desequilibrios sistémicos, sociales, ecológicos, políticos y económicos crecientes, como lo predijeron previamente autores críticos del antropocentrismo como Chakrabarty (2009) y Danowski y Viveiros de Castro (2014). Sin embargo, no había una idea clara de cómo y cuándo los eventos se apresurarían a abrir la perspectiva de un cambio civilizatorio de resultados impredecibles. La crítica teórica valoraba la contestación política del neoliberalismo provocada por las movilizaciones transnacionales de movimientos más audaces como las feministas, la juventud. Sin embargo, no contemplaba de manera inteligible una ruptura inmediata a través de un vector biohumano como se predijo anteriormente por la antropología ecológica.

No se podía prever un escenario de pandemia que cambiara el rumbo, desplazara las agendas neoliberales y el mito del mercado, revelara el papel estratégico del Estado y las políticas públicas en la regulación institucional a nivel nacional, regional y mundial y finalmente reavivara las perspectivas de los pactos sociales y

comunitarios solidarios. Naturalmente, la urgencia del momento desplaza la atención hacia las acciones de salud en general y de salud pública en particular, con impactos tanto en el ámbito real como en el económico. En paralelo, es posible observar cambios en las rutinas y hábitos, acciones de ayuda mutua y acogida, gestos de solidaridad con los más humildes.

Estos cambios revelan la fuerza del don, es decir, de la libre obligación de donación, recepción y retribución que observó Marcel Mauss (1999) en su famoso *Ensayo sobre el don* de 1924 y que fue actualizado por los intérpretes contemporáneos reunidos en el Movimiento Anti-Utilitario en las Ciencias Sociales (MAUSS), fundado en Francia en 1981. Los signos luminosos del don, que involucran a individuos, familias y comunidades vulnerables que buscan recomponer las modalidades de solidaridad a nivel interpersonal, grupal, institucional y político, se presentan como una importante salida política en el momento actual.

Varios intelectuales famosos ya están avanzando críticas teóricas de la pandemia (Amador, 2020; Souza Santos, 2020). Pero muchos de estos comentarios se centran en ejercicios académicos de patrones analíticos que ya habían sido desarrollados antes de la crisis. Sin embargo, muchos de estos análisis no señalan claramente los lugares de ruptura y los vacíos que dan lugar tanto a reacciones conservadoras como a innovaciones democráticas que pueden producirse en una nueva esfera civilizacional. Por lo tanto, deberíamos realizar un ejercicio de previsión de las tendencias de los acontecimientos para comprender los posibles escenarios en el período posterior a la crisis con el agotamiento del neoliberalismo.

Antes y después de la Covid-19: continuidades y rupturas

Pensemos en los escenarios de continuidades y discontinuidades con respecto a mentalidades, sueños, valores, creencias e instituciones.

En el caso actual, creemos que estos escenarios deberían comenzar a tener en cuenta tres aspectos:

- a) Pérdida de legitimidad del mercado como regulador de la vida económica y social. Esta creencia en la primacía de un mercado autorregulado capaz de administrar instituciones se basa en una leyenda: que el mercado reemplazaría la regulación estatal por su efectividad instrumental, tanto en las sociedades nacionales como en el ámbito internacional. La idea errónea de esta “tesis del mercado” se demuestra por la forma en que el mercado financiero se ha reducido, por un lado, y cómo la intervención estatal se ha expandido, por el otro.
- b) El retorno del Estado como agente central para enfrentar el coronavirus y reactivar la vida económica, política y social. Este retorno se produce en la medida en que solo el aparato del Estado tiene la capacidad de regular diversos conflictos, emitir moneda en su territorio y generar políticas de protección social ampliadas.
- c) Revalorización de acciones espontáneas de solidaridad tanto en la sociedad civil como en las comunidades físicas y virtuales a nivel nacional e internacional, reactivando el paradigma del don como regulador político, social e institucional. Abarca la posibilidad de recrear los mecanismos tradicionales de organización de pactos sociales y comunitarios basados en asociaciones solidarias entre personas de zonas urbanas y rurales. Esta posibilidad constituye un estímulo para el empoderamiento moral de los individuos en la organización de sus instituciones y prácticas cotidianas.

En cualquier escenario hay un factor imponderable: el impacto en el tiempo y el espacio de la crisis viral en las sociedades y poblaciones nacionales y en los migrantes, exiliados y refugiados. Tal impacto ha exigido acciones políticas públicas y sociales que organizan la vida de las comunidades en los territorios locales, nacionales y

transnacionales. Las reacciones políticas e institucionales inducen los cambios más generales a nivel mundial, por un lado, y el estímulo de prácticas de solidaridad horizontal que involucran a individuos, familias, grupos sociales e instituciones de cooperación y apoyo social, por otro. Las particularidades de los casos también deben tenerse en cuenta. China ha logrado controlar el proceso de pandemia porque tiene una estructura política centralizada y una cultura confuciana de valorar las jerarquías de las autoridades que son muy particulares. Este modo de gestión vertical de la vida social funciona en estados autoritarios, pero su implementación en sociedades democratizadoras puede generar acciones represivas y políticamente desestabilizadoras.

La mayoría de los países occidentales necesitan adoptar iniciativas más dialógicas para obtener el consentimiento de los ciudadanos e implementar acciones de salud. La perspectiva de superar la crisis viral a corto plazo no significa necesariamente superar el potencial catastrófico contenido en el modelo neoliberal de acumulación ilimitada de riqueza. En cualquier caso, deberíamos considerar que esta trágica experiencia colectiva abre nuevas posibilidades para reorganizar los sistemas de poder y las estructuras políticas, económicas, culturales y morales. La discontinuidad temporal impacta en la comprensión psicológica de los humanos sobre la vida y la muerte. Refuerza las tendencias patológicas y autodestructivas y abre la sensibilidad colectiva a la comprensión de que la fuerza de la acción grupal puede generar procesos colectivos más importantes que las estrategias individualistas.

Dos escenarios principales: optimismo y pesimismo

Teniendo en cuenta los límites de las proyecciones, podemos asumir dos escenarios principales. Si las estrategias inmediatas para superar la crisis generada por el coronavirus no tienen éxito, sin duda tendremos un escenario más pesimista, señalando procesos

de recesión crónica con impactos en la vida de las organizaciones y las personas. Este escenario podría ser muy malo para las luchas democráticas. Pero puede estar a favor de los regímenes autoritarios, ya que los líderes de derecha aprovechan el miedo y la desesperanza para imponer estructuras de poder verticalizadas. La salida dictatorial es un fantasma inquietante en el horizonte de sociedades debilitadas por experiencias represivas como se ve ahora en el caso de Hungría.

Por el contrario, podemos considerar más posibilidades a favor de la democracia si las estrategias de salud tienen éxito en unos pocos meses y si las movilizaciones cívicas y comunitarias contribuyen a fortalecer los sentimientos de pertenencia a un lugar específico, que se había fragmentado por la mercantilización del mundo. Favorecerán nuevas agendas de movimientos sociales y comunitarios para que puedan anticipar eventos, creando dispositivos de resistencia contra las tendencias autoritarias y dictatoriales. Breno Bringel (2020) sugiere que los escenarios pesimistas y optimistas de la crisis de salud se pueden desarrollar en tres momentos: a) Recuperación, el “business” de siempre, centrado en el crecimiento del PIB; b) Adaptación, el “New Deal” Verde, que surgió inicialmente en Estados Unidos y c) Transición, el cambio de paradigma hacia una nueva matriz económica y ecosocial.

La reflexión sobre los escenarios puede permitir que los proyectos democráticos se fortalezcan al evitar el centralismo autoritario y las aventuras dictatoriales. El ejercicio de la solidaridad es una buena manera de motivar a la opinión pública a posicionarse en su diversidad clasista, corporativa, de identidad, étnica y religiosa, permitiendo un nuevo nivel de organización de experiencias plurales, participativas y representativas. Podemos presenciar este hecho en algunas sociedades en Europa y Asia, que ya está comenzando a relajar las medidas contenciosas. En el caso brasileño, el coronavirus desplazó la agenda de la extrema derecha que estaba preparando un golpe dictatorial bajo Bolsonaro y sus aliados. Los hechos nos permiten visualizar la recomposición de las fuerzas democráticas en otro

plan organizacional que se estaba volviendo difícil en el escenario populista de derecha con el apoyo del fanatismo religioso.

Posibles desarrollos: Estado, mercado y sociedad

A corto plazo, los hechos apuntan hacia tres direcciones: ampliar el papel del Estado en la organización de las políticas de bienestar público y la protección del empleo y las empresas; resistencia de las fuerzas del mercado, con los principales bancos e instituciones financieras apostando por la rápida superación de la pandemia para no renunciar a sus privilegios financieros y rentistas; diversas reacciones de grupos sociales e individuos para organizar reacciones cívicas que fortalecen el espíritu comunitario y las prácticas de donaciones espontáneas entre individuos y comunidades.

Aquí podemos ver la aparición de diferentes formas de organizar el poder en la gestión de la vida institucional, económica, política, cultural y comunitaria. El resurgimiento de iniciativas espontáneas y de apoyo promovidas por el don, que estaban siendo fragmentadas por el consumismo, es una señal alentadora que puede ayudar a sacar a las personas de los brotes de letargo e hipnóticos alimentados por el fanatismo político y religioso. Solo de esta manera podemos prever una reorganización de la sociedad civil y las comunidades que expresan prácticas dirigidas a un nuevo humanismo.

El coronavirus como evento extraordinario

El efecto viral tiene dos lados: patológico y emocional. Se extendió principalmente entre los viajeros y las personas adineradas, generando un pánico inevitable dentro de las clases medias y los ricos que asumieron que estaban protegidos de los pobres, los desempleados y de los excluidos. Creían que podían seguir disfrutando de la sociedad de consumo de forma ilimitada, incluso a expensas de la

miseria social. La Covid-19 está actuando, entonces, como un evento político extraordinario en los espacios de las multitudes que se multiplican en el vacío de la sociedad civil desorganizada. Está logrando lo que los movimientos sociales liberales radicales y ecológicos no han logrado.

¿Qué escenarios podemos imaginar para la política, la sociedad y la cultura? Las respuestas a esta pregunta pueden verse en la práctica y en el corto plazo debido al fortalecimiento de la acción estatal para contener la pandemia y a las movilizaciones espontáneas de grupos sociales, organizaciones gubernamentales y no gubernamentales nacionales y transnacionales. Aquí podemos imaginar cuatro variables:

- a) fortalecimiento de los estados autoritarios que tienen una gran capacidad de planificación y poblaciones relativamente acomodadas como China;
- b) fortalecer los Estados de bienestar social en aquellas sociedades, como las europeas, que tienen una fuerte tradición de participación social y política;
- c) fortalecimiento de los estados periféricos de bienestar, ya sea en la versión autoritaria y dictatorial o en la versión de las oligarquías ilustradas que buscan construir discursos populistas de izquierda. Es posible que en las sociedades periféricas, la catástrofe social presenciada por las muertes masivas de individuos conduzca, en el mediano plazo, al fortalecimiento de los regímenes oligárquicos dispuestos a restaurar prácticas populistas con eventual apoyo del fundamentalismo religioso y poder político tradicional;
- d) profundización de la ruptura sistémica con la liberación de nuevos modos de gobernanza mundial y nacional, abiertos a la intensificación de las prácticas democráticas, solidarias y orientadas a la

inclusión masiva de los individuos que habían sido excluidos del modelo neoliberal. Podemos visualizar las perspectivas liberadoras generadas por la aparición de nuevas solidaridades afectivas y morales entre las poblaciones vulnerables como, igualmente, la creación de nuevas instituciones políticas y sociales destinadas a gestionar la liberación del don en las esferas comunitarias. Para Sari Hanafi (ver capítulo en este libro) “esto también nos ha dado la oportunidad de explorar y proporcionar nuevas formas de entender y reclamar nuestra justicia social y nuestra humanidad”.

Las izquierdas deben reevaluar rápidamente los errores generados por la renuncia a un proyecto democrático más amplio a finales del siglo XX. La creencia de que la ruptura del neoliberalismo vendría de dentro ha demostrado ser ingenua e imposible bajo los límites utópicos del liberalismo tradicional. En esta dirección, se considera primordial una propuesta para explorar el potencial de una democracia de base convivencial fundada en dones horizontales (Caillé, 2015). Es decir, una democracia que implique intercambios de bienes y servicios en solidaridad y bondades recíprocas basadas en el compartir de nuevos valores morales y nuevas disposiciones afectivas. Puede surgir como condición para la emancipación de las economías solidarias y las nuevas políticas de cuidado que restablecerán el valor del conjunto humano como base de una nueva cultura política.

En este primer momento de la crisis, el centro de atención sigue siendo la esperanza de que las políticas públicas meramente asistencialistas o destinadas a preservar a los empleadores y empleados y los intereses de las grandes empresas bastarían para evitar los daños causados por la Covid-19. Pero, si la cuestión no se resuelve a corto plazo, será necesario un cambio importante en el paradigma de los padrones de poder para lograr otra comprensión de lo humano. Con el fin de la era del Antropoceno debe surgir un nuevo paradigma civilizacional que permita reinventar la economía y la vida social a partir de un proyecto ético, ecológico y político legitimado por experiencias comunitarias y convivenciales. Por lo tanto, hay un nuevo hecho

que surge de las quiebras del mercado y del Estado centralizador: el que resulta de la fuerza de los sistemas de donación, la solidaridad espontánea y convivialista que ocupa los espacios de regulación de la vida social.

La nueva agenda que se abre con el posneoliberalismo debe contemplar las condiciones para estructurar una nueva economía, una nueva sociedad y un nuevo ser humano. Como señaló anteriormente Mauss, es fundamental entender el agonismo no como una destrucción mutua sino como un ritual comunitario que favorece la alianza entre individuos y grupos sociales.

Bibliografía

Amador, P. (Ed.). (2020). *Sopa de Wuhan*. La Plata: Editorial ASPO.

Bringel, B. (2020). Geopolítica de la pandemia, escalas de la crisis y escenarios en disputa. *Geopolítica(s) Revista de estudios sobre espacio y poder*, 11 Especial.

Caillé, A. (2015). *Le convivialisme en dix questions*. Paris: Le Bord de l'Eau.

Chakrabarty, D. (2009). The climate of history: four theses. *Critical Inquiry*, 35(2), 97-222.

Danowski, D. y Viveiros de Castro, E. (2014). *Há mundo por vir? Ensaio sobre medos e fins*. Florianópolis: Desterro.

De Sousa Santos, B. (2020). *Virus: everything that's solid breaks down in the air. Open Democracy / Open Movements*.

Mauss, M. (1999). *Sociologie et anthropologie*. Paris: PUF.

Hacia una sociología post-Covid-19

Sari Hanafi

Esta época oscura de la pandemia de coronavirus me recuerda cómo me sentía durante las largas horas frente a los puestos de control israelíes, cuando trabajaba en Ramallah y vivía en Jerusalén (entre 2000 y 2004). La espera del final de la espera, controlada y orientada por otros, la norma de que no hay normas se convirtió en una violencia suspendida. Esta privación de una existencia temporal (un proceso de cambio, un tiempo ontológico en anticipación, más allá de mi control) redujo mi ser, como diría Heidegger, a un tiempo lineal, donde no sentí un “espacio-cidio” (Hanafi 2013), sino un “cronocidio”. El presente, debido a la imposición de una alienación del tiempo y la alteración de la vida para la mitad de la humanidad, lo que incluye el confinamiento, incluso los toques de queda, se siente como esos días entre Ramallah y Jerusalén. La alteración actual cambiará a un ritmo sin precedentes la manera en que comemos, trabajamos, compramos, hacemos ejercicio, cuidamos nuestra salud, socializamos y pasamos nuestro tiempo libre. Este virus ha cambiado la dirección del viento. Como expresó con elocuencia Arundhati Roy (2020):

A diferencia del flujo de capital, este virus busca la proliferación, no una ganancia, y por lo tanto, involuntariamente invirtió, en cierta medida, la dirección del flujo. Se ha burlado de los controles de inmigración, la biometría, la vigilancia digital y cualquier otro tipo de análisis de datos, y ha golpeado con fuerza, hasta ahora, en las naciones más ricas y poderosas del mundo, lo que ha detenido el motor del capitalismo. Tal vez temporalmente, pero al menos durante un tiempo suficiente para que podamos examinar sus componentes, hacer una evaluación y decidir si queremos ayudar a solucionarlo o buscar un mejor motor.

La atmósfera surrealista de la pandemia de Covid-19 ha expuesto fallas en la confianza entre los seres humanos, entre los países, entre los ciudadanos y los gobiernos, y nos empuja a plantear grandes preguntas sobre nosotros mismos, nuestras relaciones sociales y la vida en general. Y esta crisis no se limita solo a la salud pública y ambiental, o a la economía. Estamos presenciando un momento revelador sobre la crisis de la modernidad tardía y su sistema capitalista en una escala amplia y general. No podremos volver simplemente a los “negocios como de costumbre” después de superar esta crisis, y las ciencias sociales deberían trabajar para analizar y participar activamente en el abordaje de estas nuevas realidades. Hay dos tipos de tareas: las que son urgentes por ahora y las que son importantes para mañana.

Primero, para desentrañar los orígenes sociales y comprender la magnitud del impacto de la Covid-19, para comprender cómo se puede aplanar la curva ascendente de la infección, para saber cómo lidiar de manera más efectiva con las consecuencias del distanciamiento social y para estudiar adecuadamente las medidas necesarias con el fin de aliviar las consecuencias para aquellos que han perdido su empleo, es urgente fomentar la colaboración entre los científicos de todos los campos. Como dijo Mounir Saidani, necesitamos no solo laboratorios médicos sino también sociológicos. La Organización Internacional del Trabajo estima que 25 millones de personas podrían quedar desempleadas, y la pérdida de ingresos de los

trabajadores podría ser de hasta USD 3.4 billones.¹ En segundo lugar, debemos comprender las teorías conspirativas y las *fake news* sobre la pandemia, y buscar formas de mitigar la creciente discriminación contra extranjeros y refugiados, incluido el aumento de los estereotipos contra los chinos y aquellos acusados de “contagiar el virus”.

Lo importante: crítica a la sociología

Hace un año escribí un artículo que ofrecía recomendaciones sobre las posibles nuevas direcciones de la sociología global (Hanafi, 2019), que incluía el pedido de complementar el enfoque poscolonial actual con uno antiautoritario, y de tener en cuenta las nuevas características de nuestra sociedad post-secular. Quiero hacer énfasis especial en tres tareas que debe realizar la sociología: construir enfoques en múltiples niveles que se ramifiquen de la comunidad a la humanidad; adoptar un enfoque activo en la lucha contra las enfermedades del Antropoceno y el Capitaloceno; y, por último, establecer una mejor agenda para el reconocimiento y la obligación moral.

Enfoque en múltiples niveles: de la comunidad a la humanidad

En primer lugar, el coronavirus ha demostrado cuán interconectado está el mundo y ha convertido la imagen metafórica de una aldea global en realidad. Pero aún necesitamos generar “más solidaridad a nivel global y una globalización más humanista”, y para hacerlo con éxito se requiere una conceptualización a múltiples escalas. Gilles Deleuze argumentó que la izquierda (y con ella la mayoría de los científicos sociales, a excepción de los economistas ortodoxos) percibe el mundo en términos de relaciones que comienzan desde

¹ www.ilo.org/global/about-the-ilo/newsroom/news/WCMS_739961/lang-en/index.htm

lo más distante y se mueven hacia adentro. La desigualdad social, por ejemplo, se ha entendido como un gran fenómeno global de explotación cuya relación puede rastrearse hasta el imperialismo y el colonialismo. Por ende, la mayoría de los científicos sociales instan a abordar la existencia y las estructuras del imperialismo y el colonialismo para resolver adecuadamente el sufrimiento de las clases sociales (abstractas) afectadas. En oposición a esta idea, existen los movimientos de política identitarias (es decir, algunos movimientos islámicos, movimientos conservadores y de extrema derecha) que observan las relaciones a partir de un punto cercano y se trasladan al más distante. Creen en el trabajo comunitario y en las relaciones familiares y barriales. Por ejemplo, los partidarios de Donald Trump sí creen en su capacidad para abordar las desigualdades sociales que enfrentan las comunidades olvidadas de estadounidenses blancos rurales. Las organizaciones religiosas en el Líbano son actualmente las ONG más proactivas en cuanto a la asistencia de las familias que perdieron su trabajo durante el toque de queda.

Considero que la sociología post-Covid-19 será capaz de reinventar el modo en que ha ordenado tradicionalmente su enfoque para crear métodos que se orienten a múltiples escalas: repensar la importancia de la familia, la comunidad y la ética del amor, la hospitalidad y el cuidado, y luego escalar al nivel del Estado nación y la humanidad en su conjunto.

La lucha contra el Antropoceno/Capitaloceno

La Covid-19 es una enfermedad producto no solo de la globalización sino también del Antropoceno. El credo en el consumismo humano está agotando recursos que nuestra tierra no puede renovar, y este virus es solo un episodio (aunque significativo) de este consumismo. Como sabemos, se transmitió de animales no domesticados a seres humanos a través de su consumo en China. ¿Son realmente tan sabrosos? Bourdieu lo consideraría un signo de distinción, lo que hace

referencia a la cantidad significativa de objetos innecesarios y lujosos que nosotros, la clase media y media baja, consumimos.

El voraz consumismo es inducido por lo que el sociólogo francés Rigas Arvanitis llamó el “acceso mitológico a la felicidad”, que en última instancia sirve como un acelerador efectivo para más problemas de salud, epidemias, muertes y desastres. No es posible examinar estas relaciones a múltiples escalas sin volver a conectar al individuo, la sociedad y la naturaleza. No es posible abordar el cambio climático y el sistema económico político sin sensibilizar al público sobre la relación de las personas con la tierra y la humanidad. Jason Moore (2016) propone la noción de Capitaloceno, ya que considera que el capitalismo organiza la naturaleza como un todo: es la ecología mundial la que se une a la acumulación de capital, la búsqueda del poder y la coproducción de la naturaleza en sucesivas configuraciones históricas.

Este enfoque de escalas múltiples requiere la reconexión de lo económico con lo social, y la vinculación con lo político y cultural. El capitalismo neoliberal y especulativo no implica solo una cuestión económica, también es un sistema de poder y de cultura, y estas interrelaciones significan que incluso los sistemas democráticos no siempre tienen éxito en prevenir la colusión entre las élites políticas y económicas, o el dominio de los grupos de presión (Pleyers, 2020).

Necesitamos revivir el concepto de Karl Polanyi de integración social. Polanyi introdujo tres formas de integración de la sociedad en la economía: intercambio, redistribución y reciprocidad. Por lo tanto, nuestras ciencias sociales deberían repensar seriamente estos tres términos, ya que el mercado (un lugar de intercambio) necesita ser moralizado, lo que incluye el establecimiento de un control social firme contra todas las formas de especulación. La redistribución no se puede lograr sin tomar medidas significativas para evitar que la concentración de la riqueza esté en manos de una minoría de empresas en cada sector, sin establecer grandes impuestos para los niveles más altos de capital y riqueza (Piketty,

2014), y sin avanzar hacia una economía de crecimiento lento y sus corolarios (incluida la necesidad de transporte público barato con bajas emisiones de carbono, de considerar los servicios públicos como inversiones en lugar de pasivos y de aumentar la seguridad de los mercados laborales).

Somos conscientes de que la lucha por el medio ambiente es inseparable de la economía política que se elija y de la naturaleza de nuestro sistema económico deseado, y estas conexiones entre los seres humanos y la naturaleza nunca han estado conectadas de manera tan inmediata o cercana como hasta ahora. Hay una crisis grave de rápido crecimiento que fue expresada muy claramente por el expresidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan, cuando dijo: “no hay límites para el crecimiento, porque la capacidad humana de inteligencia, imaginación y asombro no tiene límites”.² Para el economista estadounidense James Galbraith y el sociólogo alemán Klaus Dörre (2019), este crecimiento se basó en el supuesto de la estabilidad a largo plazo de los costos fijos de las materias primas y la energía. Cuando se modificó esta situación, la especulación financiera se intensificó, las ganancias se redujeron y se generaron conflictos de distribución entre los trabajadores, la gerencia, los propietarios y las autoridades fiscales. En virtud de ello, los autores sugieren “una nueva economía de crecimiento lento y consciente que incorpore los fundamentos biofísicos de la economía en sus mecanismos de funcionamiento”. Agregaré que también debemos pensar en los graves efectos sociales de las formas de trabajo digitalizadas y la tendencia a reemplazar la mano de obra por autómatas. Incluso si la mano de obra digital redujera parcialmente la tasa de desempleo, la falta de protección social para los trabajadores digitales afectaría a las generaciones futuras.

² <https://www.cato.org/publications/commentary/earths-resources-are-limited-human-ingenuity-infinite>

Políticas de reconocimiento y obligación moral

Polanyi definió la integración social como el intercambio mutuo de bienes o servicios como parte de las relaciones a largo plazo, en las que la reciprocidad, así como las obligaciones y preocupaciones morales, se agregan a las relaciones contractuales. Calificaría esta reciprocidad de dos maneras. La primera reciprocidad requiere políticas de reconocimiento (Honneth, 1996) entre grupos o redes que aceptan la identidad de los demás, que funcionan en línea con el paradigma del pluralismo y el multiculturalismo. La reciprocidad funcional depende de la fuerza o debilidad de las obligaciones morales en las relaciones sociales. Alain Caillé (2008) promueve una hipótesis antiutilitaria, en la que el deseo de los seres humanos de ser valorados como dadores evidencia que nuestras relaciones no se basan únicamente en el interés, sino en el placer, el deber moral y la espontaneidad. Pero el sentido de obligación moral también puede ser débil. El filósofo francés Bruno Latour explica que, si bien las personas no necesariamente ignoran el cambio climático, no sienten que pertenecen a la tierra en la que viven y, a su vez, que pueden mudarse rápidamente a otros lugares como una estrategia de salida individual.

La sociología poscoronavirus solo tendrá sentido si cuenta con una utopía o “utopías reales”, como diría Wright (2010), ya que, incluso si no son totalmente realizables, dirigirán nuestras acciones. No hay vida ética sin utopía, y la diferencia entre las prédicas clericales y la utopía de un sociólogo es que esta última no necesariamente denuncia la visión antiutópica de los demás y puede intentar trabajar con aquellos que creen en ella. Por lo tanto, esta sociología debería comprender el enfoque maussiano del don, así como la obligación moral de conectar las ciencias sociales con la filosofía moral y la necesidad de fomentar esa relación. Es importante repensar la construcción de la otredad, no solo con respecto a quién se percibe como el adversario y por qué, sino en relación con la manera en que nos preocupamos por “el Otro”. Una discusión ética sería podría

domesticar la búsqueda de nuestro propio interés. A esto se refiere el aforismo de Paul Ricoeur, “aspirar a la verdadera vida con y para el otro en instituciones justas”. En otras palabras, poder incluir la ética del amor, la hospitalidad, la atención y la aprehensión con los demás y para ellos en marcos institucionales que permitan garantizar y reforzar la justicia social y la democracia. Esta idea está en línea con el “manifiesto convivialista” y los aportes que Paulo Henrique Martins hizo a este libro. Para recordarnos cómo pensar la responsabilidad con respecto a la libertad, y cómo fomentar y potenciar las relaciones significativas con los “otros” seres humanos, la sociología debería volver a estos y otros análisis sobresalientes de filósofos como Emmanuel Levinas quien, de manera simple y astuta, explicó “Avant cogito, il ya bonjour” (el “buenos días” antes del *cogito*).

Conclusión

Realizar una crítica de la sociología siempre ha sido la tarea integral de la Asociación Internacional de Sociología. Esta crisis global puede haber impulsado nuevas estrategias para reforzar la explotación, el despojo y el capitalismo neoliberal, y ha aumentado el alcance de nuestra codicia y egoísmo, pero también nos ha brindado la oportunidad de explorar y proporcionar una nueva forma de entender la justicia social y la humanidad, y de exigir las. He intentado esbozar aquí algunas ideas para las políticas de esperanza luego del coronavirus, que nos pueden permitir trascender el capitalismo neoliberal y especulativo, para reconectar a los individuos, las sociedades y la naturaleza, y para integrar la economía en las relaciones sociales, los valores culturales y las inquietudes morales.

Permítanme finalizar con un comentario positivo. Aquí, en el Líbano, según las mediciones de mis colegas de la Universidad Americana de Beirut, la contaminación del aire se redujo un 36%. Incluso gracias a la disminución de la contaminación acústica, hoy las aves cantan en el borde de la ventana de mi casa. Además, es

posible tener intimidad para la autorreflexión. Durante este confinamiento, volví a ver la película *El amor en los tiempos del cólera* que reflexiona acerca de la belleza de crear amor en virtud del amor. Quizás, algún día, otro Gabriel García Márquez escriba *El amor en los tiempos del coronavirus*.

Traducción de María Paula Vasile

Bibliografía

Caillé, A. (2008). Teoría anti-utilitarista de la acción. *Revue Du MAUSS*, 31(1), 175-200.

Galbraith, J. y Klaus, D. (2019). El efecto estrangulamiento: el capitalismo más allá del crecimiento rápido. *Diálogo Global*, abril. <http://globaldialogue.isa-sociology.org/the-choke-chain-effect-capitalism-beyond-rapid-growth/>.

Hanafi, S. (2013). Explaining Spacio-Cide in the Palestinian Territory: Colonization, Separation, and State of Exception. *Current Sociology*, 61(2), 190-205.

Hanafi, S. (2019). Global Sociology Revisited: Toward New Directions. *Current Sociology*, 68(1), 3-21.

Honneth, A. (1996). *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales*. Traducción de Joel Anderson. Cambridge, Mass: The MIT Press.

Piketty, T. (2014). *El capital en el siglo XXI*. Traducción de Arthur Goldhammer. Cambridge, Mass: Belknap Press.

Pleyers, G. (2020). Desafíos interconectados del siglo XXI. *Global Dialogue* Vol. 10(1), p. 8-12.

Roy, A. (3 de abril de 2020). La pandemia es un portal. <https://www.ft.com/content/10d8f5e8-74eb-11ea-95fe-fcd274e920ca>.

Covid-19, colonialidad y la crisis raigal

Jaime Ríos Burga

La crisis de horizonte de sentido histórico de la modernidad/colonialidad occidental pone hoy en cuestión todos los ámbitos y dimensiones de la vida. La Covid-19 acelera estas dinámicas y transforma las relaciones sociales en todas sus dimensiones y ámbitos de vida en el planeta. Como sugiere Boaventura de Sousa Santos en su más reciente libro, *La cruel pedagogía del virus* (2020), el capitalismo y el neoliberalismo financiero nos han llevado en estas tres últimas décadas a una crisis permanente. El virus acelera una crisis preexistente, llevando a todo lo que es sólido se desvanezca en el aire porque donde el capital financiero penetra es una bendición para los poderosos y una maldición para las mayorías. Dinámica estructural donde el capitalismo, el patriarcado y el colonialismo profundizan el sufrimiento humano, el hambre, la explotación, la discriminación racial y sexual, la sobreexplotación de la/os trabajadora/es, la muerte de los discapacitados y los ancianos.

Existe hoy una disputa por interpretar el carácter de la crisis vivida. El debate intelectual enfatiza eso, en la coyuntura actual, de

maneras diferentes. Touraine¹, por ejemplo, subraya la crisis de todo aquello que generaba sentido en la sociedad industrial, mientras Chomsky llama la atención a la capacidad histórica de autodestrucción de la especie humana, potenciada todavía más ahora por la destrucción ambiental y las posiciones de gobiernos como el de Trump en Estados Unidos.² A su vez, Edgar Morin, sugiere que el coronavirus nos revela lo que estaba oculto en las mentes compartimentadas forjadas por las élites dominantes, permitiendo que emerja lo que el autor define como una “ecología de la acción”.³ Finalmente, es ya bastante conocida también la propuesta reciente de Zizek sobre la reinención del comunismo⁴, mientras otros, como Byung Chul Han (2020), son mucho más pesimistas y enfatizan, en un polo opuesto, las barreras para la construcción de la solidaridad y de los procesos revolucionarios.⁵

Una crisis raigal

Independiente de la postura de cada uno frente a la crisis actual, es fundamental ubicar el momento histórico a partir de un análisis de larga duración. Esto es lo que hace, por ejemplo, Foster⁶ al tratar de asociar la pandemia y las causas de la Covid-19 a la matriz del propio sistema capitalista. En línea similar, sugiero que se trata de una *crisis raigal*. Si la encubrimos solo como una crisis sanitaria no explicamos ni comprendemos, como reivindicaba Aníbal Quijano (2014), la crisis

¹ Bassets, M. (29 de marzo de 2020). Alain Touraine, sociólogo: “Esta crisis va a empujar hacia arriba a los cuidadores”. *El País*.

² HispanTV. (5 de abril de 2020). Noam Chomsky: Crisis del COVID-19 se agravó por traición de EEUU. *HispanTV*.

³ Morin, E. (18 de marzo de 2020). Lo que el coronavirus nos está diciendo. *Servindi*.

⁴ Alemany, L. (1 de abril de 2020). Zizek ya tiene su libro sobre el coronavirus: “El dilema es barbarie o un comunismo reinventado”. *El Mundo. España*.

⁵ (24 de marzo de 2020). Byung-Chul Han: “El virus no puede reemplazar a la razón”. *Semana*.

⁶ Observatorio de la Crisis. (5 de abril de 2020). “El capitalismo ha fracasado. La disyuntiva es “a ruina o la revolución””. Entrevista a Bellamy Foster. *Kaosenlared*.

civilizatoria en sus relaciones de dominación, explotación y conflicto; y, sus ámbitos de autoridad colectiva, trabajo, sexo y género, naturaleza y subjetividad. De hecho, las sociedades occidentales viven varias crisis estructurales, entre ellas las crisis de individuación, sociabilidad e imaginarios agudizadas por el efecto desbastador de la Covid 19 que saca a luz su profunda crisis del ser, del saber y del poder.

Una crisis raigal que nos muestra la complejidad de su estructuración en el cambio social global conteniendo varias crisis simultáneas en espacios y tiempos de larga, media y corta duración. Una crisis multidimensional que encuentra su origen y desarrollo en la propia génesis del capitalismo como sistema histórico por su relación autodestructiva con la naturaleza, los agrupamientos humanos, tecnologías de producción y gestión.

A las relaciones sociales capitalistas entre naturaleza y sociedad, habría que sumar el impacto del cambio tecnológico permanente del capitalismo que ya Marx señalaba en sus *Grundrisse*. Pero también, en el terreno propiamente político, aquello que Antonio Gramsci definía, en su momento, como la pérdida de consenso por parte de la clase dominante, que deja de ser “dirigente” para ser solo “dominante”, es decir, detentora de la fuerza coercitiva (Gramsci, 2018). En definitiva, una amalgama de dinámicas y elementos que se sobreponen.

No es casual que, frente a este contexto, la Covid-19 exprese hoy intracivilizatoriamente todos estos procesos de cambio en una ruptura en las relaciones entre la naturaleza y la vida humana, tanto como producto de las propias racionalidades y prácticas tecnoburocrático instrumentales de poder como de las nuevas formas de organización de vida. Modelo de desarrollo global que muestra no solo su carácter sino los límites para resolver los problemas acuciantes de los millones de seres humanos que exigen una mejor calidad de vida.

Todo ello genera una crisis permanente donde la racionalidad instrumental hegemónica y los dogmatismos relativistas y/o nihilistas niegan o esconden las diversas crisis (climática, de soledad, patriarcalismo, nuevas desigualdades y exclusiones, financieras, etc.)

para imponer sus nuevos mecanismos de control y dominación, negándose a ver todas las dimensiones de la presente crisis civilizatoria global. Y precisamente por ello quieren volver rápidamente a la “normalidad”.

Para el poder hegemónico, en su vertiente racista, la vida social no vale nada, pues solo es considerada una mercancía descartable. Entre el hedonismo y la soledad exacerbada por la propia competencia del sistema, muchos individuos y colectividades, ante el impacto de la Covid-19, se preguntan ¿Esto es vida? ¿Tiene sentido vivir así en un mercado que día a día devora la naturaleza, los cuerpos y las emociones? ¿Cómo vivir en un mundo en el que unos pocos se enriquecen mientras millones de seres humanos viven y migran en crecientes diferentes formas de violencias? ¿Qué futuro le espera a mi familia, hija/os, mi país?

En este escenario la sociedad occidental moderna/colonial incuba una profunda crisis estructural del ser individual y colectivo. Crisis que con el impacto del modelo neoliberal no solo destruye el “estado de bienestar” en la reproducción de sus necesidades básicas (alimentación, salud, vivienda, educación, ocio, etc.), sino también destruye el encuentro del yo y el otro en un nosotros de vida. No es casual que en Inglaterra se cree el Ministerio de la Soledad, institución que nace más por una política de vida para afrontar los costos sociales existentes, por tanto, ante el profundo descontento social existente. Todo en una dinámica urbana cosmopolita de un capitalismo consumista con nuevas desigualdades y exclusiones sociales, pero donde, como destaca Geoffrey Pleyers (2018), los pueblos, clases sociales y grupos étnicos van más allá de los propios movimientos sociales.

Luchas sociales diversas que irrumpieron en el mundo cuestionando el modelo privatista neoliberal. Los casos de Francia y Chile, por ejemplo, son casos interesantes. Las protestas de los “chalecos amarillos” reaccionan ante el impacto de la financiarización neoliberal buscando desesperadamente dar solución a sus problemas acuciantes. Jacqueline Mouraud, una de sus líderes fundacionales

dice “Ya no sé qué se necesita para salir de esta crisis... Emmanuel Macron nos habla del fin del mundo, pero nosotros no llegamos a fin de mes”. Otros testimonios destacan “luchamos para que no se eleve el costo de vida, los impuestos; buscamos una educación y salud pública de calidad” (Rosas, 2018).

Una crisis de horizonte de sentido de la modernidad/colonialidad

La pandemia de la Covid-19 radicaliza la crisis de horizonte de sentido de la modernidad/colonialidad en todas sus dimensiones y aspectos de la vida. Centraliza el biopoder, pero también gesta nuevas formas de organización del poder al servicio de la vida. Nos hace ver que estamos ante una nueva etapa de la crisis civilizatoria global y de crisis del mundo occidental en el que se desestructuran las viejas relaciones sociales, y nacen y se desarrollan nuevos procesos de estructuración bajo diferentes modelos sociopolíticos y comunicativos, con impactos diferenciados en los cuerpos y los sentidos del ser, saber y poder en el mundo. Estructuraciones y desestructuraciones sociales que, en tiempos de coronavirus, aceleran una crisis de “colapsología” de un sistema histórico moderno/colonial occidental.

Agrupamientos sociales dan origen o consolidan nuevas formas de organización social, con nuevas individuaciones, sociabilidades, socializaciones e identidades, en red de redes. Ante la privatización general de la vida social, estos actores reivindican lo público y lo comunitario, planteando un nuevo papel del estado ante la escandalosa concentración y centralización de la riqueza y las nuevas expectativas de consumo, demanda e integración geo economía política, social y cultural mundial.

Recomposiciones que también están relacionadas a transiciones geopolíticas, en la que los poderes hegemónicos y contrahegemónicos se enfrentan en una “nueva guerra fría”. Estados Unidos acelera su crisis polarizando su conflicto con China y Rusia, buscando

integrar crecientemente a su campo el modelo de imaginario de Estado-nación y la financiarización global a todas las fuerzas posibles. Crisis de su hegemonía en el poder global en una transición hacia un mundo multipolar. La Covid-19 saca a luz la situación externa de Estados Unidos, pero también sus debilidades internas, en una profunda desigualdad en el uso de las infraestructuras y la atención del sistema de salud pública.

Por otra parte, no estamos solo ante una crisis de horizonte de sentido histórico del capitalismo occidental sino también ante la desestructuración y nuevos procesos en los grupos étnicos, culturales, etarios, políticos, religiosos, sexuales, de género, nacionales, transnacionales, etc. Ello redefine los sentidos del ser individual y colectivos sobre todo intergeneracionales en sus identidades y culturas en globalización. Asimismo, la Covid-19 remueve las estructuras y los procesos de individuación y sociabilidad en sus mundos cotidianos. La feroz competencia individualista despersionaliza el ser, mata los propios anhelos individuales y colectivos de vida en sus propios cuerpos y emociones porque sienten que su vida ya no le pertenece sino en la intensidad del trabajo y/o sobrevivencia. Esta concepción civilizatoria de la modernidad/colonialidad que se generaliza creando una movilidad individual e institucional en una competencia destructiva entre sí, en alianzas de intereses cambiantes y contradictorias, en procesos de repatriarcalización, racialización y patrimonialismo del ser en el cambio global (Martins, 2018).

No obstante, las personas se van dando cuenta que el individualismo ciudadano patriarcal impuesto por la modernidad del mercado y la política, incluso en su versión más liberal, ya no le da sentido a su vida. Discurso donde sus promesas no resuelven las nuevas situaciones de desigualdad y exclusión.

A pesar de eso, la propia racionalidad del poder insiste en no permitir cualquier opción cultural alternativa. Pues su objetivo es no satisfacer socialmente las necesidades, deseos y apetitos del conjunto de los pueblos y clases sociales no dominantes, sino convertirlos y reconvertirlos en consumidores, clientes y productos, es decir, elevar

el estatus de los consumidores al de bienes de cambio vendibles (Bauman, 2007).

La Covid-19 hace un alto a este proceso acentuando el control por parte del Estado-nación. Pero como destaca Chul Han (2017), en un control simbólico de la vida y las mentalidades que sistémicamente penetra en el cuerpo, la subjetividad y las emociones, naturalizándolos como “clientes” y no como “personas” y coexistiendo paradójicamente con otras formas socioculturales y simbólicas individuales y colectivas que anhelan construir un nuevo horizonte de sentido histórico de una civilización de vida.

La construcción de nuevos horizontes

Es necesario construir nuevos imaginarios civilizatorios que busquen hoy no solo cumplir con las promesas e ideales de la modernidad (libertad, igualdad, fraternidad y felicidad), sino repensar la sociabilidad. El ser colonial sufre aquí también profundos cambios en sus especificidades que la Covid-19 redefine en nuevos términos. En la glocalización del cambio vemos como fluctúa entre una individuación y sociabilidad, entre la imitación y la creatividad, bajo la lógica hegemónica mediática y otras formas de resistencia y/o cambio sociopolítico y cultural.

En este escenario de pandemia, América Latina y el Caribe se aceleran también las asimetrías de diferenciación estructural de sus sociedades. Esta situación nos plantea el desafío de redefinir o construir nuevos conceptos para las complejas situaciones que se avecinan. Nuevas categorías para una economía de vida, derechos de la naturaleza, derechos básicos sanitarios, alimentarios. Como anota Jean De Munck en el segundo capítulo del presente libro, “La crisis actual exige un nuevo concepto: soberanía sanitaria. En el campo de la salud, sería la contrapartida directa de la “soberanía alimentaria” exigida por los movimientos de justicia global de los agricultores.

Para ello, hay que gestar en la presente transición civilizatoria global la conciencia que la profunda crisis raigal del sistema nos conduce al planeta y la vida humana a la autodestrucción. Y más que eso, forjar una nueva concepción civilizatoria universal de vida, que hoy más que nunca hace urgente pensar en las mejores alternativas a las formas de vivir, producir, consumir y convivir en lo económico, social, político y cultural naturalizando la vida social y humanizando la naturaleza. Una nueva concepción civilizatoria que afirma los derechos de la naturaleza y los derechos humanos en colectividades democráticas cada vez más interdependientes, donde los mercados y la política, las ciencias y la tecnología sirven no para el control y dominio de unos contra otros sino para afirmar la convivialidad de la vida en buen y bien vivir. Una transmodernidad y una transculturalidad universal que al cumplir con los ideales de igualdad, libertad, solidaridad y felicidad une lo que la modernidad/colonialidad imperial occidental separó: lo verdadero con lo bueno y lo bello.

Bibliografía

Alemany, L. (1 de abril de 2020). Zizek ya tiene su libro sobre el coronavirus: “El dilema es barbarie o un comunismo reinventado”. *El Mundo. España*.

Bassets, M. (29 de marzo de 2020). Alain Touraine, sociólogo: “Esta crisis va a empujar hacia arriba a los cuidadores”. *El País*.

Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. México: FCE.

Bringel, B. (2020). Geopolítica de la pandemia, escalas de crisis y escenarios en disputa. *Geopolítica(s) Revista de Estudios sobre espacio y poder*, 11 Especial.

- Chomsky, N. (5 de abril de 2020). Crisis del COVID-19 se agravó por traición de EEUU. *HispanTV*.
- De Sousa Santos, B. (2020). *La cruel pedagogía del virus*. Buenos Aires: CLACSO.
- Gramsci, A. (2018). *Pasado y presente cuadernos de la cárcel*. Barcelona: Gedisa.
- Han, B. (2017). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Han, B. (24 de marzo de 2020). "El virus no puede reemplazar a la razón". *Semana*.
- Martins, P. H. (2018). Repatrializacao numa sociedade sem trabalho. *O Povo*.
- Pleyers, G. (2018). *Movimientos sociales en el siglo XXI*. Buenos Aires: CLACSO.
- Preciado, J. (2010). La construcción de una geopolítica crítica desde América y el Caribe. Hacia una agenda de investigación regional. *Geopolítica (S)*, 1(1).
- Lander, E. (Ed.). (2000). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales, Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Morin, E. (18 de marzo de 2020). Lo que el coronavirus nos está diciendo. *Servindi*.
- Observatorio de la Crisis. (5 de abril de 2020). "El capitalismo ha fracasado. La disyuntiva es 'a ruina o la revolución'". Entrevista a Bellamy Foster. *Kaosenlared*.
- Quijano, A. (2014). "Bien vivir": entre el "desarrollo" y la descolialidad del poder. Lima: URP.
- Rueda, E. (2018). De palimpsestos y escisiones La modernidad en el pensamiento emancipatorio latinoamericano en E. Rueda y S. Villavicencio (Eds.). *Modernidad, colonialismo y emancipación en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

La paradoja de la perturbación: África y el coronavirus

Elísio Macamo

Muchos están preocupados por cómo será nuestro mundo cuando calme la pandemia actual. ¿Será el fin del capitalismo? ¿Es el umbral de una nueva relación internacional? ¿Es el momento de un nuevo Antropoceno que no ejerza su poder sobre la naturaleza en detrimento de todas las demás especies? Sería muy bueno que la respuesta a alguna de estas preguntas fuera relevante para el continente africano. Pero no lo es. Esto no implica que el continente no sea parte del mundo. Tampoco significa que se libraré de las consecuencias negativas que traerá la era posterior a la Covid-19.

Se relaciona con el hecho de que lo que vendrá, si surge algo y es significativamente diferente, no cambiará el lugar de África en el orden normal de las cosas. África seguirá siendo el continente que busca situarse en un mundo que ha ayudado a construir, no en un mundo que construyó para sí mismo. Este es el verdadero significado de la integración de África en el mundo a través de la colonización. El continente se ha visto obligado a participar en la construcción de un mundo hecho a la medida de los demás. Lo que llamamos desarrollo es, de hecho, el vano esfuerzo que África hace por apropiarse de lo

que queda en un mundo creado de esta manera. En otras palabras, África es lo que no es, es decir, lo que define a África es todo lo que no puede ser en este mundo. El continente es una categoría residual.

La pandemia lo ha demostrado. Desde todo punto de vista, el virus es algo “natural”. En este sentido, no hay nada intrínsecamente malo o bueno al respecto. Llamarlo una pandemia es parte de la forma en que las sociedades humanas reaccionan al peligro percibido que representa. Por lo tanto, definirlo como “pandemia” refleja la forma en que ciertas personas o comunidades han “socializado” el virus, caracterizándolo efectivamente como una gran amenaza para la integridad social y económica. Esta caracterización permite tomar ciertas medidas para proteger a la sociedad de los efectos considerados negativos.

La transformación social del virus en una pandemia ha impuesto a los africanos, al menos teóricamente, una definición de la situación ajena al problema que representa para África. En otras palabras, esta transformación ha universalizado un problema ético que en realidad es particular. En Europa, y en el mundo desarrollado en general, lidiar con el virus se ha convertido, al menos inicialmente, en una opción entre proteger tantas vidas humanas como sea posible o mantener intacto el tejido económico. En estas circunstancias, el confinamiento reconcilia ambos aspectos y se impuso como la “mejor” solución a este dilema ético. En África, sin embargo, el dilema no se plantea de la misma manera. Para ser brutalmente honestos, la cuestión implica dejar morir a muchas personas para proteger el tejido económico y social, o dejar que mueran muchas personas sin proteger el tejido económico y social. Si esto suena maltusiano, es porque podría serlo. Pero la pregunta es cuál sería el significado exacto de este maltusianismo.

Me gustaría evocar un largo extracto de una publicación anterior (Macamo, 2011) sobre la noción de *perturbaciones*, en la que utilicé un antiguo género literario (*dialogus mortuorum*) para abordar el problema de la aplicación de conceptos de las ciencias sociales en países no europeos. mediante el ejemplo de la evaluación de catástrofes. En

este sentido, Ludwig Wittgenstein me parece el interlocutor ideal porque aborda, más que cualquier otro filósofo, la relación entre filosofía y verdad, y en particular la medida en que el lenguaje extiende o bloquea nuestra percepción de la realidad. Me permitirá sentar las bases del análisis, pero también me llevará rápidamente a la cuestión que deseo exponer en este breve capítulo. Aquí vamos.

Un *dialogus mortuorum* entre un espíritu ancestral africano y Ludwig Wittgenstein

Lamentablemente, la siguiente entrevista no sucedió. Sin embargo, si hubiera ocurrido, habría sido entre un espíritu ancestral africano (AA) y Ludwig Wittgenstein (LW), el maestro del sentido profundo y perfecto. Lo que está en juego en esta conversación es el significado que se revela cuando miramos el mundo. Este, a su vez, nos permite hacer afirmaciones claras. La conversación se entabla con Wittgenstein, ya que solo él puede comprender el significado de la afirmación acerca de que uno debe guardar silencio sobre lo que no se puede hablar. La condición de posibilidad de esta conversación no es física, lo que desde el punto de vista de Wittgenstein puede describirse como inexistente y, por así decirlo, como real, pero es la conversación acerca de todas las cosas sobre las que él guarda silencio. Sin embargo, de alguna manera tienen el potencial de ser parte del mundo.

AA. —*Bueno, Sr. Wittgenstein, no ser entendido adecuadamente puede ser el castigo por perturbar las certezas de los demás.*

LW. —*¿Qué es ese azufre?¹ ¿Y qué es este superíndice después de la palabra?*

AA. —*Ningún azufre, señor filósofo, pero un hecho, si puedo citarlo libremente, por supuesto. Quiero decir, solo he señalado un hecho y sugerido*

¹ Wittgenstein llamó “azufre” a la ilusión de la explicación que cautiva a las personas antes de que hayan entendido el significado de una palabra.

cómo están conectados los hechos contenidos en él. Quiero decir que hay personas que dicen saber cómo es el mundo. Obtienen su autoridad de la ciencia. En virtud de sus creencias, estas personas saben lo que está bien o mal en el mundo. Y si hay otras personas que llevan sus vidas de una manera difícil de clasificar, se sienten incomprendidos. A eso me refería. El superíndice pertenece al Sr. Macamo.

LW. —No lo entiendo.

AA. —¿Qué ocurre? ¿Se refiere al hecho o al superíndice?

LW. —A ambos. ¿Por qué la suma de los hechos que ha enumerado es un hecho y qué tiene que ver este Sr. Macamo con el superíndice?

AA. —Bueno, el Sr. Macamo es una nota al pie, es decir, esta conversación no sucede en la realidad, pero estamos siendo utilizados por él para fines que solo él entiende. Él es el cristal y nosotros somos el cerebro, o viceversa. ¡Lo que sea! Nos deja decir cosas que quiere decir al mundo científico sobre su investigación. Él usa estos números en superíndice para aclarar las cosas que podemos usar en nuestra “conversación”. Es mejor ignorarlo. Ahora, el tema en cuestión es una larga historia y es lo que vamos a discutir. Ya sabe, hay científicos en la región no europea que afirman que somos una invención occidental...

LW. —Espere un momento, por favor, ¿quiénes son nosotros?

AA. —Somos las personas no europeas. El “resto”, por así decirlo. De cualquier modo, lo que estos científicos quieren decir con esto es que los europeos y los estadounidenses tienen una idea de nosotros que pueden afirmar como la verdad con su superioridad tecnológica, económica y política. No es necesariamente la verdad, pero es la única forma de hacernos visibles.² Realmente no necesita entenderlo, esta es la conversación de nuestros hijos, que piensan que pueden resistir a occidente deconstruyéndolo.

LW. —¿Deconstruir?

² Algunos ejemplos concisos de diferentes regiones: Said (1978), Mignolo (2007), Mudimbe (1988). Curiosamente, todos los autores se refieren a Michel Foucault y su idea de un orden de conocimiento con una pretensión de poder.

AA. —*De todos modos, lo que realmente me interesa es la relación entre norma y realidad...*

LW. —*¡Espere, espere un minuto! ¿Qué le hace pensar que puede discutir estas cosas conmigo? Quiero decir, ¿por qué este Sr. Macamo piensa que estoy calificado para discutir tales cosas?*

AA. —*Bueno, quién sabe, quiero decir, supongo que está calificado porque una vez escribí comentarios interesantes sobre La rama dorada, de Frazer, que nuestro creador descubrió que eran ciertos.*³

LW. —*¿Nuestro creador?*

AA. —*El Sr. Macamo...*

LW. —*Oh. Pero cuando escribí esas notas, no estaba pensando en la norma y la realidad.*

AA. —*Pero, quiero decir, el tema estaba implícito en él. Ha señalado con razón que los mismos nativos que se enfrentan al pensamiento irracional, según Frazer, por ejemplo, porque clavan agujas en una muñeca y piensan que en realidad están lastimando a una persona, no solo imaginan sus casas, sino que también las construyen; cuando tienen hambre, no imaginan que están llenos, sino que comen...*

LW. —*Bueno, sí, tiene razón. Con eso quería señalar, por un lado, que el lenguaje no necesariamente refleja la realidad; pero, por el otro, quería afirmar que existe una diferencia entre la realidad y el mundo, y que la verdad de nuestras afirmaciones no se agota en la medida en que son consistentes con el mundo.*

AA. —*De acuerdo. Porque hay un problema con la forma en que las ciencias sociales tratan con mundos con los que no estamos familiarizados. Por familiaridad, por supuesto, no me refiero solo al conocimiento de ciertos hechos, sino también a la posesión del vocabulario apropiado que pue-*

³ Wittgenstein analizó el libro *La rama dorada* (James Frazer, 1931). Algunos comentarios que no llegaron al manuscrito final fueron: "Ahora creo que sería correcto comenzar mi libro con comentarios sobre la metafísica como una especie de magia ;-) Sin embargo, no debo hablar de la palabra magia ni burlarme de ella ;-) En cuanto a la magia, hay una dimensión de lo profundo que debe retenerse ;-) Sí, evitar la magia tiene en sí mismo un carácter mágico" (Wittgenstein, 1992).

*de usarse para hablar sobre ellos. Creo que hay una tensión entre la familiaridad occidental por un lado y las realidades que son posibles fuera de la experiencia occidental por el otro.*⁴

LW. —*Para ser un espíritu ancestral, habla de una manera muy complicada. Pero entiendo su punto. Su afirmación me recuerda a la séptima oración de mi Tractatus: “De lo que no se puede hablar, hay que callar”. Se lo dediqué a mi amigo, David H. Pinsent.*

AA. —*Exactamente. Pero es precisamente esta incapacidad de hablar sobre aquello de lo que no se puede decir nada lo que caracteriza la relación entre una ciencia social de estilo occidental y el objeto no occidental. El objeto no occidental es perturbador.*

LW. —*¡Eso es lo que está buscando!*

AA. —*Sí, me interesa la importancia de la experiencia de aquellos fenómenos creados por personas y en áreas que están fuera del espacio empírico de un representante de las ciencias sociales occidentales. ¿Cómo se puede hablar de eso? ¿Es posible? (...) Siguiendo su ejemplo, me gustaría presentar la tesis de que el mundo no occidental tiene el potencial de ser “perturbador” porque evade la explicación. Las ciencias sociales como elemento permanente consiste no solo en describir la realidad, sino también en pensar en la terminología que permite las descripciones. Cuanto más apropiado sea el aparato conceptual que describe la realidad, mayor será la certeza de que la realidad descrita por el aparato no solo está condicionada históricamente, sino que en realidad corresponde al orden de las cosas. Las apariencias que la realidad puede asumir y que no están cubiertas por los campos semánticos del aparato conceptual pueden ser bastante perturbadoras. Esa es, en mi opinión, una perspectiva sobre el concepto y el fenómeno de “perturbación” que vale la pena observar más en detalle.*

⁴ Se trata básicamente de un problema metodológico. Jack Goody (1996), el etnólogo inglés, lo describió más sucintamente al señalar que las observaciones empíricas relacionadas con términos comunes deberían centrarse en las variantes contenidas en los términos. De lo contrario, existe el peligro de convertir la comprensión convencional de un término en la medida de la realidad. Al estudiar la esclavitud, por ejemplo, es menos útil utilizar diferencias categóricas como esclavo y hombre libre como base que postular diferentes grados de sujeción, ya que luego puede ayudar en el análisis para aislar la variable responsable de una relación particular.

LW. —*¡Jesucristo, el contenido de sus afirmaciones es explosivo!*

AA. —*Pero está dentro del marco de lo que usted mismo ha escrito. Una vez afirmó que la comprensión va de la mano con la alienación.⁵ Con esto quiero decir que “perturbación” es un término lleno de condiciones previas y, al mismo tiempo, no tiene consecuencias. Por lo tanto, está lleno de condiciones previas porque implica un orden natural o normal que solo resulta en burlas, parodias y, a veces, incluso odio y violencia ante ciertos eventos que no encajan en el orden. A menudo, el orden no es el problema, sino el aparato conceptual con el que este orden se hace perceptible. Esta terminología me parece inflexible, porque declara que la realidad, la puede percibir y clasificar para que sea la norma. Una perturbación no es concebible sin una norma general. Si puedo apegarme al concepto de orden, puedo considerar que en sociología se ha declarado un orden señorial como la norma general. Como resultado, generaciones de sociólogos e investigadores de África han sido educados para agregar adjetivos despectivos a todo lo que no encaja en este concepto: hablamos de un estado débil, roto, colapsado y criminal en África, por nombrar solo uno ejemplo. El término “perturbación” también es trascendental porque no puede existir sin la idea de que hay una norma general. Por lo tanto, promueve una actitud normativa, según la cual, en el caso de las perturbaciones, es necesario resolverlas con el objetivo de eliminarlas.*

LW. —*Entiendo. David Hume, conocido como un hombre blanco que murió hace mucho tiempo, como yo, habría dicho lo siguiente: “Del ser no se puede derivar ningún deber ser”.*

AA. —*Exactamente. Anteriormente dije que nos malinterpretan porque perturbamos la certeza de las ciencias sociales, confundimos la norma con la realidad y suponemos que podemos explicar todo, en lugar de sondear primero los límites de nuestros propios conceptos. Entonces, queremos explicar, es decir, queremos mostrar que algo no encaja, porque se justifica considerar esto algo perturbador. Los molestos académicos no occidentales señalan que este intento de explicar no le hace justicia ni a la realidad*

⁵ Ver Lölke (2001). Wittgenstein (1992) escribe: “Creo que la razón por la cual es un error realizar una declaración es porque uno solo tiene que compilar correctamente lo que sabe, y no agregarle nada, y la pacificación que la declaración busca es evidente”.

que ha sido declarada normal por las ciencias sociales, ni a los eventos perturbadores, y acaba siendo un intento de rescatar el concepto. Estamos presenciando un acto de desesperación, es decir, una ciencia que intenta guardar las apariencias ante la feroz resistencia que provoca la realidad.

LW. —Muy bien, ya lo había establecido cuando supliqué en mi interpretación del lenguaje que le diéramos prioridad a la descripción. Pero, por favor, ¡dígame a qué se refiere! ¿Por qué los ancianos de la aldea siempre disfrazan sus palabras con acertijos? ¡Vaya al grano!

De regreso al comienzo

Afirmé que la transformación social del virus en una pandemia impuso una definición de la situación que no concuerda con la importancia real del problema en África. Este es el problema de la norma y la realidad que se exploró en el diálogo imaginario. Nuestro lenguaje y, en particular, el lenguaje de las ciencias sociales, nos deja muy pocas opciones para describir el problema de una manera que pueda ser significativa para los africanos. Si decimos, como deberíamos, que la pandemia hace visible la precaria condición de África, estaríamos haciendo referencia al continente de la manera habitual, como un problema a resolver. Si nos conformamos con las consecuencias relativamente leves que la pandemia tuvo hasta ahora, correremos el riesgo de promover una actitud complaciente e irresponsablemente nativista ante un problema que aún no ha concluido. En cierto sentido, la pandemia expone las fisuras abiertas por un sistema global de desigualdad, cuyo reconocimiento no faculta a los africanos a cambiar su condición. Solo pueden describir esas fisuras.

Por lo tanto, estamos frente a una paradoja. Es la paradoja de la perturbación, es decir, la condición de enfrentar un desastre que afecta las estructuras globales que socavan la propia posición, pero que no pueden explotar el desastre en beneficio propio. Como muchos han argumentado de manera convincente, la pandemia de

Covid-19 es un comentario crítico no solo sobre las estructuras globales, sino también sobre cómo se distribuyen los costos que produce su disfunción. Parece no haber un vocabulario adecuado para abordar esta paradoja de manera significativa para África. Los africanos no tienen la culpa, por supuesto. Esta es una descripción de las circunstancias bajo las cuales el continente se integró al mundo. Estas circunstancias han condenado a África a cumplir el papel de una categoría residual. África se define por todo lo que no es. La manifestación más radical de esta condición es la aparente imposibilidad que posee el continente de transformar socialmente el virus en un verdadero problema africano. Las medidas de confinamiento tomadas en todas partes apuntan a esta dificultad. El virus “extranjero” resiste la domesticación al imponer soluciones extrañas a los estragos que probablemente causará a nivel local.

Traducción de María Paula Vasile

Bibliografía

Goody, J. (1996). *The East in the West*, Cambridge: Cambridge University Press.

Lölke, U. (2001). *Kritische Traditionen: Afrika. Philosophie als Ort der Dekolonisation*. Fráncfort: IKO - Verlag für Interkulturelle Kommunikation

Macamo, E. (2011). Afrika stört. Ein Totengespräch über Norm und Wirklichkeit in den Sozialwissenschaften en J. Fleischhack y K. Rottmann (Eds.). *Störungen. Medien/Prozesse/Körper*. Berlín: Isa Lohmann-Siems Stiftung, 23-43.

Mignolo, W. (2007). *La idea de América Latina*. Barcelona: Gedisa.

Mudimbe, V. (1998). *The invention of Africa: gnosis, philosophy, and the order of knowledge*. Bloomington: Indiana University Press.

Said, E. (1978). *Orientalism*. Nueva York: Pantheon Books.

Winch, P. (1987). *Trying to Make Sense*. Oxford.

Wittgenstein, L. [1953] (2017). *Investigaciones filosóficas*. Madrid: Trotta.

Wittgenstein, L. (1992). *Observaciones a La Rama Dorada de Frazer*. Madrid: Tecnos.

*Todos somos mortales: el coronavirus y la naturaleza abierta de la historia**

Rita Laura Segato

Que la pandemia ilumine la diferencia entre lo que importa y lo que no importa.

Qué es, qué no es y a qué nos conduce la pandemia

Ha circulado en estos días un número significativo de textos, muchos de ellos escritos por autores influyentes. Ellos intentan dar cuenta de dos aspectos distintos de la pandemia que nos aflige. Un grupo hace apuestas a lo que puede haber sido el origen del virus, dividiéndose entre aquellas que adhieren a la teoría del complot y las otras que, sin necesariamente saberlo, dan continuidad a lo que ya Marx llamaba “ruptura metabólica” o desequilibrio de la relación entre los seres humanos con la naturaleza.

* Una versión inicial de este texto fue publicada en Grimson, A. (Ed.). (2020). *El futuro después del COVID-19*. Buenos Aires: Presidencia de la Nación, 76-88.

Me ocuparé aquí del otro conjunto de interpretaciones, qué dicen respecto al significado y uso a futuro de la pandemia. Cada uno de ellos se deriva y tiene como presupuesto un proyecto político y un sistema de valores que defiende.

Por mi parte, veo a la Covid-19 como Ernesto Laclau vio a la figura de Perón en la política argentina: un “significante vacío”, al que diversos proyectos políticos le tendieron su red discursiva. También lo veo como un evento que da origen a un “efecto Rashomon”, evocando aquí la forma en que en las ciencias sociales se ha usado el tema del clásico filme de Kurosawa: un mismo crimen relatado desde cuatro perspectivas de interés diferentes. Pero sobre todo lo veo como una situación de lo que Lacan llamó “irrupción de lo real”, el imaginario que atrapa nuestra visión del mundo o grilla a través de la cual filtramos las entidades que formarán parte de nuestra percepción en una fina tela que nos envuelve. Más allá de ella se encuentra lo “real”, para usar el término de Lacan: la naturaleza tal cual sea, incluyendo nuestra propia naturaleza.

El virus no es otra cosa que justamente un evento del desdoblamiento de este otro plano, la Historia Natural, la marcha azarosa de la naturaleza, sus desdoblamientos contingentes, su deriva. Los organismos se consolidan, duran y desaparecen. Nuestra especie seguirá ese destino incierto también o, con suerte improbable, tendrá la longevidad de la cucaracha, aunque será difícil, porque la cucaracha se caracteriza por necesitar de poco. Es importante acatar la idea de que, aun si este virus fuese un resultado de la manipulación humana en laboratorio o, como ciertamente es, una consecuencia de la forma abusiva en que la especie ha tratado su medio ambiente, igualmente y de todas formas se trataría de un evento de la naturaleza. ¿Por qué? Porque nosotros somos parte de esa misma naturaleza y, aun cuando capaces, como especie, de manipular microorganismos y provocar el advenimiento de una nueva era como es el Antropoceno, tenemos allí nuestro lugar, somos parte de esa escena que llamamos “naturaleza”. Nuestra interacción bioquímica pertenece y juega un rol en una escena toda ella interior al gran nido que habitamos, aun

cuando el pensamiento occidental haya presionado para retirarnos de esa posición contenida, interdependiente y dependiente. Pensarlo así no nos resulta fácil, porque estamos dentro de la lógica cartesiana de sujeto-objeto, de cabeza-cuerpo, de mente-res extensa. La cosificación y externalización de la vida es nuestro mal.¹

Al hacer esa maniobra, el pensamiento occidental cancelaba dos molestias. Una de ellas es la *temporalidad de la vida*, con su inherente descontrol y el límite que interpone al intento de administrarlo. El tiempo, que no es otra cosa que el tiempo de los organismos, de la propia Tierra como gran organismo, y de la propia especie como parte de ese gran útero terrestre, desafía la omnipotencia de Occidente, su obsesión por administrar los eventos, lo que he llamado en otra parte su *neurosis de control*. La otra obsesión del pensamiento colonial-moderno, occidental, es la de colocarnos, como especie, en la posición de omnipotencia de quien sabe y puede manipular la vida, la maniobra cartesiana de formular la res-extensa, la *vida cosa*, y catapultarnos hacia fuera de la misma. Por eso, frente a esta pandemia, tenemos la oportunidad de salvarnos cognitivamente de esta trampa y conseguir entender que, aun cuando sea el efecto de nuestra interferencia, el virus que nos está enfermando es, de todas maneras, un *evento natural*, de ese acontecer sinuoso e imprevisible que es el tiempo. Y lo es porque resulta de una interacción dentro del reino de la naturaleza, de cuya escena somos parte. El salto de un virus del animal al humano debe leerse de esta forma, que nos recoloca en esta posición de ser parte del mundo natural con sus azares, que muchas veces creemos dominados. Toda una disponibilidad distinta para la vida y para lo inevitable de la muerte surge de una consciencia que acepta ser parte subordinada al orden natural. La exterioridad cartesiana, lejos de ser universal, lleva a un vicio de lectura propio de Occidente y tiene consecuencias.

¹ Agradezco a mi hija Jocelina Laura de Carvalho Segato las incontables horas de conversación sobre los errores cognitivos y epistemológicos del especismo.

El otro gran tema es el del futuro, vinculado también a la dimensión anárquica del tiempo. Las tres imágenes de que hablo me permiten aventurar que un gran *desconcierto* ha sobrevenido en el mundo frente a esta rara plaga de conducta arcaica. Frente a este desconcierto, las tres imágenes que le atribuyo: la ausencia de un significado e intencionalidad propia, su provocación Rashomon y su realidad radical e independiente de nuestras apuestas, me permiten hablar de una batalla a futuro por la imposición de un orden a ese desconcierto. Y toda apuesta teleológica esconde un discurso de supremacía moral y todo discurso de supremacía moral tiene una vocación autoritaria. ¿Quién tendrá entonces la *permisión de narrarlo* a futuro, para usar la expresión de Edward Said, o quién detendrá el *derecho a narrar*, usando aquí las palabras de Homi Bhabha? Entonces esas tres figuras teóricas nos permiten prever que se dará una batalla para decidir qué red de significaciones, qué discursos y qué relatos serán capaces de atrapar el evento que nos desafía, para instalar así las políticas que darán forma al mundo en el después. Sin embargo, como ya he argumentado, la única utopía que ha sobrevivido a los sucesivos fracasos “revolucionarios” en su intento de reorientar el camino de los pueblos es la absoluta imprevisibilidad del futuro: nunca sabemos hacia dónde ni cómo soplará el viento de la historia. Lo único que nos resta es hacer nuestro papel, en acuerdo con nuestras convicciones y responsabilidades.

El preanuncio de la contienda en puertas ya lo hemos visto suceder por estos días, y este texto también, inevitablemente, se incluye. Muchas mallas de sentido se han tendido para atrapar el tiempo de la naturaleza. Ya de inicio testimoniamos la divergencia entre dos grandes analistas, como son Slavoj Žižek y Byung-Chul Han: utopía y distopía en confrontación, a la par como presagios. A partir de allí, centenas de atribuciones de significado circularon en muchos textos, pero el virus las excede en su incerteza y el desconcierto en que ha sumido a la humanidad. Esto es muy importante considerarlo pues nos lleva hacia la apertura de la historia, a su imprevisibilidad y a la aceptación de los límites implacables impuestos a nuestra capacidad

de controlarla, ordenarla. El virus da fe de la vitalidad y constante transformación de la vida, su carácter irrefrenable. Demuestra la vitalidad de la naturaleza, con nosotros adentro de ella. Se ha mostrado una realidad que nos excede y supera todo voluntarismo. Occidente se enfrenta así con lo que constituye la dificultad suprema del mundo colonial-moderno, porque la meta por excelencia del proyecto histórico eurocéntrico es la dominación, cosificación y control de la vida. Acorralar y bloquear todo imprevisto, toda improvisación ha sido su intento y relativo triunfo progresivo.

Este virus y todos los que le antecedieron y vendrán más tarde presentan una libertad que hace temblar inclusive más que la misma muerte a esta propuesta civilizatoria. Una libertad desconocida. Siendo así, la orden del día solo ha podido ser replegarse para “sacarle el agua al pez”, dejar al nuevo ser sin hospedero, hasta que su peligrosidad quiera “dar la curva” y, o surja una vacuna de las manos del papel que representamos en esta gran escena: la escena ambiental. Lo que sabemos sirve, pero más que un control indica una “adaptación”, una flexibilidad y maleabilidad de los comportamientos, y una capacidad de respuesta que forma parte de un mismo drama, del que somos parte. Gran lección le da este minúsculo ser al Occidente.

Difícil y escamoteado en el discurso de los medios fue el impacto inicial incontestable del virus, porque su aparición en escena fue francamente democrática. Atacó en primer lugar y con gran fuerza a las dos más grandes potencias del mundo, y a la rica comfortable Europa. En este mismo momento está avergonzando a la Big Apple y a todo el mundo así llamado “desarrollado” al demostrar que carece de lo que parecía tener: seguridad para su gente y capacidad de cuidado masivo y general para sus habitantes. Atacó a nobles, políticos de alto rango y empresarios de poderosas corporaciones. Hizo sorprendentes bajas entre las élites cosmopolitas. Ante el mismísimo lente mediático, le mostró al mundo que, sin lugar a dudas, *todos somos mortales*. Se comportó como un migrante al que nadie le coloca vallas. Llevó al propio Henry Kissinger a hablar del fin de la hegemonía estadounidense.

Es posible afirmar que, al menos por un tiempo, el virus, evento de la naturaleza, ha dado una lección democrática. En América Latina, mientras tanto, es posible adivinar un terror expectante y apenas entredicho, una verdad pronunciada a medias sobre lo que sabemos puede suceder cuando el virus finalmente derribe la frontera que blindó la inclusión de la exclusión. ¿Qué sucederá cuando macizamente “cruce las vías” y haga su entrada, con toda contundencia, incontenible, entre los pobres? Hasta hoy, en nuestro continente, debido a la cuarentena, la exclusión penaliza a los que viven rigurosamente al día por su necesidad del ingreso diario, pero no es en su cuadrícula que la peste se ha dejado sentir con más fuerza por ahora. ¿Qué pasará cuando arrolle de lleno el espacio de los hacendados? Eso no lo hemos visto todavía. Aunque quizá quepa aquí una digresión sobre el caso particular de Guayaquil. He visitado en una ocasión esa ciudad y sus alrededores, y creo que por su extensa faja portuaria en la que atracan pesqueros pero también contrabandistas y traficantes es posible decir que allí hay una extensa población que, siendo pobre, es también cosmopolita. Esa rara conjunción entre pobreza y cosmopolitismo es lo que creo estar por tras de la llamativa vulnerabilidad de esa ciudad.

Volviendo a la futurología practicada por autores notables, los intentos de captura han sido, hasta el momento, al menos los siguientes:

- El virus hará posible derrumbar la ilusión neoliberal y abandonar la acumulación egoísta, porque sin solidaridad y sin estados proveedores no nos vamos a salvar. Sin un estado que garantice protección y entrega de recursos a los que menos tienen, no será posible continuar la vida. La postura, en este caso es que entenderemos que es necesario colocar la acumulación a disposición de la gente que la necesita para sobrevivir, y los gobernantes serán a futuro llevados a desobedecer el precepto fundamental en que el capitalismo se apoya.

- El segundo pronóstico circulando podría describirse como “agambeniano” y es preanunciado por la ciencia ficción distópica. Estaríamos ingresando en un laboratorio de experimentación a gran escala que permitirá espiar a la población mundial con medios de control digital e inteligencia artificial con nuevas tecnologías infalibles. Todo será informado sobre cada uno de los vivientes y la amenaza de un estado de excepción de magnitud desconocida asolará a la humanidad.
- Gobernantes como Trump y Bolsonaro parecen adherir, sin enunciarlo reflexivamente, a un tercer vaticinio relacionado con lo no dicho sobre la masacre esperada cuando el virus atraviese la gran frontera con los cantegriles y favelas. Un subtexto de su discurso y accionar parece asentir al exterminio de los sobrantes del sistema económico, curvarse a la ley de la sobrevivencia del más fuerte, del más apto. Una perspectiva neo-malthusiana y neo darwinismo social se hace presente aquí, una ideología totalitaria –en la definición de ideología de Hannah Arendt– cuyo valor afirma que quien no esté adaptado a la sobrevida en determinadas circunstancias o quien pueda perjudicar el proyecto nacional como definido por la perspectiva en poder, deberá perecer. El virus, visto desde esa ideología, se encabalga con la “solución final” característica del totalitarismo: lo que no sirve, en el sentido de que no presta servicio a un ideario, no debe vivir. Esta posición, que es ideológica y responde al proyecto político de un sector de intereses, no debe ser confundida con un abordaje como el de Alemania, por ejemplo, que diverge de la estrategia de la cuarentena rigurosa y la extinción del virus mediante la absoluta restricción de hospederos humanos, y permite la circulación de personas apostando a la declinación natural de la potencia infecciosa del virus mediante el aumento de la inmunidad humana. Este último abordaje no es igual al de la propuesta del neo darwinismo social porque los estados que la proponen, como Alemania y Suecia, tienen una mayor oferta de atendimiento y equipamiento médico

para reducir la letalidad del virus. Aún así, ya han surgido dudas sobre la apuesta en el desarrollo natural de la inmunidad humana, que sin duda pondrá en riesgo la vida de mucha gente, y los países que han adoptado esta estrategia la están abandonando.

- La cuarta interpretación adhiere a la importancia de un abordaje bélico y una derivación hacia una actitud fascista. Se entrena así para actuar sobre la base de la existencia de un enemigo. El frenesí del enemigo asoma su cabeza. Toda política montada sobre la presunción de la existencia de un enemigo común tiende necesariamente al fascismo. La enemistad, el belicismo se convierten en la razón de ser de la política. El virus sirve a las fuerzas de seguridad para actuar dentro de esa perspectiva y lógicas punitivas y de exterminio se desatan. Una parte de la población cuyo perfil en la política y en la ciudadanía tiene esas características se ha encuadrado hoy en esa lectura de la pandemia. Hay una cantidad de ejemplos de expresión de animadversión y agresividad extrema contra vecinos que trabajan en hospitales, sean médicos o enfermeros, contra personas que han llegado del exterior o personas que se encuentran enfermas. El furor y odio hacia cualquier persona asociada a la plaga cunde entre sectores reaccionarios de la sociedad, que pretenderán, a futuro, imponer ese orden social frente a lo que puedan definir como “amenaza pública”: enfermos, migrantes, no-blancos, delincuentes, inmorales, etc.
- La quinta predicción es que, al final, habrá de persuadir e imponerse a todos la idea de que la Tierra, en cualquiera de los nombres que recibe, nos habrá demostrado su límite y dejará probado que la explotación industrial de la naturaleza nos lleva en una dirección suicida. Ricos y pobres, según los que así piensan, habremos aprendido lo que los pueblos indígenas nos han repetido tantas veces: “No tenemos la tierra, es Ella quien nos tiene”.

- Una sexta postura es que el virus vino a imponer una perspectiva femenina sobre el mundo: reatar los nudos de la vida comunal con su ley de reciprocidad y ayuda mutua, adentrarse en el “proyecto histórico de los vínculos” con su meta idiosincrática de felicidad y realización, recuperar la politicidad de lo doméstico, domesticar la gestión, hacer que administrar sea equivalente a cuidar y que el cuidado sea su tarea principal. Es a eso que le he llamado en estos días de un “estado materno”, como distinto a aquel estado patriarcal, burocrático, distante y colonial del que nuestra historia nos ha acostumbrado a desconfiar.

Turbación de la omnipotencia y lucidez de la precariedad

Seamos honestos, todas estas apuestas pueden ser perfectamente convincentes, dependiendo de cuál sea el proyecto histórico al que se adhiere y cuáles son los intereses que nos representan. Todas son igualmente interesantes e inteligentes, pero todas son omnipotentes, en el sentido de que pretenden, de antemano, vencer en la ruleta del tiempo. Todas adolecen de la neurosis de control de Occidente en su empeño por encuadrar la historia en un rumbo previsible. Muestran la inculcada *incapacidad de estar*, evocando aquí inevitablemente el rescate de la potencia del tiempo en su fluencia emprendido por nuestro filósofo Rodolfo Kush, cuando sustituyó el ser heideggeriano por el *estar* andino.

Problemas que ya existían se muestran exacerbados y se han vuelto más visibles, han aflorado y rasgado una superficie que antes no les daba acceso. El proyecto histórico del capital, y su estructura manifiesta en lo que he llamado “proyecto histórico de las cosas”, como opuesto al “proyecto histórico de los vínculos”, había vedado con eficiencia la consciencia de la finitud. Necesitaba colocar la muerte en un planeta distante. Pero hoy tenemos un gran funeral mediático, son centenas de ataúdes impúdicamente expuestos. Es posible que

esto desvíe nuestro deseo en otra dirección que no la acostumbrada: ¿qué importancia podrían tener las marcas, frente a la presencia de La Muerte en el vecindario? Mejor pongámonos cómodos. Total...

Resulta, además, que las plagas siempre son bíblicas, pedagógicas, aleccionadoras. De repente, es posible preguntarse si el orden institucional y la usina económica a que respondía no era ficcional, si el universo que habitábamos no adolecía ya de una precariedad insostenible. Más que por las muertes que ocasiona, pues decesos y mortandades ya hemos visto muchos, pero no han parado el mundo, es el desconcierto, descontrol e imprevisibilidad que la microscópica criatura ha introducido lo que viene a molestar la credibilidad del sistema. Por ejemplo, ha venido a demostrar que se puede cambiar la realidad prácticamente “de un plumazo” presidencial. He aquí una *pedagogía ciudadana*: nada es inamovible, todo puede ser alterado bastando la voluntad política. En materia de gestión de la vida, constatamos que es posible transformar el mundo en un gran laboratorio en el que se realiza un portentoso experimento. Y eso es lo que les mueve el piso a los dueños del planeta.

Que nadie venga a decirnos ahora que “no es posible ensayar otras formas de estar en sociedad” u otras formas de administrar la riqueza: se puede parar la producción y se puede parar el comercio. Estamos presenciando un acto de desobediencia fenomenal sin poder adivinar cuál será la ruta de salida. El mundo se ha transformado en el vasto laboratorio donde un experimento parece ser capaz de reinventar la realidad. Se revela, de repente, que el capital no es una maquinaria que independe de la voluntad política. Todo lo contrario. Estamos ahora frente a la evidencia que siempre los dueños de la riqueza y sus administradores buscaron esconder: la llave de la economía es política, y *las leyes del capital no son las leyes de la naturaleza*. Estamos frente a un Estado de excepción inusitado y a la inversa, que ha apretado la palanca que suspende el funcionamiento de la gran usina que confundíamos con el orden divino. Un seudo orden divino, una impostura cuya perfecta metáfora es el famoso becerro de oro bíblico, el falso dios que desorientó al pueblo de Israel en su travesía

a Canaán: una gran plaga sobrevino por colocar un falso dios en el lugar del verdadero. El capital es el falso dios, la Madre Tierra es el verdadero. Y eso son los mitos en la gran episteme de la especie: siempre nos pautan la lectura del presente.

El aquí y ahora: la trama de la reciprocidad comunal recuperada

Proteger la vida, cuidar de ella en un aquí y ahora y a como dé lugar, en un presente absoluto, es todo lo que importa. No así los pronósticos y las declaraciones de principio e intención moral, pues, como he argumentado en otra parte, en esta fase apocalíptica del capital, el discurso de persuasión moral se ha vuelto inocuo frente a la *pedagogía de la crueldad* que ha inoculado nuestros corazones y consciencias con el antídoto efficacísimo que cancela la percepción empática del sufrimiento ajeno. Además, las pautas a futuro basadas en una supuesta idea general del bien son arriesgadas: ante cualquier falla en la cláusula que hayamos establecido, la construcción entera se agrietará; cualquier decepción, y nos parecerá derruirse la estructura que cuidadosamente hayamos edificado. Trabajar en la predicción es peligroso, pues no tenemos datos claros sobre el presente ni el futuro. No conocemos con precisión lo que nos amenaza. Lo que importa es aprender a estar, cuidar como se pueda y soportar el suelo en movimiento debajo de los pies. He sugerido en otra parte que una politicidad en clave femenina se adapta mejor a este tipo de contingencia en la que salvar la vida es todo lo que importa.

En más de un texto he presentado al estado como la última etapa de la historia del patriarcado. He dicho que cuando la tarea política masculina deja de ser una entre dos tareas políticas, y el espacio donde se ejecuta deja de ser uno entre dos espacios —el público y el doméstico, cada uno con su estilo propio de gestión— para convertirse en una esfera pública englobante y el ágora única de todo discurso que se pretenda dotado de politicidad, es decir, capaz de impactar

en el destino colectivo, en ese momento, la posición de las mujeres, ahora secuestradas en la cápsula de la familia nuclear, se desploma a la calidad de margen y resto, expropiada de toda politicidad. Sin embargo, se me ocurre que el *enfoque albertiano*, su manera de hablarnos, es, al menos en esta circunstancia, una gestión doméstica de la nación. “Materna”, he dicho públicamente, porque lo materno y lo paterno independen del cuerpo en que se depositan, como nos ha enseñado desde hace tiempo la útil y vilipendiada categoría “género”, gran formulación del feminismo que nos ha permitido desesencializar, desbiologizar roles y sexualidades. Alberto Fernández nos pide aunarnos, genera una experiencia infrecuente en nuestro país. Genera comunidad, nos pide que depongamos la discordia e intentemos reinicializar para enfrentar lo desconocido, dice que nos va a proteger y que va considerar las necesidades materiales en su desigualdad. Es por eso que he dicho que parece encarnar un estado maternal, una gestión doméstica, como una innovación. No puedo dejar de recordar aquí las dos nociones de patria a que el maravilloso ensayo de Jean Améry, *Cuánta patria necesita un hombre*, hace referencia: la patria patriarcal, bélica, defensiva, amurallada, y la patria maternal, hospitalaria, anfitriona. Las lenguas nórdicas tienen dos palabras diferentes para ellas: *vaterland* o *fatherland* la una, y *heimat*, *homeland*, la patria hogar, la otra. Es imprescindible destacar este acontecimiento, la diferencia albertiana, porque al teorizar, no solo describimos los eventos, sino que también los prescribimos, los hacemos ser, les otorgamos realidad, les alentamos un camino. Tenemos que identificar y nombrar las novedades que aparecen en la desconocida escena del presente.

Más que una fantasía de futuro, debemos prestar atención a lo que de hecho hay, las propuestas y prácticas que emergen, lo que la gente está concretamente haciendo e inventando. Lo que ocurre aquí y ahora a nuestro alrededor, entre nosotros. De nuevo: la politicidad en clave femenina, como he dicho otras veces, es tópica y no utópica, práctica y no burocrática. En esa vigilia, maneras de sustentar la vida que estaban al rescoldo se van reencendiendo lentamente. Nos

vamos dando cuenta de que al menos una parte de la capacidad de subsistencia tiene que quedar necesariamente en manos de la propia gente. Resurge en nuestro país la memoria del 2001. Nuestra propia *Odisea del Espacio*, infelizmente archivada. Un sentimiento de pérdida muy grande se experimenta cuando nos percatamos de que, en el momento en que el Estado retoma eficientemente las riendas de la economía nacional y se supera el período de la gran carencia, toda aquella economía popular se desintegra. En la hambruna e intemperie del 2001 surgieron estructuras colectivas, el individualismo recedió y el país pasó por una mutación que se deja sentir hasta hoy. Pero cuando el problema de las necesidades materiales inmediatas se resolvió, nada promovió la permanencia de esas estructuras operativas que se habían creado.

He defendido que el buen estado es un estado restituidor de fuero comunitario, protector de la producción y el mercadeo local y regional, capaz de fogonear un camino anfibio: no podrá abdicar del mercado global porque de sus dividendos provienen los recursos para sus políticas públicas, pero tampoco deberá abandonar la autosustentabilidad de las comunidades, la soberanía alimentaria y el mercadeo local, arraigado, que, como en el caso presente, vuelve a hacerse crucial para la sobrevivencia. Un buen estado transita entre los dos caminos y blindo al más frágil, para que sus saberes, sus circuitos propios de mercadeo, sus tecnologías de sociabilidad y sus productos no se pierdan, ni tampoco su autonomía. Vemos nuevamente hoy como resurgen a nuestro alrededor las pequeñísimas huertas en balcones, corredores, galerías y patiecitos, las trocas de sus productos entre vecinas; propone el gobierno las cuarentenas comunitarias, en barrios que se cierran como comunas; retoman su papel los colectivos, hacen colectas, se organizan para que la gente coma, y mis vecinas santelmeñas en red me preguntan todos los días qué necesito. No olvidemos a los millones de hindúes “walking home”, un lugar que nadie jamás debería ser obligado a dejar. Vemos la ansiedad por la vuelta al terruño en todas partes, y tenemos la obligación de entender este movimiento visceral, atávico, de volver a casa.

Epílogo

El problema que resta es ¿cómo garantizar que esa experiencia quede registrada en los discursos del tiempo pos-pandemia y permanezca audible para, de esa forma, evitar que sea rehecha la fantasía de normalidad y de inalterabilidad que nos capturaba? ¿Cómo retener la experiencia de un deseo que, al menos durante este intervalo, se encaminó libremente hacia otras formas de satisfacción y realización? Habrán fuerzas habilidosas, muy bien instruidas, estudiando el tema para clausurar esa memoria, desterrarla, dejarla bien vedada, para de esa forma garantizar la continuidad de una “normalidad” que la pandemia había interrumpido. ¿Cómo estar preparadas para que el olvido no suceda? ¿Como evitar, también, que la pérdida de experiencia acumulada en el 2001, vuelva a ocurrir?

Sobre las autoras y los autores

Kate Alexander

Ocupa la Cátedra de Investigación sobre Cambio Social y es directora del Centro para el Cambio Social de la Universidad de Johannesburgo en Sudáfrica. Ha publicado varios estudios comparativos de historia laboral y de movimientos sociales. En los últimos meses ha participado activamente en la Coalición Popular C-19 de Sudáfrica.

Nicolás Arata

Es doctor en Educación por la Universidad de Buenos Aires en Argentina. Profesor de Historia de la Educación Argentina y Latinoamericana en la Universidad de Buenos Aires. Obtuvo becas para realizar estudios de posgrado de la SECyT y el Conicet (Argentina), la Universidad de Campinas (Brasil) y el CONACYT (México). También fue becario posdoctoral del Conicet. Actualmente es director de Formación y Producción Editorial del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Kathya Araujo

Es investigadora y docente del Instituto de Estudios Avanzados (IDEA) de la Universidad de Santiago de Chile y directora del Centro Núcleo Milenio, Autoridad y Asimetrías de Poder. Ha publicado alrededor de veinte libros, entre ellos *El miedo a los subordinados* (2016) e *Hilos Tensados. Para leer el octubre chileno* (2019).

Donka Atanassova Iakimova

Es socióloga, con Maestría en Estudios Políticos, Económicos e Internacionales. Docente e investigadora en la Universidad Externado de Colombia. Ha trabajado por más de veinte años con procesos y organizaciones sociales y comunitarias en la ciudad de Bogotá y en varias regiones de Colombia. Actualmente es directora de la Asociación Colombiana de Sociología y subdirectora de Participación de la capital colombiana.

Francesc Badia i Dalmases

Es director de Democracia Abierta. Es también analista político, escritor y editor, especializado en geopolítica y asuntos internacionales. Ha recibido el prestigioso Pulitzer grantee y ha sido investigador senior y gerente del Barcelona Centre for International Affairs (CIDOB) y del Instituto Europeo del Mediterráneo (IEMed), además de coordinador general de la Fundación Interarts y consultor internacional. Dirigió el programa URB-AL-III de cooperación urbana y descentralizada para América Latina de la Comisión Europea.

Supurna Banerjee

Tiene un doctorado en sociología por la Universidad de Edimburgo y es profesora adjunta de ciencia política del Instituto de Estudios del Desarrollo de Calcuta en India. Es autora de *Activism and Agency in India: Nurturing Resistance in the Tea Plantations* (2017) y coautora de *Limits of Bargaining: Capital, Labour and State in Contemporary India* (2019).

Karina Batthyány

Es doctora en sociología por la Universidad de Versailles Saint Quentin y profesora titular de sociología en la Universidad de la República de Uruguay (UDELAR). Realiza investigaciones sobre división sexual del trabajo, cuidado, género y bienestar social y coordina el grupo de investigación Sociología de Género. Es la actual secretaria ejecutiva del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Carlos Alberto Benavides Mora

Es un antropólogo oriundo del suroccidente colombiano, dedicado a conversar y caminar con las experiencias de barrios, comunidades y pueblos en diversas regiones de Colombia y América Latina. Trabaja en los planes de vida y el buen vivir, luchas y memorias, ordenamientos territoriales y ecosistemas de vida.

Ilán Bizberg

Es doctor en Ciencias Sociales por la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París y es profesor-investigador del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México (COLMEX). Fue investigador de la Fundación Humboldt de Alemania. Sus libros más recientes son *Las variedades del capitalismo en América Latina* (2015) y *Diversity of Capitalisms in Latin America* (2019).

Breno Bringel

Es profesor de sociología en el Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Universidad del Estado de Río de Janeiro, donde coordina el Núcleo de Estudios de Teoría Social y América Latina. Es presidente del Research Committee on Social Classes and Social Movements de la Asociación Internacional de Sociología (ISA RC-47) y miembro del comité directivo de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). Sus últimos libros son *Critical Geopolitics and Regional (Re) configurations* (2019) y *Brasil - Cambio de era: crisis, protestas y ciclos políticos* (2018).

Hillary Caldwell

Es doctoranda en Psicología Ambiental en el Centro de Posgrado de la Universidad de la Ciudad de Nueva York y cofundadora y directora adjunta del Programa de Estudios sobre el Cambio Comunitario en el City College. Especialista en investigación comunitaria y educación popular, actúa en temáticas vinculadas a tierra y vivienda y ha trabajado con el Morris Justice Project, Picture the Homeless y la New York City Community Land Initiative.

Stéphanie Cassilde

Es investigadora del Grupo de Investigación sobre Movimientos Sociales en la Era Global (SMAG) de la Universidad de Lovaina en Bélgica. Becaria de investigación del Instituto Ronin de Becas Independientes e investigadora del Centro Social “Comme Chez Nous” de Charleroi, donde actualmente participa del equipo de voluntarios para el trabajo social.

Manuel Castells

Es sociólogo español, mundialmente conocido por sus contribuciones a la teorización de la sociedad de la información y en red. Profesor emérito de la Universidad de California en Berkeley e investigador de la Universitat Oberta de Catalunya, donde dirige el Instituto Interdisciplinario de Internet. Autor de una vasta obra, es uno de los científicos sociales más citados y con mayor repercusión en el mundo. Académico de la Real Academia Española de Ciencias Económicas y Financieras, de la Academia Británica, de la Academia Europea y de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales de Estados Unidos. En 2020 asumió el puesto de ministro de Universidades del gobierno español.

Chris Chan

Es doctor en sociología de la Universidad de Warwick. Es profesor del Departamento de Sociología y codirector del Centro de Estudios

de Innovación Social de la Universidad China de Hong Kong. Trabaja en estrecha colaboración con movimientos sindicales, ONG y grupos de activistas para promover los derechos laborales y la igualdad social en Hong Kong, China y en otros lugares.

Jean De Munck

Es doctor en filosofía y profesor en la Universidad Católica de Lovaina. Investigador del Centro de Investigación Democracia, Instituciones y Subjetividades (CriDIS). Su trabajo se centra en la epistemología de la sociología, especialmente aplicada a las instituciones; y en los cambios de la normatividad en las sociedades contemporáneas en los ámbitos jurídico y político. También ha realizado investigaciones sobre el discurso crítico del consumismo y sobre el relato sociológico de la participación.

Boaventura de Sousa Santos

Es un destacado intelectual público. Catedrático jubilado de sociología por la Universidad de Coimbra en Portugal. Es director del Centro de Estudios Sociales y del Centro de Documentación 25 de Abril de esa misma universidad, además de profesor distinguido de la Universidad de Wisconsin-Madison en Estados Unidos. Autor de una vasta obra, traducida a varios idiomas, sobre sociología jurídica, pensamiento crítico y teoría social.

Donatella della Porta

Es una de las más destacadas investigadoras de los movimientos sociales en la actualidad. Profesora de ciencias políticas y decana del Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales de la Escuela Normal Superior de Florencia, Italia, donde también dirige el Centro de Estudios del Movimiento Social (Cosmos). En 2011, recibió el Premio Mattei Dogan por sus distinguidos logros en el campo de la sociología política. Su último libro es *How Social Movements Can Save Democracy* (2020).

José Maurício Domingues

Es doctor en sociología por la London School of Economics. Investigador y docente del Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Universidad del Estado de Río de Janeiro, donde coordina, con Breno Bringel, el Núcleo de Estudios de Teoría Social y América Latina. Es autor de una treintena de libros sobre teoría social, teoría crítica y modernidad. Sus últimos libros son *Emancipation and History: the return of Social Theory* (2017) y *Critical Theory and Political Modernity* (2019). Ha recibido el Premio Alexander von Humboldt de Investigación Anneliese Maier de Alemania (2018-2023).

Arturo Escobar

Es profesor de antropología en la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill e investigador asociado del Grupo Cultura/Memoria/Nación de la Universidad del Valle en Cali y del Grupo de Estudios Culturales de la Universidad Javeriana en Bogotá. Durante los últimos veinticinco años ha colaborado con organizaciones y movimientos sociales afrocolombianos en la región del Pacífico colombiano, particularmente el Proceso de Comunidades Negras (PCN). Su libro más conocido es *La invención del desarrollo* (1996) y su último libro es *Pluriversal Politics: The Real and the Possible* (2020).

FASE (Federación para la Asistencia Social y Educativa)

Es una ONG activa en varias regiones de Brasil con sede en Río de Janeiro. Fundada en 1961, es una de las más longevas y activas organizaciones sociales del país, trabajando desde sus inicios con organizaciones de base, educación popular y desarrollo de comunidades y asociaciones. El equipo de Río de Janeiro, responsable por el artículo presente en el libro, está formado por Aercio Barbosa de Oliveira, Bruno França, Caroline Rodrigues, Emanuelle Anastasopoulos, Milla Gabrieli dos Santos Faria, Monica Oliveira y Rachel Barros.

Michele Ford

Es profesora de Estudios del Sudeste Asiático en la Universidad de Sydney en Australia. Presidenta del Comité de Investigación sobre Movimientos de Trabajadores (RC-44) de la Asociación Internacional de Sociología. Sus libros incluyen *From Migrant to Worker: Global Unions and Temporary Labor Migration in Asia* (2019) y *Labor and Politics in Indonesia* (2020, con Teri Caraway). También ha coeditado varios volúmenes, entre ellos *Activists in Transition: Progressive Politics in Democratic Indonesia* (2019).

Paolo Gerbaudo

Es sociólogo cultural y político, profesor en el King's College de Londres, donde dirige el Centro de Cultura Digital. Sus investigaciones abordan las transformaciones de la política y del activismo en la era digital. Es autor de los libros *Tweets and the Streets* (2012), *The Mask and the Flag: populism, citizenism, and global protest* (2017) y *The Digital Party: Political Organisation and Online Democracy* (2018).

Tommaso Gravante

Es investigador en el CEIICH-UNAM en la Ciudad de México, donde participa del Laboratorio de Análisis de Organizaciones y Movimientos Sociales (LAOMS). Sus investigaciones tratan principalmente sobre las emociones, el activismo de base y la protesta. En 2018 ganó el Seventh Worldwide Competition for Junior Sociologists, organizado por la Asociación Internacional de Sociología.

Filomin Gutierrez

Es profesora de sociología en la Universidad de Filipinas Diliman, y actualmente es vicepresidente de Asociaciones Nacionales de la Asociación Internacional de Sociología (ISA). Sus publicaciones recientes se centran en la guerra contra las drogas en Filipinas, violencia y masculinidad. Ha publicado varios trabajos sobre delincuencia, pandillas en las cárceles y criminología en Filipinas.

Sari Hanafi

Es doctor en sociología por la EHESS de París y profesor de sociología en la Universidad Americana de Beirut. Es el actual presidente de la Asociación Internacional de Sociología. Su último libro es *Knowledge Production in the Arab World: The Impossible Promise* (con R. Arvanitis, 2016). En 2019, se le concedió un Doctorado Honoris Causa de la Universidad Nacional de San Marcos de Perú.

Paulo Henrique Martins

Es profesor de sociología en la Universidad Federal de Pernambuco en Brasil. Fue presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) y vicepresidente de la Asociación del Movimiento Anti-Utilitarista en las Ciencias Sociales (MAUSS). Fundador y editor de la Revista de Estudios Anti-utilitaristas y Postcoloniales (REALIS). Autor de varios libros, entre ellos *Teoría crítica de la colonialidad* (2019) y *Itinerarios del don: Teoría y Sentimiento* (2019).

Pauli Huotari

Es doctorando en Política Mundial por la Universidad de Helsinki en Finlandia. Sus intereses de investigación incluyen el papel de la economía, los economistas y las ideas económicas en el cambio y en las dinámicas de continuidad de la sociedad. Huotari ha participado durante mucho tiempo en varios movimientos cívicos en su país de origen.

Pedro Ibarra Güell

Es catedrático emérito (jubilado) del Departamento de Ciencia Política de la Universidad País Vasco y director de la Fundación Betiko. Es autor de varios libros sobre movimientos sociales, conflicto nacional y crisis democrática. Fue director del grupo de investigación Parte Hartuz, dedicado al estudio sobre democracia y participación local, como del Instituto Universitario HEGOA, dedicado a la investigación sobre desarrollo y cooperación internacional. Es activista del

movimiento social Ongi Etorrri Errefuxiatuak, de apoyo y solidaridad con refugiados y migrantes.

Alexandra Kassir

Es doctora en Sociología por l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS) de París. Sus principales áreas de investigación son los movimientos sociales, la religión, el laicismo y la migración. Es investigadora posdoctoral en el Centro de Estudios Libaneses y profesora de sociología en la Universidad Americana de Beirut en Líbano.

Ashish Kothari

Es el fundador de Kalpavriksh, una organización india sin ánimo de lucro que trabaja en temas medioambientales y sociales a nivel local, nacional y mundial. Se formó en el Instituto Indio de Administración Pública y coordinó la Estrategia Nacional de Biodiversidad y el Plan de Acción de la India. Fue miembro de las juntas directivas de Greenpeace International. Forma parte del equipo de coordinación de Vikalp Sangam, el Tejido Mundial de Alternativas y Democracia Ecológica Radical. Es (co)autor de varios libros, entre ellos *Churning the Earth* (2012) y coeditor de *Pluriverse: A Post-Development Dictionary* (2019).

John Krinsky

Es profesor de ciencias políticas en el City College de Nueva York y en el Centro de Posgrado de la Universidad de la Ciudad de Nueva York. Es autor y editor de varios libros y artículos sobre el neoliberalismo urbano y los movimientos sociales. Forma parte del consejo editorial de *Metropolitics*. Fundó y dirige el Programa de Estudios sobre el Cambio Comunitario en el City College y es miembro fundador de la Junta Directiva de la Iniciativa de Tierras Comunitarias de la Ciudad de Nueva York.

Kamal Lahbib

Estudió en la Facultad de Letras y Humanidades y en el Instituto de Sociología de Rabat. Activista de izquierda marroquí y ex preso político, miembro fundador de varias asociaciones, entre ellas el Forum des Alternatives Maroc, Transparencia Maroc, el Observatorio Marroquí de las Libertades Públicas, el Foro Marroquí de la Verdad y la Justicia y la Coalición Marroquí para la Justicia Climática. Es miembro del Consejo Internacional del Foro Social Mundial y un miembro clave del Foro Social del Magreb.

Elisio Macamo

Es profesor de sociología, con especialidad en África, en la Universidad de Basilea en Suiza. Nació y creció en Mozambique. Estudió en Maputo (Mozambique), Londres (Inglaterra) y Bayreuth (Alemania). Fue profesor en Bayreuth, investigador en el Centro de Estudios Africanos en Lisboa, miembro de AGORA en Wissenschaftskolleg zu Berlin y profesor invitado en la Universidad Eduardo Mondlane en Mozambique. Ofrece regularmente talleres metodológicos para estudiantes africanos en el Consejo para el Desarrollo de la Investigación en Ciencias Sociales en África (CODESRIA), con sede en Dakar, Senegal.

Stefania Milan

Es profesora adjunta de Nuevos Medios y Cultura Digital en la Universidad de Amsterdam en Holanda. Su trabajo explora la interacción entre las tecnologías digitales, el activismo y el gobierno. Es la investigadora principal de varios proyectos internacionales, como DATACTIVE (Starting Grant del ERC) y *Algorithms Exposed. Investigating Automated Personalization and Filtering for Research and Activism* (ALEX). Es autora de *Social Movements and Their Technologies: Wiring Social Change* (2013/2016) y coautora de *Media/Society* (2011).

Clément Petitjean

Es doctor en sociología por la Universidad de Versalles Saint-Quentin, donde enseña ciencias políticas y es miembro del Laboratoire Printemps (Profesiones, Instituciones, Temporalidades). Sus investigaciones se centran en los movimientos sociales, la representación, la socialización política y las trayectorias profesionales. Actualmente está trabajando en un proyecto de libro sobre una historia crítica de la organización comunitaria en Chicago.

Geoffrey Pleyers

Es investigador del FNRS y profesor de sociología en la Universidad de Lovaina en Bélgica. Es vicepresidente de Investigación de la Asociación Internacional de Sociología y expresidente de su comité de investigación sobre movimientos sociales. Fundador y editor, con Breno Bringel, de *Open Movements*, coordina el programa “Movimientos sociales en la era global” en el Collège d’Etudes Mondiales (FMSH, París) y en la Universidad de Lovaina. Es autor de *Alter-Globalización: Becoming Actors in the Global Age* (2011) y de *Movimientos sociales en el siglo XXI* (2018).

Alice Poma

Es investigadora en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en la Ciudad de México. Es autora del libro *Defendiendo territorio y dignidad: emociones y cambio cultural en las luchas contra presas en España y México* (2017) y de diversos artículos sobre el papel de las emociones en el activismo y los movimientos en defensa del medio ambiente.

Bandana Purkayastha

Es profesora de sociología y estudios asiático-americanos en la Universidad de Connecticut en Estados Unidos. Ha publicado 14 libros y relevantes publicaciones sobre migración, género/raza, derechos humanos y violencia y paz. Ha recibido muchas distinciones y premios,

incluido el premio Jessie Bernard, otorgado en 2019, por la Asociación Americana de Sociología.

Jaime Ríos Burga

Es doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid y es investigador y profesor en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Perú, donde dirigió la Escuela de Sociología entre 2010 y 2015. Es el actual presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS).

Montserrat Sagot

Es profesora de Sociología y directora del Centro de Investigación en Estudios de la Mujer en la Universidad de Costa Rica. Fue la coordinadora del Grupo de Trabajo de CLACSO sobre Feminismos, Resistencias y Procesos Emancipatorios en América Latina. Ha publicado extensamente sobre violencia contra las mujeres, el femicidio como necropolítica y el movimiento feminista en Centroamérica.

Rita Laura Segato

Es profesora emérita de la Universidad de Brasilia en Brasil, y profesora de la Universidad Nacional de San Martín en Argentina. Sus trabajos sobre género en los pueblos indígenas y en las comunidades latinoamericanas, violencia de género y las relaciones entre género, racismo y colonialidad son referentes ineludibles. Autora de varios libros, entre los cuales se destacan *Las estructuras elementales de la violencia* (2003 y 2013), *La Nación y sus Otros* (2007) y *La guerra contra las mujeres* (2018) entre otros.

Teivo Teivainen

Es catedrático de Política Mundial en la Universidad de Helsinki en Finlandia. Vivió muchos años en Perú y fue profesor visitante en Brasil, Canadá y Estados Unidos. Participa activamente del debate público en Finlandia, y recibió varias distinciones y premios por su trabajo.

En los últimos años dirigió un proyecto en el Helsinki Collegium for Advanced Studies sobre las formas no estatales de la política.

Emiliano Treré

Es profesor en la Escuela de Periodismo, Medios y Cultura de la Universidad de Cardiff en el Reino Unido. Miembro del Data Justice Lab y co-fundador de la Iniciativa BigDataSur. Su último libro, *Hybrid Media Activism* (2019), ha ganado el Outstanding Book Award del Grupo Activism, Communitarian and Social Justice de la International Communication Association (ICA).

Anna Tsui

Es investigadora del Centro de Estudios para la Innovación Social de la Universidad China de Hong Kong, dedicado a fomentar la investigación sobre la sociedad civil en la Gran China. Destaca su labor en el establecimiento y en la construcción de bases de datos de acción colectiva y conciencia cívica que contribuyen a una comprensión más sistemática de la sociedad civil china.

Pablo Vommaro

Es profesor e investigador en Historia y Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Es investigador del Conicet y director de Investigación de CLACSO. Co-coordina el Grupo de Estudios de Políticas y Juventudes del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la UBA. Investiga acerca de las juventudes, las políticas públicas, las desigualdades, los movimientos sociales y la historia latinoamericana reciente. Coordina la colección de libros *Las Juventudes Argentinas hoy*, que ha publicado 29 libros desde 2015 con el Grupo Editor Universitario.

Lesley Wood

Es profesora de sociología en la Universidad de York en Canadá. Investiga y escribe sobre los movimientos sociales, la difusión y la represión de las protestas. Participa activamente en los movimientos contra la pobreza, anticapitalistas y descolonizadores de Toronto. Es

una de las editoras de *Interface: A Journal for and about social movements*. Autora de *Crisis and Control: The Militarization of Protest Policing* (2014) y coautora, con Charles Tilly, de *Social Movements: 1768-2008* (varias ediciones actualizadas).

Sabrina Zajak

Es profesora en la Universidad del Ruhr de Bochum en Alemania y directora del Departamento de Consensos y Conflictos del Centro Alemán de Investigación sobre Integración y Migración (DeZIM). Es miembro fundadora del Instituto de Investigación sobre Protestas y Movimientos Sociales (IPB) de Berlín y vicepresidenta del Comité de Investigación sobre Clases Sociales y Movimientos Sociales (RC-47) de la Asociación Internacional de Sociología.

Joy Y. Zhang

Es profesora titular de sociología en la Universidad de Kent. Su trabajo ha contribuido a la formulación de políticas de la Royal Society en el Reino Unido y del Ministerio de Ciencia y Tecnología de China. Es autora de las monografías *The Cosmopolitanization of Science: Stem Cell Governance in China* (2012) y *Green Politics in China: Environmental Governance and State-Society Relations* (2013).

Alerta global

Políticas, movimientos sociales y futuros
en disputa en tiempos de pandemia

La pandemia del coronavirus ha dejado el mundo en suspenso en 2020. Nuestras vidas y rutinas se han visto trastocadas. La incertidumbre se convirtió en regla. A la gravedad de la crisis sanitaria, se suma la urgencia de afrontar los retrocesos democráticos y de derechos, la emergencia climática, la crisis ecosocial, las asimetrías globales y las profundas desigualdades. Frente al momento dramático de nuestra humanidad, los pasos que demos podrán ser decisivos.

El futuro está en disputa y los escenarios posibles son múltiples. *Alerta global* reunió los análisis de 48 autoras y autores de 28 países y de todos los continentes para discutir las múltiples implicaciones sociopolíticas de la pandemia. En sus páginas hay una mirada global sobre la crisis actual y el mundo contemporáneo, la forma en la que se exacerbaban las desigualdades y se diversifican las formas de control social, pero también sobre cómo se abren nuevas solidaridades, movimientos sociales, vías para renovar el pensamiento crítico y posibilidades de otros mundos posibles.

